P L MATTHEWS



BOSQUE MORTAL

UN MISTERIO DE LA BRUJA VERDE

P L Matthews

Bosque Mortal

Un Misterio de la Bruja Verde

Copyright © 2024 by P L Matthews

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

P L Matthews asserts the moral right to be identified as the author of this work.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Para mi hija. Mientras apuntas a las estrellas, lista para pasar zumbando por Marte y saludar a Plutón (que sigue siendo un planeta en nuestros corazones), recuerda que un pedacito de nosotros va de polizón en el asiento trasero de tu cohete. Con todo el amor y la risa que el universo pueda contener.

Contents

Foreword

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

Epílogo

Nota para los lectores

Agradecimientos

Otras obras de P L Matthews

About the Author

Foreword

Nota: Esta traducción ha realizado un largo viaje bajo el sol abrasador de Australia, donde los canguros saltan y los eucaliptos bailan. Algunas frases pueden haberse acalorado un poco, y algunas peculiaridades australianas pueden haberse colado en el camino. Así que si te encuentras con un poco de Castellano bronceado o un ‘G’day’ perdido, ¡piensa que es solo la traducción tomando unas vacaciones en la tierra de los canguros!

Si notas algún error de traducción o crees que alguna frase se parece más a un hechizo que salió mal, ¡me encantaría escuchar tu opinión! Tus comentarios me ayudan a mantener la magia fluyendo. No dudes en enviarme un mensaje al correo electrónico que aparece a continuación.

plm@plmatthews.com

CAPÍTULO 1

Rhianne Alkenn corría por la pista, zigzagueando como si un demonio la persiguiera.

Lo cual era técnicamente correcto.

El Porsche Cayman, con su motor rugiendo como una bestia desatada, iba pegado a su cola. Cada giro y vuelta que ella hacía, el Porsche lo reflejaba con precisión depredadora, sus faros cortando la oscuridad, acercándose cada vez más. La distancia entre ellos se estrechaba y la electricidad cargaba la atmósfera misma.

El corazón de Rhianne latía con fuerza en su pecho, sus manos aferrando el manillar de su moto Energica Ego con una intensidad que le blanqueaba los nudillos.

El zumbido de su motor eléctrico era ahogado por el gruñido gutural del motor del coche mientras se le echaba encima. Casi podía sentir el calor de sus faros en la espalda, un recordatorio amenazante de su implacable persecución.

Con cada fibra de su ser concentrada en la carrera, llevó su moto al límite, el viento rugiendo en sus oídos, nublando los bordes de su visión.

El Porsche no era simplemente un oponente; era una sombra de miedo y excitación mordisqueando sus talones, haciendo que cada segundo en la pista fuera una danza vertiginosa entre el control y el caos.

A medida que se acercaba la línea de meta, Rhianne reunió cada gramo de habilidad y nervio que poseía y logró un último estallido de velocidad de su moto.

Su moto y el Cayman estaban ahora codo a codo, el mundo a su alrededor era un borrón de velocidad y adrenalina.

Con una súplica silenciosa a los dioses de la velocidad, Rhianne se adelantó, cruzando la línea apenas un latido antes que el Porsche.

El momento era eléctrico; el aire crepitaba no solo con intensidad sino con el leve aroma de la victoria… y motores sobrecalentados.

Tan pronto como su moto cruzó la línea de meta, Rhianne frenó y detuvo su motocicleta de forma suave, aunque un poco tambaleante, en un triunfante alto.

Se bajó de un salto, sus movimientos llenos de una mezcla de alivio y sorpresa por su victoria. Con un floreo que podría haberle valido un papel en un anuncio de champú, se arrancó el casco, sacudió su cabello castaño y soltó un grito de victoria.

Su baile de victoria junto a la pista era menos ballet y más 'hip hop', pero lo ejecutó con alegre abandono.

Nel llevó el Porsche a un alto chirriante y se desplegó del asiento del conductor, una mezcla de admiración e incredulidad en sus ojos mientras observaba las payasadas celebratorias de Rhianne. A pesar de lo que debió haber sido una derrota punzante, una sonrisa se extendió por su rostro. Aplaudió de manera lenta y exagerada.

Nel era su mejor amigo, dueño de un club nocturno y extraordinario proveedor de información, además de ser un íncubo.

Era, sin duda alguna, un anuncio andante de membresías de gimnasio y buenos genes. Con una altura imponente de un metro ochenta y ocho, presumía de esos hombros anchos y caderas estrechas que no solo sugerían sino que gritaban a través de una habitación llena de gente.

Su cabello rubio, atado en una coleta, le daba el aire de un surfista que se había perdido y terminado en una sala de juntas corporativa. ¿Y esos ojos azul claro? Brillaban contra su piel bronceada con el destello travieso de un hombre que sabía exactamente cuántas cabezas hacía girar.

Era el niño modelo de los íncubos, aunque los íncubos eran pocos y distantes entre sí en una comunidad rebosante de muchas otras razas sobrenaturales.

Por supuesto, Rhianne era un ser sobrenatural aún más raro: mitad bruja, mitad elfa. ¿Y los elfos? Bueno, eran tan misteriosos como difíciles de encontrar.

Rhianne aún estaba asimilando su herencia élfica y su magia minúscula.

—¡Gané! —dijo Rhianne.

—¡Hiciste trampa! —replicó Nel mientras se acercaba.

—Ciertamente no lo hice. Poca magia me queda —dijo ella con un movimiento de su cabello.

—Tch Tch. —Nel llegó a su lado—. Ese pájaro voló de su jaula hace mucho tiempo. Tienes mucha magia, princesa.

Rhianne había sido evaluada como una bruja de bajo nivel cuando era joven, reprobando la prueba por despecho. Sin embargo, sus inusuales magias la confundían y asustaban en igual medida.

—Tecnicismos —dijo Rhianne, gesticulando a su alrededor—. ¿Me viste usar magia? ¡No! No soy una tramposa.

—No, te pusiste delante del Porsche como si tuvieras un deseo de muerte. Sabías que frenaría en seco antes que hacerte daño o rayar tu pintura.

Rhianne se puso de puntillas y le besó la mejilla. —Eso no va contra las reglas, grandulón. Además, no podría haberlo hecho si no hubiera estado ya adelante.

—Aún estoy enojado con Kai. Tu amigo mago tecno debería haber sabido que no era buena idea respaldar tus planes locos.

—Una apuesta es una apuesta. Y mi *novio* entiende de dónde vengo y sabe lo que puedo manejar.

Nel se pasó la mano por el pelo, aflojando su coleta, pero cedió, inclinándose para rodear sus hombros con los brazos. —Soy tu hermano mayor, se me permite ser protector. Y Kai también debería serlo.

Rhianne suspiró. Habían tenido esta misma conversación varias veces y no podían superarla. Corrección. Nel no podía superarla. Por eso ella había sugerido la apuesta.

—Acordemos estar en desacuerdo. Necesitaba tener una conversación sincera con el segundo al mando vampiro para evaluar su implicación, y se habría cerrado si me hubiera presentado con mi escuadrón personal de animadores.

—¡Exactamente! Un *vampiro*. Beben sangre y usan sus encantos para convencerte de que está bien ser un bufé —dijo Nel.

—Nel, estás mostrando tus prejuicios. —Prejuicios que hasta hace unos meses ella compartía, pero estaba dejando el pasado atrás. Ahora sabía más—. Algunos vampiros son bastante honorables, y la prueba es que estoy aquí pateándote el trasero. Estoy segura de que conoces íncubos que tampoco son niños de coro. —Rhianne se arrepintió de sus palabras cuando el abrazo de Nel se tensó brevemente antes de retirarse, sus ojos oscureciéndose.

¡Ups! ¿Qué había desencadenado sin querer? —En cualquier caso, perdiste y teníamos un trato. ¿Te estás echando atrás ahora? —Rhianne cruzó los brazos y golpeó el suelo con el pie. No estaba por encima de presionar sus botones calientes.

—¡Por supuesto que no! —Nel se volvió para mirar la moto, luego a Rhianne y suspiró—. Bien, seré civilizado con Kai.

—El trato era que fueras amable, no solo educado.

Nel chasqueó los dientes.

—Haré lo posible por ser amable.

—Excelente, ahora que eso está resuelto, vamos a mi casa a tomar una taza de té —sonaba perfectamente inocente, pero Rhianne tenía un motivo oculto, un giro argumental en su taza de té, por así decirlo.

Si Nel no hubiera sido tan obstinado en culpar a Kai por su serie de decisiones cuestionables, ella podría haber usado la apuesta para averiguar qué estaba pasando entre Nel e Isobel. En su lugar, tendría que sonsacarle la información.

Nel miró su reloj.

—Tengo una reunión a las nueve, pero siempre puedo volver corriendo al club para llegar a tiempo.

La relación de Nel con los límites de velocidad era similar a la de un gato con el agua: evitada a toda costa, a menos que fuera absolutamente necesario.

Milagrosamente, Nel nunca recibía una multa. Juraba y perjuraba que nunca usaba su encanto con los agentes de policía que lo atrapaban, pero Rhianne tenía sus dudas. Después de todo, tenía la increíble habilidad de convertir una multa por exceso de velocidad en una invitación a un club de fans. Sin embargo, demasiado encanto, y corría el riesgo de convertir al agente en un cachorro enamorado, convencido de que Nel era la pieza que faltaba en el camino de su vida. Ya había sucedido antes, lo que llevó a algunos encuentros incómodos y un par de admiradores muy dedicados, aunque un poco confundidos.

Todos se sentían atraídos por Nel. Todos, excepto Kai.

Una batalla a la vez.

Con una sonrisa y un saludo, Rhianne saltó a su motocicleta y se abrochó el casco.

Sin esperar a Nel, arrancó la moto y, con un zumbido silencioso que no reflejaba la velocidad a su alcance, salió disparada, dejando a Nel para que la alcanzara.

Navegando por el ajetreo matutino de la ciudad, Rhianne se abrió paso hacia su casa. Cada giro y señal era una clase magistral de movimiento fluido. ¡Toma esa, Nel! No había forma de que la superara, a menos que le salieran alas o descubriera la teletransportación.

Rhianne se deslizó en el estacionamiento cerca de su apartamento, su moto eléctrica susurrando hasta detenerse.

Este no era un apartamento ordinario; se alzaba orgullosamente sobre su vivero, un reino exuberante donde el encanto urbano y la naturaleza salvaje coqueteaban bajo la atenta mirada de Rhianne. Este santuario, anidado en las playas del norte de la ciudad, era donde el alma de Rhianne se sentía más en paz.

Mientras la primavera desplegaba su vibrante alfombra por Sídney, el vivero de Rhianne había estallado en un caleidoscopio de colores, transformándose en lo que mejor podría describirse como el propio espectáculo de fuegos artificiales de la naturaleza, menos los fuertes estallidos pero definitivamente con ohs y ahs incluidos.

El vivero se convirtió en un despliegue de colores, texturas y aromas que no solo captaban la atención, sino que también daban un gentil dedo medio floral a cualquier melancolía invernal persistente, la estación menos favorita de Rhianne.

Más allá del estilo cultivado del vivero de Rhianne, la extensión de un parque nacional se alzaba en marcado contraste, como el primo salvaje e indómito que aparece en una cena formal con botas de montaña. El parque era un refugio de biodiversidad, donde los densos bosques de eucaliptos exhalaban un aroma fresco a mentol, como si los árboles estuvieran todos tomando pastillas para la tos de eucalipto en preparación para una actuación coral. Mezclado con el aroma fresco del pino, creaba una atmósfera de spa totalmente natural. Estaba absorbiendo todo esto mientras esperaba que Nel hiciera acto de presencia.

Una perturbación emanó de la densa espesura de árboles. El susurro de las hojas se volvió más insistente, casi como si estuvieran susurrando advertencias, tratando de atravesar la calma de Rhianne con dedos invisibles y urgentes.

Frunciendo el ceño, se volvió hacia la inquietante sinfonía de la naturaleza, su corazón comenzando a hacer eco del ritmo acelerado de la frenética danza de las hojas. A punto de dar un paso adelante y asomarse a las profundidades sombreadas que parecían observarla a cambio, el sonido de ruedas crujiendo contra la grava rompió su concentración.

Nel, en una muestra de determinación obstinada —o quizás no queriendo ser superado por Rhianne y su corcel silencioso— llegó unos minutos después. Debió haber tomado algunos atajos urbanos secretos —o coqueteado con romper el continuo espacio-tiempo— para llegar aquí en un coche que tenía que atenerse a los carriles de la carretera.

Aun así, Rhianne llegó primero y, según las reglas no escritas pero universalmente reconocidas de la rivalidad amistosa, esto le otorgaba importantes derechos de fanfarronería. Entrelazó su brazo con el de él, guiándolo por las escaleras hasta su pequeño pero acogedor apartamento.

Estaba orgullosa de haber convertido el concepto de “menos es más” en una forma de arte. La sala de estar era un espacio acogedor, centrado alrededor de un gran y mullido sofá que decía: “Ven, siéntate, compartamos historias de nuestro día”. Esto estaba flanqueado por dos sillones, cada uno con su propia personalidad: uno ofrecía un abrazo reconfortante, el otro, un apoyo

firme para esos momentos de profunda contemplación o intensa lectura de novelas. Quería que los muebles fomentaran la conversación, ahora que tenía *amigos*. Plantas en macetas salpicaban el espacio, porque, obvio, era dueña de un negocio de paisajismo. Además, traer el exterior al interior añadía al encanto vivido de la habitación.

—¿Quieres desayunar? —preguntó mientras se dirigía a la cocina.

Nel se acomodó en el sofá y se recostó.

—Siempre y cuando no sea nada de esa comida saludable.

—¡Ni lo menciones! —exclamó Rhianne, abriendo el refrigerador—. No me atrevería a arriesgar los cimientos mismos de nuestra amistad sometiéndote a los horrores de la fruta fresca o, ¡oh, cielos!, el yogur.

Su cocina era espaciosa para los estándares de un apartamento, con encimeras de color crema que brillaban bajo una luz cálida, invitando a aventuras culinarias. El extremo de la encimera hacía las veces de mesa de comedor, con asientos curvos sobre altos taburetes metálicos.

Nel se encogió de hombros.

—Me sacaste de la cama a una hora irrazonable y me ganaste en una carrera donde mi dignidad estaba claramente en juego. Creo que me he ganado el derecho de ser un poco quisquilloso con mis despojos de perdedor.

Rhianne asomó la cabeza por detrás del refrigerador.

—Oh, tendrás tus despojos, no te preocupes. Prepárate para la experiencia gourmet de tu vida: el infame revoltijo de Rhianne “Lo que queda en la nevera”. Una delicadeza tan rara que cambia de composición a diario.

La risa de Nel se mezcló con el ruido de los cuencos y platos que Rhianne sacaba de los armarios.

—Sírvete agua —dijo, rompiendo huevos en un cuenco.

Nel se levantó del sofá y arqueó la espalda con la elegancia y la altivez de un pavo real desplegando sus plumas. Se acercó al fregadero con aire despreocupado.

—Por supuesto que no tendrías nada interesante para beber.

—Si por interesante te refieres a algo que burbujea y te hace arrepentirte de tus decisiones de vida al mediodía, entonces sí, estás sin suerte. Además, apenas son las ocho de la mañana.

Nel llenó dos vasos con agua del grifo y colocó uno junto a la tabla de cortar. Rhianne añadió una ramita de menta a sus vasos. Apoyándose contra la pared, Nel sorbió su agua con menta con una expresión que sugería que intentaba descifrar un sabor antiguo y perdido. —No es temprano cuando te acuestas a las seis de la mañana.

Rhianne picaba una mezcla de hierbas y ajo. —Eso es solo los fines de semana. El club cierra a las dos de la mañana entre semana y hoy, mi querido hermano nocturno, es martes.

El club de Nel, el Abogado del Diablo, era un establecimiento de alto nivel que palpitaba en el corazón de la ciudad, un lugar donde la noche siempre era joven y la mañana un concepto abstracto. Más que un simple centro para socialités y noctámbulos, servía como centro de mando de Nel en la compleja red de secretos e intrigas de la ciudad. La información era la verdadera moneda allí, y Nel era el banquero indiscutible. Si había algo que Nel no sabía, probablemente no existía, o no valía el esfuerzo de un susurro.

—¿Dónde está Toto? —preguntó Nel, buscando al poderoso amigo feérico y supuesto protector de Rhianne.

Ella se encogió de hombros. —Probablemente revoloteando por ahí.

Toto solía tomar la forma de un perro maltés.

Vertiendo la mezcla de huevos en una sartén chisporroteante, añadió tomates picados y una generosa porción de queso rallado que prometía una delicia pegajosa. Dobló el huevo sobre el rico relleno, creando un sobre dorado. Deslizando las tortillas terminadas en los platos, agitó una de ellas bajo la nariz de Nel con una sonrisa.

Mientras el aroma tentador llegaba a Nel, se inclinó, sus ojos iluminándose. En el momento en que saboreó un bocado con visible deleite, la sonrisa de Rhianne se extendió en una amplia y radiante expresión en su rostro.

Después de devorar dos tercios de su tortilla, Nel finalmente salió a tomar aire. —¿Te importaría compartir la receta? Podría servirla a los clientes tardíos antes de que se vayan a casa.

—La receta es fácil; la clave está en las hierbas frescas que cultivo aquí.

Percibiendo que las defensas de Nel estaban bajas después de la comida satisfactoria, decidió que era el momento perfecto para sus preguntas. —Bueno, ¿cómo está nuestra patóloga favorita?

Nel, que estaba en medio de un elegante sorbo de su vaso, se atragantó con su bebida, su compostura secuestrada por la sorpresa. Después de una breve y poco digna lucha con las leyes de la deglución, logró recuperar su voz. —No estoy seguro de a qué te refieres.

Rhianne, haciendo todo lo posible por mantener una cara seria, ocultó una creciente sonrisa detrás de su taza. —Ya sabes, la Dra. Isobel Dupre, ¿la del tipo sobrenatural misterioso?

CAPÍTULO 2

Nel se quitó la chaqueta y la colgó en un taburete cercano.

—Deja de darle vueltas, Nel —Rhianne pinchó un trozo de su tortilla con el tenedor.

—No hay nada que contar —dijo finalmente.

—¿Quieres decir que después de dos meses has avanzado tanto como un caracol en un paseo tranquilo? —Rhianne sacudió la cabeza en un gesto de falsa desesperación.

—De verdad, princesa, no tengo ni idea de lo que estás hablando —la mirada de Nel huyó hacia la ventana, donde altos eucaliptos se balanceaban como si asintieran a la conversación que se desarrollaba en el interior.

Rhianne suspiró.

—Sí que lo sabes. Como mínimo, Isobel te *intriga* porque es inmune a tu encanto.

—Tú también lo eres —replicó Nel, pero su respuesta carecía de la chispa habitual.

—Sí, y he sido la única rara excepción… hasta ahora. Además, tú no estás interesado en mí de esa manera —Rhianne hizo el gesto de comillas con el tenedor, con una sonrisa burlona bailando en sus labios.

—¿De qué manera? —Nel se desabrochó uno de los botones del cuello y se arremangó las mangas.

Era extraño verlo desconcertado. Este era el hombre que podía encantar a cualquiera, desde primeros ministros hasta conserjes. Tenía la capacidad de atención romántica de un pez dorado, con una nueva mujer en su brazo más a menudo que una camisa nueva, no por superficialidad sino simplemente porque su atractivo sobrenatural podía convertir a las admiradoras en acosadoras de nivel cinco.

Como íncubo, las escapadas románticas de Nel tenían más que ver con los requisitos dietéticos que con las conexiones emocionales, lo que llevaba a algunas de sus antiguas llamas a ser cariñosamente denominadas “aperitivos” en lugar de parejas. Los íncubos necesitaban intimidad para mantener su energía vital. Sin embargo, aquí estaba, desconcertado por Isobel, una mujer tan impermeable a su encanto como un vegetariano en una barbacoa.

—Te estás haciendo el tonto a propósito —le acusó Rhianne, con las palabras amortiguadas por un bocado de tortilla. Estaba deliciosa, aunque la conversación se estaba desviando hacia un terreno menos apetecible.

—Es diferente —dijo en un tono melancólico—. Y no es solo porque pueda resistir mis devastadores encantos. Tiene un cerebro que probablemente podría alimentar a un país pequeño y proyecta suficiente energía como para cortocircuitar una torre de teléfono, cuando no la mantiene bajo control —Nel se pasó la mano por el pelo—. Pero es un punto discutible porque no he conseguido ni una pista de lo que es. Comparar mi progreso con el de un caracol es un insulto para los caracoles de todas partes.

—¿Es solo eso? —Rhianne ladeó la cabeza—. ¿Te mueres por resolver el misterio de su linaje sobrenatural?

Los labios de Nel se entreabrieron, al borde de la confesión o quizás de la negación, y luego se cerraron de golpe. Miró su reloj, un movimiento clásico de Nel para esquivar las arenas movedizas emocionales.

—Por supuesto —dijo, volviendo la sonrisa despreocupada como si hubiera recuperado el equilibrio en terreno conocido—. Como tú, nunca puedo resistirme a un rompecabezas.

—Nel…

—Tengo que irme volando, princesa. El deber llama, y es notoriamente impaciente —se puso la chaqueta, con una sombra de su encanto habitual, y se inclinó para besar la mejilla de Rhianne —. Tu desayuno siempre es un acierto, y sí, todavía quiero esa receta —se retiró hacia la puerta —. Incluso pagaré por tus hierbas y tomates de lujo. Es así de bueno —con una reverencia más dramática que digna, hizo su salida.

Levantándose de su asiento, Rhianne se apoyó en el alféizar de su ventana y observó a Nel deslizarse en su coche. ¿Era su imaginación, o sus pasos carecían de su energía y alegría habituales? La imagen le hacía un nudo en el corazón.

El problema era que no sabía *cómo* ayudarle. Nel significaba el mundo para ella. Su mejor amigo era más bien como un hermano mayor, un hermano mayor irresponsable que necesitaba su ojo vigilante.

Nel había entrado en la vida de Rhianne cuando, a los dieciséis años, se coló en su club siendo una rebelde adolescente. Con los ojos de águila de un portero experimentado pero el corazón de un osito de peluche, Nel la había pillado con las manos en la masa, optando por obsequiarla con cócteles sin alcohol y cuentos chinos en lugar de echarla. Fue un comienzo poco

convencional para una amistad que había resistido más de dos décadas de tormentas y días soleados de la vida.

La apuesta improvisada había secuestrado la rutina matutina habitual de Rhianne, que normalmente era un asunto sereno que incluía un paseo por el parque nacional y la contemplación, resultado de su creciente impaciencia con el drama continuo de Nel con Kai.

Nel había estado dando a Kai la espalda, adoptando una actitud más fría que un muñeco de nieve, mientras que Kai, siempre diplomático, lograba mantener sus interacciones tan cálidas como una taza de té tibio. La fricción entre ellos era obvia, con Rhianne atrapada en medio.

Una pizca de celos probablemente contribuía, pero eran sobre todo las personalidades chocantes las que sazonaban su enemistad.

Mientras que Kai era la encarnación de “habla suavemente y lleva un gran palo”, a menudo confundido con una supercomputadora andante, Nel era más bien “habla fuerte y sé el palo”: el alma de cualquier fiesta y de la fiesta posterior.

Sus diferencias eran evidentes; Kai veía las reglas como textos sagrados, su cerebro un archivador meticulosamente organizado. Nel, por otro lado, las veía más como “sugerencias”, guiado por la filosofía de que la vida era demasiado corta para cualquier cosa que no fuera a toda máquina. Este choque fundamental de temperamentos había llevado a una situación en la que lo único en lo que estaban de acuerdo era en su irritación mutua, convirtiendo las misiones de pacificación de Rhianne en intentos de alinear estrellas en lugar de simplemente tender puentes.

Así que el gran plan B de Rhianne era inyectar algo de amabilidad en sus interacciones, o al menos negociar un alto el fuego que pudiera pasar por civilizado.

Dejando a un lado sus preocupaciones por la soledad de Nel y su enemistad con Kai, echó un vistazo al reloj de la cocina. De manera silenciosa pero severa, le recordaba que era casi hora de cambiar su sombrero de mediadora por el de propietaria del vivero.

Una montaña de papeleo se cernía en su horizonte, evidencia de sus impresionantes habilidades de procrastinación.

Carl y Alice, sus empleados gárgolas, dirigían el vivero con la eficiencia de una máquina bien engrasada. De hecho, planeaba sobornar a Carl para que la ayudara con el papeleo administrativo; a Carl le *gustaba* hacerlo.

Pero la resaca de adrenalina de la diplomacia a alta velocidad de la mañana, también conocida como carrera de coche contra moto, todavía corría por sus venas. Primero necesitaba sacudírsela de encima.

Rhianne emprendió su caminata, serpenteando hacia un claro que apreciaba mucho. La mañana se desplegaba con un destello de sol, de ese tipo que suavemente empuja las chaquetas de vuelta al armario y susurra sobre el abrazo de la primavera.

Aquí, había entablado una especie de amistad con un eucalipto gigante. Comulgar con la naturaleza, o como a ella le gustaba llamarlo, ‘escuchar a escondidas los chismes de los árboles’, se había convertido en una adición bienvenida a su día. Era su dosis diaria de telenovela arbórea, completa con secretos susurrados por el viento y los cuentos susurrantes de las hojas.

Estaba intentando nutrir otro poder naciente: su dríada interior, un legado del lado de su madre, la Gran Bruja.

Mientras se acomodaba en su roca habitual y cerraba los ojos, la canción del bosque cambió. El ritmo se volvió más rápido y urgente, tratando de llamar su atención. Un aroma distintivo, a madera y resina con un toque de menta, llenó sus fosas nasales.

Sus ojos se abrieron de golpe.

El abuelo Angelo la estaba llamando.

Recibir un mensaje de su abuelo a través de la flora local era un territorio nuevo para Rhianne. Hasta ahora, sus habilidades para susurrar a los árboles se limitaban más a la interpretación que al diálogo real. La urgencia del mensaje le dejó una sensación en el estómago que oscilaba entre una leve indigestión y los nervios previos a salir al escenario.

El verdadero enigma, sin embargo, era cómo responder. Rhianne había dominado el arte de escuchar a los árboles, pero ¿hablarles? Eso era tan efectivo como intentar enviar un mensaje de texto con una patata.

El desdén del abuelo por la tecnología moderna no ayudaba. Su casa era un agujero negro para las señales telefónicas, o precarias en el mejor de los casos. Mantenía la firme creencia de que los aparatos hacían que la gente apresurara la vida en lugar de vivirla al ritmo del crecimiento pausado de los árboles. Al intentar enviar una confirmación mental a los árboles, Rhianne no obtuvo más que una cacofonía en respuesta, el equivalente a una señal de ocupado o ‘no interesado’ en el mundo natural.

Con la urgencia mordiéndole los talones, marchó de vuelta a su apartamento para buscar la sabiduría de Toto, su consultor de cabecera. Sin embargo, Toto brillaba por su ausencia, dejando a Rhianne preguntándose cómo invocar a un ser feérico astuto, siempre presente cuando menos se le espera pero nunca cuando se le necesita.

A Toto podría molestarle que lo llamaran ‘perro’, pero claramente había algo de afecto perruno en su corazón por esa forma.

—Lo que daría por un botón de ‘Invocar a Toto’ ahora mismo —murmuró, contemplando la comodidad de un marcado rápido mágico en un mundo donde su actual herramienta de comunicación de crisis eran las hojas susurrando al viento.

Rhianne intentó llamar al teléfono fijo del abuelo, pero sonó con una persistencia solitaria, sin respuesta.

¿Debería llamar a su madre? Negó con la cabeza. Eso sería como llamar al GEO por un gato atrapado en un árbol. Su relación, aunque en vías de recuperación desde el incidente que había borrado su deuda de sangre, aún no estaba al nivel de “desahogarse durante el brunch”.

Dudó, en parte porque temía que la reacción de su madre al mensaje del árbol pudiera incluir una mirada de exasperación tan poderosa que se podría sentir a través de la línea telefónica.

Y luego estaba todo el asunto del poder de dríada en ciernes. Admitir eso inevitablemente llevaría a charlas sobre entrenamiento formal y unirse al aquelarre, un grupo que solo aceptaba a Rhianne porque su madre era la Gran Bruja.

No, arrastrar a su madre a esto no era una buena idea. Necesitaba una solución que no implicara política de aquelarre ni revelar su afinidad secreta por los chats basados en plantas.

Además, esto podría no ser nada.

Sin embargo, el picor de la curiosidad y la preocupación era demasiado persistente para ignorarlo. Era hora de un enfoque poco convencional. Si podía comunicarse con los árboles, tal vez, solo tal vez, podría extender su recién descubierto servicio postal para llegar a Toto.

Era una posibilidad remota, pero entonces, Rhianne nunca había sido de las que juegan sobre seguro.

Optando por una posición estratégica, se acomodó en la silla favorita de Toto, la que él había reclamado como su trono, a pesar de ser un mueble humano perfectamente ordinario. Podría no ser una varita mágica, pero ey, la superstición aún no había patentado.

Cerró los ojos, evocando la imagen de Toto como el adorable y esponjoso Maltés que había presenciado muchas de sus travesuras infantiles.

Toto había sido el fiel compañero de Rhianne cuando tenía seis años; su llegada coincidió con el descubrimiento de su padre elfo, Caelan, de que tenía una hija.

El enigma de la verdadera naturaleza feérica de Toto persistía: poderoso, sabio y anticuado, rasgos que compartía con su padre, Caelan, aunque Rhianne podría cuestionar el descriptor de ‘sabio’ en el caso de Caelan.

—Concéntrate —murmuró.

Esta vez, Rhianne decidió pasar por alto la imagen mental de Toto en su habitual forma esponjosa, que siempre le daban ganas de ofrecerle una golosina y rascarle la barriga, y en su lugar, conjuró su encarnación menos mimosa y más regia como un águila cuneiforme.

Este era Toto en su modo 'Soy demasiado majestuoso para molestarme con travesuras mortales'. El águila servía como un medio más rápido de viaje, como actualizar de correo postal a correo electrónico.

Mientras se sumergía más profundamente en su estado de concentración, un susurro de conexión tintineó en el borde de su conciencia, elusivo pero insistente. Lo agarró mentalmente, imaginándose tocando una campana para la cena.

Una ráfaga de calidez jugó con su cabello, un preludio a la voz que llevaba una mezcla de diversión y exasperación.

—¡Por los vientos susurrantes! Uno no simplemente grita a un ser feérico como si estuviera llamando a un taxi en el reino mortal. ¿Hemos abandonado todas las formas de etiqueta mística, Rhianne? —dijo Toto.

Abriendo los ojos, Rhianne sonrió radiante.

—Te llamé —dijo con asombro.

—Ruidosamente —gruñó Toto en respuesta.

Cualquier otra persona habría reaccionado ante la gran águila frente a ella con una saludable dosis de miedo, pero Rhianne extendió la mano y le acarició la espalda. Su plumaje oscuro era magnífico. A pesar de sus quejas anteriores, Toto se derritió bajo su toque, inclinando la cabeza.

Después de un momento, volvió a su forma de perro.

—¿Qué evento cósmico te ha impulsado a finalmente aprovechar tu habilidad de llamada a larga distancia? —preguntó.

Un calor incómodo se extendió por el rostro de Rhianne. Sería la primera en admitir que no era la mejor de las estudiantes; había estado trabajando en su paciencia y superando su reticencia a aprender magia élfica. Como bruja verde, encontraba alegría y propósito en el lenguaje de las hojas y los susurros del viento. Y curar a otros era un privilegio.

Sin embargo, cuando se trataba de aventurarse en los reinos más amplios de sus poderes heredados, el viaje era más como navegar por un zarzal que por un camino claro en el bosque.

Según Toto, el problema era su concentración, comparable a la de una mariposa en una tormenta. Pero ella pensaba que la verdadera razón era que su magia era pequeña e insignificante.

En un momento de honestidad, reconoció que era principalmente miedo: todos la habían tratado como una híbrida débil que no pertenecía ni al mundo sobrenatural ni al humano. Bueno, Toto y Nel no, pero ellos no contaban porque la amaban. Aunque ahora esa lista estaba creciendo.

Interrumpiendo sus pensamientos en espiral y esperando alejarse de su monólogo interno, Rhianne soltó de repente:

—El abuelo Angelo llamó… a través de los árboles.

Toto inclinó la cabeza.

—Es alentador ver florecer tu magia de dríada, aunque sea al ritmo de una tortuga particularmente cautelosa. Pero sospecho que hay más en esta convocatoria que celebrar tus nuevos poderes.

Rhianne estiró los brazos por encima de la cabeza y rotó el cuello.

—Es posible que el abuelo me haya llamado antes y nunca lo haya notado. Normalmente, se comunica con mi madre. Él sabe que no puedo hablar con los árboles.

Toto levantó una ceja.

Rhianne suspiró.

—No podía *antes*, pero él no lo sabe, ¿verdad? Así que, ¿por qué llamarme a mí? Intenté llamarlo, pero no obtuve nada.

—Estás preocupada —dijo Toto, y le lamió la mano.

—Sí, lo estoy. ¿Hay alguna forma de contactarlo?

—Puedo superar esas expectativas —dijo Toto, acicalándose.

—¿Ah, sí?

—Puedo abrir un portal para llevarnos allí.

CAPÍTULO 3

—¿Qué? ¿Ahora mismo? —preguntó Rhianne, su voz rebotando en las paredes de su apartamento.

—¿No estás ansiosa por aliviar tus temores? —preguntó Toto.

No debería haberse sorprendido. Sí, usar portales era una habilidad rara, reservada para los escalones más altos de los seres místicos. Pero Toto había usado un portal para colarse en una fiesta élfica en su reino durante un caso anterior. Ella había visto y sentido lo suficiente de él para saber que era poderoso. Sin embargo, entre los que podían usar portales, pocos podían llevar a otros con ellos.

—Bueno, sí, pero… —Había pasado por un portal un total de dos veces, y ambos viajes habían sido menos un 'viaje mágico' y más una 'experiencia de secadora'. Decían que se volvía más fácil con el tiempo, pero sospechaba que *ellos* eran las mismas personas que afirmaban que 'crecerás hasta que te queden bien las orejas'.

Toto se sentó sobre sus patas traseras, la viva imagen de la paciencia, si ignoraba la cola golpeando expectante contra el suelo.

Está bien, era hora de atarse las botas con enredaderas de coraje. —Le avisaré a Carl y Alice que nos iremos —ya estarán en el vivero— y luego podremos partir.

Rhianne bajó corriendo las escaleras de su apartamento, cubriendo el corto trecho hasta el vivero en un santiamén —su lugar de caos y fotosíntesis.

Dentro de su oficina, Carl miraba fijamente su montaña de papeleo, pero sonrió al verla llegar. —¿Necesitas una mano? —Su gesto abarcó el paisaje de hojas sueltas y sobres sin abrir que habían reclamado cada centímetro de su escritorio, como una jungla de papel particularmente agresiva.

—¡Eso sería fantástico! Tengo que ir a la costa a ver al abuelo —anunció Rhianne en un tono despreocupado pero animado, como si 'visitar al abuelo' no implicara nada más que un corto viaje soleado en lugar de un viaje por portal.

La sonrisa de Carl se desvaneció, su postura pasando de relajada a alerta máxima en un nanosegundo. —¿Está todo bien?

Rhianne luchó contra el impulso de poner los ojos en blanco.

Carl era un osito de peluche —si los ositos de peluche también fueran guardaespaldas y ocasionalmente dioses nórdicos. Medía más de dos metros, y Rhianne tenía que estirar el cuello para mirarlo. Amable, un poco tímido, pero con un instinto protector más amplio que la Gran Barrera de Coral. En el momento en que el peligro husmeaba alrededor, Carl se transformaba en un muro de ladrillos con puños de piedra.

Quería tranquilizarlo e ignoró la vocecita en su cabeza que sugería que esto era más que una simple escapada. El optimismo ganó. Si Carl olía problemas, insistiría en acompañarla, probablemente arrastrando a Alice y al resto de su variopinto grupo al lío. Rhianne imaginó el escenario: un viaje por carretera lleno de buenas intenciones, terminando en una decepción colectiva si todo lo que el abuelo quería era charlar sobre el clima.

—Todo está bien, pero el abuelo quiere hablar, así que Toto me llevará —se encogió de hombros.

Carl inclinó la cabeza, un soldado aún en alerta pero ahora desconcertado por la táctica.

Rhianne desvió su inminente sobreprotección añadiendo: —La recepción es atroz allí, y vamos por portal, así que debería estar de vuelta en un periquete. Todo bien. Pero oye, si te apetece ocuparte de algo de este papeleo mientras estoy fuera, te deberé un almuerzo.

—Si estás segura de que no necesitas ayuda…

Rhianne le dio una palmadita en el brazo y le dedicó una sonrisa radiante. —¡Eres el mejor! Tengo que correr antes de que Toto se aburra y se vaya a perseguir zarigüeyas. —Con un gesto de despedida, dio media vuelta y salió marchando. En el momento en que estuvo fuera de vista, corrió de vuelta a su apartamento.

Toto estaba tumbado en su sillón favorito y abrió un ojo cuando ella entró.

—Vale, cogeré una chaqueta y podremos irnos. —Podía hacer frío por la noche en el interior donde vivía el abuelo. Aunque esperaba que fuera un viaje corto y que estaría de vuelta mucho antes del anochecer, a Rhianne no le gustaba el frío. Tal vez algo de la preparación de explorador de Kai se le estaba pegando.

Cuando regresó, Toto bajó de un salto. Mientras levantaba una pata, una suave luz los envolvió, un espectáculo de magia tan refinado que Rhianne se tomó un momento para admirar su precisión —justo antes de recordar que estaba a punto de ser lanzada a través del equivalente mágico de un tiovivo en una feria.

La luz se arremolinó alrededor de Rhianne mientras la sensación de ser elevada en el aire la golpeaba. La experiencia era un claro recordatorio de por qué usar un portal estaba ahora en su

top diez de cosas a evitar. Luchó contra su creciente náusea como si empujara contra una implacable corriente ascendente.

Mientras su cuerpo flotaba fuera de control, rodeado por una multitud de luces coloridas, Rhianne apretó los dientes. Esto debía ser lo que sentía una barrita luminosa si tuviera conciencia durante una fiesta rave. Cierto, la multitud de colores era impresionante, pero habría preferido mucho más un simple interruptor de 'encendido/apagado' para todo el asunto —o al menos un regulador de intensidad.

Cuando el espectáculo de luces terminó, Rhianne estaba de rodillas en un claro. Se detuvo, sus manos hundiéndose en la tierra suave y húmeda mientras el claro del bosque giraba lentamente a su alrededor, el musgo fresco bajo sus rodillas apenas registrándose a través de la bruma de mareo. No, viajar por portal seguía sin mejorar.

Flora, la mensajera élfica, le había dicho que lo había hecho bastante bien para una novata durante su primer viaje por portal.

Rhianne temía pensar en qué clase de desastre caía el 'no hacerlo bien'.

La última vez que había visitado al abuelo, Toto no la había acompañado. Aunque no lo había dicho, Rhianne sospechaba que no se sentía cómodo con los dríades locales. Él conocía el lugar, habiendo acompañado a Rhianne en sus escapadas de juventud, sirviendo como su peludo chaperón de cuatro patas.

La razón exacta de su renuencia a mezclarse con los dríades seguía siendo tan clara como el barro. Fuera cual fuera el caso, era otro enigma más para añadir a la creciente pila de 'Misterios de Toto'.

Una vez que se sintió lo suficientemente estable, o al menos no se avergonzaría cayéndose, Rhianne se puso de pie y se sacudió los vaqueros. Toto estaba posado en una roca, olfateando el aire, con los ojos entrecerrados. —Algo no anda bien —dijo, girando la cabeza como un radar peludo.

Ella también olfateó. El aire estaba fragante con eucalipto, tierra húmeda y un susurro de sal marina que sugería que el océano estaba a tiro de piedra —suponiendo que pudieras lanzar una piedra a varios kilómetros de distancia.

Toto sacudió la cabeza, dando un solo ladrido desdeñoso. —El olor está demasiado lejos para discernirlo adecuadamente. Me abstuve de transportarnos directamente al centro del dominio de tu abuelo, para evitar que percibiera nuestra llegada como una provocación y respondiera de la misma manera.

Rhianne, momentáneamente distraída por la corteza sedosa de un eucalipto blanco, miró a Toto, desconcertada. —¿Qué quieres decir? los dríades son pacíficas.

Toto resopló. —Tienes una visión color de rosa pintada con el pincel de la juventud y la protección de tu abuelo. Si se ven amenazadas, los dríades pueden y usarán la fuerza para defenderse. Tienen muchas herramientas a su disposición.

Mientras Toto se alejaba trotando, Rhianne lo siguió, sus sentimientos oscilando entre la confusión y la irritación.

—Bueno, todos deberían poder protegerse —dijo. La idea de dríades militantes la inquietaba. Además, ¿qué iban a hacer? ¿Lanzar insultos desde la seguridad de sus posiciones enraizadas?

Sus recuerdos de los veranos pasados con el abuelo estaban llenos de helados y sol, sin ningún golpe de estado liderado por dríades.

En retrospectiva, rara vez había conocido a otros dríades. En ese momento, lo atribuyó a que el abuelo era el equivalente forestal de un ermitaño, quizás prefiriendo la compañía de plantas que no respondieran.

Distraída, Rhianne fue tomada por sorpresa cuando el suelo se abrió bajo ella. Un segundo estaba en tierra firme, al siguiente caía por lo que parecía la madriguera gigante de un wombat, cayendo y evitando por poco un aterrizaje de cara contra la tierra.

Un dolor punzante le atravesó el tobillo cuando intentó levantarse. No cooperaba, y Rhianne volvió a sentarse.

Ahora atrapada en un agujero con paredes tan lisas como la pista de una bolera y un tobillo haciendo un berrinche monumental, no iba a salir de esta fácilmente.

Las paredes de dos metros eran demasiado lisas para escalar, y con su tobillo palpitando, ponerse de pie parecía imposible. A través de la neblina del dolor, examinó su cuerpo y dejó que su magia intentara diagnosticar sus lesiones.

Sus habilidades de curación seguían siendo nuevas e inestables. La última vez que había intentado curarse a sí misma, se había desmayado. A su alrededor, el silencio era inquietante, solo interrumpido por un pájaro que volaba por encima, burlándose de su situación desde una distancia segura.

—¡Toto! —gritó, su voz haciendo eco en las paredes.

Nada más que el silencio le respondió, denso e implacable.

—Toto —intentó de nuevo, esta vez con un toque de desesperación.

La tierra comenzó un ominoso retumbar, y las paredes empezaron a acercarse lentamente.

El corazón de Rhianne hacía su mejor imitación de un solo de batería mientras se arrastraba hacia el centro del agujero, su situación oscilando entre mala y peor. Si no se curaba, estaba perdida.

Gruñidos y ladridos distantes, amortiguados por la tierra, llegaron a sus oídos. Toto estaba ahí fuera, probablemente atrapado en su propia lucha. Sin duda se desenterraría, pero a medida que las paredes de su prisión de tierra se acercaban, el tiempo era un lujo, y Rhianne estaba en bancarrota.

El pánico le anudó el estómago. Sus perspectivas se reducían a un rango entre sombrías y desoladoras. En un último esfuerzo, transmitió un SOS mental y lo mantuvo en repetición. Las paredes ahora rozaban sus costados, así que se acurrucó en una bola apretada, jadeando cuando movió su tobillo.

—Al diablo con esto. —Improvisó un hechizo que curaría su tobillo de golpe, que se jodieran las consecuencias. Necesitaba poder trepar para salir. Pero cuando invocó su magia, escuchó antes de sentir que las paredes se detenían.

En la parte superior, Toto la miraba desde arriba, su pelaje hecho un desastre de barro y su expresión una mezcla tumultuosa de rabia y preocupación.

—Gracias, Toto —dijo ella.

—Yo no detuve el avance de la tierra —dijo él, su gruñido revelando su orgullo herido.

Rhianne se abrazó a sí misma. —¿Entonces quién lo hizo?

—Yo lo hice. —Una figura apareció en el lado opuesto a Toto.

Su cabello gris caía en suaves ondas, enmarcando su rostro, mientras sus preocupados ojos verdes se fijaban en ella.

El alivio golpeó a Rhianne como una cálida ola, y dejó escapar un gran suspiro. —Abuelo —susurró. Ahora que el pánico había pasado, su cuerpo comenzó a temblar, y el frío se extendió por sus huesos. Todo a su alrededor se volvió borroso, y su intento de lanzar algo de magia a su tobillo como que… se desvaneció en la nada. Luego, todo se volvió negro.

CAPÍTULO 4

Rhianne despertó con la luz del sol en su rostro, jugando al «ahora me ves, ahora no me ves» con las sombras. A su lado, un punto cálido sugería la vigilia de un compañero. Su mano encontró el suave e inconfundible pelaje de Toto. Con un esfuerzo de gran magnitud, se frotó el sueño de los ojos, permitiendo que la habitación entrara en foco.

La cama en la que yacía era menos un mueble y más el resultado de la creencia del abuelo de que si podías construirlo con troncos, absolutamente deberías hacerlo.

El edredón que la cubría era un bosque en otoño, un caleidoscopio de cuadrados de tela en tonos de verde, marrón y dorado, posiblemente elegidos por alguien con los ojos vendados, un acogedor patchwork de aleatoriedad.

Dispersos por la habitación, los muebles tenían el encanto rústico de objetos elegidos por su capacidad para resistir tanto el tiempo como el ocasional encuentro con la fauna local en interiores.

Las estanterías ofrecían un museo de los gustos eclécticos del abuelo, albergando desde libros que olían a vainilla hasta baratijas con historias que contar.

Junto a la ventana, se alzaba un escritorio lleno de los intentos de Rhianne por dibujar el monte circundante. Sus dibujos enmarcados estaban iluminados por una lámpara que había ayudado a tallar de un tronco de árbol que el abuelo había arrastrado una vez hasta la cabaña.

Las paredes estaban mayormente desnudas, excepto por algunas fotografías de Rhianne. Trazaban su evolución desde una niña pequeña con rebeldes rizos castaños claros, con aire de estar tramando su próxima gran aventura, hasta una instantánea más reciente frente a su negocio de jardinería, «El Paisaje de las Hojas de Té». En ella, posaba con la confianza de alguien que había logrado convencer a un cactus de florecer.

La habitación estaba impregnada de recuerdos, risas y algunas decisiones decorativas cuestionables, envolviendo a Rhianne en el abrazo reconfortante de un lugar que se sentía como su hogar.

—Hola, Toto —croó.

Toto le lamió la mejilla.

—Ya era hora de que volvieras al reino de la consciencia —dijo, con un tono que pretendía ser desdeñoso pero que caía de lleno en el territorio de «bola de pelo preocupada».

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Rhianne intentó incorporarse antes de que un dolor agudo y una rigidez peculiar la detuvieran. Tanteando, sus dedos tropezaron con lo que se sentía sospechosamente como el vendaje de una momia.

—Tres largas horas —resopló él.

—Durante las cuales se negó a apartarse de tu lado —dijo el abuelo desde la puerta. Llevaba su look característico sin importar la estación: una camiseta marrón oscuro y pantalones cortos color caqui.

Toto murmuró algo sobre no confiar en árboles viejos y marchitos, pero el abuelo ignoró el comentario mientras entraba. Se sentó al otro lado de la cama y tomó la mano de Rhianne.

—No es que no esté contentísimo de verte, zarigüeya, pero ¿qué te trae por aquí?

¿Eh? —Tú me llamaste —dijo ella, su mente dando volteretas tratando de armar el rompecabezas.

—Yo no lo hice. —Su mirada se desvió hacia el exterior, presumiblemente hacia donde se encontraba la reliquia del teléfono.

—No de esa manera, abuelo. —Ladeó la cabeza—. Escuché tu llamada a través de los árboles.

Los ojos del abuelo reflejaron su propia confusión. Ella había estado tan segura de que él la había llamado. ¿Lo había interpretado mal?

—¿Los árboles? Pero yo… —Su expresión cambió cuando una sonrisa dominó su rostro curtido—. ¿Ahora puedes oír a los árboles?

—Eh, ¿más o menos? —Rhianne ahora se preguntaba si toda esta aventura había sido una pérdida total de tiempo.

El abuelo se inclinó, apartando suavemente un mechón rebelde detrás de su oreja.

—Increíble. Todos pensaban que no tendrías magia de dríada; decían que estabas demasiado mezclada con otras líneas de sangre para tener una oportunidad. Pero caramba, mírate ahora. —Sus ojos brillaban con una mezcla de orgullo y un toque de «te lo dije»—. Siempre supe que tenías un don para los árboles.

Su sonrisa era contagiosa mientras le apretaba la mano.

—Pero ¿dijiste que no me llamaste? —Vale, así que había pasado de largo la confusión y ahora estaba aparcando en el territorio de «¿Qué demonios pasa en este bosque encantado?».

El abuelo miró por la ventana, que ocupaba un lugar privilegiado justo en el centro de la pared a la izquierda. Sus ojos se detuvieron en un alto eucalipto, una imagen de tranquilidad hasta que el profundo y retumbante llamado del pavo silvestre rompió el silencio.

El abuelo se rio, con una mirada de complicidad en sus ojos.

—No lo hice, no de la manera que piensas.

Toto se sentó sobre sus patas traseras, con los dientes al descubierto en lo que parecía una mueca de desprecio.

—Oh, por la luna llena, ¿serías tan amable de prescindir de los enigmas y darnos una respuesta directa? Tus palabras dejan mucho que desear en cuanto a claridad.

La sonrisa desapareció del rostro del abuelo tan rápido como una estrella fugaz en una noche nublada.

—Hemos tenido un verdadero desastre en nuestra comunidad. Una buena amiga mía, Elvira, ha muerto, y su nieto ha desaparecido.

—Sospechas que hubo juego sucio —dijo Rhianne.

La policía solo se involucraba si había víctimas humanas o si la comunidad sobrenatural los llamaba para pedir ayuda, lo cual no ocurría nunca. La arrogancia, el disgusto por todo lo diferente y los seres sobrenaturales eran mejores amigos, a menudo vistos del brazo paseando con desdén por la avenida de la Estrechez de miras.

—No lo sé con seguridad, pero fue tan repentino. Creo que pudo ser veneno. Sus labios estaban tan rojos como la flor de un árbol de callistemon. —Una mirada preocupada cruzó su rostro—. Somos un grupo de gente pacífica. No está bien.

—¿Tan pacíficos que colocaron trampas mágicas letales para visitantes desprevenidos? —preguntó Toto, de alguna manera luciendo impecable a pesar de las recientes aventuras. Tal vez había encontrado un arroyo encantado que no solo limpiaba sino que también perfumaba.

—Son tiempos difíciles. Quienquiera que sean estos intrusos, podrían intentarlo de nuevo. No nos sentimos seguros en nuestros hogares —dijo el abuelo.

Toto, con el pelo erizado, claramente no estaba de humor para respuestas diplomáticas.

—¿Qué habría ocurrido si no hubieras llegado a tiempo para detener la peligrosa prisión en la que Rhianne se encontró?

—Eso no habría… —El abuelo se pasó la mano por el pelo y frunció los labios—. Tienes razón. Fue arriesgado y peligroso.

Rhianne asintió.

—Convertirme en parte de un sándwich de tierra definitivamente no está en mi lista de las diez mejores formas de pasar el día. Estuvo demasiado cerca para mi gusto.

—Lo siento mucho, zarigüeya. Los árboles me avisaron cuando la trampa se activó y el eucalipto moteado de allí afuera prácticamente estaba haciendo volteretas para llamar mi atención.

Girando la cabeza, Rhianne saludó al árbol y le envió un breve agradecimiento.

—¡Caramba, de verdad estás hablando con los árboles! —La sonrisa del abuelo volvió con toda su fuerza.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me llamó aquí, o es que me he empezado a imaginar charlas con árboles? —Rhianne intentó sentarse de nuevo, con un poco más de cuidado esta vez. El abuelo se afanó en acomodarla, colocando almohadas detrás de ella para darle apoyo.

—Cuando encontré a Elvira, me invadió una oleada de sentimientos. Estaba pensando en tus recientes aventuras exitosas y los árboles debieron de pensar que era un grito de ayuda —dijo el abuelo.

—¡Espera! ¿Cómo es que estás al tanto de todo eso? —Rhianne había catalogado al abuelo como un ermitaño, felizmente ajeno a los dramas del mundo, su hogar una burbuja donde las noticias del exterior se desvanecían en las fronteras.

—Las noticias viajan por la red subterránea tan rápido como vuestros chismes tecnológicos. Y sí, hablo con tu madre de vez en cuando. —Su expresión se tensó, pero la suavizó antes de que Rhianne pudiera comentar algo—. Te has desenvuelto muy bien, zarigüeya. ¡Estoy tan orgulloso que podría explotar como un corcho! ¡Y ahora estás accediendo a algo de magia de dríada! —Sacudió la cabeza como si aún no pudiera creerlo.

—Bueno, ya que estoy aquí, echaré un vistazo a ver si puedo averiguar qué le pasó a Elvira —dijo Rhianne.

El abuelo negó con la cabeza, las arrugas de preocupación profundizándose. —Estás magullada y esto es un asunto feo. Mejor vuelve a casa y cúrate.

No, no iba a enviarla de vuelta después de todo esto. —Puedo curarme yo misma —dijo, con más valentía de la que sentía. Toto estaba aquí y podría ayudar—. Además, se me da bien esto de investigar. Si hay un niño desaparecido, quiero ayudar.

—¿Eres una sanadora? —Las cejas del abuelo se alzaron.

Aún incómoda con la designación, Rhianne se encogió de hombros. Sin embargo, sanar era su magia favorita, especialmente cuando se mezclaba con su don para las plantas y su talento

para preparar remedios. Le gustaba curar a la gente, como un jardinero cuidando plantas marchitas, pero con menos tierra bajo las uñas.

El abuelo tomó la barbilla de Rhianne. —Estás llena de sorpresas, zarigüeya, pero es un asunto peligroso, y tu madre me despellejaría si te pasara algo.

—¿Qué, más arriesgado que tus trampas en el patio trasero? —Lanzó la pulla, desesperada por quedarse en el juego. El niño desaparecido necesitaba toda la ayuda posible, y ella no iba a saltar por otro portal tan pronto.

Por supuesto, tendría que avisar a su equipo, no fuera que montaran un rescate y recibieran una bienvenida menos que cálida. Incluso siendo familia, casi había terminado dos metros bajo tierra en una tumba casera.

El abuelo suspiró. —Eres tan testaruda como tu madre.

Rhianne resopló; lo dudaba.

—Vosotras dos sois de la misma madera, más de lo que crees. Está bien, zarigüeya. Hablaré con el Consejo de Ancianos, y luego podrás examinar la escena y ver qué puedes olfatear. Volveré en un santiamén. Cuídala, Toto.

Cuando el abuelo se fue, Rhianne se volvió hacia Toto. —¿Qué piensas?

—Creo que hay más en esta historia de lo que ha revelado —dijo Toto, lanzando una mirada cautelosa hacia la puerta como si se asegurara de que el abuelo se había ido—. Independientemente de su creencia en agresores externos en lugar de internos, el despliegue de defensas mágicas tan potentes parece extremo.

—Estoy de acuerdo. Mi primera preocupación es el niño desaparecido, aunque cuando el abuelo dice ‘niño’, ¡quién sabe! ¡En años de dríada, eso podría significar alguien cerca de los treinta! —Rhianne juntó las puntas de los dedos—. Bien, lo primero es lo primero, ¿puedes echarme una mano para afinar mi magia para una curación casera?

Toto chasqueó la lengua. —Está dentro de tus capacidades administrar la autocuración. Te he explicado antes que esa magia es rara, y yo no la poseo.

—Sí, lo sé. Pero ¿recuerdas la última vez que intenté curar? Acabé desmayándome. Mi madre estuvo menos que encantada. —Eso era quedarse corta, su madre, normalmente tranquila y serena, había estado frenética—. Lo mismo que hice cuando te curé aquella vez.

—Un simple asunto de aplicar un toque más refinado a tus habilidades. Las consecuencias apenas fueron perjudiciales para ninguno de los dos.

Rhianne jugueteó con las sábanas de la cama, sus dedos bailando sobre la tela. La idea de volver a acceder a su magia era a la vez emocionante y escalofriante.

Con la noticia del abuelo ahora en segundo plano, la súplica de su tobillo por atención se volvió imposible de ignorar.

—Empieza con algunos ejercicios de respiración. Observaré e intentaré intervenir si tu magia se intensifica indebidamente —dijo Toto.

—¿Qué quieres decir con 'intentaré'? —La ceja de Rhianne se arqueó, su voz elevándose.

—Procede con confianza. Lo lograrás.

Un dolor agudo se aferró a su tobillo, y Rhianne hizo una mueca. Apretó los dientes para soportarlo. Las apuestas eran altas. Si iba a resolver este caso y encontrar al niño, necesitaría estar de pie, literalmente. El interior la esperaba, y con él, las pistas para resolver el misterio.

Rhianne cerró los ojos, desconectándose del mundo para acceder a sus reservas mágicas. Para ella, la magia se manifestaba como zarcillos coloridos, cada uno brillando con tonos que olían a lluvia sobre pavimento caliente o a galletas recién horneadas, dependiendo de su humor.

Dentro de ella, la magia burbujeaba con el entusiasmo de un cachorro viendo su correa, lista para salir disparada a la primera oportunidad. La contuvo un poco. Necesitaba ser un bálsamo, no el torrente en que ansiaba convertirse.

El eucalipto de fuera le envió un empujón mental, que Rhianne esperaba fuera su versión de un pulgar arriba.

Respiró hondo, liberando su magia. Pero en lugar del suave arroyo que pretendía, su magia brotó como rápidos de río, sorprendiéndola incluso a ella misma.

Luchando contra ella, se concentró en su tobillo. Imaginó la magia entretejiendo su lesión, el calor extendiéndose, uniendo ligamentos desgarrados y calmando la inflamación.

La magia, sin embargo, tenía otras ideas, empujando contra sus restricciones mentales. La energía, rebelde e intensa, comenzó a tejerse no solo alrededor de su tobillo sino extendiéndose hacia el eucalipto de fuera.

El árbol reaccionó con un temblor de sus hojas, como diciendo: '¿En serio?'. Rhianne intentó contener la magia de nuevo. Pero no cedía; su entusiasmo era implacable.

La oscuridad amenazaba con apoderarse de ella. Su visión se nubló y sus extremidades se volvieron pesadas.

Toto ladró, colocando sus patas sobre el pecho de Rhianne y lamiéndole la cara. Debió ser más que una acción física porque su interferencia envió una breve descarga a través de su columna vertebral.

Tirando una vez más como si fuera un caballo salvaje, Rhianne lo intentó de nuevo. La magia se encabritó, pero comenzó a ceder. Mantuvo firmes las riendas y, finalmente, se calmó,

desapareciendo con un estallido.

El eucalipto de corteza garabateada agitó sus hojas otra vez, esta vez con un sonido sospechosamente parecido a una risa.

Rhianne parpadeó. Toto estaba justo frente a ella, estudiándola. Después de un digno lengüetazo en su mejilla, se acomodó a su lado, aclarándose la garganta.

Sí, Rhianne reconoció esa mirada y postura tan familiar; estaba a punto de darle un sermón.

—He mencionado antes que tu magia requiere un compromiso más constante. Sin él, está predispuesta a actuar, como una niña malcriada, cada vez que te dignas a invocarla.

Su tono era severo, pero Rhianne podía escuchar la preocupación subyacente. No creía que su magia fuera peligrosa, pero él tenía razón: necesitaba controlarla.

—Me has estado entrenando durante unos meses —sus palabras bordeaban la acusación. Suspiró—. Sé que debería practicar más a menudo, es solo que…

—Sé que te asusta, pequeña. Esa es precisamente la razón por la que debes usarla y aprender a manejarla bien.

Rhianne quería argumentar que no estaba asustada y que no necesitaba la magia. Pero ambas cosas eran falsas.

Su magia curativa era rara. No solo en la Tierra, sino también en el reino de los elfos.

Hasta hace unos meses, ni siquiera había querido reconocer la existencia de sus poderes élficos. En parte porque estaba enojada con su ausente padre elfo, que solo había hecho algunas apariciones esporádicas a lo largo de los años —apareciendo con una ráfaga de magia y marchándose antes de que alguien pudiera pedir un bis—, pero sobre todo porque la hacía más diferente.

Como híbrida, no se suponía que tuviera mucho poder. Por supuesto, la gran mayoría de los híbridos eran parte humanos.

Pero Rhianne no. Con una madre que era bruja —y no del tipo “puedo encontrar llaves perdidas”, sino del tipo poderoso de “podría accidentalmente convertirte en un tritón si no eres educado”—, Rhianne era más bien un cóctel mágico con un toque especial.

De alguna manera, en lugar de disminuir sus poderes, la combinación había producido talentos inusuales. Su magia no sería de nivel cinco —el nivel más alto alcanzable— como la de Kai, que era el Tony Stark de los magos tecnos. Pero todas sus magias juntas… Tenían un gran impacto, especialmente sus habilidades curativas.

En cuanto a necesitar la magia… bueno, había realizado varias curaciones en los últimos meses. Una de ellas cuando Toto fue hechizado en una muy poco favorecedora imitación de una

alfombra. Pensar en lo que podría haber pasado si no hubiera usado su magia para curarlo le provocó un escalofrío por la espalda.

Toto había jurado que habría estado bien, pero había estado inconsciente y su respiración apenas perceptible.

Además, usaba su magia para cultivar plantas curativas y desarrollar medicinas.

Así que necesitaba aprender.

Aparte, era como intentar volver a poner el corcho en la botella del djin. Era demasiado tarde. La magia había despertado y le gustaba "hacer cosas". Lo que Rhianne pensara de eso era irrelevante.

Toto debió haber adivinado parte de sus pensamientos. —Debes desafiar a la magia más allá de nutrir tus plantas. Debes expandir su alcance a otros propósitos.

Rhianne puso los ojos en blanco. —¿Qué sigue, Toto? ¿Debería empezar a convertir calabazas en carruajes? Es magia curativa. ¿Para qué más la usaría?

—Ese es un misterio que debes desentrañar por ti misma. Los archivos sobre magia como la tuya son escasos. Confieso que sus manifestaciones eclécticas me han dejado bastante perplejo.

Rhianne reprimió una sonrisa. ¿Toto admitiendo que había algo que lo desconcertaba?

Pero se puso seria, porque si Toto estaba desconcertado, ¿dónde la dejaba eso a ella? Decidió centrarse en la preocupación más inmediata: algo que estuviera bajo su control.

Con cuidado, probó su tobillo, preparándose para una molestia que nunca llegó. Animada, apartó las sábanas y colocó con cautela ambos pies en el suelo. Cuidadosamente, desenrolló el vendaje de alrededor de su tobillo, revelando la piel debajo. Levantando su tobillo antes lesionado, esperaba ver las señales reveladoras del trauma: hinchazón, enrojecimiento. Pero no había nada; parecía como si nunca se hubiera lastimado.

Toto saltó de la cama, sus ojos siguiendo cada uno de sus movimientos.

Ella se puso de pie, con el peso distribuido uniformemente, y le dirigió a Toto una sonrisa aliviada.

—Está bien. Debe haber sido un esguince.

Toto comenzó su marcha hacia la puerta, luego lanzó una mirada impaciente por encima de su hombro. —No, estaba inequívocamente roto, y lo has soldado perfectamente. Sin embargo, necesito sustento. Mientras esperamos la llegada de tu abuelo, te agradecería enormemente si pudieras proporcionarme algún alimento adecuado.

—Espera, ¿no es bastante impresionante que haya curado un hueso roto? —Los huesos rotos eran especialmente difíciles de arreglar, incluso para un practicante de magia experimentado. En

un momento de alarma, miró hacia abajo, preocupada de que pudiera haberlo soldado torcido, pero su pie se veía bien.

Desde más allá del umbral, donde Toto había hecho su abrupta partida, su respuesta flotó de vuelta, amortiguada e indistinta. Sin embargo, entre los sonidos confusos, una palabra se destacó con claridad cristalina: “Comida”.

CAPÍTULO 5

La cocina del abuelo, obstinadamente congelada en el tiempo, se mantenía en perfectas condiciones a pesar de su antigüedad. Las paredes, adornadas con armarios de madera, albergaban un ejército de frascos llenos de conservas caseras y especias.

Al examinarlos de cerca, algunos de los contenidos desafiaban el conocimiento de Rhianne: podrían haber sido cualquier cosa, desde cocina experimental hasta veneno.

La robusta mesa de roble, un mosaico de marcas de cuchillo y círculos de quemaduras, contaba historias de triunfos culinarios y algunas aventuras desafortunadas que podían o no haber involucrado un flambeado descontrolado, el intento de Rhianne cuando tenía ocho años.

La luz del sol se filtraba a través de las cortinas de encaje amarillentas, y en medio de todo, el reconfortante aroma de hierbas frescas se mezclaba con el más leve indicio de pan tostado quemado.

Un cuenco tallado de frutas en la encimera de la cocina estaba lleno hasta el borde de ciruelas de Davidson, bayas de ribera y lo que debían ser las últimas manzanas de la temporada.

Rhianne cogió una ciruela y le dio un mordisco.

—Estás de suerte, Toto; las ciruelas están deliciosas.

A Toto le encantaban las frutas, lo que podría haber sido extraño para un perro, pero era muy normal para un ser feérico. Rhianne cortó algunas de las ciruelas y las puso en un plato para él.

Se preparó una taza de té en una taza que decía “El Abuelo Casi-Legendario”. Encontró una hogaza de pan, cortó un trozo y luego lo untó con mantequilla como si estuviera pintando la Capilla Sixtina. Al darle un mordisco, lo saboreó. El pan de masa madre sabía fresco.

—Necesito avisarle a Carl y Alice que estaré fuera unos días —dijo Rhianne más para sí misma que para Toto, que estaba felizmente masticando la fruta.

Se mordió el labio. Iba a ser complicado explicar por qué. Rhianne quería que sonara como si se quedara para una agradable visita con el abuelo, pero no era muy buena en el subterfugio o la mentira. Además, si Alice y Carl percibían peligro, pasarían de ser estatuas a sobreprotectores más rápido de lo que se puede decir “granito”. Sonarían las alarmas y vendrían pisoteando todo, sin dejar piedra sin voltear, literalmente.

¡Vaya! Tal vez había más elfo en ella de lo que pensaba; los elfos sufrían consecuencias mágicas si intentaban mentir. Rhianne podía hacerlo, pero le hacía cosquillear el cuerpo y lo detestaba por principio.

La idea de tener rasgos élficos ya no la hacía salir corriendo como antes, pero tampoco la hacía sonreír. Los elfos y ella, bueno… era complicado.

Dio otro buen mordisco a su rebanada de pan de masa madre, dejando que el sabor ácido estallara en sus papilas gustativas.

Carl y Alice no eran los únicos sobreprotectores; Nel también lo era. La única excepción…

Rhianne chasqueó los dedos, sobresaltando a Toto que soltó un furioso ladrido como si estuviera listo para defenderla contra enemigos invisibles. ¡Vaya! Estaba nervioso.

—Llamaré a Kai y le pediré que les transmita el mensaje —dijo Rhianne con un gesto de asentimiento.

Kai era tan circunspecto como lógico, y tenía la brevedad de un tuit.

La señal de su móvil se redujo a una sola barra mientras deambulaba por la sala de estar. El área era tan descaradamente simple que hacía que el minimalismo pareciera extravagante: una mezcla de encanto rústico y lo que solo podría describirse como “supervivencia del más apto de los muebles”.

Las paredes, revestidas de eucalipto moteado, tenían el aire de las memorias de un árbol. Un sofá de cuero, que mostraba el desgaste digno de muchas siestas, dominaba un lado, flanqueado por dos mecedoras de madera negra.

En una esquina se alzaba una chimenea de piedra, su repisa un museo de rarezas que iban desde antiguas novelas que podrían servir como topes de puerta hasta fotografías que se habían desvanecido hasta la oscuridad artística.

En una pequeña mesa auxiliar, Rhianne vio el teléfono fijo. El aparato, con su disco giratorio y su pesado auricular con cable, se había desteñido hasta un tono gris que recordaba a un cielo tormentoso. Levantó el pesado auricular con cable y fue recibida por un tono que crujía como si intentara sintonizar con el pasado. Pero como la esperanza es lo último que se pierde, marcó el número de Kai.

—Hola, Rhi —Kai sonaba como si estuviera hablando a través de un tazón de cereales.

—Estoy en casa del abuelo y la recepción aquí es horrible.

—¿En Coffs?

—Sí, un niño está desaparecido y también tenemos una muerte sospechosa.

Después de una breve sinfonía de crujidos, la línea se cortó. Inmediatamente, su móvil sonó. Rhianne se acercó a la ventana y la abrió, asomando la cabeza y el móvil. Las barras del móvil bailaron al ritmo de dos. Su móvil sonó y lo contestó.

—¿Kai?

—¿Está mejor así? —preguntó él.

—Marginalmente, estoy medio colgada fuera de la ventana, arriesgando vida y extremidades por una barra de señal.

—He aumentado la señal tanto como he podido. ¿Dijiste algo sobre una muerte?

—Y un niño desaparecido —añadió Rhianne.

Una pausa al otro lado, y Rhianne estuvo tentada de sacudir su móvil. Finalmente, la voz de Kai volvió a la vida entre crujidos.

—¿Qué necesitas?

Rhianne sonrió.

—Necesito que le digas a Carl y Alice que no estaré por aquí durante unos días, pero omite la parte en la que estoy haciendo de detective.

—Ya veo —dijo él.

Rhianne podía imaginar a Kai pasándose la mano por su pelo rojo. El anhelo de pasar su mano por los suaves rizos la tomó por sorpresa.

—Puedo hacerlo. Debería poder liberarme y subir el jueves si aún estás por ahí —dijo Kai.

La culpa de dejar que Kai subiera luchaba contra su deseo de verlo. No solo era útil como investigador, también era su roca.

—Eso sería genial —se encontró diciendo, su corazón haciendo un pequeño baile de anticipación.

—Traeré mi lupa y mi mejor sombrero de detective. Ya sabes, por la estética —su voz llevaba una sonrisa tan amplia que casi podía verla.

Tan pronto como colgaron, Rhianne empezó a pensar en el caso. Tal vez el niño vio a su abuela muerta y huyó, asustado, en lugar de ir a buscar ayuda. ¿Qué edad tenía? Cuanto más tiempo estuviera desaparecido, mayor sería el peligro para él.

No había preguntado cuánto tiempo llevaba muerta la señora, pero sonaba como si hubiera sucedido esa misma mañana. Sospechaba que la desaparición del niño tenía que estar relacionada. Pero ¿cómo? La forma de la muerte podría ser su primera pista.

Suspiró. Ojalá Isobel estuviera aquí.

Rhianne parpadeó y miró su móvil, que aún mostraba dos barras. ¿Por qué no? Desplazó sus contactos y marcó.

—Hola, portadora de pasteles, ¿en qué puedo servirte? —contestó Isobel, con una voz rebosante de alegría que hizo que Rhianne comprobara la identificación de la llamada.

El habitual comportamiento telefónico de Isobel oscilaba entre lo "monosilábico" y el "¿Por qué interrumpiste mi importantísimo descanso para el café?". Ciertamente, Rhianne había descubierto desde el principio que el camino al corazón de Isobel —o al menos a su cooperación — estaba pavimentado con productos dulces. Una táctica que había empleado no tanto como soborno sino para atraerla a ayudar con ese primer caso. De alguna manera, se había horneado en una amistad porque Isobel era divertida. Sin embargo, el tipo de ser sobrenatural que era Isobel y su pasado estaban fuera de los límites. Rhianne no quería estar en su lado malo —nunca—, así que no indagaba *abiertamente*.

—¿Tan mal está la cosa en la morgue? —preguntó Rhianne.

Un pesado suspiro se escuchó alto y claro. —Papeleo. Se niega a morir. He considerado prenderle fuego, pero estoy bastante segura de que es como un fénix y se levantaría de las cenizas, más formidable y doblemente molesto. Además, las tasas de asesinatos en Sídney son abismalmente bajas, así que son todos casos mundanos.

—Eso es… bueno, ¿no?

Siguió una pausa cargada de angustia existencial. —Para los vivos, sí. Para una patóloga forense con inclinación por los desafíos y un leve problema de piromanía, no tanto.

—Bueno, puede que tenga algo para romper la monotonía. —De acuerdo, su caso era más un misterio que un titular en este momento. Pero los dríades tenían sentidos agudos. Si Elvira había sido envenenada, ¿cómo había logrado alguien introducir un veneno sin que ella lo notara?

—¿En serio? —La voz de Isobel subió en volumen y tono.

—No te emociones demasiado, estoy en Coffs Harbour, así que solo te llamo para pedir consejo.

—Oh, es un pueblo encantador con playas preciosas.

—Excepto que estoy en el interior —respondió Rhianne—. Sospecho que es veneno, aunque aún no he visto el cuerpo.

Se oyó un crujido al otro lado que sonaba como papeles moviéndose. —¿Hace cuánto tiempo? —El tono de Isobel había cambiado al "modo investigador".

—No estoy segura, pero el cuerpo fue encontrado esta mañana, y el nieto está desaparecido.

Se oyeron más ruidos de papeles, seguidos del sonido de una silla arrastrándose. —Te veré en el parque de diversiones Big Banana en una hora —dijo Isobel y colgó.

Coffs Harbour estaba a unas buenas cinco horas y media de Sídney. Incluso si Isobel volara, le tomaría algunas horas, suponiendo que pudiera conseguir un vuelo tan rápidamente.

—Supongo que la Dra. Dupre está en camino —preguntó Toto y meneó la cola.

—Sí, aparentemente. No sabía que podía usar portales —dijo Rhianne.

—Usar portales no es el único medio de viaje rápido, niña —dijo Toto, volviendo a saborear su fruta.

Rhianne lo miró con los ojos entrecerrados. Toto sabía algo sobre la naturaleza de Isobel. Habían tenido un *intercambio* durante la investigación en el reino élfico. Pero si lo sabía, no lo decía. No es que Toto no tuviera sus propios misterios que guardar.

Tal vez Isobel y Toto eran miembros con carnet de la sociedad “Guardemos los Secretos de los Demás y No le Contemos a Rhianne”.

Había hecho frío cuando llegaron, pero ahora el sol comenzaba a flexionar sus músculos, calentándolo todo. Sin estar preparada para la estancia prolongada, Rhianne ahora necesitaba lo que solo podía describirse como una “adición al guardarropa”.

Las tiendas en Coffs ofrecían muchas opciones, pero esto presentaba un nuevo problema: averiguar cómo llegar realmente al pueblo.

El viaje a Coffs era un trayecto en coche de media hora, pero la idea de soportar otro viaje por portal hacía que su estómago diera vueltas; ninguna de ellas del tipo bueno.

Entonces recordó que el abuelo tenía una camioneta que usaba para sus “viajes de suministros de emergencia”, lo que generalmente significaba que se había quedado sin cerveza.

Sin tiempo para pedir permiso —porque pedir perdón después era la mejor parte del valor— se puso a buscar las llaves.

Podrían estar de vuelta antes de que el abuelo siquiera lo notara. Después de todo, nada sucedía rápidamente para los dríades; operaban en una escala de tiempo que hacía que los glaciares parecieran apresurados.

Las llaves colgaban de un tablero de corcho junto a la puerta principal.

—Necesito ir de compras antes de encontrarme con Isobel. ¿Quieres venir? —Rhianne agarró las llaves y abrió la puerta de golpe.

Toto hizo una mueca de desprecio, caminando junto a ella con la cabeza en alto. —¿En uno de esos artefactos metálicos inferiores? Absolutamente no.

A los elfos y a los seres feéricos no les gustaba el metal. Rhianne no estaba segura si los debilitaba, como la plata a los hombres lobo, o si simplemente les irritaba. Por su parte, ella no tenía tales reparos. Metal, goma o caja de cartón, mientras la llevara del punto A al B, estaba dispuesta.

Al salir de la cabaña, Rhianne divisó el vehículo cerca del cobertizo. La camioneta Toyota —luciendo un mosaico de rasguños y abolladuras como medallas de honor de cada árbol y roca con los que había discutido— llevaba su gruesa capa de polvo con el orgullo de un perro viejo que se ha revolcado en algo indescriptible.

—¿Entonces te quedarás aquí? —preguntó Rhianne.

—¿En un bosque de dríades que tuvo la audacia de atraparme en un agujero en la tierra? —Toto gruñó—. Me elevaré a los cielos y realizaré una misión de reconocimiento. Quién sabe, podría descubrir algunas pistas revolucionarias con mi detección de ojos de águila.

Toto se transformó en un águila, ejecutó un par de saltos poco graciosos y luego se elevó, dejando a Rhianne preguntándose si realmente iba a buscar pistas o solo un lugar decente para una siesta.

—Bien —murmuró Rhianne y se dirigió a la camioneta. La puerta de la camioneta era tan terca como un koala aferrado a su eucalipto favorito, abriéndose solo después de una pelea y una sinfonía de crujidos. Se sabía que el abuelo trasteaba más que un gnomo con un nuevo artilugio, así que había buenas posibilidades de que el motor estuviera en mejor forma de lo que sugería su exterior.

Con una respiración esperanzada, Rhianne insertó la llave, un objeto pintoresco y casi mítico en el mundo actual sin llaves. Sonrió cuando el motor cobró vida con un ronroneo demasiado suave para algo que parecía haber sobrevivido a un par de apocalipsis.

El viaje por el camino de tierra convirtió sus entrañas en una licuadora improvisada. Se arrepintió de esa rebanada de pan con cada sacudida y traqueteo que le hacía vibrar los huesos.

Después de un trayecto que se sintió más como un rodeo sobre ruedas, Rhianne finalmente alcanzó el suave abrazo del pavimento, dejando escapar un suspiro de alivio. El camino por delante se desenrollaba como una cinta del regalo de una montaña, revelando una vista donde el sol jugaba al pillapilla con los destellos azules del océano.

Coffs Harbour se extendía abajo, manteniendo un equilibrio entre pueblo soñoliento y la emoción ocasional de alguien descubriendo un lugar de estacionamiento en hora punta.

Rhianne se dirigió a uno de los centros comerciales, pensando que ya era hora de mezclarse con la fauna local: compradores en su hábitat natural.

A pesar de maniobrar las llaves con la destreza de un cerrajero en prácticas, no pudo cerrar la puerta del coche. Dado el encanto del pueblo y la apariencia de la camioneta —que sugería que podría desmoronarse con un estornudo—, Rhianne se encogió de hombros ante cualquier preocupación por el robo.

Ejecutó una incursión de compras relámpago, entrando y saliendo en quince minutos, con un botín de artículos esenciales más algún que otro capricho porque, ¿por qué no? Trepando de vuelta a la camioneta, se dirigió al Parque de Diversiones Big Banana.

De niña, los viajes de Rhianne al Big Banana (como lo llamaban los lugareños) con el abuelo significaban conquistar la gigantesca pasarela del plátano como una pequeña montañista, terminando con bailes de victoria en la cima (el mirador).

Luego imaginaba que los jardines de alrededor eran selvas traicioneras, con ella como una valiente exploradora navegando por peligrosa maleza (setos descuidados) y esquivando temible vida silvestre (abejas y algún que otro zarigüeya).

Pero la joya de la corona de sus aventuras siempre era el paseo en tren. Mientras el tren avanzaba por la vía, ella sacaba la cabeza para dejar que el viento le golpeara las mejillas, imaginando que estaba en una persecución a alta velocidad para salvar el mundo, todo bajo la atenta mirada del abuelo.

Isobel estaba apostada en la entrada del parque como una celebridad de incógnito, con un bolso colgado al hombro y gafas de sol enormes. Unos vaqueros desgastados y una camiseta azul completaban el look.

Saludando con la mano, Rhianne se acercó, esgrimiendo un dulce como una ofrenda de paz.

—¿Te gusta la tarta de queso con arándanos?

Isobel se subió las gafas de sol para que descansaran sobre su cabeza, y el brillo en sus ojos fue toda la confirmación que Rhianne necesitaba.

—Has llegado rápido —dijo Rhianne con una sonrisa. Era una posibilidad remota, pero tenía la esperanza de que Isobel se descuidara y revelara su modo de transporte, ya fuera portal, teletransportación o una alfombra mágica muy rápida.

—Me aburría, y esto sonaba mucho más interesante. Cuéntame más. —Se lanzó sobre la tarta de queso como si fuera su primera comida después de una dieta de ensaladas. Trozos morados manchaban sus labios.

No, Rhianne debería haberlo sabido. Isobel era demasiado astuta. ¿Por qué era tan reservada sobre su naturaleza, de todos modos? Incluso los demonios tenían sus propios boletines en la comunidad sobrenatural. Nel ciertamente nunca se había molestado con tales sutilezas.

—Mi abuelo encontró el cuerpo de una amiga en el interior. Es una comunidad de dríades.

Una arruga se formó en la frente de Isobel, pero luego desapareció como si con practicada facilidad, ondeó un tenedor lleno de tarta de queso en el aire.

—Continúa.

—El abuelo cree que fue asesinada, probablemente envenenada, pero está lidiando con los poderes fácticos para que me dejen echar un vistazo al cuerpo. —Rhianne inclinó la cabeza y estudió a su amiga. La postura de Isobel se había vuelto más rígida—. ¿Cuánto sabes sobre los dríades?

—¿dríades? Espíritus de los árboles, muchas de ellas son tan viejas como la tierra, aunque la población está disminuyendo. Mayormente pacíficas.

El "mayormente" captó la atención de Rhianne.

—Sí, recibí un cálido abrazo de su comité de bienvenida en forma de zanja cuando me presenté sin avisar. —Le pasó una servilleta a Isobel.

Isobel se limpió, su mirada desviándose hacia las montañas, y enderezó los hombros.

—Como pensaba, interesante. Tu vida parece alérgica a lo mundano.

Rhianne levantó las manos en fingida rendición.

—No busco activamente el caos.

—Claro, claro. El caos simplemente te da "me gusta" cada vez.

—Algunas tenemos toda la suerte. —Rhianne se encogió de hombros—. Sigo intentando rechazarlo con delicadeza, pero no quiere saber nada.

Esta vez, la reacción de Isobel fue inconfundible: un respingo acompañado de un parpadeo rápido. ¿Qué había dicho Rhianne?

Caminaron hacia la camioneta en un silencio amistoso. Si Isobel albergaba algún temor sobre la seguridad vial de la camioneta, su cara de póker era de nivel campeonato.

—¿Alguien más se une a esta alegre excursión? —preguntó Isobel, con tono casual.

Rhianne luchó contra el impulso de sonreír. Consideró sondear para ver si Isobel tenía a alguien específico en mente, pero decidió no hacerlo.

—Toto anda por ahí, haciendo su versión de "explorar" cerca de la casa del abuelo.

Rhianne hizo una pausa buscando una respuesta, pero Isobel se volvió a poner las gafas de sol, ocultando su expresión, así que Rhianne añadió:

—No está precisamente encantado con la flora local aquí.

—Por supuesto que no —dijo Isobel, forcejeando con su cinturón de seguridad. Sin embargo, Rhianne detectó una nota de tensión en su voz—. Especialmente si el comité de bienvenida local

incluye trampas.

Encendiendo el motor, Rhianne salió marcha atrás del aparcamiento y comenzó a conducir de vuelta. Se dio cuenta de que tanto Toto como Isobel compartían una incomodidad común en territorio de los dríades. La pregunta era: ¿por qué?

CAPÍTULO 6

Mientras Rhianne conducía a Isobel por las serpenteantes carreteras de montaña, reflexionaba sobre las tensiones subyacentes que podrían existir entre los seres feéricos, la misteriosa categoría de Isobel, y los dríades.

Sus visitas al abuelo siempre habían estado salpicadas de breves encuentros con las otros dríades, tan fugaces que había empezado a preguntarse si simplemente formaban parte del paisaje o si eran excepcionalmente buenas a jugar al escondite.

En su momento no le había dado mucha importancia, pero ahora sus engranajes de detective estaban en marcha. Era posible que fueran tímidas y no les gustara interactuar con extraños.

Por lo que podía recordar, su madre nunca había visitado al abuelo. Sin embargo, el hecho de que hubiera enviado a Rhianne a pasar los veranos aquí sugería que su madre había percibido el nivel de peligro en algún punto entre una pelea de almohadas y una sesión de cosquillas. Pero esta idea contrastaba incómodamente con el pozo mortal de “bienvenida” que la había recibido en esta visita.

Lo único que Rhianne sabía con certeza era que los dríades podían hablar con los árboles, invocar su energía —como ella había hecho una vez— y hacer que las plantas crecieran rápidamente.

Isobel y Rhianne llegaron a casa del abuelo sin incidentes dignos de mención, si no se contaba el juego del gallina con un camión de ovejas de dos pisos en una carretera apenas lo suficientemente ancha para un monociclo, que les había hecho sentir que el corazón se les salía del pecho.

Al llegar, encontraron al abuelo encaramado en los escalones del porche, con una taza humeante en la mano.

—Vaya, zarigüeya, no nos avisaste de que vendrían más colegas tuyos —dijo, observando la llegada de Rhianne con su acompañante.

La mirada de Isobel saltaba entre Rhianne y el abuelo, con un destello de picardía bailando en sus ojos. Sus labios, apenas moviéndose, susurraron:

—¿Zarigüeya?

La respuesta de Rhianne fue un encogimiento de hombros resignado.

—Esta es la Dra. Isobel Dupre, una patóloga forense.

La sonrisa del abuelo no vaciló, pero entrecerró los ojos al mirar a Isobel.

—Encantado de conocerla, Dra. Dupre —se levantó con facilidad y, dejando la taza en la barandilla, extendió la mano.

Su delgada figura se alzaba sobre Isobel y Rhianne, dando la clara impresión de una estaca andante y parlante.

Tras un segundo de vacilación, Isobel la estrechó.

—Por favor, llámeme Isobel.

—Yo soy Angelo —dijo él, su sonrisa revelando un juguetón hueco entre los dientes delanteros.

Isobel parpadeó, pero ofreció una sonrisa tentativa.

—Isobel puede ayudar con la investigación examinando el cuerpo, abuelo. ¿Lo aclaraste con los ancianos?

—Ah, ¿esos vejetes? Si fuera por ellos, todavía estaríamos pasando mensajes con señales de humo. Pero sí, ni siquiera ellos pudieron discutir sobre esto. Tenemos una amenaza real entre manos; no es momento de andar con rodeos —el abuelo dirigió su mirada a Isobel—. Meteré una palabrita: mi nieta y sus colegas están dentro.

—¿Esto significa más espera? —preguntó Rhianne—. A este paso, estaremos preservando evidencia para una cápsula del tiempo, no para una investigación.

El abuelo se rió y negó con la cabeza.

—Enviaré un mensaje ahora. Si quieren armar jaleo, que vengan y nos lo digan a la cara. Por aquí.

Toto eligió ese momento para ejecutar un aterrizaje en una rama a la izquierda de Rhianne; el suave aleteo de sus alas fue el único sonido que delató su suave descenso.

—¿Viste algo interesante? —preguntó Rhianne, mirándolo.

—Dra. Dupre —Toto inclinó la cabeza—. Nada de importancia. El terreno es de monte denso. Para rastrear al joven, necesitaré un artículo de su ropa o una pertenencia personal.

—Vamos a casa de Elvira. Asher vivía con ella —dijo el abuelo.

—Excelente —dijo Toto, y con un salto elegante desde la rama, se transformó en su forma de perro en pleno vuelo, completando la transformación con un suave golpe en el suelo.

Chulo.

Mientras caminaban por el aire fresco de la primavera, altos árboles de eucalipto negro y moteado bordeaban su camino, sus hojas centelleando con gotas de rocío bajo la tierna luz del sol. El aire estaba cargado con el aroma del eucalipto.

Ocasionales estallidos de rosa y naranja de los eucaliptos floridos añadían toques de color al lienzo verde, mientras que la densa maleza estaba salpicada de delicados tonos púrpura y blanco de orquídeas silvestres y flores de franela, como si la naturaleza hubiera tropezado con su propia paleta de pintura.

La risa del cucaburra resonaba desde las copas de los árboles, una carcajada estridente que se burlaba de su lento progreso. Las aves lira se unían a la broma, su impresionante mímica añadiendo de todo, desde llamadas de otras aves hasta el lejano zumbido de una motosierra, a la lista de reproducción de la mañana, un guiño a la omnipresente mezcla humana.

Sobre ellos, bandadas de loros arcoíris cruzaban el cielo, su plumaje una fulgurante tapicería de rojos, azules y verdes, como un grafiti emplumado, iluminando el día.

Al emerger en un claro, encontraron una cabaña que parecía haber sido soñada por un equipo de criaturas del bosque con gusto por el encanto rústico y un trabajo secundario en diseño de interiores.

Sus paredes, desgastadas hasta el tono perfecto de “chic forestal”, estaban acentuadas con toques caprichosos como una puerta demasiado alta y ventanas que parecían guiñar bajo la luz del sol.

El techo, cubierto por un manto de musgo, sugería que el edificio era parte cuento de hadas, parte supervivencia, con un toque de excentricidad. Una veranda, repleta de macetas con margaritas risueñas y sillas que parecían a punto de iniciar su propia conversación, ofrecía una alegre bienvenida.

El abuelo se detuvo, con el pie apoyado tentativamente en el primer escalón, como si dudara en cruzar el umbral invisible ante él. Isobel le lanzó una mirada a Rhianne.

—Podemos entrar solas, abuelo —dijo Rhianne.

Cuando parecía que iba a objetar, Isobel vino al rescate.

—Cuanta menos gente perturbe el área, mejor —su tono brusco llegó al abuelo, quien asintió y se retiró a una silla en la veranda.

Isobel frunció el ceño.

—Eso sigue siendo parte de la escena del cri…

Rhianne agarró a Isobel del brazo, tirando de ella hacia la puerta principal. Estaba entreabierta, crujiendo mientras la empujaban y entraban. Toto trotó delante de ellas.

La luz del sol bailaba a través de ventanas disparejas, proyectando un alegre foco sobre los rústicos suelos de madera. La habitación principal era una obra maestra de anarquía organizada.

Una gran chimenea de piedra se alzaba en un lado, su hogar vacío de leña o cenizas. La repisa estaba abarrotada con un excéntrico conjunto de chucherías y fotografías descoloridas que cotilleaban sobre los buenos viejos tiempos.

Entre ellas, destacaban varias fotos de un niño de pelo oscuro. La colección iba desde adorables fotos de bebé, donde sus mejillas eran tan pellizcables que prácticamente lo suplicaban, hasta las de adolescente rebelde con el ceño fruncido. En estas últimas, parecía que le habían dado un ultimátum para sonreír, resultando en una expresión que decía: «Solo hago esto por la abuela».

Otra foto capturaba al improbable dúo en un momento que debía ser reciente. Rhianne la levantó. El chico, ahora parecido a un rascacielos junto a la mujer mayor, estaba atrapado en una carcajada a pleno pulmón. Asher se erguía sobre su abuela, quien, con una amplia sonrisa y ojos brillantes, parecía ser la arquitecta de su diversión.

—¿Es ese el chico desaparecido?

Sin haber oído acercarse a Isobel, la mano de Rhianne voló a su pecho. —Asher —dijo Rhianne. Dándose cuenta de que sus palabras habían salido más bruscas de lo que pretendía, suavizó, añadiendo—: Probablemente. Bonita casa.

Isobel asintió, y ambas se dieron la vuelta.

Frente a la chimenea, un sofá muy querido, adornado con colchas de retazos y una plétora de cojines, parecía estar albergando una fiesta de pijamas para una mezcla ecléctica de invitados.

—No hay señales de entrada forzada ni de que hayan revuelto nada —dijo Rhianne, observándolo todo.

El espacio se fundía sin problemas en una cocina pequeña pero sorprendentemente funcional, donde ollas y sartenes colgaban de un estante con el orden casual de un carillón de viento sobre una antigua estufa de leña.

Rhianne se acercó, sus pasos deliberados, mientras Toto se ocupaba del suelo, su nariz cartografiando el área.

Las hierbas secándose en las vigas del techo creaban un aroma que era una parte cocina de la abuela, una parte jardín botánico, con un toque de eucalipto colándose desde fuera.

Escondida en una esquina había una escalera tan empinada y estrecha que parecía haber sido diseñada por una cabra montesa con ambiciones arquitectónicas. Subía en espiral hacia un desván, provocando vislumbres de un escondite.

—Se me olvidó preguntar dónde estaba el cuerpo —dijo Rhianne.

—En la habitación del fondo —Toto continuó olfateando, guiando el camino.

El dormitorio de Elvira era un museo de flora con un guiño travieso a lo ecléctico. La luz del sol se derramaba a través de cortinas de encaje, rozando de manera juguetona con los muebles antiguos y proyectando un brillo acogedor.

La habitación estaba llena del encantador desorden de una vida bien vivida: un tocador que hacía las veces de santuario de rituales de belleza vintage, una mesita de noche con una novela abierta, y una foto de una joven Elvira sonriente.

La pieza central, una cama de cuatro postes de madera tallada, lucía un edredón que parecía recién cosido, sus patrones florales lo suficientemente audaces como para sobresaltar a un ramo y hacerlo florecer.

Y allí, en medio de esta colección curada de recuerdos y souvenires, yacía Elvira, en su cama, como si estuviera haciendo una pausa dramática en medio de una conversación.

Rhianne respiró hondo mientras Isobel deslizaba la bolsa de su hombro, organizando su contenido en el suelo junto a ellas. Le entregó a Rhianne un par de guantes antes de ponerse un par ella misma. —Descifremos los secretos que nuestra amiga silenciosa desea compartir.

Rhianne calculó que ella y Elvira podrían mirarse a los ojos, probablemente discutiendo sobre quién era más alta por un pelo.

Significaba que Asher estaría en el club de casi seis pies. La cama, su escenario para esta salida dramática, la abrazaba como un capullo, convirtiendo a Elvira en una peculiar mariposa, con un público de almohadas que la observaba.

Mientras Isobel se inclinaba sobre Elvira, Rhianne se acercó para mirar mejor, con el estómago revuelto y los labios apretados.

Elvira yacía en un estado de tal tranquilidad que podría haber estado lista para sentarse y exigir té. Sus brazos cruzaban su pecho, no en alguna despedida solemne sino más bien como si se estuviera abrazando a sí misma. El enredo gris de su cabello esparcido alrededor de su cabeza era menos un halo angelical y más evidencia de una fiesta de baile salvaje con el viento.

Sugería un espíritu que se negaba a ser contenido, incluso en la muerte.

Su piel pálida contra el alboroto de color del edredón la hacía parecer una muñeca de porcelana. ¿Y esa leve sonrisa? Susurraba no de secretos serenos sino del remate de un chiste que solo ella podía entender, dejando a Rhianne medio esperando que estallara en carcajadas ante sus expresiones desconcertadas.

Recurriendo a sus sentidos élficos, Rhianne olisqueó el aire pero no encontró nada.

Toto, mientras tanto, conducía su propia investigación, nariz en el suelo, cola en el aire. Dado su gusto por alardear, Rhianne dedujo que estaban buscando donde no había hueso.

Así que volvió su atención a la escena que tenía delante, haciendo lo posible por ignorar el examen de pinchazos y toqueteos que Isobel realizaba en los restos de Elvira.

La piel de Elvira mostraba un tinte azulado, sus labios de un tono rojo cereza que definitivamente no era de su paleta de maquillaje.

El cerebro de Rhianne giraba a través de su fichero mental de venenos, preguntándose qué concoción podría dejar el cuerpo con una complexión que coqueteaba con tonos de crepúsculo y rubor.

Después de levantar los párpados de Elvira y examinarlos con una luz, Isobel se enderezó. Su expresión era indescifrable.

—¿Y bien? —preguntó Rhianne, su voz caminando de puntillas en el silencio. Hubo un tiempo en que pedirle a Isobel sus hallazgos se sentía como pinchar a un dragón dormido con un palo corto. Pero ahora, Isobel le lanzó una mirada que era solo ligeramente abrasadora.

—Necesitaré hacer algunas pruebas toxicológicas, pero me inclino hacia envenenamiento por monóxido de carbono.

Rhianne parpadeó, y sus ojos recorrieron la habitación buscando la posible fuente de una fuga. —Pero no hay calentador, chimenea, ni nada aquí.

Isobel hurgó en su bolso, sacando una jeringa y algunos tubos. —Ese es el problema del investigador —dijo, su atención ya cambiando a la tarea en cuestión.

Cierto, el rompecabezas era para que Rhianne lo resolviera, pero no pudo evitarlo. —¿Estás segura?

Mientras Isobel extraía sangre, respondió sin perder el ritmo: —Bastante segura. Nota el tinte azulado de la piel, los labios sorprendentemente rojos, y luego está la hemorragia retiniana; todo está ahí.

—¿No se habría dado cuenta de que algo andaba mal e intentado escapar? —Elvira se veía tan pacífica; era difícil imaginarla en una batalla silenciosa con un enemigo invisible.

—El monóxido de carbono es sigiloso —señaló Isobel—, inodoro e incoloro. —Hizo una pausa, desviando la mirada de su paciente para examinar la habitación.

—Huelo a queroseno —anunció Toto mientras se sentaba sobre sus cuartos traseros.

Ah, un calentador de queroseno: una fuente de producción de monóxido de carbono. Los ojos de Rhianne se dirigieron a la pequeña ventana sobre la cama, ahora empañada por la

condensación, reconstruyendo la historia. La puerta había sido abierta cuando llegaron, permitiendo que parte del olor delator escapara.

Tendría que interrogar a su abuelo más tarde: ¿la escena del crimen había estado herméticamente cerrada cuando la encontró?

—Buena observación, Toto. —Rhianne lo acarició—. Iré a registrar el resto de la casa.

No hubo respuesta esclarecedora de Isobel, así que Rhianne, con Toto trotando detrás como su propia sombra personal, decidió ponerse en marcha.

Un rápido vistazo al área principal confirmó la misteriosa ausencia del calentador. Dado el frío que traía el invierno, Rhianne habría esperado que Elvira tuviera algo para calentar el espacio. Quizás la chimenea se usaba durante los meses fríos, pero no mostraba signos de uso reciente.

Esto despertó su curiosidad hacia el desván de arriba. Subió las escaleras, que crujían y gemían con cada paso.

La primera impresión de Rhianne sobre el dormitorio del adolescente en el desván fue que parecía como si un huracán hubiera hecho una gira personal, con paradas en cada rincón.

Pósteres de bandas de rock, cada una con aspecto más rebelde que la anterior, se aferraban a las paredes como si les fuera la vida en ello, con sus bordes rasgados ondeando como banderas de desafío. El techo inclinado le daba a la habitación un aire mitad escondite, mitad almacén de angustia adolescente.

El escritorio albergaba una mezcla caótica de deberes, historietas y los restos de lo que parecían varias intensas sesiones de merienda. Una sola silla hacía las veces de perchero para una sudadera con capucha y unos auriculares.

La cama estaba sin hacer, con una funda de edredón verde desplomada por el costado como si hubiera renunciado a la vida y hubiera decidido arrastrarse hasta la mitad del camino hacia el suelo. Una guitarra descansaba contra la pared, probablemente soñando con escapar a un rincón menos abarrotado del mundo, y el suelo era un campo minado de zapatillas y equipo deportivo.

La escena no gritaba necesariamente “partida apresurada” tanto como susurraba “lo de siempre” para Asher.

La nariz de Toto se crispó y frunció el ceño. —Hay una cantidad considerable de olores compitiendo en esta habitación, cada uno luchando por dominar. Pero creo que he captado el olor característico del chico ahora.

—Asher —corrigió Rhianne. Se dirigió hacia la estantería, que se combaba bajo el peso de todo, desde Shakespeare hasta “El ataque de los zombis espaciales”, sugiriendo una curiosidad

intelectual amplia, aunque algo ecléctica.

Este desván no era solo un dormitorio; era un museo viviente de la vida de un adolescente, completo con exhibiciones en vivo de bolas de polvo y alguna ocasional porción de pizza perdida.

Dado el estado impoluto del resto de la casa, Rhianne supuso que a Elvira no se le había permitido entrar aquí.

Pero una cosa era segura: no había ni rastro de un calentador de queroseno.

CAPÍTULO 7

Mientras se retiraban del reino anárquico de la habitación de Asher, Rhianne se volvió hacia Toto.

—¿Captaste algún olor a queroseno allá arriba?

—No, no lo hice. El resto de la vivienda también está libre de ello, hasta donde puedo discernir.

Así que el elusivo calentador de queroseno había confinado su presencia a la habitación de Elvira. La pregunta era, ¿dónde estaba el calentador ahora?

Era hora de ir a hablar con el abuelo.

Isobel aún estaba examinando el cuerpo cuando Rhianne bajó las escaleras. No queriendo interrumpir —o peor aún, ser reclutada como asistente— Rhianne giró sobre sus talones y salió rápidamente.

El abuelo estaba justo donde Rhianne lo había dejado, con la mirada perdida en los árboles más allá.

—¿Pueden los árboles decirte qué pasó aquí? —Era una pregunta desenfadada, con la intención de aligerar el ambiente. Pero en lugar de la sonrisa esperada, la expresión del abuelo se transformó en un ceño pensativo.

Sus ojos se fijaron en el bosque más allá. —Ah, los viejos troncos de allí no prestan mucha atención a nuestro ajetreo. Para ellos, el tiempo es una bestia completamente diferente, medida en estaciones y en las cosas grandes, no en las rencillas diarias.

Rhianne, con su curiosidad ahora secuestrada por la conversación, insistió:

—¿Qué hay de los árboles más jóvenes?

Él se rio; el sonido áspero como grava. —¿Esos jovenzuelos? Todavía están aprendiendo el arte de una buena charla. Sus historias están todas mezcladas. Apenas puedo entenderlas.

La mirada de Rhianne vagó por el jardín, deteniéndose en los pequeños arbustos de grevillea, luego derivando hacia los majestuosos eucaliptos que se erguían como centinelas silenciosos a pocos metros de distancia.

—¿Les has preguntado?

Él dirigió su mirada hacia ella, con un brillo juguetón en los ojos. —Ah, cariño, mi cabeza ha estado demasiado revuelta para entender algo. ¿Por qué no lo intentas tú?

Confía en el abuelo para convertir un comentario casual en un momento de enseñanza, pero de alguna manera la idea le hizo gracia a Rhianne. Cerró los ojos, extendiendo sus sentidos. Conectar con la energía de los árboles era como acceder a un Wi-Fi antiguo y místico. Era tranquilizador pero emocionante, como viajar en un tren pausado que avanza por un exuberante bosque encantado. El estado de ánimo tranquilo provocó una sonrisa en el rostro de Rhianne mientras extendía sus tentáculos mágicos.

No estaba buscando absorber su energía hoy; estaba en busca de pistas, jugando a ser detective en un bosque de posibles informantes. Pero, ¿cómo interrogas a un árbol? ¿Una hoja a la vez?

Evocar la imagen de Elvira tendida en su cama fue el primer movimiento de Rhianne. Los árboles, sin embargo, no reaccionaron. Tal vez veían esto como otro día más en el bosque, o quizás el mensaje de Rhianne era tan claro como el barro para ellos. Entonces, una suave brisa inquisitiva se deslizó, como un vecino curioso asomándose por encima de la valla. ¿Era esto el lenguaje arbóreo para "¿Puedes repetir?"

Redoblando sus esfuerzos, Rhianne se concentró en los ojos cerrados de Elvira y su complexión, su piel con un tono pálido y azulado. Esta vez, la respuesta de los árboles fue una ráfaga que la hizo temblar como si el invierno hubiera decidido hacer una visita sorpresa. Un agitado murmullo entre las hojas acompañó al viento. Sentían que algo estaba terriblemente mal.

Cambiando de táctica, Rhianne visualizó la foto de Asher y su cama notoriamente desocupada. La energía de los árboles se intensificó, palpitando como una línea de bajo en un concierto.

—Está desaparecido —transmitió con una falta de sutileza que no tenía tiempo de lamentar.

Lo que siguió fue una sobrecarga sensorial: el zumbido y rugido de lo que podría haber sido un motor, quizás los árboles intentando su mejor imitación de un coche. Luego vinieron formas vagas, una un poco más alta que la otra, entrando en una misteriosa mancha que luego se movió.

Los ojos de Rhianne se abrieron de golpe. Descifrar las imágenes enviadas por los árboles era como intentar leer un libro por su portada, mientras usas gafas de sol. Pero si estaban en algo, parecía que Asher se había subido a un vehículo con un misterioso acompañante.

Ahora, no solo tenía una persona desaparecida; tenía una pista sobre un sospechoso con un vehículo.

Se giró hacia el abuelo. —¿Captaste eso?

Él se rio entre dientes. —Alto y claro, zarigüeya. Tienes una voz que podría ahogar a una cucaburra cuando estás en las ondas.

Un calor se extendió por el cuello de Rhianne y subió hasta su rostro. El abuelo le dio una palmadita en la rodilla y le ofreció una sonrisa torcida. —No te preocupes, significa que los árboles lo escucharon, y eso es lo que importa.

—¿Tú no los escuchaste? —Rhianne arqueó una ceja, su voz subiendo de tono.

El abuelo negó con la cabeza, sus dedos tamborileando una melodía en el brazo de la silla. —No, conmigo se mantuvieron callados. ¿Qué te dijeron?

Rhianne imitó su gesto de negación. —No estoy segura. Creo que Asher se fue con alguien en un vehículo, pero eso es todo lo que puedo descifrar. Es como intentar entender *El Señor de los Anillos* mirando de reojo dibujos borrosos.

El abuelo, meciéndose en su silla, cerró los ojos, tal vez esperando captar algún chisme elusivo de los árboles en la brisa. —Interesante. Se han quedado callados, actuando como si guardaran un secreto. Es difícil decir si estaban cotilleando sobre algo que sucedió ayer o narrando una antigua leyenda arbórea.

—No lo creo, abuelo. —Rhianne consideró la cronología. En su visión, Asher era bastante alto; eso tenía que significar que era reciente. Además, confiaba en que los árboles habían entendido su petición—. ¿Cuántos años tiene Asher?

—Tiene trece y está creciendo como la mala hierba. Es un buen chico. Acaba de empezar a intentar esconderse entre los árboles —el abuelo sonrió, sin duda imaginando la figura desgarbada de Asher tratando de mezclarse con la corteza—. Aunque todavía no con mucho éxito. Es como ver a un pelícano intentando esconderse detrás de un junco.

—¿Los dríades pueden esconderse en *cualquier* árbol?

—Bueno, depende de lo atrevida que sea la dríade y si el árbol está dispuesto a charlar —dijo el abuelo con un guiño—. Pero cada uno de nosotros tiende a llevarse mejor con ciertos tipos.

—¿Cuál es el tuyo?

—El eucalipto moteado, pero en un apuro, puedo desaparecer en cualquier eucalipto. Y en algunos otros si los convenzo con dulzura.

—¿Y Asher?

—El blackbutt —dijo el abuelo, con un brillo en los ojos—. Todavía está encontrando su lugar en todo este asunto de los árboles. Como un canguro bebé aprendiendo a saltar por primera vez.

La puerta principal se abrió de golpe, y Toto salió, con la nariz en alto. —Escuché tu transmisión bastante estruendosa.

—Tú y cada árbol en kilómetros a la redonda, me atrevería a decir. —El abuelo se rio.

—Estoy intentando inculcarle un poco de sutileza y moderación al enfoque de Rhianne. Su magia, al parecer, está bastante ansiosa por anunciarse, probablemente un efecto secundario de haber estado relegada durante tanto tiempo.

El calor en las mejillas de Rhianne regresó con venganza.

El abuelo se levantó y se sacudió los pantalones.

—Ah, has olvidado lo que es ser joven. Todavía no tienen el don, ese que solo viene con una buena cantidad de golpes y años encima.

El abuelo seguía sonriendo, pero Toto resopló.

—Difícilmente soy anciano.

—¿Según qué estándares?

—Según los estándares de los dríades, ciertamente.

—Yo lo pensaría dos veces, amigo —la sonrisa del abuelo se atenuó—. Puede que recuerde los días en que las casas y los caminos apenas rozaban la costa, pero los recuerdos de la juventud y sus pruebas no están tan lejos para mí.

—Aun así, Rhianne debe dominar su control —dijo Toto, pero su tono había perdido algo de calor.

—Cierto, pero la paciencia es clave. El tiempo no se apresura, y los ciclos de la luna tienen su propio ritmo; las cosas sucederán a su debido tiempo, como siempre ha sido.

Toto trotó y colocó sus patas sobre las rodillas de Rhianne.

—¿Aprendiste algo importante de los árboles?

Aunque Toto no había estado de acuerdo con el abuelo, Rhianne interpretó la colocación de su pata como una tregua.

—Parece que Asher se fue con alguien desconocido en un vehículo misterioso —lanzó una mirada hacia un camino de tierra muy similar al del abuelo—. Cuando viniste a ver a Elvira, ¿condujiste?

—No, vine a pie. Ella solía pasar por mi casa por las mañanas para endilgarme algunos huevos y hierbas, y perdíamos las horas charlando en la galería. Asher estaba siendo un típico tornado adolescente, y ella me pedía mi opinión sobre él cada vez más. Asher no escuchaba muy bien, pero a mí me escuchaba más que a nadie. Cuando no apareció hoy, supuse que algo pasaba —anticipándose a su siguiente pregunta, añadió—: Habría sido a las ocho y media.

—Entonces, existe la posibilidad de que aún podamos rastrear algunas pistas en el camino dejadas por nuestro secuestrador.

—¿Crees que han secuestrado a Asher? —preguntó el abuelo.

En la mente de Rhianne, estaba claro. La idea de que el adolescente estuviera involucrado en la desafortunada salida de su abuela era impensable. Esa foto que Elvira claramente atesoraba gritaba su adoración mutua. Asintió.

—Me elevaré a los cielos para comprobarlo —sin esperar una invitación, Toto se transformó en su forma de águila con precisión impecable. Y así sin más, estaba en el aire, embarcándose en su misión de reconocimiento aéreo con la elegancia de un James Bond emplumado.

—¿Elvira tenía coche? —preguntó Rhianne, sus ojos escaneando la extensión de la propiedad.

—Claro que sí, zarigüeya. Tenía esta pequeña furgoneta para transportar sus mermeladas y encurtidos a los mercados. ¡Por aquí! —el abuelo le ofreció su mano.

Rhianne la agarró, sus dedos entrelazándose con los de él, como si estuvieran tallados de la misma madera antigua que los árboles que los rodeaban. Juntos, bajaron los escalones y rodearon la parte trasera de la casa.

Ante ellos se alzaba un cobertizo, grandioso en su practicidad, cubierto de acero revestido verde y extendiéndose unos buenos doce por veinte pies. Se erguía como un guardián silencioso de secretos y, presumiblemente, conservas.

Caminaron la corta distancia hasta la entrada, y el abuelo deslizó la puerta a un lado. Al entrar, los ojos de Rhianne tardaron un momento en ajustarse del brillante sol primaveral al ambiente más tenue del cobertizo.

Una furgoneta blanca descansaba silenciosamente en el interior, rodeada de estantes que albergaban una multitud de frascos. Estos frascos, algunos vacíos, otros llenos de vibrantes tonos de rojos, azules y naranjas, eran como arcoíris embotellados.

El cobertizo era un mosaico de aromas: el olor terroso a humedad del suelo, el aroma agudo de la madera envejecida, entrelazado con el dulce y seco aroma del heno, y un toque de óxido en las herramientas viejas.

Rhianne recorrió el perímetro del cobertizo, escaneando cada detalle.

—¿Estaban todas las puertas y ventanas cerradas cuando llegaste a la casa?

El abuelo, examinando un frasco a la luz del sol, respondió:

—La puerta principal estaba cerrada pero sin llave. No nos molestamos mucho con las cerraduras por aquí.

—¿Qué hay de su dormitorio? —preguntó Rhianne.

Devolviendo el frasco a su lugar, el abuelo se acercó a la furgoneta, abriendo su puerta.

—La puerta de su habitación estaba completamente abierta; la ventana cerrada, eso sí. ¿Qué se está cocinando en tu cabeza?

—Isobel sospecha de envenenamiento por monóxido de carbono.

—Ah, pero no percibí nada fuera de lo común. Espera, Toto mencionó algo sobre queroseno, ¿no? —dijo el abuelo, con la cabeza desapareciendo dentro de la furgoneta por un momento.

—El monóxido en sí es inodoro —dijo Rhianne, buscando cualquier señal de una fuente—. Estoy tratando de encontrar de dónde podría haber venido, y el olor a queroseno podría ser nuestra pista.

Reapareciendo con las llaves de la furgoneta en la mano, el abuelo dijo:

—Las llaves estaban en el contacto.

—¿Podría Asher haber conducido la furgoneta? —preguntó Rhianne.

El abuelo se rio.

—Claro, los chicos de por aquí comienzan a conducir tan pronto como pueden asomarse por encima del tablero. Asher ha estado conduciendo tractores desde que era un renacuajo.

Así que era razonable pensar que Asher sabía que la furgoneta estaba lista para partir, con llaves y todo. Que simplemente se hubiera marchado no tenía mucho sentido. Las instantáneas de los árboles tampoco mostraban nada aterrador sobre Asher yéndose con alguien más.

El lugar estaba organizado, con las herramientas de jardinería alineadas, como soldados en formación. Al igual que en la cabaña, las cosas parecían lo suficientemente ordenadas, sin evidencia de ninguna perturbación significativa.

Su recorrido la llevó luego a un rincón abarrotado de cajas, del tipo que podría contener cualquier cosa, desde un proyecto de tejido a medio terminar hasta la ciudad perdida de la Atlántida, todo oculto bajo mantas de franela que habían visto su cuota de historias, o al menos muchos días de lavandería.

—¡Aquí estáis! —la voz de Isobel cortó el silencio del cobertizo, su figura enmarcada en la puerta, con una mano en la cadera.

Rhianne se giró para mirarla entornando los ojos.

—¿Encontraste algo que no pertenezca a una revista de jardinería? —preguntó, momentáneamente distraída de su exploración de los rincones del cobertizo.

—Esta pequeña joya —Isobel dio un paso adelante. Un pequeño recipiente en su mano enguantada captó la tenue luz mientras se acercaba—. Estos son solo con receta —sonrió y

esperó.

Rhianne miró más de cerca el frasco que Isobel sostenía en alto y leyó la etiqueta.

—¿Quién es Antonia Hawthorn?

—Esa es la hija de Peter Hawthorn, uno de los ancianos de la comunidad.

—Bueno, creo que necesitamos preguntarle cómo su medicamento con receta terminó en manos de Elvira —Rhianne tomó el frasco que le ofrecían—. ¿Deptran? —El nombre le sonaba familiar, pero no lograba conectar los puntos.

—Doxepina es el componente real —dijo Isobel—. Es un sedante, usado para asegurar que una persona tenga una buena noche de sueño.

Rhianne no era la mayor fan de los sedantes. En su vivero, cultivaba una variedad de plantas conocidas por sus propiedades inductoras del sueño, como la pasionaria y el mirto de anís. Las hierbas atendían a personas que preferían un remedio más natural para sus problemas nocturnos. Muchos de sus clientes habituales eran de edad avanzada, quejándose a menudo de la maldición de despertarse antes de que el gallo siquiera considerara su rutina matutina.

—Así que debe ser por eso que durmió a pesar del olor a queroseno —dijo Rhianne.

El abuelo se unió al grupo, con el ceño fruncido. —No sabía que estaba teniendo problemas para dormir.

—Puede que no sea el tipo de cosa que anunciaría en la mesa del comedor —dijo Rhianne.

Isobel tomó el frasco de vuelta y lo colocó en una bolsa.

—¿Puedes aventurar una hora de la muerte? —le preguntó Rhianne a Isobel.

Su pregunta caminó delicadamente sobre una línea. Era esencialmente lanzar una moneda al aire: Isobel podría sumergirse en la respuesta con entusiasmo, o Rhianne podría ser receptora de una de las legendarias miradas de Isobel capaces de enfriar un cóctel.

Su discusión se interrumpió al sonido de un silbido. Las cabezas se giraron cuando Toto hizo su gran entrada. Apareció en la puerta del cobertizo metálico, donde la luz proyectaba un brillo etéreo sobre su pelaje blanco y esponjoso, creando sombras que danzaban con magia antigua a su alrededor. Cada uno de sus pasos resonaba en el suelo de concreto y su cola se balanceaba como si lanzara hechizos con cada movimiento. Con las orejas erectas y los ojos brillando con un destello sabio, Toto examinó la habitación y comenzó a explorar.

—¿Cómo te fue? —preguntó Rhianne.

Toto, absorto en olfatear alrededor de la furgoneta, no levantó la mirada. —Observé impresiones de neumáticos en el suelo, diferentes, sin embargo, de las que atribuiría a este vehículo. Los patrones son más agresivos, indicativos de una clase diferente de transporte

metálico. Probablemente pesado. Lamentablemente, los detalles se me escapan debido a la falta de precisión. Por lo tanto, estoy esforzándome por discernir cualquier rastro de olor persistente.

—¿Los vehículos tienen olores? —Una de las cejas de Isobel se arqueó.

—Aunque los metales sí tienen un olor —Toto arrugó la nariz—, existía la posibilidad de que el olor del conductor se hubiera mezclado con el camino. Capté un rastro del aroma del chico, por ejemplo.

—¿Puedes decir si era de esta mañana? —preguntó Rhianne. No tenía idea de cómo funcionaba la nariz de Toto.

—El olor era bastante pronunciado, lo que me lleva a creer que era reciente —dijo Toto—. El otro olor, sin embargo, era más elusivo.

Lo que Toto quería decir era que rastrear al misterioso acompañante, si se cruzaban de nuevo, podría ser difícil. Aunque no lo admitiría en voz alta.

—Oh, sí —dijo el abuelo—. Los adolescentes tienen un cierto tufillo, ¿no?

—¿Puedes rastrear a dónde fueron? —le preguntó Rhianne a Toto.

—Desafortunadamente, se unieron al camino pavimentado del otro lado. Cualquier rastro desapareció, y el olor se perdió en un mar de otros.

Rhianne suspiró.

—Para responder a tu pregunta anterior —dijo Isobel, rompiendo el silencio—, estimo que la hora de la muerte fue entre las dos y las cinco de la mañana.

Cerrando los ojos, Rhianne reprodujo las escenas compartidas por los árboles. Las imágenes estaban bañadas por la luz del día, indicando que Elvira ya había encontrado su destino para entonces. ¿Habrían secuestrado al chico porque presenció algo incriminatorio? Y si era así, ¿estaría ahora en grave peligro?

Atraída por un impulso inexplicable, Rhianne se encontró dirigiéndose hacia la esquina apilada con mantas. Con paso decidido, comenzó a hurgar entre las cajas.

Toto se acercó a su lado. —Huelo a queroseno —dijo, acercando su nariz al montón de mantas. Mientras Rhianne retiraba las mantas, una nube de polvo se elevó, provocándole un repentino estornudo. Pero la nube de polvo tenía un lado positivo: el descubrimiento que reveló.

Allí, de pie con toda la inocencia de un gnomo de jardín pero la intención de un villano de Bond, había un calentador de queroseno blanco, como unos 60 centímetros de traición.

CAPÍTULO 8

El abuelo se acercó a su improvisado rincón de investigación y se agachó para inspeccionar el calefactor. Su mano se acercó lentamente hacia él.

—¡No lo toques! —dijo Rhianne—. Necesitamos revisarlo para buscar huellas.

Toto estornudó, sus orejas aleteando. —Ha sido limpiado con una de esas sustancias que deja un rastro áspero.

—Alcohol —dijo el abuelo, olisqueando el aire.

—No son tan listos como creen —Isobel se unió a ellos, con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Qué quieres decir? —Rhianne se giró hacia ella.

Isobel se agachó, examinando el calefactor con ojo crítico, antes de levantarse con una expresión pensativa. —El alcohol de frotar es un solvente orgánico. Si se usa correctamente, el alcohol disolverá y eliminará los lípidos y otras sustancias de un sustrato no poroso como este calefactor, a menos que olvides frotarlo bien. Además, el alcohol de frotar no es precisamente un mago cuando se trata de deshacerse de las sales y demás cosas en esas huellas. Un analista experimentado aún podría encontrar algo interesante.

—Bueno, esa es la primera buena noticia del día —Rhianne se levantó y se quitó los guantes, pasando los dedos por su largo cabello.

—Haré algunas llamadas para ver si puedo encontrar un experto local en lugar de llevar esto hasta Sídney —Isobel ya tenía su móvil en la mano y se dirigía hacia afuera.

Tan pronto como Isobel desapareció en la fresca noche para hacer su llamada, Rhianne se volvió hacia el abuelo. —¿Elvira tenía enemigos?

El abuelo, apoyado contra la furgoneta como si fuera su viejo amigo, recogió su rebelde cabello largo y lo ató con una banda elástica. —¿Enemigos? ¿Elvira? —Se rió—. Era más probable que te matara con amabilidad. O con una sobredosis de su jarabe casero de saúco. Juraba que podía curar cualquier cosa, desde un resfriado hasta un mal humor.

Toto murmuró algo, su nariz ocupada trazando historias a lo largo de las paredes laterales del cobertizo.

Rhianne, sin desanimarse, pasó por encima de un gnomo de jardín rebelde que de alguna manera había encontrado su camino al interior y alcanzó una de las cajas de madera. —Todo eso es conmovedor, abuelo, pero estás evadiendo la pregunta —Abrió la caja, preparándose para cualquier cosa, desde maldiciones antiguas hasta té de mirto limón.

El abuelo se quedó quieto, sus ojos trazando patrones en el suelo como si estuviera reuniendo sus pensamientos. —¿Enemigos? Diría que no. Pero —dudó, levantando la mirada para encontrarse con la de ella—, Elvira era la guardiana de las historias; conocía cada susurro del viento aquí arriba.

—¿Y? —insistió Rhianne. El aroma de lavanda y jengibre emanaba de la caja, probablemente una mezcla para aliviar dolores de cabeza o quizás espíritus cansados.

—Tenía una inclinación por compartir historias —dijo finalmente el abuelo, sus ojos nublados con una preocupación no expresada—. Algunas historias no están destinadas a ser compartidas, zarigüeya.

Las cejas de Rhianne se elevaron mientras consideraba esto. —Entonces, ¿era como una red social, y alguien pudo haber querido “eliminar” a Elvira de una manera más permanente porque compartía demasiado?

La idea de que el chisme fuera un motivo para el asesinato parecía descabellada, pero en una comunidad aislada, los secretos tenían poder. Tal vez a alguien no le gustaba que se ventilara su ropa sucia junto a sus remedios herbales.

—Tal vez —dijo el abuelo, dejando escapar un pesado suspiro mientras miraba hacia arriba como si buscara orientación en las vigas.

—Huelo algunas hierbas dañinas —dijo Toto.

—¿Oh? —Rhianne miró a Toto, que estaba de pie sobre sus patas traseras, con las patas delanteras apoyadas contra un estante, como si hubiera encontrado el premio gordo de todas las golosinas para perros. Acercándose, alcanzó la caja que parecía haber captado su nariz. Levantándola del estante, abrió la tapa y olió. Instantáneamente, sus hombros se tensaron—. Hojas secas de adelfa.

Y dado que estaba medio llena, Elvira la había usado.

—¿Mantenía eso por aquí? —Las cejas del abuelo se arquearon tan alto que amenazaban con unirse a su línea de cabello.

Frunciendo el ceño, Rhianne cerró la caja de golpe. —Algunos la usan para condiciones cardíacas, asma, o incluso períodos menstruales dolorosos, entre otros. Pero es tóxica, así que no está en mi repertorio de hierbas. ¿Era realmente tan hábil como curandera?

—¿Estás segura de que es adelfa? —El abuelo entrecerró los ojos mirando la caja como si pudiera confesar su contenido bajo su mirada.

—La fragancia es bastante distintiva. ¿Recuerdas a qué me dedico, verdad?

—Ah, lo siento, zarigüeya. Mi cabeza aún da vueltas con todo esto, para ser honesto. No puedo creer que Elvira esté muerta. Estábamos charlando ayer mismo. Y pensar que alguien le hizo esto… —Tomó la caja, la abrió y echó un vistazo dentro como si pudiera morder.

—¿Convencido? —Rhianne golpeó el suelo con el pie.

Rhianne había estado al timón de su imperio de viveros durante más de quince años, y en algún momento, también se había convertido en una susurradora de hierbas no oficial.

Elaborar remedios herbales era parte hobby, parte vocación y totalmente una aventura, "¿Será un té relajante o una poción para convertir a alguien en tritón?" Claro, su destreza tanto en magia élfica como de dríada era un poco irregular, pero su habilidad para distinguir plantas era de primera clase. ¿Identificar hojas de adelfa? Podía hacerlo con los ojos cerrados, una mano atada a la espalda y probablemente mientras hacía malabares con molestos gnomos de jardín.

Toto, no queriendo quedarse fuera de la conversación, añadió: —Si huele como una mala hierba indeseable y se ve como una mala hierba indeseable, quizás sería juicioso no hacer té con ella.

¿Toto acaba de hacer una broma? Las cejas de Rhianne se dispararon.

El abuelo colocó la caja de vuelta en su estante. —Era bastante buena con las hierbas. Genial para el resfriado común y cosas así, pero cualquier cosa más seria, y te dirigirías al hospital rápidamente. Excepto, por supuesto, si nuestro árbol hogar estaba en problemas. No hay hospital para eso, solo una compleja ceremonia de vinculación con el árbol, y créeme, eso no es un paseo por el parque.

—¿Qué quieres decir con "si su árbol hogar está en problemas"? —preguntó Rhianne, rascándose la sien.

—Si nos enfermamos, nuestro árbol se enferma también —dijo el abuelo—. Y en la rara ocasión en que el árbol se enferma por su cuenta, como nuestro bienestar está ligado a él, tenemos que arreglarlo o encontrar uno nuevo para vincularnos.

La mirada de Rhianne se dirigió a la furgoneta, viendo algunas cajas perfectamente apiladas en su interior. —¿Viene el día de mercado? —preguntó mientras hurgaba en las cajas.

El abuelo miró por encima de su hombro. —Sí, mañana. Elvira siempre se preparaba con anticipación. El día de mercado comienza al amanecer.

La exploración de Rhianne de las cajas reveló una colección de encurtidos y mermeladas, pero por desgracia, ningún alijo oculto de brebajes herbales. —¿Alguna vez cobró por sus remedios?

El repentino golpe de la cabeza del abuelo contra el techo de la furgoneta hizo que Rhianne se girara alarmada. Frotándose el punto dolorido, el abuelo masculló una maldición entre dientes. —¿Cobrar? Jamás. Era su manera de contribuir a la comunidad. Todos tenemos nuestros roles, ayudándonos unos a otros. Así es como funcionan las cosas por aquí.

—Aun así necesitas dinero para el mundo exterior —señaló Rhianne. Nunca había indagado realmente en las finanzas del abuelo. Después de todo, tenía una edad en la que la mayoría estaría disfrutando de una pensión. Desafortunadamente, el gobierno recelaba de que los seres sobrenaturales convirtieran el sistema de pensiones en su esquema personal de bonificación por longevidad, así que los seres mágicos estaban excluidos. La lógica era que los sobrenaturales, con sus vidas extendidas, podrían sobrevivir a los fondos o, peor aún, precipitar un apocalipsis financiero.

El abuelo señaló las cajas, abrió una y levantó un tarro de un amarillo vibrante; la etiqueta decía “jengibre y mango”.

—De acuerdo. ¿Qué tan grande es la comunidad de dríades? —Rhianne se estremeció tan pronto como hizo la pregunta. ¿Cuán deliberadamente ignorante había sido? Sin embargo, el abuelo la había mantenido alejada de la comunidad. Según lo que había dicho antes, era porque los demás podrían haber sido menos que acogedores.

No era ninguna sorpresa: Rhianne había navegado las mismas aguas frías con las élites sobrenaturales de Sídney, donde ser híbrida te situaba en algún lugar entre “poco interesante” e “invisible”. Resulta que un pueblo pequeño reflejaba las dinámicas de la gran ciudad más de lo que ella había pensado. Claro, el anonimato urbano tenía sus ventajas, pero la inclinación por el exclusivismo no conocía límites geográficos.

Su monólogo interno fue interrumpido por la respuesta del abuelo. —Es un grupo muy unido, más de lo que podrías pensar. Alrededor de setenta, más o menos. —El abuelo volvió a meter el tarro en su nido de cartón.

Setenta. El número encendió la imaginación de Rhianne. Se imaginó las reuniones locales de dríades: parte cónclave místico, parte vigilancia vecinal, todo envuelto con un toque de juegos de palabras sobre árboles y atuendos frondosos.

Sacudió la cabeza. Ya era hora de conocer a estos dríades esquivas. —Es hora de algunas presentaciones, entonces.

—Sí, pensé que dirías eso. Les he pedido que se reúnan en el círculo antes del memorial de Elvira esta noche.

—Mientras tanto —dijo Isobel al volver a entrar—, sugiero que llevemos ese calentador al pueblo. Podrían tardar unos días en arreglarlo, lo que, según los estándares de Sídney, es prácticamente a la velocidad de la luz.

Toto trotó hacia Isobel. Ella se inclinó para rascarle la oreja.

—Propongo que este momento se presenta oportuno para el sustento. Ha transcurrido un lapso considerable desde mi última comida, y albergo reservas respecto a las delicias culinarias que nos aguardan esta noche —dijo Toto.

—¿Nos acompañas? —preguntó el abuelo.

Algo en el tono del abuelo hizo que Rhianne lo estudiara, y luego a Toto. Su corazón se aceleró.

—En efecto, lo haré. ¿Acaso crees que dejaría a la niña desprotegida, enfrentando a los ancianos? —Toto saltó dentro de la furgoneta y se sentó sobre sus cuartos traseros, mirando fijamente al abuelo.

—Los ancianos ni soñarían con lastimar a Rhianne. —La voz del abuelo se volvió fría mientras se acercaba a Toto e Isobel.

Toto gruñó, sus orejas presionándose contra su cabeza. —¿Serían estos los mismos estimados ancianos que decretaron que ella debería mantenerse alejada de los retoños, no fuera que adoptaran… comportamientos poco convencionales? ¡Rhianne tenía apenas ocho años!

El corazón de Rhianne latía con fuerza en su pecho, y su mirada iba de Toto al abuelo. —¿Es eso cierto?

—No es tan malo como suena —dijo el abuelo.

—¡Ja! —La mandíbula de Toto se tensó mientras se agachaba—. Es precisamente como parece. Fui testigo del discurso de la anciana matrona.

—¿Fuiste a meter las narices en una reunión del círculo? —El abuelo se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos mirando a Toto.

—Cometería actos mucho más graves que simplemente observar a dríades desecados lanzando calumnias sobre una niña brillante y sensible desde lejos. —Toto gruñó.

Esto se estaba saliendo de control.

Casi como si sus zapatillas hubieran cobrado vida propia, Rhianne se encontró acercándose de puntillas a ellos, lista para intervenir.

—No voy a discutir contigo sobre las habilidades de Rhianne, pero espiar… ¿cómo es que no te detectamos?

—Oh, por favor, como si tuvierais la capacidad de sentirme *a mí* —replicó Toto con un resoplido y un ladrido que sonó sospechosamente como una risita.

Las cejas del abuelo se fruncieron, y una nota áspera se coló en su voz. —¡Pequeño ser feérico descarado!

—¿Y eso en qué te convierte a ti, si se puede preguntar? ¿Entidades etéreas conjuradas por mero capricho? —Toto mostró una sonrisa que dejaba ver más dientes de lo estrictamente necesario.

El abuelo dio un paso adelante. —¡Hemos estado arraigados en esta tierra mucho antes de que vuestro grupo empezara a revolotear por ahí!

—¿Mi *grupo*? —Toto hinchó el pecho y ladró—. Por el resplandor de la luna, qué rápido las ramas se ponen amnésicas.

—¡Basta! —Chispas saltaron de los dedos de Isobel, convirtiendo la habitación en una discoteca de azules y dorados.

Toto y el abuelo parpadearon, pero ninguno de los dos cuestionó el espectáculo de luces.

—Ejem —dijo Rhianne—. Isobel, ¿gracias?

Rhianne escaneó la habitación en busca de restos de chispas mágicas, pero estaba tan limpia como una patena, sin un solo rastro mágico a la vista. Era como si la magia hubiera hecho las maletas y se hubiera ido de vacaciones. Isobel estaba de pie, fulminando con la mirada, pero de alguna manera logró parecer tan amenazante como un gatito armado con una pluma. Pero Rhianne no se dejó engañar; sabía lo que había visto. No le daba exactamente las llaves del enigma que era Isobel, pero era una pista, tan brillante como una moneda en un pozo de los deseos.

En cualquier caso, los fuegos artificiales de Isobel, intencionales o no, parecían haber detenido la discusión, y eso tenía que valerle al menos una estrella de oro.

—¿Por qué no me dijiste que no me querían cerca, abuelo? —De todas las preguntas posibles, Rhianne eligió la que sonaba más neutral; después de todo, no era culpa del abuelo. Sin embargo, ahí estaba, flotando en el aire. Se preparó para su respuesta.

—Oh, zarigüeya, era principalmente Brenda echando leña al fuego; está un poco estancada en sus costumbres. —El abuelo extendió la mano para colocarla sobre su hombro, anclándola con su toque.

—¿Mayormente? —Rhianne frunció el ceño—. ¿Sabes qué? No importa. —El nudo en su estómago decía lo contrario, pero lo ignoró—. ¿Qué hay de mis preguntas, entonces? ¿Las tomarán en serio? *¡Ahí está!* Podía ser madura y centrarse en lo importante.

—*Van* a escuchar —dijo el abuelo—. Porque me aseguraré de ello.

—¿Ese enfoque ha resultado eficaz para usted en el pasado? —preguntó Toto.

—¡Toto! —le reprendió Rhianne.

Sin embargo, tenía razón. Ella estaba a oscuras, marginada antes incluso de saber que había un juego.

—Desde hace unos meses, soy el Anciano Hoja.

Los ojos de Toto se ensancharon y ladeó la cabeza.

¿Qué demonios significaba eso? Rhianne miró al abuelo; tenía la frente arrugada y los labios apretados.

—Además —dijo el abuelo, enderezándose y encogiéndose de hombros—, Rhianne tiene a los árboles de su lado. Parlotean en su idioma, y eso no es algo que puedan ignorar.

—Vale. Vayamos un poco más despacio —dijo Rhianne, algo sin aliento—. ¿Anciano Hoja? Eso suena a algo de una tienda de té elegante. ¿Qué es?

—En cristiano: soy el viejo a cargo ahora. —El tono del abuelo era neutral, pero apretó la mandíbula.

¿Acaso no quería el cargo?

—Vale —dijo Rhianne, aunque no aclaraba mucho—. Necesito entender un poco más antes de irrumpir en vuestra reunión.

—¿Por qué no trasladamos esta conversación al porche? —dijo Isobel, con un tono suave como la seda, luciendo una mirada inocente de “yo no he lanzado chispas hace un momento”—. He contactado con alguien para transportar el cuerpo al hospital local. Deberían llegar pronto.

—¿Planeas mover a Elvira? —El abuelo frunció el ceño.

Con un suave tirón, Rhianne intentó guiarlo fuera del cobertizo. —¿De qué otra forma va a realizar Isobel una autopsia adecuada?

El abuelo se mantuvo firme por un momento antes de ceder ante la guía de Rhianne. —Supongo que sí, pero tenemos ritos que realizar.

—Después, abuelo. Primero, necesitamos reunir todos los hechos para averiguar quién es el responsable.

Una vez en el porche, Rhianne entró rápidamente para buscar un par de sillas más. Al hacerlo, no pudo evitar detenerse y observar la cabaña una vez más.

Los cojines bordados a mano esparcidos en el sofá parecían haber sido elegidos por alguien con buen ojo para la comodidad. Una manta tejida estaba drapeada sobre el respaldo del sofá con precisión casual, como si hubiera sido arrojada allí por un artista textil buscando un efecto “sin esfuerzo”.

Pero lo que le llamó la atención fue el peculiar burlete con forma de cerdo, apostado en la puerta como un guardia. No era un cerdo cualquiera; este lucía una expresión de determinación, como si hubiera visto demasiadas corrientes de aire y estuviera decidido en su misión de detenerlas todas.

El toque hogareño de Elvira estaba por todas partes, marcándola como alguien orgullosa de su casa; también había sido una sanadora muy dedicada.

Merecía justicia, y Rhianne se la entregaría con la misma determinación inquebrantable que ese cerdo bloqueador de corrientes.

Con renovada resolución, agarró las sillas y se dirigió de vuelta afuera.

CAPÍTULO 9

Afuera, las líneas de batalla se habían trazado en el pequeño porche. Isobel estaba sentada en una tumbona, armada con una mirada inexpresiva que no engañaba a Rhianne. A su derecha, Toto estaba despatarrado en otra tumbona, con los ojos cerrados fingiendo desinterés, aunque cada músculo de su cuerpo estaba tenso. El abuelo estaba apoyado contra un poste, contemplando los árboles más allá.

—¿Alguien quiere un té? —preguntó Rhianne mientras colocaba dos sillas. Su voz llevaba el tono esperanzado de un enviado de paz ondeando una bandera blanca mientras entraba en tierra de nadie. El té era la respuesta a la mayoría de las preguntas, incluso a las que aún no se habían formulado.

—Me encantaría —dijo Isobel.

Mientras tanto, Toto emitió un sonido que podría interpretarse como un leve interés o el preludio de una siesta.

El abuelo simplemente asintió, volviendo a su serena vigilancia de los árboles.

Bueno, té será.

Al volver adentro, Rhianne puso la tetera en la estufa, tomándose un momento para examinar la escena. La cocina estaba ordenada, sin una miga a la vista. Claramente, Elvira se había dado un atracón de limpieza después de la cena.

No parecía que hubo desayuno para Asher, lo que significaba que quien se lo llevó tenía prisa, y de alguna manera convenció a Asher para que se apresurara.

La muerte de su abuela habría disminuido el apetito de Asher, suponiendo que lo supiera. Pero considerando la dieta promedio de un adolescente, se necesitaría más que un pavor existencial para que Asher hubiera rechazado la comida.

Echando un vistazo hacia la habitación de Elvira, Rhianne notó su ubicación lejos de miradas indiscretas, acurrucada en una esquina como si estuviera en un programa de protección de testigos.

Tal vez Asher no había notado nada extraño, y el secuestrador lo había atraído con algo tentador. ¿Una hamburguesa con todos los extras en el pueblo?

Una cosa estaba clara como el agua: Asher conocía a su secuestrador. En esta época, los adolescentes nacían desconfiados y con un escepticismo incorporado que haría que un teórico de la conspiración asintiera con aprobación.

Los armarios eran como un museo de tazas y tazones, exhibiendo desde «La Mejor Jardinera del Mundo» hasta «La Abuela sabe más». Rhianne, navegando por esta jungla cerámica, seleccionó tres con los conflictos de personalidad menos evidentes y un pequeño cuenco. Junto a una lata de galletas, tropezó con una bandeja y un festín de contenedores de té.

Olió el contenido de los recipientes, finalmente decidiéndose por una mezcla que presumía de lavanda entre sus ingredientes.

—Esto debería funcionar de maravilla —murmuró, esperando que los efectos calmantes de la lavanda actuaran como un dardo tranquilizante sobre la tensión del día.

La bandeja tintineó mientras se abría paso hacia el porche. Isobel se levantó para reclamar una taza, mientras Rhianne colocaba la bandeja y el cuenco en una mesita junto a Toto. Apoyó su propia taza en la barandilla, luego le entregó la última al abuelo, quien ofreció un asentimiento y una sonrisa de agradecimiento al aceptarla.

—¿Me reuniré con todos esta noche, o solo con los ancianos? —Rhianne dio una palmadita a una silla junto a la suya e hizo un gesto para que el abuelo se sentara.

Después de un sorbo pensativo de té, el abuelo se acercó y se unió a ella. —Primero, es la reunión de los ancianos —comenzó—, luego te mezclarás con los demás en el festín posterior. Todos tienen que estar allí. Nos reunimos para celebrar la vida de Elvira, después de todo. —Su ceño se frunció, enviando un mensaje silencioso pero claro: la asistencia de la comunidad no solo se esperaba; se exigía.

Rhianne, que nunca había visto al abuelo enfadado, tenía la corazonada de que presenciar su ira era algo que era mejor evitar.

—Me temo que me saltaré ambos —dijo Isobel, su voz tan carente de disculpa como la de un político al que se le pide que explique el último escándalo—. Necesito encontrar un lugar en el pueblo donde quedarme.

—Hay espacio en casa del abuelo. —Rhianne esperaba tentarla con la perspectiva de discusiones nocturnas sobre sospechosos de asesinato. Toto, aunque un compañero fiel, tenía opiniones decididamente del siglo pasado. Pero Isobel ya estaba negando con la cabeza antes de que Rhianne pudiera terminar.

—Gracias, pero preferiría mi propio espacio. —Isobel se colocó un mechón de pelo castaño claro detrás de la oreja.

—¿Qué tal la cabaña de Elvira? —preguntó el abuelo. Era una ofrenda de paz después de la tensión anterior y Rhianne esperaba que Isobel la aceptara.

Isobel hizo una pausa, con el té a medio camino de sus labios. —¿Aquí? Pero es una escena del crimen.

Rhianne inclinó la cabeza y estudió a su amiga. La mano libre de Isobel golpeaba su silla mientras se mordía el labio.

—El lugar de Elvira siempre estaba hasta los topes de visitantes; encontrar huellas útiles sería prácticamente imposible —dijo el abuelo.

—Estoy de acuerdo con el abuelo en esto. Nuestra mejor pista podría ser el calentador. A menos que te moleste la idea de quedarte en la casa de una víctima de asesinato —Rhianne estaba bastante segura de que no era eso. Después de todo, Isobel se dedicaba a tratar con cadáveres.

Como era de esperar, Isobel se burló. —¡Por supuesto que no!

—¡Excelente, entonces está decidido! —El abuelo sonrió.

Isobel le lanzó a Rhianne una mirada indescifrable. Rhianne no iba a dejarla escapar, pero estaba dispuesta a hacer algunas concesiones. —Aunque no tienes que venir esta noche —dijo Rhianne, e Isobel alzó una ceja.

—Está bien. Me quedaré. —Isobel volvió a dejar su taza—. Iré al pueblo con la ambulancia y volveré más tarde esta tarde.

—¿Necesitas que te traiga de vuelta? —preguntó el abuelo.

El crujido de neumáticos sobre la grava anunció la llegada de un vehículo. En efecto, la ambulancia entró y se estacionó cerca del cobertizo. Poniéndose de pie, Isobel se sacudió las manos y le ofreció al abuelo una pequeña sonrisa.

—Gracias, pero encontraré el camino de vuelta. —Isobel se levantó—. Es hora de ocuparse de Elvira.

Dos paramédicos, vestidos con uniformes azules, salieron de la ambulancia. —¿Dra. Dupre? —preguntó la paramédica.

Isobel levantó la mano. —Sí, soy yo. ¿Podríamos conseguir el modelo de lujo de la camilla con ruedas, por favor?

Asintiendo, los paramédicos se apresuraron a la parte trasera de la ambulancia, recuperando la camilla. Siguieron a Isobel dentro de la casa, reapareciendo momentos después con el cuerpo de Elvira. Con meticuloso cuidado, izaron la camilla dentro de la ambulancia.

Isobel luego los dirigió al cobertizo, donde se encargaron del voluminoso calentador de queroseno, levantándolo hacia la parte trasera de la ambulancia con un poco de esfuerzo.

Rhianne observaba, rezando en silencio para que las huellas dactilares permanecieran intactas, ya que llevaban guantes y seguían las instrucciones de Isobel para manipularlo.

Después de asegurar el calentador, Isobel saltó a la parte trasera. Los paramédicos subieron al frente y, con un gesto de despedida, arrancaron, desapareciendo por la carretera.

—Isobel estaba un poco nerviosa, ¿no? —dijo Rhianne en voz alta, más para sí misma que esperando una respuesta.

—Algunas *personas* prefieren mantener sus secretos bajo llave —respondió el abuelo.

El énfasis no pasó desapercibido para Rhianne, quien se puso las manos en las caderas. *Eso no fue nada críptico*. —¿Tienes alguna idea de cuáles podrían ser esos secretos?

—Ah, zarigüeya, todos tienen derecho a sus pequeños misterios —guiñó un ojo.

Inclinando la cabeza, Rhianne procesó sus palabras. El abuelo no había dicho que no supiera cuál era el secreto de Isobel. *Interesante*. Y Toto también lo sabía o tenía una buena idea. Pero se había negado a decir algo al respecto en el pasado. Toto, como si sintiera su mirada, abrió un ojo y luego lo cerró.

—No todos, no —Rhianne estaba decidida a descubrir al asesino y secuestrador. El misterio de Isobel tendría que esperar un poco más.

Mientras las nubes se acumulaban en lo alto, un lejano retumbar de truenos resonó, preparando el escenario para un inminente aguacero. Una ligera llovizna pronto besó el suelo.

Rhianne se levantó, recogiendo el té a medio terminar de Isobel, el cuenco vacío y su taza. —Parece que va a llover. ¿Te importa si entramos? —El abuelo había sido reacio a entrar antes, pero tal vez ahora que Elvira se había ido, estaría bien—. Puedes ponerme al día sobre los ancianos.

El abuelo asintió lentamente y se levantó de su asiento con un suspiro.

Toto se estiró lujuriosamente antes de saltar de su percha. Con los paramédicos habiendo dejado la puerta entreabierta, Toto lideró la carga hacia el interior, con la cola ondeando como un estandarte, mientras que el abuelo, siempre protector, lo seguía.

Una vez que se acomodaron en la sala de estar, con tazas frescas de té acunadas en sus manos —porque realmente, ¿existe tal cosa como demasiado té?—, Rhianne hizo una señal al abuelo, invitándolo a sumergirse en los relatos de los ancianos.

El abuelo miró al techo y luego de vuelta a Rhianne. —Hay cinco ancianos, incluyéndome a mí. Elvira no era una de ellos.

Por alguna razón, eso decepcionó a Rhianne; la imagen que tenía de Elvira era la de una mujer sabia. —¿No era lo suficientemente mayor? —Tan pronto como lo dijo, se sintió tonta. Bien podría haber otros criterios además de la edad para los ancianos.

—No tan vieja como yo, eso es seguro —El abuelo se rió—. Pero ganarse el título de anciano no se trata solo de los años que tienes o los anillos en tu árbol. Para ser un anciano, tienes que conocer bien el monte, ser un poco mago con la vieja magia y mantenerte firme como un eucalipto por el medio ambiente y la gente. Se trata de poder comunicarse con el corazón del monte, liderar con un espíritu amable y cuidar la tierra y sus criaturas como si fueran propias.

El aroma del té de lavanda era relajante, y Rhianne lo respiró antes de dar un sorbo. —¿Y Elvira no calificaba porque…? —¿Era un área específica en la que fallaba o una combinación de factores? La respuesta podría proporcionar una pista.

—Elvira tenía buena mano con las plantas, sin duda, especialmente con las hierbas y cosas así, pero cuando se trataba de susurrar a los árboles, digamos que era más probable que obtuviera tono de marcado —El abuelo arqueó una ceja.

Rhianne parpadeó. —Pero yo puedo hablar con ellos.

—Y justo ahí está por qué eres tan especial, zarigüeya. Claro, la mayoría de los dríades pueden captar los susurros de los árboles o vislumbrar sus sentimientos, pero es raro que alguien realmente pueda tener una conversación bidireccional con ellos —La sonrisa del abuelo estaba llena de orgullo mientras le daba una palmadita tranquilizadora en la rodilla—. ¡A los ancianos se les va a caer la mandíbula!

—Yo supondría que no todos los miembros del consejo estarán complacidos de descubrir que una dríada de cuarto de sangre posee habilidades que igualan, o quizás superan, las suyas propias —dijo Toto.

La sonrisa del abuelo se desvaneció. —Puede que tengas razón en eso, compañero. Pero no pueden cambiar lo que es.

—¿Puedo recordarles que actualmente enfrentamos una situación en la que un asesino anda suelto? —Toto se había puesto a cuatro patas, había dado una vuelta y se había sentado sobre sus cuartos traseros.

La lluvia decidió dar una ovación de pie contra las ventanas, acompañada por el dramático redoble de tambores del trueno que hizo que la casa diera un pequeño baile. Afuera, el relámpago robaba el protagonismo, haciendo su mejor pose para las cámaras invisibles. Rhianne, atrapada en esta actuación natural, se estremeció. Se envolvió con una manta sobre los hombros.

—El asesino podría haber sido un tipo cualquiera —El abuelo se rehízo la coleta en un moño bajo.

—Y yo soy un inofensivo canino al que le gustan los huesos.

—Es cierto, abuelo. Asher no se habría ido con un extraño —Rhianne dio un sorbo a su té, acercándose más la manta.

—Ha habido una buena cantidad de sucesos extraños —El abuelo dejó escapar un suspiro y se puso de pie, caminando hacia la ventana.

Las orejas de Toto se movieron con atención y Rhianne se inclinó hacia adelante.

Mientras el abuelo caía en un silencio que amenazaba con extenderse hasta la próxima era glacial, el pie de Rhianne comenzó un impaciente baile de golpeteos. —Abuelo, no puedes soltar una bomba así y luego quedarte callado.

—Es culpa mía —admitió finalmente el abuelo, con la mirada desviada.

—¿Qué quieres decir? —Rhianne estaba a un pelo de marchar hacia él, agarrarlo por los brazos y obligarlo a soltar la sopa. ¿Cómo podía culparse de todo este lío?

—Comenzó poco después de que me nombraran Anciano Hoja —Volviéndose para mirarla, los ojos del abuelo parecían perder su brillo habitual bajo la tenue luz de la habitación, mientras los relámpagos proyectaban un telón de fondo dramático, convirtiendo su rostro en un juego de sombras—. El primer evento extraño fue un incendio cerca del arroyo. Lo descarté, culpando a excursionistas tontos, pero no había ni un solo indicio de una fogata descontrolada o una colilla tirada descuidadamente. Por suerte para nosotros, uno de los jóvenes lo vio a tiempo y logramos apagarlo.

Para los dríades, un incendio fuera de control era la pesadilla definitiva, bueno, eso y el temido zumbido de las motosierras.

—Entonces envenenaron al perro de mi vecino —dijo el abuelo, con una voz apenas audible —. Skip era un animal dulce al que le encantaba jugar con los niños.

Al mencionar el veneno, las orejas de Toto se levantaron y dejó escapar un único gemido lastimero.

—¿Envenenado?

El gemido resonó, una ola tangible de dolor que oprimió el corazón de Rhianne. Recordaba a Skip: el labrador color chocolate con afición por jugar a atrapar y dar generosos besos babosos. Aunque Toto a menudo fingía indignación, rodeándolo con un aire de superioridad, una vez lo sorprendió empujando suavemente el costado de Skip con la cabeza.

El abuelo, con movimientos pesados, volvió a su silla y dio un largo sorbo a su té.

—Lo peor vino después: una zanja, similar a la que os encontrasteis vosotros dos, atrapó a dos adolescentes. Uno de ellos terminó con una pierna rota.

—¿Por qué demonios te culparías a ti mismo por algo de eso?

—Solo empezaron a ocurrir después de que me eligieran —El abuelo hizo una pausa, su pierna comenzó a moverse nerviosamente, un gesto inconsciente que Rhianne había descifrado cuando tenía diez años.

Rhianne entrecerró los ojos, su sospecha creciendo.

—¡Suéltalo ya, abuelo!

Tras un momento de vacilación, exhaló.

—Encontré algunas… notas —admitió, con la voz cargada de reticencia.

Vale, era oficial, Rhianne iba a sacudirlo hasta que se lo contara todo. Justo cuando se disponía a levantarse, el abuelo levantó una mano.

—Al principio, las descarté como tonterías, basura, solo amenazas vagas —Tomó una profunda y pausada respiración—. Pero luego se volvieron específicas, acusándome de desestabilizar el bosque. Afirmaban que el incendio era una advertencia, y luego… envenenaron a Skip.

—Alguien está claramente trastornado —soltó Rhianne.

—Completamente absurdo. Son acusaciones infundadas —Toto se incorporó, su postura rígida.

La sonrisa que el abuelo les ofreció era cansada.

—El problema es que podrían no estar del todo equivocados.

Toto arqueó una ceja.

—¿Te importaría aclarar?

—Las leyendas dicen, amigo, que de vez en cuando aparece alguien que no está a la altura para asumir el manto de Anciano. Cuando eso sucede, el monte no se queda de brazos cruzados; no, empieza a agitarse, buscando poner las cosas en orden de nuevo.

La lluvia arremetía contra el cristal, implacable en su asalto, casi como si hubiera escuchado la historia del bosque enfurecido y decidido aportar su granito de arena. Las entrañas de Rhianne daban volteretas; una ola de calor le recorrió el cuello y la cara.

Se levantó, atraída hacia la ventana, y lanzó una mirada severa a los árboles que se sacudían. Luego, girándose, su frustración encontró su objetivo.

—¿Leyendas? —escupió—. ¡No hablarás en serio! —Tomó una respiración profunda y teatral, apuntando a la calma pero aterrizando más cerca de la exasperación—. Puedes

comunicarte con los árboles, ¿no? —Antes de que el abuelo pudiera siquiera pensar en interrumpir, ella continuó—: Si esos árboles tuvieran algún problema contigo por no estar «a la altura», te habrían dado un sermón, o supongo que una «hoja de quejas». Han estado bastante charlatanes conmigo. ¿Qué sigue? ¿El arroyo nos dará la ley del hielo?

—Puede que no lo hayan hecho —susurró el abuelo—. Pero las leyendas bajo las sombras titilantes del viejo eucalipto hablan de aquellos que traicionan a los suyos invitando a extraños a su hogar, arrojando un destino oscuro sobre nuestra estirpe.

Rhianne se quedó inmóvil por un momento, con la boca abierta, antes de cerrarla de golpe. Luego habló, cada palabra tallada con intención deliberada.

—¿Estás diciendo que al casarte con la abuela, una bruja, has traído una maldición sobre el bosque? —El significado la golpeó, y su voz se elevó, volviéndose estridente. Hizo una pausa, haciendo una mueca ante el sonido.

—No, zarigüeya, no estoy diciendo exactamente eso; solo estoy…

—Sí, lo *estás* diciendo, abuelo —Pisoteó con fuerza.

Toto ladró una vez, y Rhianne parpadeó.

—Soy de la opinión de que nos estamos desviando del tema principal de discusión —dijo Toto, inclinando la cabeza y clavando en Rhianne una mirada significativa.

Cerrando los ojos por un breve momento, Rhianne se mordió el labio, tratando de no dejar que lo absurdo de la situación la dominara. Toto, con sus observaciones inquietantemente acertadas, tenía razón, por supuesto. Pero lidiar con los prejuicios de la ciudad y sus ciudadanos sobrenaturales se suponía que era parte de su rutina de los martes, no de las discusiones de la cena dominical con el abuelo.

—Mira, abuelo —Se tiró de la coleta—. El asesinato de una mujer en su propia casa con monóxido de carbono y el posterior secuestro de su nieto no son exactamente señales de un levantamiento del bosque, ¿verdad?

¡Ahí está! Eso era razonable y lógico.

Pasándose la mano por el rostro cansado, el abuelo se levantó y se acercó a ella, con las comisuras de los ojos arrugadas.

—¿Cuándo pasaste de los comentarios ingeniosos al trabajo de detective en toda regla? —Su sonrisa era tierna.

Fingiendo ofenderse, Rhianne le dio un golpecito en el brazo, pero su boca se crispó.

—¡Oye! He estado jugando a ser detective desde que aprendí a caminar. Muchas gracias.

El abuelo se rio, un sonido profundo y resonante que llenó la habitación. Tomó su mano entre las suyas, el calor y la fuerza de su agarre ofreciendo consuelo.

—Una jovencita astuta, sin duda. Siempre mordisqueando los talones de la verdad. Pero ahora, no solo estás haciendo las preguntas correctas; estás armando el rompecabezas —La llevó de vuelta al sofá, sin soltar su mano.

Sentándose, mantuvo su mirada, la anterior ligereza desvaneciéndose en seriedad.

—Tienes razón, zarigüeya. Nos enfrentamos a alguien realmente perverso, y sea yo capaz o no, eso es lo que tenemos que abordar primero.

—Asher es la prioridad, abuelo —La voz de Rhianne era firme, pero las acrobacias en su estómago contaban una historia diferente, obligándola a tragar con dificultad ante la idea de que el niño pudiera estar mal.

Todavía tenía tantas preguntas. ¿Por qué secuestrar a Asher y no deshacerse de él allí mismo? Tal vez apuntaban a un encubrimiento, esperando que se etiquetara como un «accidente». Pero la siniestra lógica se desmoronaba bajo un descuido flagrante: usar a un niño desaparecido como chivo expiatorio. ¿Un chivo escapatorio? ¿En serio, cerebro? ¡Un chivo expiatorio!

Sin embargo, la esperanza titilaba; Asher tenía una oportunidad porque el villano no la había considerado a ella, Rhianne, la inesperada llave inglesa en los engranajes —o en este caso, la bruja con una escoba lista para barrer los planes al desastre. Hora de ser una buena brujita y remover el caldero. Una sonrisa irónica asomó entre la tormenta de sus pensamientos. Al fin y al cabo, si había algo en lo que una bruja sobresalía, era en agitar las aguas cuando se pretendía calma.

—Háblame de los otros ancianos —dijo Rhianne.

CAPÍTULO 10

La curiosidad de Rhianne sobre la misteriosa reunión de ancianos de esta noche había pasado de ser una simple chispa a una auténtica hoguera. Así que se sentó al borde de su asiento, esperando a que el abuelo le dijera qué podía esperar..

—Bueno, ya se me ha escapado que hay cinco ancianos —comenzó el abuelo como si estuviera revelando los ingredientes secretos de una receta familiar.

—¿El número es significativo o simplemente se quedaron sin sillas? —bromeó Rhianne, ladeando la cabeza.

—Sí, es significativo —rio el abuelo, sin perder el ritmo—. Asegura que nunca haya un empate, con el Anciano Hoja, o sea yo, haciendo de árbitro. Práctico, ¿no?

Eso sí parecía una cantidad considerable de influencia para una sola persona. A menos que, por supuesto, tres o cuatro formaran un comité improvisado de reordenación de muebles contra el Anciano Hoja, entonces prevalecerían. Quizás no era la democracia en su máxima expresión, pero ¿cuándo lo era?

Rhianne no podía imaginarse al abuelo ejerciendo su poder como un tirano, pero quizás a otros no les entusiasmaba su derecho de veto.

Eso podría arrojar algo de luz sobre las misteriosas notas. O no. El asesinato y las amenazas podrían estar tan relacionados como los canguros y los copos de nieve. Sin embargo, Rhianne no era de las que apostaban por las coincidencias. Como diría Kai: “Estadísticamente no imposible, solo improbable”.

Su taza de té se había rendido al frío, ahora un triste charco de decepción mientras el viento aullador de fuera coqueteaba con la idea de unirse a ellos en el interior.

Se abrazó a sí misma, intentando alejar el frío no invitado. —Es hora de resucitar el té —dijo para nadie en particular. Dirigiéndose a la cocina, encendió la estufa. Se apoyó en la encimera y dejó que el creciente calor de la tetera ahuyentara el frío, al menos por un momento.

La voz del abuelo adoptó una cadencia rítmica. —Primero, tenemos a Peter Hawthorn —comenzó, con un brillo en los ojos—. Es sabiamente cauteloso. Mide dos veces y corta una, si entiendes lo que quiero decir.

—Luego está Brenda Alder. —Su tono adquirió un filo más agudo, un toque de terreno accidentado en su voz—. Amargamente prejuiciosa, esa. No tiene mucho amor por aquellos que se mueven entre el mundo nuevo y el viejo.

Dio un sorbo a su té. —Luke Collingwood es el siguiente. —Una suave sonrisa harmonizó sus palabras, como la luz del sol a través de las hojas—. Silenciosamente observador, mira y aprende. Es más probable que lo escuches con el corazón que con los oídos. Perdió a su esposa el año pasado, pobre hombre, y solo ahora está empezando a retomar el ritmo de las cosas por aquí.

Hizo una pausa, su postura relajada, su expresión neutral pero suave. —Y por último, pero no menos importante, Martin Oakley. Es tan sólido como se pueda ser, con los pies firmemente en la tierra. Una verdadera roca, de principio a fin. —Sonaba como si hubiera respeto allí, como las profundas raíces de un viejo eucalipto.

La tetera dejó escapar un silbido agudo, y Rhianne apagó la estufa. —¿Os apetece otra taza? —ofreció, mirando por encima del hombro.

Tanto el abuelo como Toto negaron con la cabeza de forma sincronizada. Así que Rhianne solo rellenó su taza. Volvió a su sitio, la taza caliente una presencia reconfortante entre sus manos, y se acomodó en su lugar anterior. —Así que estos ancianos, ¿son todos muy…? —Dudó, buscando la forma más diplomática de decir “anclados en sus costumbres como chicle en un pavimento caliente” o “tercos como una mula en un camino embarrado”. Finalmente se decidió por “tradicionales”.

La risa brotó, haciendo eco en las paredes mientras el abuelo trataba de componerse, secándose los ojos. —Caramba, ¿cuándo te convertiste en la diplomática de la familia? Ese suele ser el número de circo de tu madre.

No hace mucho tiempo —llamémosle una escandalosa investigación de asesinato— que ser comparada con su madre habría hecho que Rhianne saliera corriendo hacia las colinas, o al menos, que hiciera su mejor gesto de poner los ojos en blanco. Desentrañar un misterio de asesinato tenía sus ventajas, incluyendo ver a su madre bajo una nueva luz. Claro, la gente tenía capas, pero ¿su madre? Ella era más bien un iceberg con una profundidad oculta que podía hundir barcos y a menudo lo hacía. Y el vislumbre que obtuvo del lado sumergido la sorprendió. De una buena manera.

—¡Nunca me atrevería a alcanzar tales alturas! —Le ofreció una pequeña sonrisa.

El abuelo le lanzó una mirada, una ceja arqueada más alta que la otra, su rostro una imagen de contemplación fingidamente seria. —¿Es así?

—En fin… —Rhianne descartó la inminente inmersión profunda en el psicoanálisis familiar. Tenían peces más grandes que freír y un adolescente que encontrar—. ¿Decías sobre los ancianos?

—No lo estaba haciendo. —Los ojos del abuelo brillaron con picardía.

Cuando Rhianne le lanzó una mirada de reproche, él sonrió y dijo: —Así que lo que realmente estás preguntando es si son un montón de anticuados opuestos a cualquier cosa inventada después de la rueda.

—¿Y lo son?

Toto se aclaró la garganta. —Hay virtud en la preservación de las tradiciones ancestrales y en navegar los arroyos de la vida con la brújula de la experiencia.

—Y luego está la "estrategia del avestruz": entierra tu cabeza en la arena tan profundo que estás haciendo estudios geológicos —replicó Rhianne.

Las sensibilidades del viejo mundo de Toto se habían extendido una vez a la redacción de una lista casi mítica para su futuro "marido", defendiendo los ideales de una época pasada. Rhianne se había reído de ello, acusándolo de buscar un unicornio en un mercado de caballos. Y entonces sucedió Kai. De la noche a la mañana, Toto se había convertido en el presidente del club de fans de Kai.

—Claro que lo son —dijo el abuelo, devolviendo a Rhianne a su conversación con una risita —. Son viejos como la tierra y lentos para ponerse al día.

—Tú no lo eres, sin embargo.

El singular canto de un pájaro látigo cortó el silencio, acompañando los rayos del sol que ahora entraban por las ventanas. La tormenta se había retirado tan rápidamente como se había anunciado, dejando tras de sí un arcoíris que pintaba el cielo con suaves pinceladas de acuarela.

El abuelo sonrió. —Lo soy, zarigüeya. Viejo también. Y eres dulce al decirlo. Pero Asher —su voz tembló al pronunciar el nombre— solía recordarme que yo era más como un sauce flexible que como un rígido ironbark.. ¿Los otros ancianos? Casi tuvieron un cortocircuito cuando mencioné el Wi-Fi. —Sus ojos se nublaron—. No les gustó mucho que dejara al chico jugar con aparatos y artilugios. Pensaron que le estaba enseñando a invocar demonios con un teclado.

—¿Realmente tienes internet aquí? —Las cejas de Rhianne se dispararon mientras sacaba su móvil, sus ojos siguiendo la elusiva danza de una sola barra de señal que aparecía y desaparecía como una criatura tímida en la naturaleza.

—Un trocito del mundo digital en mi casa, lo preparé para él —la voz del abuelo llevaba un sutil temblor bajo su timbre robusto—. Le di al muchacho un refugio para sus videojuegos y demás. Desde que sus padres fallecieron, ha tenido esta nube de pesimismo sobre él —levantándose de su silla, el abuelo se movió con determinación hacia la cocina—. Parece que se me ha secado la garganta de tanto hablar. Es hora de rellenar mi taza de té, me parece.

El gesto de ir a preparar té parecía más un pretexto para que el abuelo recogiera sus pensamientos que una sed real. El estómago de Rhianne decidió unirse a la conversación con un gruñido, recordándole que no había comido desde el desayuno. Miró su móvil; ya pasaban de las cinco.

—¿Cuándo se supone que empieza esta reunión? —preguntó, esperando que su estómago mantuviera una tregua hasta entonces.

—Una hora antes de que el sol bese el horizonte —respondió el abuelo mientras la tetera comenzaba su baile tembloroso en la estufa. Miró hacia afuera, con una expresión de repentina comprensión—. ¡Caray, eso es en menos de una hora! Será mejor que volvamos a la cabaña entonces; el círculo está en esa parte del bosque, y es una buena media hora de caminata.

Con una sensación de urgencia mordiéndole los talones, y el reloj burlándose de ellos desde lejos, Rhianne saltó a la acción. Recogiendo todas las tazas, las lavó rápidamente antes de que se marcharan.

Mientras se alejaban a paso ligero, el olor a lluvia en la vegetación los envolvió, llenando el espacio con el aroma fresco del eucalipto y el cítrico del mirto limón. Toto comenzó a olfatear cada dos árboles, con la cola tiesa.

—Cuéntame sobre Asher —pidió Rhianne—. Parece que hay toda una historia ahí.

El abuelo la miró, las sombras de los árboles jugando en su rostro, insinuando una complejidad de emociones. —Asher… bueno, es una historia de lo que pudo haber sido y lo que ahora debe enfrentarse —el abuelo hizo una pausa, tocando un gran eucalipto moteado como si saludara a un viejo amigo.

Probablemente lo era, aunque Rhianne no escuchó susurros en respuesta. Se preguntó si los árboles elegían selectivamente a quién podían escuchar.

—Su madre, Roslyn, tenía el don; ella y los árboles, vaya, eran uña y carne, tenía una de las conexiones más fuertes que he visto en años. Luego, hace cuatro años, ocurrió un desastre. Roslyn y su marido, Paul, estaban en su coche durante una tormenta cuando un enorme eucalipto cayó sobre ellos. Todavía me deja atónito pensar que los árboles no le avisaron. Aunque la tormenta era una verdadera furia, y podría haber ahogado cualquier advertencia. Por algún

milagro, Asher sobrevivió. Estaba en el asiento trasero; el árbol lo esquivó pero lo dejó atrapado durante horas hasta que pudimos sacarlo.

La opresión en el pecho de Rhianne la hizo frotarse la mano sobre él; el pobre chico habría estado completamente solo, totalmente impotente para ayudar a sus padres.

El cielo sobre ellos seguía siendo un revoltijo de nubes, pareciendo indeciso, inseguro de si había terminado su aguacero o solo estaba tomando un respiro. A su alrededor, el bosque estalló con el debate cacofónico de las cacatúas, sonando como una ruidosa sesión parlamentaria en pleno apogeo, cada pájaro graznando su opinión a todo pulmón.

—¿Cómo lo está llevando? —preguntó Rhianne.

—Tan bien como cabría esperar —dijo el abuelo, acelerando el paso; debían estar llegando tarde—. Han pasado unos años y Elvira ha hecho todo lo posible, pero el chico se ha vuelto muy callado y se mantiene apartado. Soy el único con quien parece abrirse un poco. Cuando se entere de lo de Elvira… bueno, le va a afectar mucho.

Así que el abuelo pensaba que Asher no sabía nada sobre el fallecimiento de su abuela. Era posible. Alguien podría haberlo sacado de la cama mientras aún estaba medio dormido, con la cabeza nublada. Mezclar madrugones con adolescentes era como intentar mezclar aceite y agua. Pero entonces, eso planteaba la pregunta: ¿por qué tomarse la molestia de secuestrarlo?

—¿Asher mostró algún indicio del don? —preguntó Rhianne.

—Aún es pronto. Podríamos estar esperando unos buenos treinta años antes de saberlo con certeza —dijo el abuelo, lanzándole una mirada que llevaba más peso que sus palabras.

Es cierto, las habilidades de dríada de Rhianne decidieron aparecer con una puntualidad caprichosa, revelándose solo ahora que estaba en sus treinta.

Toto se rio como si adivinara sus pensamientos. —Eres, en todos los sentidos, una jovencita. Es muy similar a tu magia élfica.

Un destello de irritación bailó en los pensamientos de Rhianne, la idea de ser etiquetada para siempre como la eterna becaria en la oficina de la adultez la molestaba sin fin. A pesar de haber intentado todo lo posible, escalar la colina del reconocimiento adulto se sentía como hacerlo sobre patines, con su padre, Nel, y ahora Toto engrasando alegremente la pendiente.

—¿Pero es una posibilidad?

—¿Te preguntas si el don de charlar con los árboles es algo que se transmite por línea familiar? Bueno, no es una apuesta segura cada vez, pero sucede con suficiente frecuencia como para que piense que Asher podría encontrarse charlando con los viejos eucaliptos antes de lo que

crees. Quién sabe, incluso podría terminar siendo uno de los ancianos, dando consejos y demás, con el tiempo.

Mientras se acercaban a la cabaña del abuelo, Rhianne descubrió que sus piernas se convertían en mini velocistas para mantener el ritmo de sus zancadas. Toto trotaba felizmente a su lado.

Girando bruscamente a la izquierda, llegaron a un sendero estrecho. En lo alto, un grupo de cucaburras parecía estar celebrando un concurso de risas, sus estruendosas carcajadas rebotando entre las copas de los árboles, mientras el bosque susurraba en respuesta con el crujir de las hojas, probablemente cotilleando sobre los recién llegados. Un par de canguros, como si hubieran confundido el sendero con un trampolín del monte, saltaban entre la maleza con gracia.

Un pensamiento rebelde se apoderó de la mente de Rhianne, y soltó la pregunta: —¿Puede mi madre hablar también con los árboles?

Los jardines de su madre eran nada menos que espectaculares. Pero era una bruja bastante poderosa, así que la afinidad con las plantas podría ser un efecto secundario de eso más que cualquier herencia de semidríada.

La distinción era sutil, y Rhianne se consideraba a sí misma una bruja verde; su habilidad para hacer florecer las plantas era la clave de su exitoso negocio. Pero ahora no estaba segura si todo se debía a su magia de bruja.

La propia mezcla mágica de Rhianne —una combinación de curación élfica, brujería verde y ahora susurros de dríada— era como una mochila de explorador, cada habilidad apareciendo cuando menos se lo esperaba.

Tal vez la teoría de Toto era acertada: que era la mezcla de magias lo que aumentaba su potencia. No es que se sintiera como una central mágica, pero en el departamento de habilidades raras, las estaba coleccionando como si fueran cromos de edición limitada. «Quizás sea como hacer un pastel», reflexionó, «un poco de esto, una pizca de aquello, y voilà: un bizcocho mágico».

El abuelo interrumpió su hilo de pensamientos.

—Nah, tu madre no tiene el don. Aunque es buena con las plantas y las pociones también. Eso sí, tu abuela era otra cosa con sus pociones.

No era la primera vez que Rhianne se encontraba pensando en la abuela que apenas recordaba. Había muerto cuando ella tenía ocho años, así que sus recuerdos eran vagos en el mejor de los casos. Pero ni un solo recuerdo mostraba a su abuela retozando en el refugio

boscoso del abuelo. Dejó ese tema envuelto en su pequeño paquete y debajo de la cama. No era asunto suyo.

La abuela había sido una bruja poderosa. Y como su madre ahora, la Gran Bruja. Sin embargo, el aquelarre nunca había sido cálido con Rhianne, ofreciéndole sonrisas educadas pero insinceras, una cortesía extendida por la influencia de su madre; en el mejor de los casos, eran indiferentes a la híbrida con poderes débiles.

Las Grandes Brujas típicamente pasaban el manto dentro de la familia, pero Rhianne no tenía ningún interés en ponerse esos zapatos. Ni ahora, ni nunca.

El sendero se ensanchó, revelando un claro que pulsaba con magia antigua: un jardín secreto escondido de los ojos curiosos del mundo mundano. Este era el corazón del bosque, donde los eucaliptos montaban guardia como centinelas estoicos, sus ramas tejiendo un dosel protector sobre sus cabezas. El suelo estaba alfombrado con un exuberante tapiz de musgo y helechos, sus tonos verdes brillando con la luz moteada que lograba colarse a través de la barricada frondosa de arriba.

En el corazón de esta sala de juntas verdosa, se alzaba un círculo de piedras, dispuesto en una formación que recordaba a Stonehenge. El aire estaba cargado con el aroma de tierra y crecimiento, un perfume que hablaba de vida, descomposición y el ciclo del bosque. Era el tipo de magia que hacía que Rhianne se preguntara qué secretos yacían enterrados bajo el suelo ancestral.

Al entrar en el claro, el bosque se inclinó, como ansioso por escuchar a escondidas los procedimientos del círculo de los dríades. Quizás los árboles susurrarían sus hojas en aplauso o desaprobación durante la reunión. Dada la energía que se entretejía a su alrededor, no le sorprendería si quisieran opinar.

Cuatro pares de ojos se volvieron hacia ella, sus miradas fijas con una intensidad que parecía perforar el mismo tejido de su ser.

CAPÍTULO 11

Los cuatro ancianos se pusieron de pie, evaluando a Rhianne con miradas que iban desde ligeramente intrigadas hasta «he visto hongos más emocionantes». La escena parecía sacada de uno de los cuentos del abuelo, cada anciano encarnaba a los personajes que había descrito con una precisión asombrosa. Rhianne inició un juego mental de «Adivina quién: Edición Ancianos».

Primero, sus ojos se posaron en una figura que solo podía ser Peter Hawthorn. Estaba tan rígido y cerrado como una caja fuerte, con la mirada afilada. Su cabello castaño estaba peinado hacia atrás con tal precisión que Rhianne se preguntó si habría usado una regla. La forma en que la examinaba parecía como si estuviera intentando calcular su peso exacto en polvo de hadas.

A su lado, Brenda Alder arrugó la nariz como si acabara de beber vinagre, su expresión se plegó en un profundo surco. Con su pelo gris recogido más apretado que un tambor y una mirada que podría cortar la leche, encarnaba la expresión «si las miradas mataran». Levantó la barbilla en un sutil desaire.

Al lado de ella debía estar Luke Collingwood, cuyo comportamiento era tan sereno como un bosque tranquilo. La suavidad de sus ojos ámbar contrastaba con la intensidad de los demás. Vestido con colores terrosos, se fundía con el entorno, y su cálida sonrisa podría haber tostado malvaviscos. Rhianne sintió un repentino impulso de compartir la historia de su vida con él o al menos averiguar si daba abrazos gratis.

A la derecha de Luke, parecido a un antiguo fresno de montaña, estaba Martin Oakley. Su robusta figura sugería que podría vencer a un árbol en un pulso. La espesa barba que adornaba su rostro fácilmente podría ocultar una familia de zarigüeyas. Su reconocimiento —un breve asentimiento— fue neutral.

—Hola a todos —dijo Rhianne con una alegría forzada.

Toto estaba justo detrás de ella, rozando su costado en un gesto reconfortante de apoyo.

El abuelo dio un paso adelante, su postura firme y protectora, como un experimentado montañero enfrentándose a una tormenta inesperada.

—Esta es mi nieta, Rhianne.

—No mencionaste que tiene algo de elfo —llegó la declaración áspera de Martin, su voz rugosa como la corteza—. Y tiene un familiar feérico, ¿eh?

Rhianne parpadeó, tratando de descifrar si Martin consideraba su naturaleza élfica y la presencia de Toto una deliciosa sorpresa o el precursor del apocalipsis. Además, Toto NO era su familiar. Pero Toto no objetó, y antes de que ella pudiera hacerlo, el abuelo habló.

—Tampoco mencioné que tiene un don para hablar con los árboles —el abuelo se detuvo frente al grupo. Se alzaba sobre los demás, aunque parecía minúsculo al lado de la corpulenta figura de Martin. Sin embargo, allí estaba, despreocupado e imperturbable, su voz goteando un desafío casual.

Se oyó un fuerte jadeo.

—¡Imposible!

La negación de Brenda era tan predecible como molesta.

—¿Quieren una pequeña demostración? —preguntó Rhianne. En realidad, no estaba segura de poder lograr algo así, pero ya lo había soltado y no iba a retractarse.

—Creo que eso no será necesario —la voz profunda pero gentil pertenecía a Luke. Dio un paso adelante desde las sombras, su aproximación tranquila y mesurada—. Después de todo, todos hemos aceptado dejar que la joven nos ayude a rastrear a Asher.

Interesante que no mencionara el asesinato. Rhianne le lanzó una mirada interrogante al abuelo.

El abuelo captó su señal silenciosa.

—Y no olvidemos el asunto de investigar el asesinato de Elvira.

—Te estás volviendo dramático en tus años dorados —dijo Peter.

—Puede ser —concedió el abuelo con una sonrisa irónica—, pero estoy en lo cierto aquí. Rhianne trajo a un patólogo forense, y resulta que Elvira fue asesinada por monóxido de carbono.

—¿Otro forastero, Angelo? ¡Esto es indignante e indeseado! —dijo Brenda, retrocediendo como si la idea la repeliera físicamente.

—Me parece que la verdadera indignación es que uno de los nuestros haya terminado así —dijo el abuelo, fijando en Brenda una mirada severa que podría haber hecho retroceder a una manada de dingos.

—Podría ser un accidente, no un asesinato —dijo Martin. Cambió su peso, apoyándose en su bastón con ambas manos como si colocara el peso del mundo sobre él—. Le dije que arreglara ese generador defectuoso.

—Excepto que fue el calentador, que estaba en el cobertizo… bajo una pila de mantas —la mirada de Rhianne recorrió el grupo, evaluando sus reacciones.

Los labios de Brenda se apretaron. Sacudió la cabeza, tal vez esperando desprenderse de la verdad inconveniente como un molesto trozo de palomita atascado entre sus dientes. El ceño de Peter se profundizó, las líneas grabadas en su frente se hicieron más pronunciadas, como valles tallados por ríos de preocupación. Luke parecía como si alguien le hubiera dicho que su árbol favorito estaba emigrando, su rostro drenándose de todo color.

¿Y Martin? Permaneció estoico, el único signo de su perturbación era un rítmico acariciar del pomo de su bastón. Lo acariciaba como si pudiera brotar respuestas o al menos ofrecer apoyo moral.

—¿Quién podría haber hecho algo así? —preguntó Luke—. Elvira era la sal de la tierra, siempre dispuesta a echar una mano.

—¡Por favor! —se burló Brenda—. Una entrometida que pensaba que «susurrar en el bosque» era una invitación literal. Bastantes estaban menos que encantados con sus chismes.

La cola de Toto se levantó como un asta de bandera, con sus orejas erguidas.

—¿Eso te incluía a ti? —preguntó Rhianne.

Los ojos de Brenda se estrecharon y, con un desafiante levantamiento de barbilla, se acercó a Rhianne, su mirada afilada.

—Yo no tengo secretos.

Claro que no.

Rhianne sostuvo su mirada sin siquiera parpadear. Había sido entrenada por la mejor: la madre de Rhianne desayunaba senadores experimentados.

—¿Quién estaba molesto entonces?

—Solo cosas que he oído —Brenda agitó una mano y se dio la vuelta, dando por terminada la conversación.

—Creo que esas *cosas* podrían ser importantes. Estoy segura de que quieres justicia para Elvira —Rhianne inclinó la cabeza. Luego miró alrededor del grupo, buscando en sus rostros signos de acuerdo o disentimiento.

—Eso es cierto —dijo Luke con voz suave—. Si fue asesinada, tenemos que profundizar más, no solo por ella sino por todos nosotros.

—Podría haber sido un forastero —dijo Peter mientras daba unos pasos, con las manos entrelazadas detrás de la espalda.

—¿Pretende decir que el árbol descuidaría señalar la aproximación de un individuo albergando intenciones malévolas? —preguntó Toto, saltando sobre una roca cercana, atrayendo todas las miradas con su repentino movimiento.

—Y el ser feérico habla —dijo Brenda, su atención desviada hacia Toto, solo para descartarlo con un gesto de desprecio.

Rhianne optó por ignorar su comentario, y también lo hizo Toto, quien comenzó a lamerse la pata como si no hubiera escuchado nada.

—Piénsalo. ¿Crees que algún desconocido se colaría, instalaría un calentador y luego se marcharía unas horas después sin que nadie, incluido Asher, lo viera? Sin mencionar que volvió y escondió el calentador en el cobertizo. Esto fue un asesinato premeditado. Alguien que conocía a Elvira se tomó todas estas molestias para hacer que su muerte pareciera un accidente desafortunado —dijo Rhianne.

Echó un vistazo a Martin, quien se encogió un poco, su rostro tornándose más rojo mientras miraba a cualquier parte menos al grupo.

—Entonces, ¿qué escuchaste, Brenda? —preguntó Rhianne volviéndose hacia ella.

Los ojos de Brenda se convirtieron en delgadas rendijas, su cuerpo tensándose como si se preparara para una confrontación.

El abuelo extendió los brazos.

—Bien, todos acordamos dejar que mi nieta intentara resolver este asesinato y el secuestro. ¿Alguna nueva objeción? —Su voz retumbó por el claro, y Rhianne habría jurado que los árboles se pusieron firmes.

—No —dijo Luke, seguido por las negaciones con la cabeza de Peter y Martin.

Brenda alzó las manos al aire y les lanzó una mirada fulminante a todos.

—Muy bien, entonces está decidido. —El abuelo clavó su mirada en Brenda—. Ahora, vamos, responde a la pregunta de la joven.

—La hija de Peter, para empezar —dijo Brenda, y su sonrisa burlona volvió mientras miraba a Peter.

—¿Qué pasa con Antonia? —Peter dio un paso más cerca. Había sido el más alejado cuando llegaron. Aunque su voz tenía un volumen normal, la aspereza de su tono hizo que a Rhianne se le erizaran los pelos de los brazos.

Brenda claramente no tenía un buen sentido de la autopreservación porque su sonrisa no vaciló y sus ojos brillaron.

—Elvira dejó caer en el grupo de tejido que Antonia está saliendo con un humano del pueblo.

Peter se acercó aún más, su tono plano.

—Eso es mentira.

Brenda se encogió de hombros.

—No fui yo quien lo dijo.

—Lo estás diciendo ahora —dijo Peter.

—Solo estoy respondiendo a la pregunta de la híbrida —replicó ella.

El sol descendió más, proyectando sombras alargadas a través del claro, las formas antes benignas en el suelo transformándose en monstruos amenazantes.

El pulso de Rhianne se aceleró, no solo por el acalorado intercambio sino por la repentina y espeluznante transformación de su entorno. Los árboles a su alrededor comenzaron a mecerse, aunque no había viento, y temblores ondularon por el suelo, enviando un coro de hojas y ramas susurrando a su alrededor.

La mano de Brenda voló a su pecho, y sus ojos se agrandaron.

—¡Para eso!

—Le mostrarás respeto a mi nieta. —La voz del abuelo retumbó como una tormenta distante ganando fuerza.

La energía de los árboles cambió, y se inclinaron como si ellos también estuvieran ansiosos por escuchar el desenlace.

El aire se volvió helado, un escalofrío reminiscente del rencor del invierno haciendo una gira sorpresa de regreso. Rhianne extendió la mano y tocó el brazo del abuelo, permitiendo que algunos zarcillos de su magia lo calmaran como suaves gotas de lluvia. Susurró a los árboles, persuadiéndolos a un estado de ánimo más hospitalario, y el frío retrocedió.

—Está bien, abuelo.

Realmente no lo estaba. Pero había escuchado insultos mucho peores. Ver al abuelo desatar su poder con tal ferocidad era una primera vez. Aunque impresionada y, sí, tal vez un poco aterrorizada, esta no era la mejor manera de obtener la información que necesitaban.

Los ojos de Brenda se habían estrechado hasta el tamaño de agujeros de alfiler, y sus labios estaban tan apretados que podrían fusionarse en uno solo. Sin embargo, a pesar de su fachada de desafío, sus manos temblorosas la traicionaban.

—Escuché a los árboles respondiendo a tu chica —dijo Luke. Sus ojos siguieron a Rhianne, y una sonrisa iluminó su rostro—. ¡Por el corazón del bosque, es una joven brillante y floreciente!

Ante el cumplido, Rhianne sintió que sus mejillas se acaloraban, y el abuelo se rio entre dientes. El espesor del aire se dispersó, llevado por una brisa más cálida.

—Es aguda como una tachuela, esta, y tiene el talento en bruto para igualarla. —La sonrisa del abuelo transformó su rostro.

Los hombros de Rhianne se relajaron un poco. Pero el tiempo se agotaba para Asher, y necesitaba algunas respuestas directas.

—Mencionaste que un montón de gente no estaba contenta con Elvira, pero solo has hablado de Antonia. ¿Quién más?

Rhianne no perdió tiempo preguntándose por qué Antonia estaría molesta porque Elvira revelara su novio secreto. La reacción de Peter le dijo todo lo que necesitaba saber, y no era una sorpresa para Rhianne que los sobrenaturales no estuvieran entusiasmados con mezclarse. Era raro que los híbridos heredaran los poderes completos de cualquiera de los lados, pero Rhianne tenía la corazonada de que el verdadero problema era un clásico caso de '¿no eres como nosotros, verdad?'

—Chismorreaba sobre todos, incluso metiéndose contigo. —Brenda señaló con el dedo a Rhianne como si estuviera identificando a un sospechoso en una fila de reconocimiento—. La nieta débil que fracasó en su prueba de nivel de poder.

Suspirando, Rhianne le dio un apretón tranquilizador al brazo del abuelo. Discutir que no había fracasado sino que apenas había pasado con una puntuación de dos —a propósito— era inútil. Brenda estaba buscando una reacción, y Rhianne no iba a morder el anzuelo.

—Eso no es un chisme; es la verdad, excepto por la parte de fracasar. ¿Qué más?

El bufido de Brenda se convirtió en una rutina de caminar de un lado a otro.

—La lista es larga. Rose estaba furiosa por su tratamiento fallido contra el acné; ahora tiene algunas cicatrices. ¿Y Bridget? Liviana es quedarse corto. Que Elvira difundiera sus tratamientos de infertilidad la tenía gritando como una loca. Elvira incluso soltó que Luke aquí tenía problemas para leer.

Luke, atrapado en el centro de atención, se movió incómodo y se sonrojó.

—Tengo dislexia.

Rhianne sintió un fuerte impulso de ir y abrazarlo, dando un paso adelante antes de pensarlo mejor. No quería hacerlo sentir incómodo, así que se conformó con una sonrisa que esperaba pareciera reconfortante.

—Bien. Parece que un montón de gente no estaba muy contenta con Elvira —dijo Rhianne. ¿Lo suficientemente enojados como para matar? Ninguno de ellos parecía tan malo. Aunque, la

gente ha sido asesinada por menos—. Necesitaré hablar con ellos. ¿Elvira se juntaba con alguien fuera de aquí?

Los ancianos compartieron una mirada como si les desconcertara la idea de hacer amigos fuera de su pequeño mundo. Fue el abuelo quien respondió.

—No puedo decirlo con seguridad, pero era una habitual en los mercados todos los miércoles y sábados. Me atrevería a decir que podría haber hecho un amigo o dos. Asher a veces la ayudaba los sábados; él podría haber conocido a algunos.

Pero, por supuesto, Asher estaba desaparecido y no podía decirles nada. *Qué conveniente*.

—Oye, los mercados son mañana, ¿verdad? Puedo ir y hablar con los otros vendedores y ver qué puedo averiguar —dijo Rhianne.

—Es una jugada inteligente. Si tomas su lugar y vendes sus cosas, probablemente se abrirán más contigo —dijo el abuelo.

Peter murmuró entre dientes, algo sobre que ella estaba recibiendo lo que merecía por mezclarse demasiado con humanos y arrastrar problemas a su comunidad.

La respuesta del abuelo fue una mirada que podría congelar la lava, sus cejas anudadas en desaprobación, mientras que Brenda, predeciblemente, asentía en acuerdo.

—La acompañaré yo. Mi presencia debería ser suficiente para animar a los demás a entablar un diálogo con Rhianne —dijo Toto desde su elevada percha.

Brenda, con un gesto de desdén y un despectivo chasquido de lengua, ya se había alejado, acomodándose en una roca con vista al grupo.

Podía burlarse todo lo que quisiera, pero lo cierto era que Toto tenía razón. Rhianne no estaba por encima de usar la ternura de esa bola de pelos a su favor. ¿Lograr que la gente bajara la guardia y compartiera más de lo planeado? Un poco de peluche ayudaba mucho a que eso sucediera.

—¿Dónde está Elvira? —fue Martin quien hizo la pregunta.

—En la morgue de Coffs —respondió el abuelo, mirando a cada uno de ellos como desafiándolos a discutir.

—¿Cómo vamos a realizar los ritos, entonces? —Luke escudriñó el claro.

Rhianne siguió su mirada hasta una enorme pira.

Rhianne intentó recopilar sus conocimientos sobre las costumbres funerarias de los dríades y descubrió que esa sección de su biblioteca mental estaba bastante polvorienta. El abuelo se había saltado esos cuentos para dormir, probablemente por una buena razón. Pero contrario a la versión

de los cuentos de hadas, donde los dríades y el fuego eran como el agua y el aceite, en realidad estaban bastante tranquilas con las llamas.

Veían el fuego no como un enemigo sino como un «amienemigo», parte del gran círculo ardiente de la vida, promoviendo un poco de brote y crecimiento aquí y allá. Claro, nadie organizaba una fiesta de bienvenida para un incendio forestal, pero eran buenas gestores del monte, tomando una página del libro de los indígenas australianos con la «quema fría». Se trataba de dar un tratamiento de salud al paisaje, crear rincones acogedores para las criaturas y mantener a raya los incendios realmente aterradores. Una pira funeraria tenía sentido.

Pero eso significaba que no podían seguir adelante con el funeral todavía. Martin golpeó el suelo con su bastón varias veces antes de tirarse la oreja. —Eso es un problema. Ya le dijimos a todos que vinieran esta noche.

La voz del abuelo era tranquila, pero había una gravedad en sus palabras que no podía ignorarse. —Elvira fue asesinada —dijo, con un tono medido, quizás para suavizar el golpe. Entre líneas, probablemente pensaba que el culpable podría estar entre ellos, a pesar de lo que Peter tuviera que decir al respecto—. Y no me parece bien celebrar su despedida sin que Asher esté aquí.

—El chico probablemente se escapó —dijo Brenda, descartando la idea con un gesto de la mano como si todos los adolescentes no fueran más que problemas e imposibles de tratar. Rhianne supuso que Brenda probablemente no tenía hijos. Y si los tenía, debían estar planeando su escape mientras hablaban—. Aparecerá cuando tenga suficiente hambre.

El susurro de las hojas se intensificó, y las ramas chocaron suavemente entre sí. —Asher no se escapó —dijo el abuelo, con voz profunda y firme. Rhianne le agarró el brazo en señal de advertencia antes de que pudiera decir más.

No estaba lista para que compartiera lo que los árboles habían presenciado. No, ese era un secreto que planeaba guardar por un poco más.

CAPÍTULO 12

No era que Rhianne no confiara en los ancianos; mejor dicho, *no* confiaba en los ancianos, especialmente en Brenda. A fin de cuentas, alguien estaba conspirando contra el abuelo debido a su posición como Anciano Hoja.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que el culpable probablemente era uno de ellos. Los celos eran algo horrible; no importaba la edad que tuvieras, cuánto supieras o si tenías magia bajo la manga.

Así que Rhianne los observaba y tomaba notas mentales.

Las voces revoloteaban entre los árboles, una señal segura de que una multitud se dirigía al memorial de Elvira. Llegaron poco a poco, un desfile variopinto de edades, desde pequeñines que apenas dominaban el arte de caminar hasta jóvenes y aquellos sazonados con más experiencia de vida, desde los tipos fornidos que parecían capaces de levantar 120 kilos hasta los delgados que podrían salir volando con una ráfaga fuerte. Algunos apenas eran lo suficientemente altos para chocar los cinco con Rhianne sin saltar, junto con unos pocos que podían competir con el abuelo en cuanto a altura.

Un par de ellos encendieron varias hogueras alrededor del área, que bañaron los alrededores con una luz suave y parpadeante.

A pesar de la variedad en sus rostros, un hilo común de piel bronceada y tonos de cabello castaño se entretejía en el grupo.

Muchos ojos curiosos se desviaban hacia ella, rápidos en apartarse cuando los pillaba mirando. Pero el juego de miradas cambió de rumbo en el momento en que uno de los niños más pequeños vio a Toto.

—¡Oh! ¡Es tan lindo! —chilló una niña pequeña, sus coletas imitando un helicóptero mientras corría hacia ellos. Se detuvo con la brusquedad de un patinador haciendo una parada de hockey, su mirada rebotando entre Rhianne y Toto.

—¡Anna! —gritó alguien desde el otro lado del claro, su voz cortando el murmullo.

Pero Anna, con la concentración de una niña en una tienda de dulces, ni siquiera pestañeó. —¿Puedo acariciarlo? —sonrió, su sonrisa un mosaico de huecos y dientes.

—Claro que sí —respondió Rhianne, agachándose a su nivel.

Anna no perdió el tiempo, regalándole a Toto un suave rasguño detrás de las orejas. —¿Cómo se llama ella? —preguntó, sin inmutarse por el ladrido de corrección de Toto.

—Es un él, y se llama Toto. Yo soy Rhianne —dijo Rhianne, mientras Toto, disfrutando la atención, meneaba la cola, cualquier vergüenza por la confusión de género desvaneciéndose rápidamente en el calor de la adoración.

La niña continuó acariciando a Toto, que se había dado la vuelta, exponiendo su barriga y jadeando felizmente. Sí, ciertamente sabía cómo dar un buen espectáculo. Con suerte, esto tranquilizaría a los demás.

—¿De qué raza es? ¡Es tan suave y bonito!

Una mujer con las mejillas sonrosadas como manzanas maduras se acercó. Llevaba el pelo cortado en una pulcra melena que enmarcaba su rostro. —¡Anna! —dijo sin aliento—. ¿Qué te dije sobre hablar con extraños?

Anna ni siquiera se molestó en levantar la vista. —Ella no es una extraña, mami —su atención estaba pegada a Toto mientras pasaba a rascarle las orejas. Ahora arrodillada en la tierra, ajena al riesgo de manchar su bonito vestido rosa, añadió—: Está aquí con los Ancianos y el abuelito.

Rhianne se puso de pie y saludó a la recién llegada con una cálida sonrisa.

—Está bien, Rose —dijo Martin, apareciendo de repente junto a Rose—. Rhianne es la nieta del Anciano Hoja.

Los ojos de Rose se abrieron de par en par y se encontraron con los de Rhianne. —Oh, lo siento mucho. No tenía idea. Todos están un poco nerviosos últimamente por… —su voz se apagó mientras miraba a Anna, quien, rompiendo su concentración en Toto, miró a su madre.

—Por el funeral —dijo Anna—. Es un poco triste. Elvira era *agradable*.

—Tiene agallas, esta pequeña —dijo Martin, esbozando lo que podría pasar por una sonrisa.

Rhianne miró a Anna, de acuerdo con la evaluación de Martin. Parecía que la pequeña tenía un vínculo con Elvira. Pero preguntarle a Anna sobre ello con público no funcionaría; o Martin o Rose lo cortarían de raíz antes de que obtuviera alguna respuesta. Necesitaría encontrar un momento con Anna sin que ellos estuvieran revoloteando.

—Sabes, Toto y yo nos estamos quedando con mi abuelo en su cabaña por unos días; podrías venir de visita.

Los ojos de Anna se iluminaron, su sonrisa se ensanchó. —¿Puedo, abuelito? —Esquivó a su madre, que estaba a mitad de una protesta, solo para cerrar la boca cuando miró al abuelo

Angelo.

¡Ja! La cortesía mezclada con una buena dosis de respeto por el Anciano Hoja debió haber mantenido a Rose a raya.

Martin se inclinó, dando un suave tirón a la coleta de Anna. —Solo si terminas todas tus tareas primero.

—¡Uf! —se quejó Anna, pero luego su expresión se iluminó—. Fred me despertará. Es nuestro gallo —añadió para beneficio de Rhianne—. Haré todas mis tareas súper rápido antes del desayuno. Luego podré venir a jugar contigo.

—Tienes que ir a la escuela, cariño —le recordó Martin.

El entusiasmo de Anna se apagó en un puchero, pero Toto le lamió la nariz, haciéndola reír.

Rhianne se agachó y sonrió. —No pasa nada, ¿qué te parece si vienes después de la escuela? De todos modos, vamos a ir al mercado por la mañana.

Olvidado el contratiempo anterior, Anna aplaudió. —¡Sí!

—Entonces, ¿cuál es el plan? —preguntó Luke—. Todos están aquí para presentar sus respetos.

—Tendremos una pequeña sesión de recuerdos, compartiremos algunas historias sobre Elvira, tal vez entonaremos algunas canciones. Nos ocuparemos de los ritos finales cuando la traigamos de vuelta —dijo el abuelo.

—Yo sé algunas buenas canciones —dijo Anna, alcanzando la mano de Rhianne—. ¿Sabes cantar?

Sin esperar una respuesta, arrastró a Rhianne hacia el círculo de la reunión, donde la multitud se mezclaba. Todos los ojos se volvieron, el peso de sus miradas cayendo sobre Rhianne como si hubiera tropezado bajo un foco. El abuelo se aclaró la garganta.

—Muy bien, todos. Para aquellos que no han tenido el placer, esta es mi nieta, Rhianne. Se va a quedar por aquí un tiempo.

La respuesta fue una mezcla de asentimientos y sonrisas tímidas. Rhianne se sacudió la tensión de los hombros, tratando de relajarse. No era la recepción más cálida, pero la aceptaría.

Anna, con la determinación inquebrantable de una diva en miniatura, arrastró a Rhianne al centro del círculo. Cuando comenzó a cantar “Wind Beneath My Wings” con un volumen que desmentía su pequeña estatura, su voz, pura y sincera, se elevó sobre las cabezas del grupo reunido. Cada nota era entregada con el tipo de sinceridad que solo un niño podría reunir, aunque algunas notas apuntaban ambiciosamente a las estrellas y aterrizaban en algún lugar de la estratosfera.

Rhianne, atraída al centro de atención por el agarre implacable de Anna, encontró su propia voz mezclándose con el conjunto. La combinación de las vocales entusiastas e indómitas de Anna con las armonías pulidas de Rhianne creó un dúo encantador. Era como mezclar jugo de uva espumoso con un vino fino: una combinación que no debería funcionar, pero de alguna manera lo hacía, creando un sabor propio.

El barítono del abuelo pronto se unió, dando al espectáculo una profundidad que solo los años podían aportar. Su voz digna, combinada con la energía desenfrenada de Anna y las armonías de Rhianne, creó una actuación conmovedora.

La inclusión de otras voces, inicialmente vacilantes pero que ganaban confianza, transformó el solo de Anna en una expresión comunitaria de solidaridad y alegría compartida. Incluso Toto añadió su voz y, junto con el bajo profundo de Martin, completó la canción.

Cuando sonaron las notas finales, muchos rostros se secaron las lágrimas de los ojos. A pesar de la charla anterior sobre que a la gente no le gustaba Elvira y sus chismes, parecía que muchos aquí la amaban.

—A Elvira le habría encantado esto —dijo el abuelo, con la voz quebrándose un poco.

Luke asintió, e incluso Brenda perdió su sonrisa burlona.

Después de que las melodías de “Over the Rainbow” y “What a Wonderful World” se suavizaran hasta convertirse en un suave telón de fondo, el claro se volvió más silencioso.

La gente se agrupaba aquí y allá, hablando mayormente en voz baja, con un poco de risa salpicada por todas partes.

Rhianne pensó que esta era su oportunidad para averiguar más sobre Elvira.

Decidió empezar con alguien a quien ya había conocido: Rose. Y como Anna, su hija, ya estaba actuando como su “guía turística oficial”, parecía una buena manera de entrar. Además, Rose no dejaba de mirar hacia donde estaba Anna. Tarde o temprano, Rose se acercaría a ella, y Rhianne tendría su oportunidad.

Anna señaló la flora y fauna local, incluyendo un cepillo de botella y un árbol de coral. Pero estaba más emocionada por un pademelon que comía felizmente hierba nativa.

—Mira allá abajo —susurró—, un koala. —Le dio a Rhianne una mirada como si le estuviera revelando un gran secreto—. Debe estar buscando pareja; por eso se mueve así. ¡Mira!

Efectivamente, el koala estaba haciendo un lento vaivén de lado a lado. Pero luego, cuando llegó al siguiente árbol, subió como si nada, impulsado por sus fuertes patas.

—Oye, creo que tu madre quiere hablar contigo —dijo Rhianne. Era una pequeña mentira, aunque tenía la corazonada de que su presencia causaba un poco de inquietud a Rose. En ese

momento, como si fuera una señal, Rose comenzó a dirigirse hacia ellas.

Rose agitó su dedo hacia Anna.

—No deberías molestar… —Los ojos de Rose se desviaron y un rubor subió por su cuello, pintando sus mejillas de un rosa revelador.

—Rhianne —dijo Rhianne con una sonrisa fácil.

—Sí, por supuesto. Mis disculpas. —La sonrisa de Rose fue breve.

—¿No te estoy molestando, verdad? —Los grandes ojos de Anna buscaron los de Rhianne, quien se rio.

—En lo más mínimo. Incluso me mostraste un koala. —Rhianne le guiñó un ojo juguetonamente a Anna. Pero esta era su oportunidad, y no iba a dejarla pasar, así que dirigió su atención a Rose—. ¿Conocías bien a Elvira?

—En una comunidad tan unida como la nuestra, todos se conocen bastante bien. —Rose se encogió de hombros.

No era exactamente un respaldo. Rhianne se dio cuenta de que los lugareños probablemente desconocían todo el asunto del asesinato, excepto, por supuesto, quien lo hizo, así que sería mejor que pisara con cuidado. No sabía cuándo los ancianos comunicarían la noticia.

—Creo que se dedicaba a las hierbas y medicinas, ¿no? —Bajo el parpadeo de pequeños fuegos y la brillante luna arriba, las cicatrices en el rostro de Rose formaban una constelación de marcas hundidas y sutiles crestas, restos de las batallas contra el acné que Brenda había mencionado.

Un ceño fruncido desapareció tan rápido como apareció.

—Sí, Elvira creía que era una especie de curandera.

—¿No era muy buena?

—Se creía una maga con las hierbas, pero en realidad solo mezclaba tés. —Las palabras salieron cortantes y sus ojos brillaron—. Su “magia” tenía la costumbre de salir mal.

Rhianne hizo una mueca, pensando en su propia magia curativa defectuosa.

Rose alcanzó a Anna, acercándola.

—Hora de convertirse en calabaza, pequeña.

—No quiero convertirme en calabaza todavía. ¡Estoy haciendo *amigos*!

Revolviéndole el pelo, Rhianne le mostró una amplia sonrisa.

—Recuerda, podemos pasar el rato después de la escuela mañana, pero tienes que levantarte temprano para hacer tus tareas.

Los hombros de Anna se hundieron.

—Sí, está bien. —Tiró de la manga de Rhianne, instándola a inclinarse más cerca.

Anna susurró:

—¿Podrías hacer algunas galletas de mantequilla? Elvira solía hornearlas para mí.

—Haré lo mejor que pueda —susurró Rhianne en respuesta. Se enderezó de nuevo—. Aceite de coco o bio-aceite —le dijo a Rose.

—¿Qué? —Rose parpadeó.

—Para las cicatrices. Hacen maravillas, pero la paciencia es clave. —Con un alegre saludo a Anna, que ahora sonreía, Rhianne giró sobre sus talones.

Se embarcaba en su siguiente misión. Antonia, la hija de Peter, era la siguiente.

Peter estaba con un pequeño grupo. Incluía a una mujer esbelta de cabello oscuro trenzado que parecía estar a punto de declararle la guerra. Estaba usando su dedo como una espada, apuntando a su pecho.

Un par de adolescentes, con sus vaqueros desgastados y camisetas de conciertos, observaban con el entusiasmo de tortugas en una carrera. Sus posturas encorvadas y miradas vacías sugerían que eran veteranos del drama adulto.

Una de las adolescentes se fijó en Rhianne y le dio un codazo a su amiga, mirando por encima del hombro. Siguiendo la mirada de las adolescentes, la mujer alta, en medio de su esgrima de dedos, vio a Rhianne. Su mano se detuvo, congelada en el aire.

Rhianne logró escuchar el final del ultimátum murmurado de la mujer a Peter. —No hemos terminado esta conversación —siseó.

El rostro de Peter se torció en un gesto de disgusto, sus cejas juntándose y sus labios apretándose en una línea fina y rígida.

—Hola —dijo Rhianne, con voz despreocupada como si la corriente de tensión la hubiera pasado por alto—. ¿Eres Antonia? —Al acercarse, las marcas del tiempo se hicieron evidentes en el rostro de la mujer, trazando una red de líneas.

Las manos de la mujer revolotearon para alisar la tela de su vestido floreado antes de girarse hacia Rhianne, su sonrisa mostrando un toque de cautela. —No. Soy su madre, Pamela. Pero por favor, llámame Pam. Es un halago que me confundan con mi hija.

—Soy Rhianne.

—Lo sabemos —dijo el chico, con una sonrisa burlona en los labios, solo para recibir una mirada de exasperación de la chica a su lado.

—¡Qué grosero! —dijo ella, sacándole la lengua al chico. Volviendo su mirada a Rhianne, añadió—: Soy Jasmine, y este espécimen de buenos modales es Hunter.

El chico se acercaba a la altura de Peter, sus narices prominentes idénticas eran una clara señal de su relación: su hijo, entonces. La chica, afortunadamente para ella, se había librado de la lotería nasal y en su lugar reflejaba el aspecto de su madre con sus delicadas facciones y llamativos ojos azul aciano.

—Antonia ha salido con sus amigas —explicó Jasmine, apartándose el pelo de media melena con un aire casual—. Tiene un trabajo allí; le gusta mucho.

Peter hizo un alarde de aclararse la garganta, frunciendo el ceño. —Dudo que a Rhianne le interese todo eso.

En realidad…

—¿Dónde trabaja? —Rhianne optó por ignorar la advertencia de Peter, curiosa por ver cuán dispuesta estaba Jasmine a soltar la lengua en un momento de rebeldía.

Toto, aprovechando el momento para unirse a la acción, zigzagueó entre los adolescentes. Hunter abandonó su fachada de adolescente indiferente y se agachó para jugar con Toto a tirar de un palo.

Jasmine se rio de sus payasadas antes de responder. —En la Peluquería de Maggie. Es un lugar elegante en el pueblo; incluso hacen esos tratamientos y peinados de alta gama, ya sabes, los que llevan todos esos aceites exóticos y cosas de queratina.

Sí, Toto era definitivamente un activo en las investigaciones de Rhianne. —Claro —asintió, aunque, en realidad, no tenía ni idea de esos tratamientos de lujo. Su largo cabello solo veía tijeras para un recorte de vez en cuando, el suyo propio—. Entonces, ¿todos conocíais bien a Elvira?

Peter se aclaró la garganta de nuevo, sonando como una rana preparándose para una gran noche. A este ritmo, necesitaría una pastilla para la garganta o dos antes de que terminara la noche. —Elvira era muy apreciada por nosotros —dijo.

—Nunca hablé con la vieja —dijo Hunter, ganándose una mirada penetrante de su padre.

—Yo sí —dijo Jasmine, sin percatarse de la vena que palpitaba en el cuello de su padre—. Era agradable, aunque un poco chiflada.

—Eso no es muy bonito de decir en su funeral —dijo Pam.

La reprimenda de su madre debió haberle dolido un poco porque Jasmine frunció los labios, pero luego se encogió de hombros. —No de mala manera. Solo… ya sabes, le gustaban las hierbas y las curas mágicas. No le gustaban los médicos y no estaba contenta cuando fui a uno en el pueblo por mis cólicos mensuales. Sus hierbas no me hicieron ni pizca.

A estas alturas, la cara de Peter estaba tomando un tono de remolacha que se adentraba en territorio desconocido. Rhianne pensó que sería prudente despedirse antes de que Peter explotara como un fuego artificial mal apuntado contra una barbacoa.

Después de elaborar una retirada educada pero apresurada, Rhianne se aventuró a mezclarse con otros lugareños en su misión de desenterrar información sobre Elvira.

Pero desafortunadamente, en su mayoría solo obtuvo lugares comunes de todos, confirmando lo que ya sabía de todos modos. La opinión colectiva pintaba a Elvira como la hechicera herbaria no oficial del vecindario, con una leve alergia a todo lo inventado después del teléfono de disco y una red de chismes que podría rivalizar con internet, si hubiera creído en usarlo, claro está.

La multitud se fue reduciendo lentamente, y finalmente el abuelo, Toto y Rhianne también se marcharon.

De vuelta en la fortaleza de la soledad, también conocida como la cabaña del abuelo, Rhianne deslizó el dedo por la pantalla de su móvil. Aparecieron mensajes de Kai, dibujando una sonrisa en su rostro y provocando un rápido intercambio de emojis de corazones.

Por otro lado, el silencio digital de Isobel era ensordecedor. Pero habría sido demasiado pedir esperar algunos resultados patológicos tempranos.

Al menos sabía qué hacer mañana.

¿Su plan maestro? conquistar el mercado local y enfrentar el laberinto de chismes en la peluquería.

CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, Rhianne fue catapultada del sueño por los despertadores emplumados más molestos del mundo, los cucaburras, que aparentemente confundían el amanecer con su propio club de comedia privado. ¿Quién necesita un gallo —o un botón de repetición— cuando tienes un escuadrón de pájaros histéricos justo fuera de tu ventana?

El cielo melancólico, aún no dispuesto a admitir que era de mañana, se cernía en ese extraño limbo ni negro ni azul. Rhianne, aturdida y parpadeando para alejar los sueños, se tambaleó fuera de la cama. Logró ducharse sin quedarse dormida de pie, pero por poco.

Hacía un poco de frío ahora, pero se calentaría durante el día, así que optó por unos pantalones cortos y una camiseta. Lo complementó con una chaqueta de un estampado verde y rojo salvaje, un conjunto desparejado que le recordaba al bosque.

En la cocina, el abuelo ya estaba en pleno modo chef, cortando pan, y —música para sus oídos— la tetera soltaba su silbido matutino.

Toto, el entusiasta de la fruta de cuatro patas, estaba dando buena cuenta de un mango que el abuelo debía haberle donado generosamente a su cuenco. Levantó la mirada cuando ella entró.

—Buenos días, zarigüeya. ¿Reflexionaste sobre tus hallazgos de ayer?

No habían tenido mucha oportunidad de hacer un resumen la noche anterior. Ni el abuelo ni Toto, con su excelente capacidad para escuchar a escondidas, habían descubierto nada más de interés sobre Elvira o algún sospechoso adicional.

Rhianne se apoyó en la encimera, con la mirada perdida hacia una ventana donde el cielo comenzaba a vestirse con tonos pastel matutinos.

—No realmente. Todos pensaban que era mayormente inofensiva pero muy aferrada a sus costumbres.

Después de que el abuelo le pasara una humeante taza de té y un plato con tostadas, Rhianne untó la rebanada con una generosa porción de mantequilla y le dio un satisfactorio mordisco.

—Estoy intentando ver si hay algo de pan debajo de esa mantequilla —dijo el abuelo, su risa llenando la cocina.

—Es lácteo —respondió ella—. Un grupo alimenticio esencial, ahí lo tienes.

Toto lamió los jugos restantes del mango y ladró.

—Hablando de lo esencial y volviendo al concepto de inofensiva. Es lógico pensar que se la consideraba una amenaza si un individuo se vio obligado a recurrir al asesinato.

—Cierto. Quizás tropezó con un secreto que alguien esperaba mantener enterrado —Rhianne añadió leche a su té y lo sorbió, dejando que el calor del líquido calmara su alma.

El abuelo untó su tostada con una fina capa de Vegemite sobre la mantequilla.

—¿Alguien estaría lo suficientemente desesperado como para silenciarla para siempre?

—Te sorprendería lo que la gente piensa que justifica un asesinato —dijo Rhianne.

El abuelo masticó su tostada como si estuviera meditando su afirmación.

—Nah, creo que no me sorprendería tanto. He estado dando vueltas por este mundo el tiempo suficiente, zarigüeya. He visto a la gente en su mejor momento y en su peor momento.

Después del desayuno, Rhianne saltó a la furgoneta, que ya gemía bajo el peso del alijo de mermeladas y chutneys de Elvira. El abuelo, haciendo de centro de control, le entregó un mapa de los mercados. Había marcado con una X el puesto de Elvira, como si fuera un tesoro esperando ser descubierto.

Desafortunadamente, el abuelo tuvo que ponerse su capa de superhéroe para un vecino cuya maquinaria había decidido hacer una pataleta. Así que Rhianne partió para navegar por los mares embravecidos del día de mercado. Toto venía, pero optó por el reconocimiento aéreo: el metal no se llevaba bien con sus sensibilidades feéricas.

Se transformaría en águila para hacer un vuelo de reconocimiento y luego volvería a su forma de perro en el suelo, presumiblemente sacudiéndose sus plumas de espía antes de trotar casualmente para encontrarse con Rhianne.

Escondido cerca de Coffs Harbour, el mercado de alimentos era un centro bullicioso que se sentía como una gigantesca barbacoa familiar al aire libre.

En el momento en que Rhianne salió de la furgoneta, un banquete de aromas la rodeó: café fresco lo suficientemente fuerte como para despertar a un oso hibernando, frutas y verduras en todos los colores del arcoíris suplicando ser fotografiadas para Instagram, y algo friéndose que susurraba dulces promesas a su estómago. Era un asalto sensorial en toda regla que hizo que su barriga rugiese una sinfonía, casi convenciéndola de que se había imaginado el desayuno.

Un laberinto de puestos bajo toldos lo suficientemente vibrantes como para hacer envidiar a un loro alineaba el área, cada uno repleto de lo mejor de la cosecha: verduras regordetas, quesos de todas las formas y pan tan fresco que debía haber surgido del sueño indulgente de un panadero.

Incluso al despuntar el alba, los comerciantes ya estaban inmersos en chismes y risas, montando sus espacios con la eficiencia de un equipo de pits de una pista de carreras, solo que en lugar de coches, vendían col rizada y pan de masa madre artesanal.

Siguiendo el mapa como una pirata moderna en busca de tesoros, Rhianne terminó en un pintoresco puesto que parecía susurrar: «¡Ahoy, marinera!»

Se embarcó en la poco glamurosa tarea de cargar cajas desde la furgoneta y montar la tienda. Entre los tesoros había una de esas máquinas lectoras de tarjetas. El abuelo le atribuía a Asher esa pequeña maravilla tecnológica, y solo se usaba cuando él estaba por ahí para ayudar en el mercado. De lo contrario, eran negocios a la antigua usanza, solo efectivo.

Rhianne no planeaba quedarse todo el día, pero tenía que hacer que pareciera convincente. El abuelo le había pedido que mantuviera en secreto el fallecimiento de Elvira por ahora, así que iba a seguir con la historia de que Elvira se sentía mal y Rhianne la estaba sustituyendo por el día.

Estaba intentando reunir el valor para presentarse a los vendedores de al lado cuando la señora del puesto contiguo se acercó.

—Hola, soy Louise. ¿Dónde está Elvira? —La mujer sonrió, extendiendo la mano para un apretón.

—Soy Rhianne, la estoy cubriendo hoy —Cruzó los dedos detrás de su espalda, esperando que Louise no indagara más, pero mantuvo la conversación fluyendo para evitar sospechas—. Para ser honesta, estoy un poco fuera de mi elemento aquí —Señaló las mermeladas que había organizado de una manera que esperaba fuera atractiva.

—Oh, pobrecita, eres una chica de ciudad, ¿verdad? —Louise ni siquiera hizo una pausa para respirar antes de lanzarse a reorganizar las mermeladas con la experiencia de una maestra del mercado. Luego montó una estación de degustación usando palillos y cuencos de los que Rhianne no tenía ni idea, transformando el puesto de aficionado a escaparate gourmet en minutos.

—Sí, de Sídney —dijo Rhianne, y Louise asintió como si eso fuera obvio—. ¿Conoces bien a Elvira? —preguntó Rhianne.

—Oh, sí. Los habituales somos bastante unidos; es como un sistema de compañeros aquí. De lo contrario, intentar escabullirse al baño se convierte en una búsqueda épica, y no todos tenemos un ayudante. Asher solía ser el escudero de los sábados de Elvira, pero hoy estaría en la escuela.

Louise le enseñó a Rhianne cómo usar el lector de tarjetas sin contacto. Antes de que Rhianne pudiera volver al tema de Elvira, otro vendedor se acercó. —Hola, soy Tom. ¿Dónde está Elvira?

—No se encuentra bien —dijo Louise un instante antes de que Rhianne pudiera elaborar su versión de la historia. Así que Rhianne asintió, sellando el trato con la mentira piadosa—. Rhianne está ayudando hoy.

—Una chica de ciudad, ¿eh? —Tom se rio entre dientes.

Rhianne se examinó la ropa, casi esperando encontrar una etiqueta de "Habitante de Sídney" pegada en alguna parte.

Tom señaló el lector de tarjetas antes de abrir algunos de los tarros de mermelada para probar. —Bien hecho por enseñarle a Rhianne la máquina. Puede que Elvira esté en guerra con la tecnología moderna, pero Asher la usa de todos modos. No paramos de decirle que está perdiendo ventas, pero es cabezota.

Louise se rio. —Hace mermeladas increíbles, pero solo la mitad de la gente usa efectivo hoy en día. Supongo que sabes que no le gusta nada moderno. Ni se te ocurra mencionar los supermercados delante de ella; te dará la lata. Sin embargo, para alguien supuestamente desconectada, es la red de noticias local.

—¿Quieres decir que e… es un poco cotilla? —dijo Rhianne. Esperaba que no notaran su desliz.

—¡Ya lo creo! —dijo Louise—. Por estos lares, es la fuente de información sobre quién se está separando o quién se está quedando en bancarrota.

—Apuesto a que la gente no está contenta con eso —dijo Rhianne.

Louise se encogió de hombros y Tom se rio. —Estás en el campo ahora. Aquí todo el mundo sabe los asuntos de todos. Pero Elvira… también nos mantenía al tanto de las cosas de la comunidad.

Tom se movió incómodo al decir la palabra "comunidad", sus ojos se desviaron hacia Rhianne como si esperara que reaccionara. Tal vez estaba tanteando el terreno, o quizás era la forma de ser local: curiosidad mezclada con un toque de cautela.

—En fin, siempre está diagnosticando a la gente y jurando por su colección de hierbas. Cree que puede arreglar todo, desde granos hasta problemas cardíacos, con una pizca de esto y un pellizco de aquello —dijo Tom.

Louise, cuya sonrisa anterior se había desvanecido, sacó algunos folletos de una caja. —No paraba de decirle que estaba jugando con fuego, promocionando sus brebajes como si fueran hechizos mágicos. Mira esto. —Mostró un folleto con una representación artística de la anatomía humana, cada dolencia cuidadosamente emparejada con una hierba como si fuera un buen vino con queso.

Rhianne cogió el folleto, arqueando las cejas. Reconoció todas las hierbas listadas, incluyendo bayas de saúco y equinácea, pero un par de ellas le hicieron dar un vuelco al estómago.

—La próxima vez que la veas, ¿podrías hacerla entrar en razón? Tenemos inspectores de sanidad que vienen más a menudo de lo que crees, y algo así podría meterla en un buen lío.

Los clientes empezaron a llegar, y Tom y Louise se apresuraron a volver a sus puestos. Rhianne vendió algunas mermeladas a una mezcla ecléctica de personas, desde ancianos caballeros con gastadas gorras de tweed que saboreaban la nostalgia en cada tarro hasta jóvenes madres con niños pequeños a cuestas, buscando ansiosamente golosinas caseras y saludables.

Rhianne se quedó unas horas más, esperando obtener más información, pero el mercado se calmó sin más revelaciones. Toto se había marchado antes, intentando captar algo sobre Elvira de las conversaciones entre la multitud, pero volvió sin nada que informar.

Cuando charló con otras personas que atendían los puestos, resultó que, aunque todos se llevaban bien con Elvira en el mercado, nadie salía con ella fuera de él. La mayoría ni siquiera sabía dónde vivía, solo que era en algún lugar tierra adentro.

Rhianne le dijo a Tom y Louise que tenía otras cosas que hacer y empezó a recoger. Cargó lo que quedaba en la furgoneta y pensó en probar suerte en la peluquería. Esperaba que no estuviera demasiado llena, ya que era miércoles.

—Realizaré otro reconocimiento desde el aire y veré qué más puedo averiguar sobre el paradero de Asher —dijo Toto.

Un fuerte sentimiento de culpa invadió a Rhianne. Ahí estaba ella, toda absorta en averiguar cosas sobre Elvira, cuando debería estar concentrada en encontrar a Asher. Sus únicas pistas eran tan claras como el barro, cortesía del arte abstracto de la memoria de los árboles locales.

Quien hubiera acabado con Elvira probablemente tenía a Asher, así que rastrear al asesino parecía la mejor oportunidad de encontrarlo. Pero si la visita a la peluquería no daba resultados, ¿entonces qué?

Mientras tanto, el abuelo había organizado algunos grupos de búsqueda. Los dríades conocían la tierra como la palma de su mano. Rhianne pensó que no sería de mucha ayuda allí en el bosque de todos modos. Sin embargo, persistía una sensación inquietante.

Condujo la furgoneta hasta el centro del pueblo y encontró aparcamiento a la vuelta de la esquina de Maggie’s. ¡Ah! ¡Las alegrías de la vida en el campo!

Rhianne paseó frente a un montón de tiendas, empapándose del ambiente relajado del lugar.

Primero pasó por una cafetería cuyas paredes presumían de un despliegue de colores vibrantes: un paraíso hipster, completo con pinturas extravagantes que bailaban juguetonamente por su animado interior. Su mostrador de cristal exhibía una variedad de pasteles que le recordaron a su estómago que el desayuno era un recuerdo lejano y que el almuerzo llevaba mucho retraso.

Luego, pasó rápidamente por una tienda de ropa donde los vestidos bailaban con el viento, tramando su gran fuga de las perchas. Lo más intrigante era una vieja librería, con la puerta entreabierta, invitándola a entrar con ese olor a libro antiguo que se filtraba hacia afuera.

Finalmente, llegó a su destino. Dentro, algunos estilistas cortaban el cabello de sus clientes, charlando animadamente. La decoración era una mezcla peculiar de espejos vintage y plantas en macetas. El sonido de los secadores de pelo, las conversaciones y la música suave llenaban el aire.

Rhianne se dirigió al pequeño mostrador de la entrada.

—¿Puedo ayudarte? —Una joven con el pelo rosa y un delineado de ojos lo suficientemente afilado como para rivalizar con una escultura de Cleopatra levantó la mirada. Su voz plana revelaba su aburrimiento.

—Estoy buscando a Antonia —dijo.

La mujer, cuya etiqueta decía “Maria”, abrió una agenda con la velocidad de un koala y sacó un bolígrafo de una variedad de ellos en una taza.

—¿Tienes cita?

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza a Rhianne que podría necesitar inventar una razón para ver a Antonia, pero ante la perspectiva de que la rechazaran, soltó: —No, solo quiero un lavado y peinado. Con Antonia.

Maria echó un vistazo desganado hacia el fondo, donde las estilistas estaban ocupadas. Suspiró. —Estará disponible en veinte minutos si quieres esperar.

Rhianne asintió, dio su nombre y se escabulló a la cafetería por la que había pasado antes. De vuelta en su nuevo lugar favorito para pensar, pidió una empanada de curry tailandés y un chai latte, el auténtico, no el de polvo instantáneo.

Unos minutos después, llegó su comida, con el té prometiendo calidez y posiblemente sabiduría. Al dar un bocado al pastel, hizo una mueca cuando las especias lanzaron un entusiasta asalto a sus papilas gustativas, despertando no solo su apetito sino también una nueva línea de pensamiento: ¿Dónde exactamente se esconde a un chico adolescente para que el mundo haga la

vista gorda? La sensación ardiente era extrañamente inspiradora, convirtiendo cada masticada en una sesión de lluvia de ideas alimentada por capsaicina y curiosidad.

El primer lugar obvio sería en el bosque. Pero si ese fuera el caso, ¿no habrían logrado ya los dríades que los árboles revelaran su ubicación? Se mordió el labio, reflexionando sobre esto, y se dio cuenta de que estaba sacando conclusiones precipitadas.

El abuelo se había quedado bastante asombrado cuando los árboles le «hablaron», aunque su idea de hablar era más como enviar vibraciones vagas que palabras reales.

Según la experiencia de Rhianne, los árboles se centraban en sentimientos e imágenes borrosas, no en las noticias diarias. Además, el abuelo había dicho que los árboles no entendían bien el concepto del tiempo, considerando que vivían mucho. Así que, para un árbol, ayer bien podría ser hace cinco años. Y con más de dos mil hectáreas de bosque para buscar, incluso el dríade más entusiasta se sentiría como si estuviera tratando de encontrar un susurro en un torbellino.

El segundo lugar posible era la ciudad misma. Todo el hormigón y los edificios eran como estática en la red de los árboles, probablemente interfiriendo con cualquier señal natural.

Era más simple esconder a alguien donde el ajetreo y el bullicio de la vida diaria mantenían a todos demasiado ocupados para notarlo. Aunque Coffs Harbour era un pueblo de campo, no era exactamente pequeño: como una de las ciudades más grandes del estado, presumía de una población de decenas de miles de habitantes.

Claro, los vecinos podrían ser más curiosos que en una metrópolis extensa como Sídney, pero incluso aquí, una persona podía encontrar bolsillos de anonimato en los que desaparecer.

La tercera posibilidad era que estuviera escondido a plena vista. ¿Tal vez oculto en una de las cabañas locales o encerrado en un cobertizo? No estaba segura de si las propiedades por aquí tenían sótanos, pero era posible.

Esconderlo a plena vista era arriesgado pero tenía cierta astucia del tipo «ocultar el chocolate en el cajón de las verduras». Quien lo hubiera secuestrado no necesitaría viajar lejos, reduciendo el rastro de migas de pan de pistas. El olor de Asher se mezclaría con los olores cotidianos de la comunidad, potencialmente confundiendo incluso a un olfateador agudo como Toto.

Era como jugar al escondite parándose detrás de una cortina: obvio pero de alguna manera invisible.

Otra pieza del rompecabezas que Rhianne masticaba era si Asher había sido secuestrado o había decidido huir. Ese tren de pensamiento le dejó una leve indigestión y la llevó directamente

a la posibilidad de que Asher estuviera involucrado en el asesinato. Y honestamente, no podía —o más bien, no quería— imaginarlo involucrado.

La objetividad era clave, sin embargo. Era totalmente factible que tuviera sus propias razones para mantenerse oculto, completamente ajeno al fallecimiento de su abuela.

Cuanto más tiempo pasaba Asher fuera del radar, más lo pintaba bajo una luz sospechosa. Añadiendo peso a la teoría de la «desaparición voluntaria» estaba el hecho de que podría haberse ido por su propia cuenta.

De cualquier manera, si Asher no había sido secuestrado, Rhianne apostaba a que estaba más cerca de la civilización. Tenía sentido, y alguien que conociera los entresijos de la vida en el pueblo podría echarle una mano para mantenerse bajo el radar.

Alguien como Antonia. Ella sería la elección lógica para ser la guía de supervivencia urbana de Asher. Rhianne hizo una nota mental para incluir algunas preguntas indagatorias cuando se encontrara con Antonia.

Si un dríade lo había secuestrado, por otro lado, entonces mantenerlo escondido en el pueblo parecía menos probable.

La mente de Rhianne se desvió hacia el bosque como un lugar principal. Pero la logística de mantener a un chico adolescente escondido (y vivo —ay, ese pensamiento la afligía) sin convertirse en una leyenda local de misteriosas carreras de suministros la desconcertaba.

Seguramente alguien notaría si de repente hubiera más tráfico de personas o vehículos de lo habitual, ¿no? Basándose en sus charlas de ayer, todos estaban o cuidando sus granjas o fabricando algo en sus talleres.

Según las conversaciones que había tenido anoche en el memorial de Elvira, solo unas pocas de los dríades se aventuraban más allá del interior para trabajar. Eso hacía que el escenario de esconderse en el pueblo fuera tan improbable como tropezar con una tabla de surf en medio del bosque.

Sin embargo, el mundo tenía su cuota de historias salvajes, como el caso Fritzl en Austria, que hizo que los sótanos fueran sinónimo de películas de terror. Rhianne se estremeció.

Perdida en sus sombríos pensamientos, se dio cuenta de que su taza estaba tan vacía como su plato, salvo por unas pocas migas de pastel que montaban una última resistencia.

Era hora de hablar con Antonia.

CAPÍTULO 14

De vuelta en la peluquería, Maria levantó la vista de una revista cuando Rhianne entró. —Vaya, mira quién ha vuelto —dijo.

—¡Maria! —llamó una voz desde el fondo. Apareció una mujer mayor y miró a Rhianne, su actitud se suavizó al ver a una potencial clienta—. ¿Qué podemos hacer por ti hoy?

—Rhianne está aquí para ver a Antonia —dijo Maria antes de que Rhianne pudiera responder.

La mujer le ofreció a Rhianne una sonrisa amistosa. —Antonia es una de nuestras nuevas talentos. ¿Estás segura de que no preferirías a alguien con un poco más de experiencia?

Esto confirmó la sospecha de Rhianne de que Antonia no había formado parte del equipo durante mucho tiempo. —No, está bien. Estoy aquí para un lavado y peinado, gracias.

Si la mujer estaba decepcionada, no lo demostró. —Por supuesto. Antonia muestra gran promesa; está estudiando en la escuelas de estética local para obtener su diploma.

Rhianne se inclinó para leer su etiqueta: Angela. A juzgar por la inclinación de su cabeza, la mujer mayor esperaba algún tipo de respuesta.

—Eso es genial. Una amiga me la recomendó.

El rostro de Angela se iluminó como un árbol de Navidad. —¡Oh, eso es maravilloso! Nos encanta escuchar eso. El boca a oreja es nuestro sustento. Por curiosidad, ¿qué amiga fue?

Cuando Rhianne estaba a punto de inventar un nombre, una clienta emergió del área de peinado, viniendo a su rescate.

La mujer se esponjó el cabello recién peinado, que caía en suaves ondas cortas alrededor de su rostro. —Angela, querida, ¿no es una obra maestra? —Sonrió radiante.

Angela no se quedó atrás, asintiendo con entusiasmo. —¡Espectacular! Es increíblemente favorecedor. ¡John pensará que entró en la casa equivocada!

Rhianne sospechaba que Angela habría prodigado los mismos elogios incluso si la mujer hubiera optado por un tinte verde fluorescente.

Detrás de la extasiada clienta, apareció una estilista con un delantal lleno de cicatrices de batalla, el orgullo escrito por todo su rostro. —Le dije lo mismo. Enmarca la forma de su cara y

acentúa sus delicadas facciones.

El cabello oscuro de la estilista le caía hasta los hombros, animado con mechas verdes. A medida que se acercaba, Rhianne sintió ese ya familiar zumbido de magia recorrer su espina dorsal: la respuesta de su magia al detectar a otros seres sobrenaturales.

Cortando a través de los olores habituales del salón de productos para el cabello y tinte, había un toque de pino fresco, fuera de lugar entre los aromas químicos.

Rhianne había estado mejorando en identificar a los seres mágicos por sus aromas únicos, que su magia traducía para ella. Había captado por primera vez este aroma a pino la noche anterior con los ancianos y luego en el memorial.

Era extraño; nunca había sentido este zumbido alrededor de su madre o su abuelo, pero quizás su magia no se molestaba en señalar a los miembros de la familia como “sobrenaturales”.

—Tu próxima cita está aquí —dijo Maria, asintiendo hacia Rhianne.

La sonrisa de Antonia floreció mientras su mirada recorría a Rhianne, deteniéndose en su rostro. —Entonces, ¿qué estamos pensando hoy? ¿Corte de pelo? —Sus ojos brillaron.

¡Uf! ¿Era algún tipo de instinto de peluquera querer cortar el cabello? Había una razón por la que a Rhianne no le gustaba poner un pie en los salones.

—No, solo un lavado y peinado —Rhianne se sentía como un disco rayado.

Las cejas de Antonia se fruncieron en confusión antes de que lo enmascarara con una sonrisa educada. —Oh, qué lástima. Aunque tienes un gran cabello. Te daré algunas sugerencias para el futuro.

Ni en tus sueños.

Antonia hizo un gesto hacia la parte trasera del salón, manteniendo su sonrisa acogedora. —Por aquí, por favor. ¿Cómo te enteraste de mí?

Rhianne estaba preparada esta vez. —Una amiga de Elvira, Louise, me indicó tu dirección —dijo por encima del hombro, deslizándose hacia el tema por el que estaba aquí.

Por una fracción de segundo, la sonrisa de Antonia tembló, sus labios se apretaron como si hubiera mordido una rodaja de limón. Sucedió tan rápido que Rhianne casi lo pasó por alto. ¿Era porque Elvira estaba muerta o algo más?

—¿Así que conocías a Elvira? —Antonia se había recuperado, y su tono era amistoso. Guió a Rhianne a una silla frente a un lavabo, colocando una capa de plástico sobre sus hombros—. Inclina tu cabeza hacia atrás aquí. Y avísame si el agua está bien.

Interesante que Antonia hubiera usado el tiempo pasado. Incluso si no había estado en casa la noche anterior, las noticias tenían una forma de viajar rápido. Con suerte, aún no estaba al tanto

de la identidad de Rhianne. Esperaba que su coartada como una clienta más curiosa no se hubiera arruinado todavía. Sumergirse en el modo espionaje no estaba exactamente en su lista de actividades cómodas, pero tiempos desesperados requieren medidas desesperadas, o eso se decía a sí misma para aliviar la culpa. —No particularmente bien. ¿Tú sí?

—En el pueblo, todos nos conocemos. ¿Eras una de sus clientas? —preguntó Antonia mientras jugaba con el grifo, finalmente liberando una cascada de agua que no era ni muy caliente ni muy fría, sino justo lo correcto: Ricitos de Oro lo habría aprobado.

—¿Te refieres a sus hierbas medicinales? —Rhianne siguió el juego, disfrutando de la temperatura perfecta. Le daban ganas de ronronear como un gato contento.

—Oh, sí —Su voz bajó a un susurro conspiratorio—. Su mezcla de aceites es fabulosa para el brillo del cabello.

¿Había encontrado Elvira una admiradora en Antonia? El aroma del champú de rosas llenó el aire, sumándose a la atmósfera relajante mientras los dedos hábiles de Antonia masajeaban la cabeza de Rhianne.

—En efecto —dijo Rhianne. Se estaba volviendo buena en este asunto de bordear la verdad. Su padre elfo estaría orgulloso—. ¿Lo usas tú misma? ¡Tu cabello se ve fabuloso! —Un poco de adulación podría servir mucho para abrir las puertas de la información.

Antonia miró a su alrededor antes de inclinarse más cerca. —Lo uso, pero mantengamos eso entre nosotras. Oficialmente, aquí promovemos algunas marcas de renombre.

—Mis labios están sellados —dijo Rhianne, luchando por mantener los ojos abiertos bajo el hechizo del masaje de cuero cabelludo de Antonia.

—Oh, tienes las orejas ligeramente puntiagudas —susurró Antonia—. ¿Qué es eso, alguna ascendencia duende lejana?

Rhianne se rio, un poco sorprendida por la franqueza de Antonia, pero no ofendida. En el campo, al parecer, la gente era más curiosa y menos reservada a la hora de interactuar abiertamente con otros seres sobrenaturales.

Además, elfa nunca era la primera suposición para sus inusuales orejas, principalmente porque los elfos rara vez se aventuraban a la Tierra. La reina Elara tenía reglas estrictas sobre tales visitas, insistiendo en que sus súbditos obtuvieran aprobación directa antes de hacer el viaje.

Ese laberinto burocrático era la razón por la que el padre elfo de Rhianne era más un mito que una realidad en su infancia. Por supuesto, sus visitas esporádicas no se debían solo a la burocracia; había rumores de razones más misteriosas. Pero como su relación padre-hija aún

estaba en la etapa de “primeros pasos incómodos”, Rhianne no iba a empezar a interrogarlo por los detalles. Todavía.

Pero sumergirse en su peculiar árbol genealógico (¿bosque?) no estaba en la agenda de hoy; era hora de hacer un poco de evasión estratégica.

—¿Y qué hay de Asher? ¿También lo conoces?

Las manos de Antonia se detuvieron a medio masaje del cuero cabelludo, y Rhianne estaba segura de haber oído un jadeo sobre el sonido del agua corriente. Antonia reanudó el masaje.

—Asher se ha largado. Todo el mundo ha estado en una búsqueda frenética, tratando de localizarlo.

Sonaba genuina. Claro, también podría ser una actriz hábil. Y seamos sinceros, ya iba por buen camino por lo que Rhianne había visto y oído hasta ahora con su cliente anterior. El corte de pelo había estado bien, pero la reacción exagerada sobre lo bien que se veía era un poco excesiva.

—Mi padre cree que Asher solo está de mal humor, pero ya sabes, papá tiene una mentalidad anticuada y no le gusta que nadie altere nuestras tradiciones —Antonia enjuagó el champú, entrelazando sus dedos por el cabello de Rhianne.

—Pero Asher es parte de la comunidad, ¿no?

—Claro, pero Asher es como una exposición tecnológica ambulante. Está obsesionado con modernizar el pueblo, quiere que las señales de Wi-Fi sean más fuertes que nuestro café. Papá, por otro lado, cree que internet es una especie de magia negra que hará desaparecer las viejas costumbres. Ah, escúchame, hablando del drama de nuestro pueblo como si te importara. Eres de Sídney, ¿verdad?

Rhianne gruñó, pero esta charla podría jugar a su favor.

—Oh, sí, pero tengo un padre como el tuyo, muy tradicionalista.

La subestimación del año.

—Apuesto a que no es tan malo. Papá ni siquiera está de acuerdo con que trabaje aquí, y mucho menos con que salga con un chico del pueblo. Lance es un buen tipo. Está a punto de terminar su aprendizaje como mecánico.

Rhianne intentó asentir.

—Suena como que Lance es un buen chico.

—Totalmente —respondió Antonia.

Después de una pausa, Rhianne cambió el tema suavemente.

—Pensando en Asher, es un poco aterrador —dijo Rhianne—. Es un poco joven para estar solo por ahí.

Las manos de Antonia se detuvieron a medio masaje antes de que sus dedos continuaran amasando.

—Sí, a mí también me preocupa. Es inteligente, sin duda, pero ser inteligente no significa estar a salvo, especialmente no ahí fuera.

—¿Tenía algún amigo con el que pudiera haberse ido o algún lugar especial que le gustara?

El olor a coco inundó las fosas nasales de Rhianne mientras Antonia empezaba a aplicar un acondicionador cremoso en su cabello.

—Estoy un poco perpleja, para ser honesta. Asher siempre ha sido más bien callado, no se mezclaba mucho en la escuela, aparte de Hunter, por supuesto. ¡Espera un segundo! —Sus dedos comenzaron a tamborilear en su cuero cabelludo como si estuviera evocando un recuerdo—. Había una chica en su clase, linda como un botón, con estas largas trenzas rubias. Parecía que podía atarlas en nudos si quisiera. Los pillé en una conversación profunda una vez cuando estaba allí para recoger a Hunter, Jasmine y él.

La emoción hizo que el corazón de Rhianne latiera más rápido.

—¿Conseguiste un nombre?

—Él nunca me lo habría dicho directamente, demasiado tímido, pero cuando estaba subiendo al coche ese día, le gritó algo. ¿Qué era? ¡Ah, sí! ¡Tabitha! Se me quedó grabado porque me hizo pensar en ese viejo programa de televisión con las brujas que movían la nariz.

Mientras charlaban más sobre Tabitha, Rhianne logró sacarle a Antonia el nombre de la escuela sin levantar ninguna alarma de “es demasiado entrometida”. O Antonia era muy abierta y naturalmente habladora, o tal vez la gente en el campo era más amigable y no tenía su radar de “peligro-con-extraños” tan alto como los urbanitas.

Después de terminar el secado y el peinado, Antonia le dio una mirada expectante. Al revisar su reflejo, Rhianne no pudo evitar sonreír.

—Gracias, Antonia, se ve y se siente maravilloso —dijo, con su voz teñida de agradable sorpresa; su cabello nunca se había comportado tan bien antes.

Pagó la cuenta en el mostrador, le hizo un saludo juguetón a Antonia y salió del salón, su cabello meciéndose con una confianza nueva.

La Escuela Pública St. George era una extensa jungla de ladrillos rojos, hogar de alrededor de seiscientos mini humanos que se especializaban en la teoría del caos y el aprendizaje ocasional. Ahora, parada al borde de un potencial tsunami de niños mientras el día escolar

terminaba, Rhianne se preguntaba cómo demonios iba a encontrar a Tabitha, y mucho menos hablar con ella. Se sentía como buscar una aguja en un pajar, si el pajar se estuviera moviendo y la aguja no estuviera interesada en ser encontrada.

Toda esta operación era un gran escenario de "qué pasaría si". ¿Y si Tabitha ni siquiera estaba en la escuela hoy? ¿Y si sus padres estaban allí para recogerla puntualmente y Rhianne se la perdía? ¿Y si había demasiados niños saliendo todos a la vez, haciendo imposible localizarla?

Incluso si Rhianne lograba localizar a Tabitha entre la multitud, ¿cómo iba a hacer que se detuviera y charlara sobre Asher?

En el momento en que sonó la campana, fue como si los temores de Rhianne cobraran vida. El lugar estalló en una cacofonía de gritos y risas mientras una ola de niños inundaba la salida. Iban desde los suficientemente jóvenes como para seguir jugando con muñecas o camiones hasta los demasiado-geniales-para-la-escuela, ya medio desvestidos de sus uniformes, con camisas blancas desabotonadas, corbatas sueltas, mangas arremangadas.

Algunos incluso eran lo suficientemente atrevidos como para sacar vaporizadores justo frente a la oficina de la escuela. Se derramaban en grupos, algunos charlando con voces chillonas, otros con tonos profundos, rodeados por una nube de ese inconfundible aroma adolescente que hizo que Rhianne se pellizcara discretamente la nariz.

Cuando la multitud de estudiantes comenzó a dispersarse, dejando atrás a unos pocos rezagados, Rhianne, que se había mantenido cerca de la furgoneta, pensó que había fracasado y decidió darse por vencida. Mientras estiraba la mano hacia la puerta de la furgoneta, lista para escapar de la infructuosa vigilancia, una voz vacilante llamó su atención.

—Disculpa —llegó la pregunta, suave pero clara.

Al darse la vuelta, Rhianne se encontró mirando un par de grandes ojos azules enmarcados por largas coletas rubias. Si la descripción de Antonia no hubiera sido tan precisa, Rhianne habría dudado de su suerte, pero no había duda: tenía que ser Tabitha.

—Hola —dijo Rhianne, esforzándose por mostrar la sonrisa más amigable que pudo.

Fue entonces cuando sus sentidos mágicos se activaron, un giro inesperado en su plan. La chica no era una estudiante cualquiera; irradiaba una magia potente que era difícil de ignorar. El aroma a lirios envolvió a Rhianne.

Una bruja, nada menos. Vaya, eso sí que era un giro interesante.

La chica examinó la furgoneta y luego ladeó la cabeza con curiosidad, como si intentara descifrar un mensaje secreto. —¿Eres del pueblo del interior? —Vaciló antes de extender la mano y tocar el brazo de Rhianne, para luego retirarla como si hubiera tocado algo caliente.

—¡Eh, tranquila! Ni siquiera hemos intercambiado saludos incómodos todavía. —Rhianne arqueó una ceja, no muy contenta de ser mágicamente registrada por una bruja novata a plena luz del día.

Hacía tiempo que alguien no intentaba echar un vistazo a su aura sin siquiera un saludo. Y una eternidad desde que alguien se atreviera a lanzarle un hechizo de vistazo rápido, y francamente, estaba tanto impresionada como ligeramente molesta. Con su guardia mágica baja, ¿cuánto de su perfil sobrenatural de LinkedIn habría logrado leer la chica?

—Lo siento —murmuró Tabitha, bajando la mirada al suelo y mordiéndose el labio inferior. Rhianne estaba bastante segura de que lo decía en serio, pero no iba a dejarla salirse con la suya tan fácilmente. En serio, ¿quién estaba enseñando a esta niña? ¿Se habían saltado el día de Modales de Bruja 101?

Rhianne mantuvo su mirada severa un poco más, esperando que Tabitha captara el mensaje de “no está bien”. Cualquier otra bruja podría haber montado un escándalo por semejante faux pas mágico. Tendría que hablar con sus padres o con quien fuera la bruja a cargo de su educación, o falta de ella.

—Soy Rhianne.

—Yo soy Tabitha. Reconozco la furgoneta. Es la de la abuela de Asher, ¿verdad? —Abrazó su mochila un poco más fuerte contra su pecho.

—Sí, es cierto. Entonces, ¿conoces a Asher? —Rhianne se relajó un poco, tratando de mantener la conversación ligera.

Bombardear a Tabitha con preguntas de inmediato podría hacer que saliera corriendo.

Tabitha echó un vistazo rápido alrededor, sus ojos moviéndose arriba y abajo de la calle como si esperara que alguien saltara en cualquier momento. —No he sabido nada de Asher desde el lunes. Tampoco ha venido a la escuela. ¿Está bien?

—Entonces, ¿normalmente te avisa si va a faltar a la escuela? —preguntó Rhianne.

Tabitha se frotó las manos y luego miró de nuevo hacia la calle. —Sí, definitivamente me enviaría un mensaje. —La afirmación resonó con su convicción.

Eso lo dejó claro para Rhianne. Asher no había decidido simplemente tomarse unas pequeñas vacaciones. Parecía cada vez más que alguien lo mantenía fuera de la vista.

De repente, Tabitha se inclinó un poco más cerca. —Sé que no eres una persona normal —susurró—. ¿Qué está pasando realmente? —Claramente, Tabitha había percibido algo sobrenatural en Rhianne. Eso no era poca cosa. Rhianne estaba impresionada; no muchos tan

jóvenes podían detectar a otros seres sobrenaturales, especialmente con un breve contacto. Tabitha era una brujita muy poderosa.

Un llamativo Mercedes Benz rojo pasó por la calle, captando la atención de Tabitha. Sus ojos se agrandaron.

—Tengo que irme, es mi madre. No le gusta mucho que hable con desconocidos. ¿Qué te parece si nos vemos aquí mañana, a la misma hora? Normalmente estoy en la biblioteca los jueves porque mi madre tiene reuniones interminables.

Antes de que Rhianne pudiera siquiera asentir, Tabitha ya se había ido, corriendo al otro lado de la calle para encontrarse con el coche sin mirar atrás.

Perseguirla ahora probablemente haría que su madre se pusiera en modo fortaleza para futuros encuentros.

Rhianne se mantuvo tranquila, observando cómo pasaba el coche. La ventanilla del conductor estaba bajada, revelando a una mujer con el pelo castaño corto y gafas de sol lo suficientemente grandes como para confundirse con una máscara de esquí. No miró en su dirección, pero Rhianne extendió sus sentidos mágicos hacia ella, y esa breve exploración mística le proporcionó toda la confirmación que necesitaba.

La madre de Tabitha era o bien una humana o una bruja cuyo poder mágico era tan bajo que apenas se registraba. Con razón Tabitha no estaba recibiendo un entrenamiento adecuado.

CAPÍTULO 15

Rhianne regresó a las tierras del interior atravesando la llamada “hora punta” en Coffs, que era más bien un desfile; quedar atrapado en un tramo corto de carretera durante diez minutos comparado con el tráfico de la ciudad era como haber ganado la lotería.

Un Suzuki Jimny con una placa de aprendiz estaba estacionado frente a la casa del abuelo. En el momento en que Rhianne salió, Anna corrió hacia ella, con su oso de peluche koala a cuestas, luciendo una sonrisa tan amplia que parecía partir su cara en dos.

—Terminé todas mis tareas, así que me permitieron venir aquí —dijo, con un tono que sugería que había liderado una mini revuelta para asegurar su libertad—. Hunter me trajo porque está al lado ayudando al Anciano Angelo con, eh, cosas. Además, vive al lado, así que no podía negarse realmente.

“Al lado” por aquí probablemente significaba un par de hectáreas entre las casas.

—¿Dónde está Toto? —Anna miró alrededor, observando la furgoneta y la puerta cerrada.

—Está explorando, pero aparecerá pronto —dijo Rhianne.

—Oh. —La sonrisa de Anna se apagó por un momento, luego se iluminó—. ¿Me hiciste galletas? No vi ninguna adentro.

Rhianne tomó su mano, llevándola adentro. —No, estuve en el mercado todo el día. ¿Qué tal si hacemos algunas juntas?

Anna saltó junto a Rhianne. —¡Sí! Mi mamá dice que soy muy pequeña para hornear, pero creo que es porque no le gusta que lame la cuchara.

—Puedes tener la cuchara cuando terminemos, y será nuestro pequeño secreto. —Rhianne le guiñó un ojo.

—Soy genial guardando secretos —se jactó Anna con la seguridad que solo una niña de seis años podría tener.

Rhianne comenzó a buscar los ingredientes para hornear mientras Anna se subía a un taburete.

—¿Tienes algún secreto tú misma? —preguntó Rhianne.

—Montones. Como dónde está escondido mi diario: bajo una tabla suelta junto a mi cómoda. Y también soy buena a escuchar.

Rhianne sonrió ante el tono serio de Anna mientras sacaba harina, azúcar y mantequilla. Anna tenía todo lo necesario para ser una espía en ciernes: una mezcla de misiones secretas y operaciones encubiertas.

—¿Y qué has escuchado? —Rhianne picó las macadamias en trozos pequeños y rebeldes que querían saltar fuera de la tabla de cortar.

Anna contó con los dedos. —Bueno, Jasmine se pintó la cara y se cambió de ropa para la fiesta de la escuela. Después, se escabulló al bosque detrás de nuestra casa. Un ruido aterrador me despertó, y a la luz de la luna, la pillé con las manos en la masa, frotándose la cara para limpiársela. —Levantó dos dedos—. Mamá está enojada porque el Anciano Angelo dejó que el "inter-web" llegara a nuestra aldea. Se estaba quejando de ello con el Anciano Peter mientras yo fingía que mis muñecas tomaban el té. Oh, y al abuelito le gusta-gusta Elvira.

¿A Martin le gustaba Elvira?

Rhianne dejó de mezclar la mantequilla y el azúcar a mano —sin aparatos sofisticados en casa del abuelo— y miró a Anna, quien se había proclamado reina oficial de la repostería desde su trono en el banco. Volviendo a remover, Rhianne preguntó con un casual movimiento de cabello: —¿Por qué crees eso?

Anna puso los ojos en blanco, sus piernas balanceándose como péndulos de descaro. —Los adultos son raros. Actúan como si no viera cosas porque piensan que soy solo una niña pequeña. Pero ya no soy una niña pequeña, ahora voy a la escuela. El abuelito pasa mucho tiempo en casa de Elvira, y a veces me lleva con él. Sus gallinas son súper amables y no intentan picotearme como Fred.

—Mmm, pero Elvira tenía muchos visitantes, ¿verdad? —Rhianne añadió las macadamias y la harina y removió la mezcla.

—Sí, pero ellos querían hierbas o mermeladas. El abuelito nunca se llevaba *nada*. ¿Puedo ayudar ahora?

—Claro —dijo Rhianne, volcando la masa sobre una superficie enharinada—. Finge que es una almohada con la que estás enojada, pero aún quieres que esté esponjosa mañana.

Anna atacó la masa con un puchero serio, sus pequeñas manos amasando con determinación.

—Se ve genial. Mi turno de estirarla. —Rhianne estiró la masa hasta que quedó del grosor de un lápiz—. Entonces, ¿qué hacía tu abuelito cuando estaba con Elvira?

—La ayudaba con, ya sabes, cosas —dijo ella—. ¿Puedo cortar también?

Rhianne había agarrado un cuchillo afilado pero lo cambió por uno más romo después de la petición de Anna, entregándole un trozo de masa. —Aquí, haz estas.

—¿Qué tipo de *cosas*?

El abuelo mencionó que arreglaba cosas en casa de Elvira de vez en cuando. Era hábil en eso. Pero ¿por qué necesitaba Elvira la ayuda de Martin también?

—El abuelito tiene mano para las plantas, así que ayudaba en el jardín, y a veces entraban y se sentaban cerca. Los pillé riendo juntos, sobre todo a Elvira, porque el abuelito no se ríe mucho. Mamá dice que se reía más antes de que la abuelita falleciera, pero eso fue *mucho* antes.

En el mundo de Anna, probablemente la historia misma no había comenzado hasta que ella apareció en escena.

Rhianne se rió para sus adentros, su interés por la "amistad" del abuelito y Elvira creciendo.

Terminó con su masa mientras Anna mostraba sus creaciones "únicas".

—Y le llevaba regalos. Frutas y flores, y una vez fue al *pueblo* y le compró un calentador. No vamos mucho al pueblo excepto para la escuela.

Los hombros de Rhianne se tensaron cuando una repentina necesidad de girar la agarró, pero resistió. Con naturalidad, relajó su postura y se volvió hacia el horno, encendiéndolo con una facilidad practicada como si nada la hubiera sobresaltado.

—¿Ah sí? ¿Cuándo fue eso? —Rhianne usó su tono más casual.

—A mediados del invierno, creo. Lo recuerdo porque fue justo antes de nuestro festival de invierno. —La voz de Anna burbujeaba de emoción—. Deberías venir totalmente la próxima vez. Tenemos este fuego enorme, y bailamos alrededor. Celebrar las estaciones es algo importante, ¿sabes? —dijo Anna, con tono solemne.

—Suena divertido.

Rhianne nunca había asistido a ninguna de las festividades de los dríades. Tal vez sus visitas nunca habían coincidido con ninguna de las celebraciones. O quizás, el abuelo no quería que conociera a los demás. Con lo que había aprendido hasta ahora, apostaba por lo segundo.

—Vamos a poner estas en el refrigerador hasta que el horno se caliente.

—¿Va a tardar como un millón de años? —Anna estiró el cuello hacia el horno con un suspiro dramático.

—Para nada, diez minutos para precalentar, luego otros diez para hornear.

—¡Pero eso es una eternidad! —dijo Anna.

—Irá más rápido si no lo miras —dijo Rhianne, colocando la bandeja en el frigorífico—. ¿Alguien más sabía de la… amistad entre el abuelo y Elvira?

Anna negó con la cabeza. —Eh-eh, el abuelo dijo que era nuestro pequeño secreto porque mamá no quiere a Elvira. —Hizo una pausa, abriendo mucho los ojos—. Pero eso está bien porque a ti te cae bien Elvira, así que no cuenta, ¿verdad?

—Yo no conocía a Elvira, pero a mi abuelo le caía bien. ¿Y Asher? ¿Él sabía de ellos? —preguntó Rhianne.

Anna se frotó la barbilla y luego agarró su peluche de koala, que había sido apartado para el deber de las galletas. —No creo. Nunca dijo nada. Aunque tampoco hablaba mucho. Siempre estaba en su habitación o aquí. Le gusta el "inter-web". ¿Crees que podría verlo?

—Primero lo primero, asegurémonos de que el señor Koala no acabe cubierto de huellas de masa —dijo Rhianne—. Lávate las manos y te dejaré sumergirte en internet en mi ordenador cuando terminemos aquí. Pero apuesto a que a tu madre no le gustará que te lo haya enseñado.

—No se lo diré —dijo Anna, mostrando una sonrisa con huecos—. Mamá siempre se preocupa. Por ejemplo, casi le da un ataque si intento trepar a un árbol. Pero de todos modos nos van a enseñar compuñadores en la escuela. Ya pude jugar con una tableta allí. Leí algunos libros del Dr. Seuss.

Rhianne metió las galletas en el horno y puso el temporizador. —Vale, entonces será otro de nuestros secretos.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y Toto entró pavoneándose con la cola como un mástil y la lengua colgando.

—¡Toto! —Anna aplaudió y saltó de su taburete antes de que Rhianne pudiera siquiera pensar en ayudarla. Corrió a saludarlo con una palmadita en la cabeza, y Toto respondió con un lametón amistoso en su mano, provocando una explosión de risitas de Anna.

—Apuesto a que a ti también te gustó la masa, ¿eh? Rhianne y yo estamos haciendo galletas de mantequilla. —Se volvió hacia Rhianne—. ¿Puede comer?

Antes de que Rhianne pudiera responder, Toto soltó un resoplido y declaró: —Por supuesto que puedo.

Los ojos de Anna se abrieron como platos. —¡Habla!

—Ese es otro secreto, Anna. ¿Crees que puedes guardarlo?

Los mayores lo sabían, pero Rhianne no creía que se lo hubieran dicho a nadie más, y nadie había notado su canto entre todas las demás voces.

Anna se llevó los dedos a los labios, como intentando encerrar su asombro. Su sonrisa se extendió por toda su cara como mantequilla en una tostada caliente.

La puerta principal se abrió de nuevo y el abuelo entró con Hunter a remolque. A la luz del día, los ojos azules de Hunter brillaban, casi tan deslumbrantes como la Cruz del Sur en una noche despejada. Era un par de centímetros más bajo que el abuelo, pero dado que aún estaba creciendo, podría alcanzar pronto la misma altura.

—Algo huele muy bien —dijo el abuelo.

Justo en ese momento, el temporizador del horno sonó.

Rhianne sacó la bandeja del horno y la puso en la encimera. —Hablando de un momento perfecto.

Hunter no perdió ni un segundo y alargó la mano para coger una galleta.

—¡Cuidado, todavía están calientes! —advirtió Rhianne, pero era demasiado tarde. Hunter ya había dado un gran mordisco. Su cara se convirtió en un mapa del arrepentimiento, enrojecida por el calor, pero era demasiado orgulloso para admitirlo. Probablemente intentando refrescar su orgullo chamuscado, se acercó al fregadero y se sirvió un vaso de agua.

Anna se puso las manos en las caderas. —Tienes que pedir permiso primero. Son mis galletas, ¿sabes?

Para diversión de Rhianne, Hunter bajó la mirada. —Lo siento, pequeña jefa. Arreglar cosas abre el apetito.

Con un suspiro demasiado grande para su pequeño cuerpo, Anna asintió como si fuera una reina concediendo un indulto. —Está bien, puedes comer algunas.

Con la boca torcida, el abuelo también se sirvió un vaso de agua. —¿Puedo tomar una, señorita? —preguntó con un brillo en los ojos.

—Claro. —Anna se sacudió la coleta—. Porque lo has pedido amablemente. —Lanzó una mirada significativa a Hunter.

—Sin mencionar que el abuelo proporcionó los ingredientes —dijo Rhianne con una risita.

—Hunter se ganó su parte, haciendo un esfuerzo sólido. El chico tiene talento para la mecánica —dijo el abuelo.

Un rubor rojo se extendió por la cara de Hunter. —Me gustan los engranajes y los aparatos, pero mi papá cree que debería limitarme a la agricultura. Piensa que todas estas cosas de tecnología son para los “de la ciudad”.

—Hablaré con él. —El abuelo le dio una palmada en el hombro a Hunter.

Después de recibir un tímido asentimiento de Hunter, el abuelo cogió un trozo de galleta y le dio un mordisco. —Perfectas —elogió.

Anna sonrió radiante. —Yo las hice. —Lanzó una mirada a Rhianne—. Bueno, ayudé.

—¡Y qué buen trabajo hiciste! —dijo Rhianne—. Ya deberían estar bien para comer.

Mientras cada uno cogía una galleta, el rico sabor a mantequilla transportó a Rhianne a sus días como cocinera principiante bajo la tutela del abuelo, aprendiendo el fino arte de convertir la harina y la mantequilla en oro. El momento era tan dulce como las galletas, pero sin las calorías.

Pero a pesar de la dulce distracción, o tal vez debido a ella, el cerebro de Rhianne zumbaba. ¿Por qué Martin no había mencionado que había comprado el calentador?

CAPÍTULO 16

Una vez terminado el festín de galletas de mantequilla, el abuelo encargó a Hunter que acompañara a Anna de vuelta a casa. Convencerla de que se fuera no fue fácil, pero un generoso soborno de la mitad de lo horneado ese día y la promesa de besos húmedos de Toto hicieron el truco.

Ver a Hunter tomar la mano de Anna era una dulce anomalía en una época en la que ser «guay» a menudo significaba llevar las manos metidas en los bolsillos y los ojos pegados a las pantallas.

Anna, con su fuerza de voluntad en miniatura, estaba destinada a convertirse en un pequeño tornado. —Fue muy divertido. Volveré —sus palabras resonaron con una certeza que llevaba una sutil advertencia para cualquiera que se atreviera a interponerse en su camino.

Una vez que se fueron, Rhianne se acomodó con una taza de té caliente, sentándose frente al abuelo en la acogedora sala de estar. Toto había reclamado un sillón como su trono, sus ojos entrecerrados siguiendo cualquier movimiento inusual.

Mientras la noche extendía su manto de tinta en el exterior, el abuelo transformó la cabaña en un país de las maravillas iluminado por velas, que proyectaban un suave resplandor que bailaba por las paredes.

—¿Alguna noticia? —preguntó Rhianne. Era una pregunta retórica. Si el abuelo tuviera alguna novedad sobre Asher, no habría esperado una invitación para compartirla.

Su mueca fue toda la respuesta que necesitaba. —Nada. Es como si se hubiera esfumado en el aire, o el bosque se lo hubiera tragado.

—Pregunta tonta, pero ¿alguien revisó su árbol? —preguntó Rhianne.

El abuelo había mencionado que los dríades tenían sus árboles preferidos, algo así como sus propios escondites frondosos, hasta que decidían ramificarse, por así decirlo.

—Sí, fue lo primero que miramos. Pero parece que no ha estado cerca en bastante tiempo.

—Puedo confirmar que, desafortunadamente, ese es el caso —dijo Toto—. La ausencia de su olor sugiere que no ha estado en las proximidades del árbol en varios días.

—A su edad, suelen estar pegados a su árbol como una cría de canguro a su madre. —El abuelo se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro—. Conectarse con su árbol es fundamental para los jóvenes. Les ayuda a crecer fuertes.

Rhianne dio un sorbo a su té, observando el parpadeo de las velas. Sentía la garganta tan apretada que se la frotó, intentando aliviar la tensión. La vida era tan impredecible, pero aun así se sintió obligada a hacer la pregunta que le quemaba por dentro.

—Entonces, eh, ¿alguien… sabría si él, ya sabes, sigue haciendo eso de «estar vivo»? —susurró, medio esperando que su té pudiera darle el valor o, mejor aún, la respuesta.

Toto se movió en su asiento, y pareció que hasta los pájaros de fuera contuvieron la respiración, esperando una respuesta.

El silencio se prolongó un poco demasiado, y Rhianne inmediatamente deseó no haber preguntado. No estaba segura de que su corazón estuviera preparado para una respuesta. A veces, no saber nada era una bendición comparado con enfrentarse a una verdad que no querías escuchar.

—Creo que si algo fuera tan grave, el monte nos daría un toque —dijo finalmente el abuelo —. Cuando Elvira falleció, el monte susurró algo al respecto. Pensé que me lo estaba imaginando, pero es parte de la razón por la que fui a ver cómo estaba. Y, si al chico le hubiera… ya sabes, su árbol también mostraría señales. —Tomó una respiración profunda—. Los árboles empiezan a verse un poco mal en unos días si algo malo sucede. Te das cuenta porque sus hojas comienzan a caerse, y el verde vibrante se desvanece a un amarillo opaco y enfermizo. Su árbol aún no ha muerto, pero se ve un poco maltrecho. —El abuelo se tiró de la coleta, reflejando el gesto de ella.

Esa sensación incómoda en el estómago de Rhianne creció, retorciéndose más fuerte. No estaba segura de tener el valor para preguntar más, así que se aferró a su té como si fuera un salvavidas en un mar de preocupación.

—Vale.

¿Qué más podía decir? Todos los indicios apuntaban más a un secuestro que a una fuga de Asher. Los secuestradores no habían enviado ninguna demanda de rescate, pero tampoco lo harían si el acto estuviera relacionado con un asesinato. Pero si Asher había visto algo que no debía, la respuesta lógica del culpable habría sido silenciarlo, permanentemente.

¿Estaría el secuestrador esperando su momento, aguardando una oportunidad para actuar sin hacer saltar las alarmas? Sacudió la cabeza, frustrada. Las piezas no encajaban, y eso la estaba volviendo loca.

Toto se incorporó e inclinó la cabeza. —Realicé una búsqueda exhaustiva de las áreas circundantes, pero no logré detectar su olor ni descubrir ninguna evidencia tangible de su paradero. Parece que quien se lo llevó se ha esforzado extraordinariamente para ocultar sus acciones de otros tan poderosos como yo.

Que Toto admitiera estar desconcertado en la búsqueda era preocupante en sí mismo. Sus palabras penetraron en su cerebro y la sacaron del agujero de conejo por el que se había metido en su cabeza. —¿Qué estás insinuando?

Incluso el abuelo hizo una pausa en sus reflexiones junto a la ventana, dirigiendo su atención a Toto.

—Mi querida niña, pensé que sería obvio —dijo Toto.

Rhianne amaba a Toto; de verdad lo hacía, pero en este momento quería sacudirlo. Golpeó el suelo con el pie, y podría jurar que la boca de Toto se crispó. Pero su peludo rostro adoptó una expresión de profunda seriedad.

—¿Quién, en efecto, podría ocultar a un joven con tal habilidad en el bosque que ni siquiera los dríades, guardianes del bosque, son capaces de rastrear su camino? Más desconcertante aún es el hecho de que yo, una vez aclamado como el rastreador más destacado de mi época, me encuentre absolutamente incapaz de discernir cualquier vestigio de su paso.

Estaba insinuando algo, y su cerebro se apresuró a conectar los puntos.

—Sabemos que una de los dríades lo hizo. —Levantó la mano para detener al abuelo, que parecía a punto de intervenir con un «pero» o un «quizás». Él cerró la boca, dándole una mirada que decía: «De acuerdo, es tu turno».

Rhianne se mordió el labio. —Entonces, ¿qué más hay? —Y entonces se le encendió la bombilla en la cabeza—. Tiene que ser alguien lo suficientemente poderoso como para hacer que los árboles lo oculten. —Giró la cabeza hacia el abuelo y lo encontró mirándola con una intensidad que no pudo descifrar.

—Un anciano —dijo él.

Bueno, eso reducía el grupo de sospechosos y colocaba a Martin en la cima de la lista. Aunque, si Martin hubiera estado enamorado de Elvira, era dudoso que la quisiera en el congelador; más probable era que estuviera demasiado avergonzado para confesar su pequeña compra acogedora. Pero, ¿qué hay del abuelo? ¿También le había gustado Elvira de esa manera? Esto era incómodo.

Concéntrate en Asher.

—Ni siquiera estamos seguros de si sigue en el bosque. Por lo que sabemos, podría estar tomando un refresco en el centro de la ciudad. —Rhianne jugó al abogado del diablo, asegurándose de que consideraran todos los ángulos. Después de todo, la seguridad de un niño era el premio máximo.

Rhianne parpadeó, levantando las cejas mientras el abuelo sacudía la cabeza, sus ojos se apagaban y las comisuras de su boca se curvaban brevemente hacia abajo.

¿Estaba decepcionado? ¿Enojado?

Se acercó a la cocina, mirando las galletas sobrantes como si estuviera contemplando una decisión importante en su vida. Pero su hambre debió haberse esfumado, al igual que la persona desaparecida. En lugar de darse el gusto, optó por rellenar su taza.

—Los otros ancianos —comenzó, sirviéndose más té— no les gusta mucho mezclarse con los humanos. Sí, van al pueblo si tienen que hacerlo. Aunque Peter, es más probable que envíe a Hunter o a Jasmine a hacer recados, o a Pam. Ninguno de los chicos tiene licencia, pero conducen de maravilla.

Parecía que eso de no tener licencia no los frenaba; suerte que aún no los hubieran detenido. Pero claro, esto no era Sídney. Aquí, puede que la policía local no fuera tan estricta.

—Me parece que los ancianos no tendrían ni idea de cómo esconder al chico sin llamar la atención —dijo el abuelo.

Y el bosque se extendía por miles de hectáreas, un vasto e impenetrable mar verde. ¿Dónde escondes una aguja? No en un pajar, sino entre los cachivaches de una mercería.

—¿Averiguaste algo en el mercado? —preguntó el abuelo, sacándola de sus pensamientos.

Rhianne se colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. —Hablé con algunos vendedores. Les caía bien Elvira, pero le advertían sobre sus afirmaciones de “cura mágica para todo”. No me imagino a un inspector matándola por eso.

—Así que un callejón sin salida —dijo el abuelo, con voz apagada.

—¡Pero espera, hay más! —Rhianne le guiñó un ojo; no le gustaba verlo tan desanimado—. Me encontré con Antonia. Estaba muy habladora y me contó que Asher tenía una amiga especial.

Las cejas del abuelo se dispararon como si intentaran escapar de su frente. Regresó arrastrando los pies a la sala, pero en lugar de sentarse, se quedó de pie junto a la ventana.

Rhianne hizo una mueca mientras bebía su té, que había pasado de caliente a “meh” en el tiempo que llevaba bebiéndolo. —Conocí a la amiga especial, Tabitha, pero su madre venía a recogerla. Así que quedamos para mañana después de la escuela. Tabitha tiene poderes mágicos que probablemente podrían calentar este té de nuevo. Aunque no está entrenada.

Rhianne frunció el ceño mirando su taza. Era difícil decidir qué le molestaba más, si el té frío o una bruja poderosa sin entrenamiento.

Toto, que había estado tumbado con aire de desinterés, de repente abrió un ojo. —Una bruja formidable pero sin educar te inquieta, ¿no es así?

Más allá de su tono neutral, Rhianne captó el mensaje más profundo. Hasta hace unos meses, había tratado su magia como una vieja membresía de gimnasio: ahí estaba, pero rara vez la usaba. En su defensa, Rhianne pensaba que su magia era débil y poco interesante.

Resultó que la magia curativa no solo era rara, sino muy apreciada. ¿Quién lo hubiera dicho? Sus poderes curativos no solo habían salvado a Toto, sino que también habían sido un cambio radical para ella y varios otros. Ahora, estaba tratando de abrazar su Hogwarts interior, un paso vacilante a la vez.

—¡Intentó leerme! —dijo Rhianne, todavía un poco conmocionada—. Se dio cuenta de que yo también era sobrenatural.

El abuelo se rio entre dientes.

—Poderosa, sin duda. Sin embargo, su falta de etiqueta indica que no ha sido instruida —dijo Toto, cruzando sus patas delanteras y apoyando el mentón sobre ellas.

Rhianne negó con la cabeza, sintiendo que la frustración burbujeaba en su interior. —Después de que encontremos a Asher, me ocuparé del asunto del entrenamiento de la brujita. No creo que a la madre le haga mucha gracia, pero ya se me ocurrirá algo.

Incluso si ese algo significaba involucrar a la madre de Rhianne, una perspectiva curiosamente atractiva. Guardó esa idea para reflexionar más tarde.

—Pero fue Anna quien dejó escapar el dato más interesante. —Rhianne captó la atención del abuelo y se detuvo, reuniendo valor. Mejor hacerlo ahora y quitarse la tirita de una vez.

Él se enderezó y se inclinó hacia delante. —¿Qué se le escapó a la pequeña?

—Quién le dio a Elvira el calentador de queroseno.

Como si fuera una señal, la puerta principal chirrió al abrirse; claramente, llamar antes de entrar era un arte perdido por estos lares.

Isobel entró con paso decidido, dirigiéndose directamente a la lata de galletas, tan predecible como el amanecer. Definitivamente tenía un sexto sentido para el azúcar.

Toto y el abuelo la saludaron, mientras que Rhianne logró esbozar una pequeña sonrisa. —Vaya, hola.

Después de aniquilar unas cuantas galletas, Isobel hizo una pausa, con una sonrisa de satisfacción extendiéndose por su rostro, olvidando las migas. —Tengo buenas y malas noticias.

—No esperó respuesta—. Las buenas son que encontramos huellas dactilares en el calentador que no pertenecen a Elvira. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y alargó la mano para coger otra galleta de mantequilla—. Las malas son que las huellas no están en la base de datos.

—¿Cuántos juegos de huellas? —preguntó Rhianne.

Asintiendo con aprobación, Isobel se acercó a un armario para sacar una taza. —¿Segura que no quieres convertirte en detective de policía? No, olvida que dije eso. Sería un desperdicio, y esos detectives incivilizados no me traen dulces. No podemos permitir que renuncies a una parte tan crucial de tu descripción de trabajo.

Isobel encendió la cocina y luchó con una bolsa de hojas de té sueltas, logrando que cayeran tantas sobre la encimera como en su taza.

Un escalofrío se había colado como un invitado no deseado, así que Rhianne se acercó a Isobel, lista para rellenar su té.

—Tenemos tres juegos, sin contar las de Elvira. Uno podría ser de Asher, pero a menos que tenga “Soy Asher” grabado en las yemas de los dedos, es una suposición. La última vez que comprobé, las huellas dactilares no vienen con fecha de nacimiento —dijo Isobel, recogiendo las hojas de té dispersas por la encimera y echándolas en su taza.

La tetera interpretó su solo agudo, silbando y escupiendo, antes de que Isobel apagara la cocina. Rellenó la taza de Rhianne con agua hirviendo antes de ocuparse de la suya, llenando la cocina con el prometedor aroma del té en infusión.

—Un juego es de Martin. —Rhianne dio un sorbo a su té, cerrando los ojos para apreciar el reconfortante calor que descendía por su garganta.

—Vaya, vaya, alguien ha estado ocupada. —Isobel arqueó las cejas mientras también bebía su té.

Se oyó una brusca inhalación desde el otro lado de la habitación. El abuelo recorrió la distancia que los separaba en unas pocas zancadas. —¿Martin?

—Sí. Él consiguió el calentador para Elvira. Parece que intercambiaban algo más que conversaciones educadas.

—No lo habría hecho; él no es… —Se tiró de la coleta.

—A menudo presumimos de conocer las profundidades de quienes nos rodean, solo para encontrarnos sorprendidos por acciones que creíamos que eran incapaces de realizar. —La voz profunda de Toto sobresaltó a Rhianne.

Este era el segundo strike en el Día de los Comentarios Misteriosos de Toto. Rhianne no había olvidado su mención de ser un gran rastreador antes. Ahora el tema de la traición se escuchaba alto y claro. ¿A quién o qué había rastreado y, más importante aún, quién lo había traicionado?

—Los elfos hacen deporte del engaño y las medias verdades. Te sonríen mientras traman tu caída —dijo el abuelo con los dientes apretados.

—Tal convicción requeriría mucho más conocimiento del que posees. ¿Es la arrogancia también un rasgo que compartimos con los dríades? —preguntó Toto.

—Vaya, vamos todos a respirar profundo y bajar un poco el tono, ¿de acuerdo? —Rhianne dejó su taza y puso su mano sobre el brazo del abuelo—. ¡Abuelo!

El abuelo parpadeó, luego su mirada se agudizó al mirar a los ojos de Rhianne. —Lo siento, zarigüeya. Es un poco difícil de tragar, todo este asunto de Martin. No lo tenía por alguien con debilidad por Elvira, pero no me sorprendería. El tipo ha estado solo por más de veinte años; quizás la soledad le estaba mordiendo los talones. Y Elvira era… agradable y alegre.

Sí, puede que el abuelo también hubiera tenido interés en Elvira.

—Mira, nadie lo está acusando de su asesinato. —*O al menos no todavía*—. Todo lo que digo es que hemos descubierto que él fue quien le dio el calentador. El lugar de Elvira era como una estación de tren, con gente entrando y saliendo. Si el calentador estaba en la sala, entonces no era exactamente un secreto de estado.

Lo que no se veía bien era que Martin no les hubiera dicho que lo había comprado. Aun así, había un par de explicaciones inocentes para eso. Podría haberlo olvidado —poco probable— o no quería parecer culpable. Lo que la llevó a otro pensamiento. —¿Por qué querrían mantener su relación en secreto? —preguntó Rhianne.

Toto soltó un resoplido, los labios de Isobel se torcieron en una sonrisa burlona, y el abuelo exhaló un suspiro cansado.

—¿Qué? —La mirada de Rhianne rebotó entre ellos, perpleja—. ¿Qué tiene de raro esa pregunta?

Fue el abuelo quien rompió el silencio. —Las relaciones para los seres sobrenaturales de larga vida son complicadas.

Habiendo jugado una vez a ser Cupido con un par de gárgolas testarudos, Rhianne sentía que tenía un poquito de perspectiva sobre los romances sobrenaturales. Pero aun así, no creía que fuera tan malo. Levantó una ceja. —¿De qué manera? Ambos eran dríades, ¿no? No es gran cosa.

—¡Ah, ser joven e ingenua! —dijo Isobel a nadie en particular y se sirvió otra galleta de mantequilla.

El calor subió por el cuello de Rhianne mientras se mordía la lengua para no soltar una réplica mordaz, fijando en Isobel una mirada aguda. —¿Y tú qué, tienes cien años y para siempre? ¿Desde cuándo "juventud" se volvió una mala palabra? —dijo.

Isobel, claramente tomada por sorpresa, inhaló su galleta como si fuera su primera probada de comida en un siglo, rompiendo inmediatamente en un ataque de tos. Por supuesto, Rhianne ya sabía que Isobel era algún tipo de inmortal, pero momentos como estos iban pelando las capas poco a poco.

El abuelo le dio palmadas en la espalda a Isobel. —Escucha, todos tenemos un papel que jugar, un destino. El amor es algo hermoso, pero puede echar a perder las cosas. Cuando dos almas se unen, tienen que capear más tormentas que un habitante de Queensland en verano, y todo tiene un efecto dominó, afectando a la gente a su alrededor. Nos hace pisar con más cuidado, elegir pareja es un asunto serio. Martin y Elvira probablemente estaban tanteando el terreno, probando las aguas para ver si tenían algo que durara más que un buen par de botas. Una vez que estuvieran seguros, lo habrían llevado al consejo para obtener la aprobación oficial.

—¿Me estás diciendo que tienen que pedir permiso para salir? —La voz de Rhianne subió unos cuantos tonos.

El abuelo se frotó los ojos y miró a Isobel, quien negó con la cabeza, y luego a Toto, quien optó por no participar cerrando los ojos. Pero Rhianne podría jurar que sus orejas estaban erguidas, pendientes de cada palabra.

—No exactamente —dijo el abuelo—. Pero sí, obtener la aprobación del consejo es prácticamente la meta final.

Rhianne sintió que su cabeza empezaba a dar vueltas. Sabía que, como muchos seres sobrenaturales, los dríades no eran exactamente partidarias de casarse con forasteros. —Entonces, ¿cómo lograste obtener la aprobación del consejo para casarte con la abuela? —preguntó. Considerando que la abuela era una bruja, eso debió haber levantado algunas cejas.

—No lo hice.

—¿Oh? —dijo Rhianne, su curiosidad despertada ahora.

—Zarigüeya, ¿no nos estamos desviando un poco del tema?

Consideró insistir, pero el abuelo tenía razón. Había asuntos más importantes que atender en ese momento. —Está bien, pero tendremos esta conversación más tarde.

—Te aseguro que Rhianne ciertamente tiene la intención de hacerlo —dijo Toto, aún con los ojos cerrados.

¡Ja! Sabía que estaba todo oídos.

CAPÍTULO 17

Después del almuerzo al día siguiente, Rhianne agarró las llaves de la confiable camioneta de su abuelo y se dirigió de vuelta al pueblo con Isobel a cuestas.

Isobel mencionó que no podía hacer mucho más en el laboratorio —un juego de espera para los resultados toxicológicos—, aunque se trataba más de poner los puntos sobre las ‘íes’ que de esperar un giro en la trama.

Mientras tanto, el abuelo hacía de explorador en el bosque buscando a Asher y, para sorpresa de todos, Toto se había apuntado como su compañero —literalmente, considerando su plan de explorar desde el cielo.

Nadie tenía que decirlo, pero estaba claro: sin Asher, no había tranquilidad.

¿Y el abuelo? Las bolsas bajo sus ojos se estaban convirtiendo en un equipaje completo, haciendo que Rhianne se preguntara si siquiera reconocía su cama. Había escuchado el sonido de su inquieto ir y venir la noche anterior mientras ella también intentaba, sin éxito, conciliar el sueño.

Rhianne se volvió hacia Isobel. —¿Sabes que vamos a conocer a una niña de trece años, verdad?

Rhianne tamborileó con los dedos sobre el volante mientras esperaban que cambiara el semáforo. No le hacía mucha gracia asustar a Tabitha trayendo compañía inesperada.

Aunque, a simple vista, Isobel era tan intimidante como un gatito en una cesta de lana. Un poco más baja que Rhianne, la menuda patóloga podría mezclarse en una multitud de urbanitas sin llamar la atención. Su cabello castaño claro caía hasta sus hombros en un estilo aleatorio que habría parecido desaliñado en cualquier otra persona, pero que a ella le daba un aspecto joven y despreocupado. Sus ojos azul claro, sin embargo… eran como rayos láser envueltos en hielo, insinuando un mundo de misterios y un par de habilidades de agente secreto bajo su apariencia discreta.

—Suena divertido —dijo Isobel bajando la ventanilla y asomándose para dejar que el viento jugara con su cabello de vez en cuando.

—Tal vez sea hora de ponerle algo de picante a tu agenda social —dijo Rhianne, soltando el freno cuando el semáforo cambió a verde.

—Dices que es poderosa, ¿no? —dijo Isobel—. Yo podría intervenir si las cosas se ponen salvajes.

—¿Y cómo harías eso exactamente? —Rhianne se arriesgó a lanzar una mirada rápida a su pasajera.

Isobel se encogió de hombros sin comentar, por lo que sorprendió a Rhianne cuando finalmente respondió: —Puedo envolver su magia en un capullo por un corto tiempo si es necesario.

¡Oh, qué demonios! —¿Por qué mantienes tu verdadera naturaleza en secreto? —preguntó Rhianne. Esta vez, mantuvo los ojos en la carretera.

Pasó un largo minuto. —Es más seguro para todos los demás si lo guardo para mí misma.

Esa *no* era una respuesta. O tal vez sí lo era, si pudiera descifrar lo que significaba. ¿Qué ser pondría en peligro a otros por el mero hecho de que lo *conocieran*? El cerebro de Rhianne se sentía como si estuviera a punto de descifrar un código, como si estuviera a una clave de encriptación de descifrarlo. Solo necesitaba esa pieza final para resolver el rompecabezas.

Condujo en silencio por unos momentos, el motor del coche zumbaba mientras los neumáticos murmuraban contra el pavimento. Mientras descendían la montaña, una cacatúa curiosa graznó sobre sus cabezas como si las regañara por perturbar su día.

—Kai se unirá a nosotras más tarde —dijo Rhianne. Había recibido un mensaje de él anoche sobre reunirse esta noche, y no pudo evitar la sonrisa que se extendió por su rostro.

Isobel se rio entre dientes. —No puede mantenerse alejado, ¿eh?

Era el turno de Rhianne de encogerse de hombros, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—Debe ser agradable —susurró Isobel.

Las palabras no estaban destinadas a ser escuchadas, pero Rhianne las *había* oído. Luchó contra el impulso de girar la cabeza para tratar de leer la expresión de Isobel.

Isobel tenía un aspecto que podría causar un pequeño incidente de tráfico, incluso si venía con una dosis de descaro y una dedicación a su trabajo que rayaba en lo obsesivo.

¿En cuanto a pasatiempos? Si el muestreo de pasteles y las indulgencias dulces fueran deportes olímpicos, Isobel sería medallista de oro. Encontrar admiradores no debería ser un desafío; diablos, Nel estaba a medio camino de enamorarse de ella, a pesar de sus negaciones.

Las insinuaciones de Isobel sobre un par de ex solo espesaban la trama. ¿El misterio de su distante vida amorosa? La conjetura de Rhianne era un giro sobrenatural. ¿Tal vez Isobel era una Medusa lite, sin los efectos secundarios de piedra fría?

Habían llegado a la escuela, pero la calle de enfrente estaba abarrotada. Avanzaron centímetro a centímetro como una oruga letárgica. Sin espacios de estacionamiento a la vista, Rhianne dio la vuelta a la manzana con la camioneta. En la segunda pasada, rápidamente se estacionó detrás de un coche que dejaba su lugar.

—¿Vienes? —preguntó cuando Isobel no se bajó.

—Sí, claro —Isobel volvió a la realidad; su mente debía haber tomado unas breves vacaciones.

Cuando regresaron, la escuela prácticamente había escupido a sus habitantes, dejando solo a unos pocos que se quedaron atrás. Los estudiantes se emparejaron, formando pequeños grupos, y se dispersaron hacia sus misteriosos lugares de reunión adolescentes.

Isobel se dirigió directamente a la entrada de la escuela.

—Estoy bastante segura de que hay un cartel de “Prohibido el paso” con nuestros nombres —gritó Rhianne mientras aceleraba el paso para igualar el ritmo inesperadamente veloz de Isobel.

—Camina como si fueras la razón por la que existe este lugar —respondió Isobel, prácticamente pavoneándose con propósito y estilo. Fácil para Isobel, reina de la marcha confiada, pero Rhianne siempre había tratado a las escuelas como zonas alérgicas. Tomó una profunda y esperanzada respiración, tratando de imitar el andar frío de Isobel. Sin embargo, imaginó que su versión probablemente se parecía más a navegar por una habitación llena de cáscaras de plátano: cautelosamente optimista pero preparada para el desastre.

Cruzaron el umbral hacia la entrada, recibidas por un espacioso área de recepción completa con un mostrador desatendido a la izquierda —claramente, la recepcionista estaba en una larga pausa para el café— o en una sesión de terapia.

Voces débiles flotaban desde las profundidades de la oficina, insinuando vida más allá del escritorio de bienvenida vacío. Isobel se giró hacia Rhianne, bajando la voz. —¿Cómo se llama la chica?

—Tabitha —respondió Rhianne.

La ceja de Isobel se arqueó. —¿Apellido?

Oh, oh. Rhianne nunca había llegado a preguntarle a Tabitha su apellido. No era precisamente la mejor imagen presentarse en la recepción con solo un nombre de pila.

—Hola —vino una voz desde la izquierda de Rhianne, cortando su incómodo enfrentamiento.

Exhalando el aliento que no se había dado cuenta que estaba conteniendo, Rhianne logró esbozar una sonrisa a Tabitha. —Hola.

Tabitha lanzó una mirada hacia la recepción y se llevó un dedo a los labios. Antes de que Rhianne se diera cuenta, la estaban sacando del edificio a paso rápido.

—Normalmente, nadie presta atención cuando entramos y salimos fuera de horario, pero hay una recepcionista que conoce a mi madre. Definitivamente levantaría una ceja si me viera salir con desconocidos. Mi madre es muy estricta con eso por todo el asunto de la magia.

Isobel resopló. —Oh, podríamos haber convencido a esa recepcionista sin problema.

—Ahorra tiempo —Tabitha se encogió de hombros, demostrando que no solo tenía inclinación mágica, sino también un talento para evadir la supervisión adulta como una profesional.

Una vez que llegaron a la calle, Tabitha soltó el brazo de Rhianne y se giró para enfrentar a Isobel, extendiendo su mano en señal de saludo. —Hola —dijo, con toda cortesía.

Rhianne apenas tuvo tiempo de pensar en una advertencia antes de que sus manos se encontraran.

—¡Ay! —Tabitha retiró su mano y la sacudió. Su mirada se paseó entre Isobel y Rhianne y entrecerró los ojos—. Ustedes dos son seres sobrenaturales muy diferentes a otros que he conocido.

Rhianne hizo un gesto hacia adelante y empezó a caminar. Tabitha las siguió, su mirada aún alternando entre ellas.

—Sí, bueno, ya que estamos en eso, se considera de muy mala educación leer a otro ser sobrenatural sin su permiso —dijo Rhianne y suspiró—. En fin, Tabitha, ella es Isobel.

Los ojos de Tabitha se abrieron como platos. —Parece que no soy tan astuta como pensaba. Son las primeras en llamarme la atención por eso.

Al ver la mirada interrogante de Rhianne, Isobel negó con la cabeza. Claro, así que detectar un sondeo debía ser otra de las peculiaridades mágicas de Rhianne. Se preguntó si su madre también podría hacerlo; después de todo, había sido ella quien le enseñó a bloquear a otros.

—De todas formas, otros también podrían detectarlo, y no estarían contentos —Rhianne consideró dar una lección sobre principios de brujería, pero lo pensó mejor. Asher era la prioridad.

—¿A dónde te gustaría ir? —preguntó Rhianne una vez que llegaron a la camioneta.

Tabitha ladeó la cabeza con curiosidad. —¿Qué pasó con la furgoneta?

—Está en casa de Elvira —Rhianne esperaba que no hiciera más preguntas incómodas. No iba a contarle sobre la muerte de Elvira todavía. No solo porque los ancianos no querían que los forasteros lo supieran, sino porque no quería que Tabitha entrara en pánico.

—¿Y Asher? —vino la inevitable pregunta.

—Elijamos un lugar, Tabitha. Hablaremos allí, ¿de acuerdo?

Tabitha se mordió el labio pero asintió. —Hay una librería con un café en la parte de atrás. Podemos hablar allí.

Con Tabitha guiándolas, estacionaron frente a la librería-café en un abrir y cerrar de ojos.

Dentro, los estantes gemían bajo el peso de cuentos y tomos, creando una especie de laberinto. Por el camino, sillas se acurrucaban en los rincones, tan cómodas a la vista que probablemente convertían al navegante más diligente en una pieza permanente.

A medida que se adentraban en el local, el aroma del café recién hecho y el bajo zumbido de conversaciones en voz baja las atraían hacia el café en la parte trasera. Aquí, bajo el suave parpadeo de luces de hadas y rodeadas por el encanto peculiar de muebles de madera desparejados, un par de clientes disfrutaban de sus cafés con leche.

Tabitha se adelantó, eligiendo la mesa más alejada, y se sentó.

—Asher ha desaparecido —dijo Rhianne sin preámbulos. Algo le decía que andarse con rodeos no funcionaría con Tabitha.

La mano de la chica voló a su boca mientras jadeaba, con los ojos muy abiertos. Respirando profundamente, Tabitha escaneó sus alrededores. Rhianne también lo hizo, pero los otros clientes no habían mirado en su dirección.

—¿Desaparecido? Pero lo vi en la escuela el lunes, y estaba bien.

Tabitha intentaba mantener la calma, pero la forma en que parpadeaba repetidamente y se aclaraba la garganta contaba una historia diferente.

—¿Estaba preocupado por algo o alguien? —preguntó Rhianne.

Una camarera se acercó con una gran sonrisa, libreta en mano. —¿Qué puedo ofrecerles, señoritas?

Isobel no se quedó atrás. —Un flat white grande para mí y una de esas donas con el glaseado rosa, por favor.

Rhianne debía haber pasado por el expositor de dulces con los ojos cerrados. —¿Un té chai si tienen de hojas sueltas?

—¡Claro que sí! El masala chai es muy recomendado —Cuando Rhianne asintió, la camarera lo anotó y miró a Tabitha, quien negó con la cabeza.

—Ella tomará un chocolate caliente grande y una rosquilla también —Isobel dio unas palmaditas en el brazo de Tabitha.

Isobel probablemente vivía bajo el lema de que un subidón de azúcar era la cura para todos los problemas de la vida. Considerando la actual impresión fantasmal de Tabitha —cara pálida y labios temblorosos— un poco de rosquilla de chocolate podría ser bueno para ella.

En el momento en que la camarera se alejó saltando, Tabitha se inclinó hacia adelante, sus manos presionando la mesa como si se estuviera preparando. —¿Creen que lo han secuestrado?

Aguda esta chica. Rhianne quería tranquilizarla, pero no quería mentir. —No lo sabemos con certeza, pero cualquier pequeño detalle que compartas podría ser la clave para traerlo de vuelta sano y salvo.

Finalmente, la presa se rompió, y las lágrimas que Tabitha había estado conteniendo se derramaron. —Todo estaba… normal —logró decir con voz temblorosa, haciendo una pausa para tomar bocanadas de aire—. No le gustaba hablar sobre el pueblo, pero conocí a su abuela, y era agradable, aunque un poco… —Se mordió el labio como si no estuviera segura de decir más.

—¿Excéntrica? —sugirió Isobel.

—Excéntrica es solo una palabra para cuando los ricos se comportan raro —dijo Rhianne.

Esto arrancó una pequeña sonrisa de Tabitha. —No era rara, más bien parecía estar en las nubes, si entiendes lo que quiero decir.

Sí, mucho más de lo que Tabitha podía imaginar.

La camarera regresó, equilibrando sus golosinas: una rosquilla de un rosa brillante para Isobel y una pegajosa de caramelo para Tabitha.

Tabitha calentó sus manos alrededor del chocolate caliente, dando un sorbo cauteloso, pero dejó la rosquilla intacta. —No estaba preocupado por nada específico, pero estaba molesto con los viejos del pueblo.

Ese ‘viejos’ debía ser lenguaje adolescente para referirse a los ancianos del pueblo.

—¿Molesto? —preguntó Isobel.

Tabitha puso los ojos en blanco. —Significa enojado.

—¿Alguna vez le contaste sobre tus habilidades de bruja? —preguntó Rhianne.

Tabitha asintió levemente. —Sí, lo sabía. Puedo hacer… cosas, pero a mi madre le desagrada totalmente. Dice que asusta a la gente, así que lo mantengo en secreto.

—Pero Asher lo aceptaba —dijo Rhianne, sorbiendo su té y observando la tormenta de emociones que se reflejaban en el rostro de Tabitha: frustración y luego un toque de alivio.

—Asher tiene su propia cosa también —dijo Tabitha, lanzando una mirada de complicidad a Rhianne—. Tú tienes un poco de lo que él tiene, pero hay algo único en ti. Y tú —hizo una pausa, mirando a Isobel, quien estaba devorando su rosquilla con entusiasmo—, tú estás en otro nivel completamente distinto. Tocarlas a ustedes se sintió como meter un tenedor en una tostadora… de una buena manera, supongo. Significa que están supercargadas o algo así.

Mmm. Qué pequeña tan perspicaz.

Isobel ladeó la cabeza y bebió de su café, con una pequeña sonrisa jugando en sus labios.

—¿Quién te enseñó a leer firmas mágicas? —preguntó Rhianne.

—¿Te refieres a esa cosa del patrón eléctrico? Mi abuela, pero se fue cuando yo tenía seis años. —Tabitha le dio un mordisco a su rosquilla, e Isobel, que la había estado mirando, dejó escapar un suspiro—. He estado escudriñando internet para aprender hechizos, pero la mayoría son tonterías.

Bueno, sí. Los secretos mágicos no eran algo con lo que te toparas mientras navegabas por BrujaTok. ¿Aprender de su abuela? Eso era bastante común en el mundo de las brujas.

La magia a menudo se transmitía de madre a hija; la madre de Rhianne lo había intentado con todas sus fuerzas, pero la magia de Rhianne (y su descaro) bailaban a un ritmo diferente.

A veces, el gen mágico se saltaba un compás, tal vez aterrizando en alguien que apenas podía manejar una chispa, solo para dar en el blanco con una potencia en la siguiente generación.

Pero estaba mal que la madre de Tabitha la mantuviera alejada de su magia. La ironía no pasó desapercibida para Rhianne: ella había sido quien le daba la espalda a sus propios poderes, aunque más por miedo que por otra cosa. Aun así, la magia tenía una manera de arrastrarte de vuelta, a patadas y gritos si era necesario. Parece que la magia de Tabitha estaba jugando el mismo juego.

Perdida en sus pensamientos, Rhianne casi pasó por alto el destello esperanzado en los ojos de Tabitha. —¿Podrías enseñarme algo de magia? —preguntó, fijando a Rhianne con una mirada que era prácticamente de adoración.

A mitad de un sorbo, Rhianne se atragantó con su bebida, lanzándose a un ataque de tos. Isobel se rio, dándole a Rhianne unas palmaditas útiles en la espalda. Una vez que Rhianne logró recuperar el control de sus vías respiratorias, negó con la cabeza, y la mirada de decepción que inundó el rostro de Tabitha fue como un puñetazo en el estómago.

—No soy la mejor enseñando hechizos mágicos. —Este no era el momento de lanzar una explicación sobre su magia fragmentada—. Pero conozco a personas que pueden hacerlo.

La esperanza parpadeó en los ojos de Tabitha como el amanecer, pero luego las comisuras de su boca se hundieron. —Aunque mamá no querrá que lo haga.

—Déjame preocuparme por tu madre, ¿de acuerdo? —Rhianne soltaría a su madre sobre la de Tabitha. Antes de que se diera cuenta, estarían sentadas tomando una taza de té, y asentiría a todo lo que dijera la Gran Bruja Esther Broadwater. Ya lo había vivido.

—Ahora, retrocedamos un poco. ¿Por qué Asher se enfrentaba con los Ancianos… los viejos?

Ahora que sus nervios se habían calmado, Tabitha atacó su rosquilla como si fuera la última en la Tierra. Rhianne fingió no notar la mirada de envidia por la rosquilla de Isobel; ni siquiera quedaban migajas en su plato.

—No todos los viejos le molestaban —logró decir Tabitha entre bocados entusiastas—. Le caía bien este tipo; decía que era bastante genial para ser un anciano. Incluso le puso Wi-Fi. Pero ¿su abuela? Totalmente boomer, según él.

Rhianne se rio ante la idea de presentarle a su abuelo el concepto de ser un héroe de internet a los ojos de Asher. Era una insignia de honor que estaba segura que llevaría con orgullo.

—¿Había algún viejo en particular que no le agradara? —preguntó Rhianne.

Tabitha tomó un gran sorbo de su chocolate caliente, emergiendo con un bigote de espuma que la hacía parecer aún más joven.

—Nunca mencionó nombres, pero había este tipo… creo que era un tipo… al que pilló hablando mal del tipo genial. Asher estaba como, súper molesto por eso, diciendo lo poco guay que era y planeando delatarlo. Incluso mencionó algo sobre que el tipo quería robar el puesto del tipo genial, alegando que ni siquiera le correspondía legítimamente o algo así.

—¿Estás segura de que hablaba de un hombre? —preguntó Rhianne, no del todo lista para tachar a Brenda de su lista de sospechosos.

Para su mérito, Tabitha lo pensó por unos momentos. —Creo que sí, pero no puedo jurarlo. ¡Lo siento!

—No, está bien que seas honesta. No queremos estar ladrando al árbol equivocado. —O eliminar a los sospechosos equivocados—. ¿Recuerdas algo más que pueda ayudarnos a encontrar a Asher?

—Asher mencionó que tenía este árbol, como su propio lugar secreto. —Su voz se volvió más animada mientras continuaba, probablemente pensando que estaba entregando una pista

crucial.

Rhianne no tenía el corazón para decirle que ya estaban familiarizadas con el árbol de Asher, el mismo árbol que mostraba signos de deterioro.

Tabitha se inclinó hacia adelante, añadiendo: —Dijo que era su escondite. Le encantaba pasar el rato allí.

—Gracias, Tabitha. ¿Me llamarás si tienes noticias de Asher o si se te ocurre algo más?

—Puedes apostarlo —dijo Tabitha.

Intercambiaron números de móvil y llevaron a Tabitha de vuelta a la escuela.

Mientras observaban a Tabitha desaparecer en la seguridad de la escuela, Isobel finalmente rompió el silencio, con la boca temblando en las comisuras. —Si Asher logra salir de su predicamento actual, más le vale tener cuidado. No tendrá ninguna oportunidad, ¿verdad? —Su mirada se detuvo en la entrada de la escuela, donde Tabitha había desaparecido.

—Ninguna —concordó Rhianne.

CAPÍTULO 18

Kai había escogido el Puerto Deportivo de Coffs Harbour para su encuentro, así que allí se dirigió Rhianne. Una oleada de emoción burbujeo en su interior cuando divisó el Tesla de Kai. Maniobró su coche para aparcarlo cerca del suyo y saltó fuera. Kai, con su cabello rojizo fuego y sus ojos azul tormentoso, se acercó a Rhianne, y ella alzó la mirada para encontrarse con la suya mientras se encontraban a medio camino.

—Hola, genio alfa.

—Hola, Rhi.

Ella sonrió; no pudo evitarlo. Las cosas saldrían bien porque él estaba aquí. La presencia de Kai era un ancla firme. Con su mirada tranquilizadora, el tumulto a su alrededor disminuía, su fuerza silenciosa hacía que las cosas volvieran a parecer manejables. Incluso en las situaciones más complicadas, él era como una red de seguridad humana, convirtiendo una crisis en otro elemento de su lista de tareas pendientes.

Dieron un paso más cerca al mismo tiempo, y sus labios se encontraron en un beso que puso en pausa la realidad. Mientras se derretía en el abrazo de Kai, todo lo demás dio un paso atrás cortésmente, dándoles un momento de aislamiento dichoso. Envuelta en el calor de su abrazo, Rhianne se sintió completamente segura y cómoda; nada más importaba. El mundo se convirtió en un lugar bueno y feliz, aunque solo fuera por unos momentos.

—¡Ejem! —dijo Isobel detrás de ella—. Ustedes dos pueden continuar este episodio de “Los tortolitos” de vuelta en la cabaña.

Con cierta reluctancia, Rhianne soltó el beso pero no se alejó mucho. Kai rodeó su cintura con el brazo y la atrajo de nuevo, plantando un dulce beso en la parte superior de su cabeza.

Isobel se aclaró la garganta.

—¿Celosa? —La voz de Nel hizo que Rhianne girara. Estaba apoyado contra el Tesla, encarnando la definición de despreocupado, con las manos descansando sobre el capó y un pie echado hacia atrás contra un neumático.

—¡Tú! —La sorpresa de Isobel estalló como un globo pinchado—. ¿Qué haces aquí?

Despegándose del coche, Nel se deslizó hacia ellos. Rhianne había visto una vez a una pantera moverse de manera muy similar en un documental. Llevaba gafas de sol oscuras, pero mientras se acercaba con paso despreocupado, se las subió a la cabeza.

—Qué casualidad verte aquí, Dra. Dupre. —Su sonrisa deslumbraba en su brillantez; era la sonrisa de un depredador fijándose en su presa.

La reacción de Isobel fue inmediata: un temblor, como un gato arqueando la espalda y erizándose en presencia de un perro indeseado. Rápidamente se recompuso, esbozando una sonrisa tan falsa que podría haber ganado un premio.

—Sr. Lamont, qué… sorpresa.

—Bueno, ¿no es encantador tener a toda la pandilla aquí? —Rhianne fingió alegría. El aire crepitaba con suficiente tensión como para darle un entrenamiento a la atmósfera circundante. Se volvió hacia Kai y Nel—. ¿Por qué no nos acompañan ustedes dos de vuelta a casa del abuelo? Allí los pondremos al día.

—No es exactamente toda la pandilla —La boca de Kai se crispó.

—Lo justo para una hoguera —susurró Rhianne entre dientes, esperando a medias que las chispas comenzaran a volar allí mismo.

Isobel prácticamente se teletransportó al coche antes de que Rhianne tuviera siquiera la oportunidad de darse la vuelta.

Rhianne le dio un rápido beso en la mejilla a Kai y agitó un dedo hacia Nel, quien instantáneamente se transformó en la imagen de la inocencia, con los ojos abiertos y sin culpa, y una suave sonrisa angelical jugando en sus labios como si nunca hubiera soñado siquiera con hacer travesuras.

Sí, claro.

Con un gran suspiro, Rhianne subió al asiento del conductor y arrancó la camioneta. Salió a la carretera, navegando por Coffs Harbour y desviándose hacia el interior. De vez en cuando, miraba por el espejo retrovisor para asegurarse de que Kai aún los seguía. Efectivamente, allí estaba, sin falta.

Unos diez minutos después, Isobel intervino, rompiendo el concurso no oficial de silencio.

—Te das cuenta de que perder a Kai es tan probable como deshacerte de tu propia sombra al mediodía, ¿verdad? —Su voz era suave y Rhianne se encontró tratando de descifrar las capas en su tono.

¿Era irritación? ¿Nerviosismo? ¿Puro pánico? Identificar las emociones de Isobel era como intentar atrapar humo con las manos desnudas: guardaba sus sentimientos casi con el mismo

fervor con el que escondía su magia. Pero una cosa era segura, la presencia de Nel la había desconcertado.

—Sí, lo sé. —La capacidad de Kai para rastrear a Rhianne probablemente podría extenderse a sentir su ubicación a través de un GPS psíquico si quisiera. Su magia tecnológica estaba fuera de serie.

Rhianne lanzó una mirada a su pasajera cabizbaja.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que ahuyente a Nel con una maldición falsa o algo así? —No es que fuera a servir de mucho, pero podía intentarlo.

Isobel resopló, probablemente habiendo llegado a la misma conclusión.

—Está bien, de verdad. Puedo manejarlo.

Si Rhianne pensara que era seguro, se burlaría de vuelta. Nadie "manejaba" a Nel. Y a juzgar por su aparición espontánea, parecía que Nel tampoco estaba haciendo un gran trabajo manejándose a sí mismo. Kai debió haber dejado caer la pista de que Isobel también estaba en Coffs, y como una polilla a la llama, Nel había aparecido.

Por el lado positivo, la presencia de Nel le obligaba a al menos fingir que se llevaba bien con Kai durante su viaje, un espectáculo que Rhianne secretamente se alegraba de haberse perdido. Imaginar a esos dos apretujados en el Tesla durante horas le hacía dar vueltas la cabeza. Lo único que tenían en común era ella.

Pero ¿Nel e Isobel? Rhianne miró a Isobel, que suspiraba con la regularidad de un metrónomo y miraba por la ventana. Una pizca del caos de Nel podría ser la especia que Isobel necesitaba.

Sin embargo, si Nel podría navegar por la tormenta de seriedad de Isobel sin ser arrastrado era otra historia. Tal vez deberían vender entradas para ese espectáculo.

¿Qué estaba pasando por la cabeza de Nel? Rhianne nunca lo había visto así antes. Puede que esté tratando de parecer tranquilo, pero ella había visto las miradas anhelantes que lanzaba en dirección a Isobel cuando pensaba que nadie lo miraba.

En cuanto a Isobel, bueno, mantenía sus cartas tan escondidas que uno pensaría que estaban tatuadas en el interior de su caja torácica. Estudiando el perfil de Isobel y las suaves líneas alrededor de su boca, Rhianne llegó a la conclusión de que no era tan inmune al encanto de Nel como pretendía ser.

La pregunta era, ¿qué la estaba reteniendo, y estaba a punto de morderles a ambos amigos con fuerza?

Su monólogo interior se puso en pausa cuando llegaron a la cabaña del abuelo.

La tarde ya estaba extendiendo su manto sobre los alrededores. Cuando salieron de los coches, el aire, rico en el aroma terroso del monte —una mezcla de eucalipto y flores de boronia — los rodeó.

En el porche, en el suave resplandor de la luz moribunda, estaba sentado el abuelo, con una botella de cerveza en la mano. A su lado, Toto estaba pulcramente posado, su pequeña forma acurrucada, con las patas alineadas.

—¿Más amigos, zarigüeya? —El abuelo se puso de pie, con curiosidad brillando en sus ojos.

Ups. Rhianne se dio cuenta de que no había preparado al abuelo sobre toda la actualización del "novio". Ciertamente, todos habían estado un poco preocupados con asuntos más urgentes.

Cuando Nel y Kai se unieron a ellos, la sonrisa de bienvenida del abuelo iba acompañada de una mirada que evaluaba a los recién llegados.

—Abuelo. Te presento a mi mejor amigo, Nel Lamont —dijo Rhianne. Había hablado de Nel en visitas anteriores, aunque había omitido todo el asunto de «es un íncubo».

Los hombres intercambiaron un firme apretón de manos, con el aire cargado de preguntas no formuladas.

—Cualquier amigo de mi nieta es amigo mío —el tono casual de su voz no podía ocultar el escrutinio que se llevaba a cabo tras sus ojos. Probablemente podía intuir lo que Nel era, pero la sonrisa del abuelo permaneció firme, sólida como una roca.

Bueno, allá vamos. —Y este es Kai, mi novio.

Los ojos del abuelo se abrieron de par en par, y luego estudió a Kai con más curiosidad que a Nel y, se alegró de ver, con menos cautela. —Tienes una chispa única, ¿verdad, hijo?

Kai asintió. —He oído bastante sobre usted, señor. Es un placer conocerlo al fin.

Mientras el abuelo estrechaba la mano de Kai, añadió una fuerte palmada en el hombro. —Espero que sean todas las cosas buenas que ha estado contando sobre mí.

—En su mayoría —Kai no se quedó atrás.

Con una carcajada, el abuelo los hizo pasar, sorteando los escalones. —Hermosa noche, ¿verdad? Pero se pondrá fresca antes de que nos demos cuenta. Vamos, entrad. Tengo una cerveza fría para cada uno y algo de comida para las barrigas hambrientas.

Al cruzar el umbral, Rhianne fue golpeada por los deliciosos aromas de tomate y queso, haciendo que su estómago protestara ruidosamente. Tal vez debería haber cogido una rosquilla antes.

—¿Es esa tu legendaria lasaña genovesa lo que estoy oliendo? —preguntó Rhianne. Ese plato era un recuerdo de su infancia, con sus capas de pasta, cremosa bechamel y pesto de albahaca y

espinacas, todo bajo una generosa capa de queso—. Eh, ¿habrá suficiente? —Ni siquiera se le había pasado por la cabeza avisar al abuelo de que Kai vendría. Y no sabía nada de Nel.

—¡No te preocupes, zarigüeya, tenemos de sobra! —El abuelo revisó el horno.

Se reunieron alrededor de la mesa mientras el abuelo sacaba la lasaña, con el queso dorado y burbujeante. Rhianne y Kai se apresuraron a ayudar a servir, todos apretujándose alrededor de una mesa diseñada para cuatro.

Mientras devoraban la deliciosa comida, Rhianne comenzó a poner al día a Nel y Kai sobre los detalles de información que habían descubierto. Hasta ahora, solo había podido intercambiar mensajes rápidos con Kai, ya que las llamadas telefónicas eran imposibles con la mala recepción.

—Así que estamos hablando de un adolescente desaparecido, en algún lugar en lo profundo del interior —dijo Kai.

—Podría haberse fugado por su cuenta —dijo Nel, ya fuera para molestar a Kai o para considerar otro ángulo. Era difícil saberlo.

Rhianne negó con la cabeza. —Lo dudo. Para empezar, lo vieron irse con alguien en un coche.

—Y también dijiste que parecía que se había ido sin oponer resistencia —dijo Nel—. ¿Qué tan fiables son esos árboles tuyos?

Después de dar un trago a su cerveza, el abuelo respondió: —Los árboles no mienten. Tampoco se molestan en charlar con cualquiera.

Sintiendo una oleada de calor, Rhianne sonrió ante el respaldo del abuelo. Su fe en ella era como un faro, especialmente considerando que los elogios de su madre eran tan raros como una luna azul. El abuelo siempre sabía cómo animarle el día.

—O tal vez fue otro chico ayudándole a esconderse —dijo Nel.

Kai arrugó la cara de esa manera adorable que hacía cuando estaba molesto, pero Rhianne le dio un apretón tranquilizador en la mano. A pesar de la tendencia de Nel a provocar, tenía razón. Sin embargo, el instinto de Rhianne no lo aceptaba.

El abuelo se acarició la barbilla. —Hunter era bastante cercano a Asher, al menos tanto como Asher dejaba entrar a alguien. Pero Hunter es tan transparente como un estanque en invierno. El chico lo contaría todo con solo una mirada de reojo si supiera algo.

—Y no conociste a Tabitha —dijo Isobel, mirando a Nel por primera vez desde que se habían sentado a cenar. Había elegido el asiento más alejado de Nel, lo que, en esta acogedora mesa, significaba que estaba a un par de sillas de distancia. A pesar de eso, había estado haciendo un trabajo de nivel olímpico fingiendo que Nel era tan poco notable como un fantasma.

—¿Tabitha? —Nel ladeó la cabeza.

—Es la amiga especial de Asher —dijo Rhianne.

La mirada de Nel rebotó entre Isobel y Rhianne, con las cejas subiendo por su frente.

—De ninguna manera Asher se habría ido sin decírselo —dijo Isobel, con un tono desafiante.

—Ya veo —dijo Nel, con su mirada clavada en Isobel al otro lado de la mesa, quien bajó los ojos y se metió un bocado de lasaña en la boca.

—¡Ah, el hechizo duradero del amor joven! —dijo Toto. Bajo sus puntos de vista anticuados latía el corazón de un aficionado a las comedias románticas.

—El amor es amor —dijo Nel, todavía mirando a Isobel.

—En fin —interrumpió Rhianne—, volvamos al asunto. Toto y el abuelo pusieron la casa patas arriba, pero ni rastro de él.

—¿Llevaba su móvil consigo? —preguntó Kai.

Rhianne se dio una palmada en la frente y luego se giró hacia el abuelo. —¿Tenía uno siquiera?

Kai soltó un resoplido; la noción de no tener móvil probablemente le resultaba tan extraña como internet sin memes de gatos. Rhianne aún no le había contado que el árbol genealógico de Asher incluía dríades con alergia a la tecnología.

—Cedí y le conseguí uno al muchacho hace unos meses —respondió el abuelo.

Sacando su móvil, Kai obtuvo el número de Asher del abuelo. Su lasaña quedó olvidada, a medio comer, mientras empezaba a teclear, con una expresión de concentración grabada en su rostro.

—La recepción es una broma por aquí, pero puede que haya encontrado algo —dijo.

Todos los ojos de la habitación se centraron inmediatamente en él. El abuelo se inclinó, tratando de echar un vistazo a la pantalla del móvil de Kai. —¿Qué tienes, muchacho? —preguntó.

Kai se levantó, cogió su bolsa y sacó su portátil, encendiéndolo. —Mejor os lo muestro en esto. Lo veréis más claro.

Isobel y Nel se unieron al creciente grupo.

Kai señaló un punto en el mapa mostrado en su portátil, donde un solitario punto parpadeaba. —Justo ahí —indicó.

Para Rhianne, el punto bien podría haber estado en Narnia por lo que podía decir; estaba justo en medio del bosque, sin puntos de referencia claros para anclar su ubicación a la de ellos, aunque el abuelo asentía.

—Eso está cerca del área que exploramos hoy —Toto se apoderó del regazo de Kai para tener una mejor vista de la acción—. Debería haber considerado la opción de detectar metal —Su voz era áspera y claramente infeliz.

—¿Realmente podrías olfatear el metal? —preguntó Rhianne. La idea nunca se le había pasado por la cabeza, ya que la vida moderna estaba prácticamente empapelada de metal; no era un rasgo útil hasta este punto.

—El metal posee una textura notablemente desagradable. Es incompatible con la magia feérica, similar a la sensación de acercarse a una sustancia tóxica, causando una reacción visceral en el cuerpo.

—Ese es un truco bastante impresionante, amigo —dijo el abuelo, y Toto se hinchó de orgullo—. Pero el metal es tan común como los canguros por aquí; la tierra de Coffs prácticamente brilla con trocitos de oro, plata, cobre y estaño. ¿Cómo vas a encontrar algo tan pequeño como un móvil en medio de todo eso?

Toto alzó la barbilla. —Aún puede ser posible diferenciarlo.

—¿Qué tan lejos estamos hablando? ¿Deberíamos empezar a caminar ya? —Rhianne estaba lista para entrar en acción. Por fin, un rastro que seguir hasta Asher. Se sentía como encontrar un Pokémon raro: emocionante y con el corazón a mil por hora.

—¿Quizás deberíamos esperar hasta que amanezca? —sugirió Kai—. Este terreno podría ser peligroso en la oscuridad.

La lógica de Kai apagó el entusiasmo de Rhianne como un aguacero repentino en un picnic, aunque no podía negar que tenía sentido.

Toto asintió. —En efecto, aunque mis sentidos son agudos, el impredecible suelo del bosque por la noche presenta sus propios desafíos.

El mensaje tácito era claro: los traicioneros senderos del bosque de noche eran un riesgo, incluso para Toto.

Toto debió haber adivinado la preocupación de Rhianne, y la tranquilizó con un suave lengüetazo en el brazo. —No te preocupes, pequeña. He navegado por empresas más peligrosas que esta y aún así he salido con todo el pelaje o las plumas intactos.

El abuelo intervino. —Eso es cierto para la mayoría, aunque quizás menos para un dríade. Yo podría ir solo.

Kai negó con la cabeza. —El móvil de Asher podría cambiar de ubicación si él o quien lo tenga se mueve; necesito estar allí para rastrearlo.

—Iremos todos. Si tenemos la oportunidad de encontrarlo esta noche, entonces no perdamos más tiempo. Cuanto más tiempo esté Asher ahí fuera, más riesgo corre —dijo Rhianne, sus ojos volando hacia Kai en busca de confirmación.

Kai escudriñó el mapa en su portátil, sus dedos volando sobre las teclas. —Está a unos tres kilómetros de aquí; eso es una buena caminata de media hora.

—Un poco más que eso, amigo —dijo el abuelo—. El monte aquí no es exactamente un paseo por el parque, y eso durante el día. De noche, es un nivel completamente diferente de complicado. Tendremos que andar con cuidado.

Probablemente quería decir que era más complicado para todos menos para él; navegar por el monte nocturno probablemente era tan sencillo para el abuelo como un paseo casual diurno lo era para ellos.

—Ah, ¿qué es la vida sin un paseo a la luz de la luna por el bosque? —dijo Nel, haciéndolo sonar como si estuvieran a punto de dar un paseo de medianoche en lugar de una misión de rescate.

—Espera, ¿tú también vienes? —Rhianne no se imaginaba a Nel en el bosque. Mejor dicho, Nel pertenecía a entornos donde el aire estaba acondicionado y el mobiliario era caro: más sofás de felpa que arbustos espinosos. Al menos no era ajeno a la actividad física. Sus frecuentes sesiones de gimnasio y sparring de capoeira se aseguraban de ello, aunque Rhianne sospechaba que la verdadera motivación de Nel eran las paredes con espejos.

—Cuatro pares de ojos son mejores que tres, ¿no crees? —Nel guiñó un ojo.

—Que sean cinco pares —dijo Isobel.

—¿Disculpa? —preguntó Nel, arqueando las cejas.

—Yo también voy. —Su tono era definitivo.

Nel parpadeó varias veces. —¿Estás segura? Probablemente no sea muy seguro…

Los ojos de Isobel se entrecerraron tanto que Nel podría haber empezado a cuestionar su propia existencia. —¿Estás tratando de decir que no puedo manejar un poco de suciedad?

Nel levantó las manos apresuradamente, apartando la tormenta inminente. —Que no se te pase por la cabeza, Dra. Dupre. Solo pensé que preferirías el orden prístino de un laboratorio al caos de la naturaleza.

Resoplando, Isobel levantó la barbilla. —Y supongo que tú preferirías estar bebiendo cócteles caros en algún club mal iluminado.

—Solo si vienen con sombrillitas —dijo Nel.

Vaya. Iba a ser una caminata interesante.

CAPÍTULO 19

—Tengo un alijo de linternas que podemos usar —dijo el abuelo, disipando la tensión creciente como un árbitro en un partido de tenis particularmente animado—. Voy a buscarlas.

Toto no iba a quedarse fuera. Saltó de su silla y siguió al abuelo. En un segundo, era una bolita peluda de cuatro patas, y al siguiente, saltaba por la puerta convertido en un águila.

Kai y Rhianne se pusieron manos a la obra, atacando la montaña de platos como una máquina bien engrasada, mientras Isobel de repente encontraba fascinación en todo menos en la presencia de Nel.

Poco después, el abuelo reapareció, armado con un arsenal de linternas. Kai rechazó la oferta con un gesto, blandiendo su mochila llena de gadgets como un caballero presumiendo de su espada.

—¿Crees que necesitarás pedir prestado algo de equipo al abuelo? —preguntó Rhianne a Nel, observando su impecable traje de diseñador de color claro. Nel no habría empacado nada apropiado para una caminata. Diablos, probablemente ni siquiera poseía nada adecuado. Su guardarropa, una meca para los obsesionados con el estilo, nunca habría recibido el memorándum sobre el aire libre.

—Estaré bien, princesa —dijo Nel.

—Ajá. —Sus cejas se arquearon. Ya podía simpatizar con la pobre alma de la tintorería que tendría la tarea hercúlea de luchar contra las manchas de su ropa.

Partieron con el abuelo al timón, caminando con confianza, seguidos por Kai y Rhianne tratando de mantener el ritmo de su paso enérgico. Cerrando la marcha iban Isobel y Nel, enfrascados en una discusión susurrada sobre la vestimenta apropiada para el monte.

Toto emprendió el vuelo, y Rhianne lo perdió de vista en medio de la oscuridad.

El paisaje se transformó bajo el manto de la noche. Los árboles antes amigables adquirieron un aire intimidante, sus ramas extendiéndose como manos nudosas en la oscuridad. Y entre las sombras, el ulular de un podargo gris sonaba como una advertencia.

Kai ajustó su linterna frontal, proyectando haces de luz hacia adelante mientras miraba periódicamente su dispositivo, buscando el punto que señalaba la ubicación del móvil de Asher.

—¿Se ha movido la señal? —preguntó Rhianne después de unos minutos.

Kai negó con la cabeza y la luz de su casco rebotó entre los helechos y los árboles. —No.

Maldición. No significaba que Asher estuviera herido o algo peor, pero tampoco era tranquilizador.

Quien afirmara que el campo era silencioso no había pasado mucho tiempo en él. La cacofonía de ramas meciéndose, zarigüeyas moviéndose e incluso la ocasional conversación gruñona de un koala mantenía la adrenalina de Rhianne bombeando.

Al menos Isobel y Nel finalmente se habían callado. Rhianne miró hacia atrás para comprobar cómo estaban, sorprendida por sus movimientos sigilosos. Recordó el comentario de Carl sobre la efectiva evasión de Isobel durante el altercado con los traficantes de drogas. Ese incidente había desencadenado la descabellada teoría de Rhianne sobre que Isobel era un fantasma. ¿Podría eso explicar su aversión a las relaciones románticas? Pero Isobel había insinuado un peligro para los demás, lo que no encajaba del todo con la teoría del fantasma.

Perdida en sus pensamientos, Rhianne no se dio cuenta de que habían llegado hasta que Kai le dio un suave codazo, devolviéndola a la realidad y haciéndola tomar conciencia de su entorno.

El escenario no ofrecía mucho cambio desde que habían partido, excepto por una colección aleatoria de grandes rocas posicionadas para que los excursionistas cansados tomaran un descanso.

Toto aterrizó en una rama cercana. —He detectado la presencia de elementos metálicos en las proximidades de esas formaciones rocosas.

Pero Kai ya estaba dos pasos por delante, habiendo sacado el móvil de un pequeño escondite astuto en las rocas.

—¿Crees que lo dejó caer por error? —preguntó Rhianne.

Todos apuntaron sus linternas al lugar que Kai estaba revisando, y él hizo señas a Rhianne para que se acercara. Ella tropezó al llegar a su lado, sin ser precisamente la gracia en acción, y entrecerró los ojos para mirar la grieta ahora iluminada por el móvil de Kai.

—Mira cómo está metido —señaló Kai—. No hay forma de que simplemente se haya caído ahí. Debe haberlo escondido a propósito, probablemente para mantenerlo seco y fuera de la vista.

—Entonces, ¿estaba jugando al escondite con su móvil? —preguntó Nel, sus cejas haciendo un pequeño baile de incredulidad—. ¿Para mantenerlo fuera del radar?

Isobel, que se había unido a ellos, puso los ojos en blanco. —Suenas como si hablaras por experiencia. ¿Tienes un historial de evadir rastreadores o ex-amantes demasiado celosos? —

Apenas esperó un respiro antes de continuar—: Pero la pregunta del millón es, ¿Asher también lo sabía?

El abuelo se rascó la cabeza. —Ese chico era bastante listo con los aparatos y todo eso.

—Estoy seguro de que lo sabía, por eso lo dejó aquí y encendido —dijo Kai.

Rhianne entendió lo que quería decir. —Quería ser rastreado. —La realización levantó un peso de sus hombros. Había esperado que no se hubiera marchado sin más, y esto se sentía como una prueba sólida—. ¿Por qué dejarlo aquí, sin embargo? ¿Por qué no tenerlo consigo en su punto de parada real?

Kai bajó de la roca y manipuló el móvil de Asher. —Hay un par de suposiciones sensatas para eso. Una, podría haber pensado que este sería el lugar donde terminaría quedándose.

—O dos —añadió Isobel, inclinándose para echar un vistazo a la pantalla del móvil—, pensó que quien lo secuestrara se lo quitaría.

—Eso podría haber sido cuando se dio cuenta de que lo estaban secuestrando. —Rhianne comenzó a peinar las rocas—. Tal vez dejó otras pistas para que las encontráramos.

El abuelo se puso en acción, iluminando con su linterna un área cercana mientras se agachaba para inspeccionarla más de cerca. Isobel y Nel lo imitaron, proyectando sus luces en los otros rincones de la escena.

—Su olor es potente en esta zona —dijo Toto—. Me elevaré por los aires para determinar si se puede discernir su rastro. —Con esas palabras, Toto saltó de su percha y se elevó en la oscuridad.

Kai estaba absorto con el móvil de Asher, así que Rhianne se unió a la búsqueda. Cuando llegó a un área que los otros no habían explorado, sus sentidos se agudizaron. Se detuvo, inclinó la cabeza y cerró los ojos, tratando de localizar una extraña disonancia.

Algo no encajaba.

Con los ojos aún cerrados, se arrastró hacia el sonido, como si estuviera jugando al Marco Polo consigo misma. No podía identificar exactamente qué era, pero no era el coro nocturno habitual. Cuanto más avanzaba, más silencioso se volvía todo lo demás, hasta que solo pudo concentrarse en ese extraño ritmo desacompasado.

Un olor penetrante golpeó sus fosas nasales. No cualquier olor, sino el hedor asqueroso y pesado de un pantano que ha tenido demasiadas cosas pudriéndose en él. El tipo que te hacía querer dar media vuelta e irte, pero también significaba que probablemente estaba sobre la pista de algo.

El aire se volvió denso y pesado, como si caminara a través de un miasma espeso, y sus oídos hicieron un extraño sonido de descompresión. Alarmada, abrió los ojos de golpe, solo para darse cuenta de que debía haberse alejado del grupo. Girando sobre sí misma, buscó alguna señal de las linternas de los demás, pero nada. Cero. ¿Cómo podía haberse desviado tanto? No había caminado tanto.

Y si antes pensaba que la caminata se sentía un poco extraña, con los árboles dándole una sensación amenazante, esto era otro nivel. Los altos eucaliptos a su alrededor parecían haber bebido de más y se inclinaban hacia ella, invadiendo su espacio personal. Rhianne, intentando alejarse de sus amenazantes avances, perdió el equilibrio y acabó aterrizando de culo.

La tierra comenzó a retumbar y temblar. No hacía mucho tiempo, cuando había llegado por primera vez al patio trasero del abuelo, que el suelo se había abierto y casi la aplasta. Miró a su alrededor, y su única oportunidad era quizás trepar a los árboles, pero algo le decía que no era una buena idea.

—¡Kai! ¡Abuelo! —gritó Rhianne, su voz cortando el silencio. Pero lo único que recibió de vuelta fue el eco de su propia preocupación.

El suelo bajo sus pies comenzó a temblar como una pista de baile descontrolada, y Rhianne se puso de pie de un salto, dando un paso atrás para estabilizarse. Mala jugada. Una rama, actuando como si tuviera una vendetta personal contra ella, la golpeó en los brazos, dejándole un escozor y empujándola hacia adelante justo cuando la tierra se abría frente a ella.

Su corazón latía con fuerza en el pecho, pero los años de entrenamiento en clases de capoeira no eran solo para lucirse. Tenía los movimientos, la agilidad y, lo más importante, los reflejos rápidos. Esquivando como si evitara una patada dirigida hacia ella, saltó hacia un arbusto a su izquierda, escapando por los pelos de una invitación al peor chapuzón del mundo.

Frente a ella, un sumidero se abría lo suficientemente ancho como para tragarse un pequeño patio trasero, confirmando que alguien había puesto una trampa, y no estaban jugando.

El hedor a putrefacción se condensó, casi tangible, mientras Rhianne buscaba una salida. La niebla, espesa y terca, envolvía su pequeño rincón del bosque como algodón. Se extendía, encerrando los árboles en una burbuja de treinta metros. No podía ver más allá, y era probable que nadie pudiera ver hacia adentro tampoco. A estas alturas, el grupo habría notado su ausencia. ¿Podría la magia del abuelo atravesar este manto brumoso?

Mientras reflexionaba sobre la situación, tuvo un momento de iluminación. La niebla y la trampa se activaron en el momento en que accedió a su magia de dríada. Alguien había preparado esta trampa con un conocimiento preciso de sus habilidades, usando su conexión con

la naturaleza en su contra. El hecho de que supieran prepararse para su magia le revolvió el estómago.

¿El lado positivo? Esta trampa sugería que Asher podría estar cerca, un rayo de esperanza en su difícil situación. Pero el lado negativo era que Rhianne no tenía idea de cómo atravesar esta barrera mística.

Para empeorar las cosas, el sumidero se había sellado como si nunca hubiera existido, pero el suelo había comenzado nuevamente su inquietante danza, enviando temblores a través de sus pies.

Pedir ayuda a los imponentes árboles no parecía una buena idea. Si los árboles pudieran guardar rencor, estos lo hacían, aunque ella no les hubiera hecho nada. Sus figuras imponentes se cernían, no como guardianes sino como acusadores silenciosos, añadiendo una capa espeluznante de animosidad al aire que le ponía la piel de gallina a Rhianne.

En medio de lo siniestro, una canción se coló en los oídos de Rhianne, llevada por la brisa. Era una melodía desconocida para ella, juvenil y clara. Por un fugaz momento, se preguntó: ¿Asher? Pero no, la realización llegó tan rápido como había surgido la esperanza; la voz era inconfundiblemente femenina. Con cada cauteloso paso hacia atrás, atraída por el canto de sirena, Rhianne se encontró rozando un árbol joven en el mismo borde de la barrera neblinosa.

Tan pronto como tocó el árbol, su mente se inundó de imágenes, rápidas y borrosas como un viejo rollo de película. Emociones de comodidad, un sentido de pertenencia y la calidez de la seguridad la envolvieron, pero estos sentimientos estaban bordeados por una precaución sombría, tiñendo los bordes de su conciencia con un susurro de peligro.

—No entiendo —murmuró Rhianne mientras el suelo bajo sus pies decidía organizar una mini fiesta, con temblores pulsando a través de la tierra como el bajo a través de los altavoces.

Fiel a su sospecha, la niebla era como una pared invisible: imposible atravesarla. El ojo de su mente se iluminó de nuevo con nuevas imágenes, aumentando la urgencia como una película de suspenso llegando a su clímax.

Vio las raíces del joven árbol con el que inadvertidamente se había hecho amiga, estirándose hacia abajo, hacia lo desconocido, sumergiéndose en una oscuridad que pulsaba.

Una extraña mezcla de molestia y preocupación que no era del todo suya carcomía a Rhianne: ¿tal vez el árbol también se estaba molestando? El suelo se sacudió como si se riera de un chiste que ella no entendía, y se abrió bajo ella como un abismo bostezante. Mientras intentaba agarrarse a su amigo árbol, sus ramas la *empujaron*.

Mientras Rhianne caía, las ramas se agitaron como si el árbol se despidiera con las hojas.

Bastante grosero, en realidad.

Rhianne inhaló el aire fresco y oscuro de abajo; prueba de que era hora de 'dejar de seguir' al joven árbol. Traicionada por un árbol y engañada por un amigo con corteza. Y sí, había caído en la trampa, literalmente.

Pero la caída resultó ser más un brinco que el épico desplome que esperaba. Rhianne aterrizó sobre sus pies, como un gato, si ese gato tuviera dos pies izquierdos.

Justo frente a ella, apareció una abertura junto a lo que supuso eran las raíces de su supuesto amigo arbóreo. Su mente fue bombardeada con visiones de movimiento y la misteriosa cueva que se extendía ante ella.

La entrada era tan ancha como una caja de pizza grande, lo que significaba que tendría que arrastrarse. —No, ni hablar —murmuró, como si la cueva pudiera cambiar de opinión y ensancharse solo para acomodarla.

Rhianne miró hacia arriba, preguntándose si podría trepar de vuelta. Pero no, las paredes tenían otras ideas, comenzando a apretarse como si intentaran darle una pista muy sólida. Ese empujón urgente en su mente la empujó de nuevo, la misteriosa canción aumentando su volumen como si gritara: «¡Muévete, señorita!»

¿Confiar o no confiar? Bueno, parecía que el universo estaba tomando esa decisión por ella, ya que una nube de polvo se levantó detrás de ella, decidiendo un firme 'confía' en su nombre.

Bajó a gatas por el túnel subterráneo natural. El espacio confinado le erizaba la piel con inquietud, una sensación que detestaba. Mirando hacia atrás con una mezcla de alarma y '¿Estás bromeando?', el espacio donde había aterrizando se cerró, convirtiéndose ahora en una pared.

Genial. Atrapada bajo tierra.

Por el lado positivo, el extraño movimiento y retumbar de la tierra se había detenido. Debía haberse arrastrado fuera del alcance de la espeluznante niebla. Así que, atrapada, sí, pero también potencialmente a salvo de lo que fuera que estaba sacudiendo la superficie.

Una melodía tranquilizadora sonaba en su mente, como un suave empujón para avanzar o quizás una juguetona burla de su situación; Rhianne no estaba segura de cuál. Pero la mantenía en movimiento, centímetro a centímetro.

Se felicitó mentalmente por haber elegido vaqueros esta mañana en lugar de pantalones cortos. La idea de navegar por este laberinto subterráneo con las piernas al descubierto era suficiente para hacerla estremecer. Gracias a su armadura de mezclilla, se libraría de convertir sus piernas en un mapa de rasguños.

Adelante y —con suerte— hacia arriba.

CAPÍTULO 20

Rhianne contempló el túnel que parecía encogerse frente a ella. El pasadizo, apenas más ancho que sus hombros y ligeramente inclinado hacia abajo, prometía un viaje incómodo.

Una opresión le atenazó el pecho mientras inhalaba el aire viciado, con las palmas de las manos resbaladizas contra la fría roca.

El aire era penetrante, haciendo de cada respiración una tarea laboriosa. Le desconcertaba cómo los mineros y los primeros exploradores hacían esto día tras día. Las paredes de piedra caliza se apretaban contra ella, impregnadas de un frío húmedo que se le colaba hasta los huesos, obligándola a avanzar en un lento y metódico arrastre.

El tiempo adquirió una cualidad peculiar, estirándose hasta lo que parecía una eternidad pero que probablemente fuera más cercano a veinte minutos. Sus músculos gritaban en protesta. Su coleta libraba una guerra contra cada roca que encontraba. En un último intento por mantener el pelo fuera de su cara, recurrió a soplar el flequillo que insistía en hacerle cosquillas en la nariz, solo para que volviera a caer.

Aferrando la linterna de su abuelo, luchaba por arrastrarse a través del estrecho y húmedo túnel. Se la metió en la boca, mordiendo el metal frío y amargo, pero pronto tuvo que hacer una pausa para quitársela y limpiarse la boca. Frustrada, metió la linterna en el bolsillo superior de su chaqueta. Mientras rebotaba contra su pecho, sombras erráticas bailaban en las paredes desmoronadas que tenía por delante.

Su viaje estaba puntuado por la sinfonía de sus gruñidos y el ocasional graznido indignado cuando su pelo se enganchaba una vez más.

El sudor le goteaba por la cara. Le nublaba la visión, transformando la cueva ya traicionera en una borrosa pintura impresionista donde cada arrastre era una apuesta. Alzó la mano para limpiarse el sudor, solo para darse cuenta de que se estaba embadurnando las mejillas de tierra.

Cada pocos metros, se detenía para hacer un chequeo de la realidad, como si esperara que el interior de la cueva se transformara de repente en una acogedora sala de estar. Alerta de spoiler: no sucedió.

El mismo escenario inmutable de rocas, tierra y los ocasionales desconocidos crujientes sospechosos bajo sus pies se burlaban de ella. —Genial —murmuró—, perdida en una cápsula del tiempo geológica. —Su móvil, por supuesto, no tenía señal, y eso significaba que Kai no podría rastrear su ubicación.

El progreso se sentía como un concepto abstracto en este laberinto subterráneo. Los triunfos iniciales de esquivar una trampa de niebla y un sumidero ahora se sentían como victorias distantes en una tierra donde avanzar significaba saludar a la misma decoración una y otra vez.

La canción motivacional que había sido la banda sonora de su mente se había apagado, dejándola en un silencio tan profundo que podía oír los latidos de su propio corazón, ¿o era el sonido de su paciencia golpeando contra las paredes de la cueva?

En circunstancias normales, Rhianne podría confesar su aversión a los espacios pequeños. Pero llamar a su situación actual "apretada" sería como comparar el aliento ardiente de un dragón con el calor de una vela. Su respiración se aceleró, y no solo por el esfuerzo físico. La debilidad muscular transformaba cada intento de arrastrarse en un ejercicio de resistencia, sus extremidades protestando con agudas punzadas de dolor.

La idea de tumbarse, cerrar los ojos y echarse una siesta improvisada en la tierra parecía casi lujosa en este punto. Rhianne detuvo su arrastre subterráneo, tentada por la perspectiva. Considerando su progreso —o la falta de él—, detenerse podría no ser la peor estrategia.

Si Kai estaba tratando de localizarla con un móvil que no funcionaba, ¿quedarse quieta ayudaría en este juego subterráneo de "¿Dónde en el mundo está Rhianne Alkenn"? ¿No había una regla sobre quedarse con el vehículo si te quedabas varado en el desierto?

La idea de dar media vuelta y arrastrarse de regreso por donde había venido hizo que Rhianne se detuviera brevemente. Pero considerando su actual aprieto, un giro elegante era más una fantasía que una opción: bien podría haber sido un T-Rex intentando hacer una voltereta en una cabina telefónica.

Ahí estaba ella, atrapada en el dilema eterno: seguir adelante hacia lo desconocido con el entusiasmo de un caracol enfrentando sal o tomar un descanso y esperar un milagro, similar a esperar lluvia en el Outback durante el verano.

En ese espacio apretado, la parálisis por análisis se transformó de una frase hecha en un libro de autoayuda a la cruda realidad de Rhianne. Se mordió el labio, el aire serrando dentro y fuera de sus pulmones. El mareo la invadió, trayendo un momento de iluminación no deseada: si decidía acostarse y aceptar su destino, probablemente se convertiría en parte del ecosistema de la cueva, una momia accidental para que los futuros arqueólogos se rompieran la cabeza.

La llevó de vuelta a un recuerdo de la infancia, uno largo tiempo enterrado y olvidado. Era su primer año de escuela primaria, tan flaca como un fideo y con orejas puntiagudas —de ahí el pelo largo—, no era una declaración de moda sino más bien su capa de invisibilidad personal.

Nadie sospechaba de su herencia élfica, pero eso no impedía que los otros niños se burlaran de ella por ser diferente.

En esta ocasión en particular, Rhianne había entrado trotando al "mostrar y contar" con una pequeña orquídea a cuestas, vibrando de orgullo por su bebé botánico. Esta maravilla azul y púrpura era su boleto para un día de escuela que no pasaría deseando ser invisible. La clase de ciencias se convirtió en su escenario, y ahí estaba ella, de pie frente a la multitud como una maga reticente, lista para revelar no un conejo sino los secretos de su brujería de pulgar verde. Le había llevado meses de cuidado meticuloso y aliento susurrado.

La maestra estaba llena de elogios, y mientras Rhianne volvía pavoneándose a su asiento, con una sonrisa lo suficientemente amplia como para iluminar la habitación, el desastre golpeó. Uno de sus compañeros de clase le puso el pie. Ella se desplomó, una escena sacada directamente de una comedia burlesca, excepto que la pista de risas fue reemplazada por un grito interno.

Su orquídea, su orgullo y alegría, emprendió el vuelo, solo para encontrar su perdición bajo el pie de otro matón. ¡Por supuesto que la maestra había estado mirando hacia otro lado!

Más tarde, con lágrimas surcando su rostro mientras relataba la dura prueba a su madre, esperaba al menos un oído comprensivo. Obtuvo algo completamente diferente. Su madre le agarró la barbilla y le levantó la cabeza. —Nunca dejes que te ganen. —Y con eso, se alejó.

Rhianne había quedado tan aturdida por el consejo que se congeló en el pasillo. Apretó las manos en puños, sintiendo que un remolino de tristeza se convertía en una burbuja caliente de ira. Enojada con su madre por soltar esas palabras como si no fueran gran cosa y con los otros niños por ser tan crueles. ¿A alguien le importaba?

Bajó la mirada hacia su mano, que aún aferraba los restos aplastados de su orquídea. Algo cambió en su interior y se dirigió con paso decidido hacia el solárium en la parte trasera de la casa. Aquel lugar, con su ambiente acogedor y luz solar a raudales, se sentía más como un hogar que cualquier otro rincón de la lujosa mansión de su madre, incluso más que su propio dormitorio que, a pesar de haber sido decorado por un diseñador de renombre, tenía la calidez de un vestíbulo de hotel.

Los rayos del sol caldeaban la habitación. Rhianne se dejó caer sobre un cojín y se puso manos a la obra con una nueva maceta, enterrando en la tierra lo que antes era un palo que solía ser su orquídea. Cerró los ojos con fuerza, susurrando: —Crece, crece.

Para su asombro, la magia se agitó, zumbando por su columna y extendiéndose hasta sus brazos mientras los mantenía suspendidos sobre el triste palo de orquídea. Cuando se atrevió a echar un vistazo, sus ojos se abrieron de par en par. Allí estaban: dos orquídeas brillantes y atrevidas mirándola directamente.

Rhianne no solo aprobó su proyecto de ciencias; lo sacó del estadio mientras los proyectos de los abusones se marchitaban como uvas bajo el sol, convirtiéndose en pasas.

Rhianne le pidió a su madre que la inscribiera en clases de artes marciales. Su madre arqueó una ceja ante su petición, pero luego asintió. —Mientras puedas encajarlo en tu horario. —Era una rara victoria en el mundo de las negociaciones maternas: encajar las artes marciales en un calendario ya repleto de clases de danza, piano y oratoria.

De alguna manera, Rhianne logró encajarlo todo, y la capoeira no solo ocupó un hueco en su agenda, sino que le robó el corazón. ¿La mejor parte? Después de exhibir algunos movimientos de capoeira en la escuela, los abusones decidieron que preferían mantener sus narices intactas y la dejaron en paz.

Quien fuera que hubiera puesto trampas en este lugar no quería que ella firmara autógrafos más tarde, pero no iba a permitir que eso sucediera. Todo el cuerpo de Rhianne se sentía como si hubiera pasado por una licuadora en modo “puré”, especialmente sus brazos, que estaban organizando una protesta ardiente. Pero siguió adelante, moviendo un brazo, luego el otro, arrastrando una rodilla hacia adelante, luego su compañera de fechorías. A medida que los minutos —¿o eran horas?— se arrastraban, comenzó a contar cada movimiento, un truco de su infancia cuando contar era más una forma de evadirse del aburrimiento que de sobrevivir.

Esto la ayudó a ignorar el dolor, el picor en la nariz que no podía rascar y las lágrimas que competían con el sudor bajando por sus mejillas.

Cuando llegó al número mágico de doscientos ochenta y tres, sucedió algo extraño. Tal vez era el universo lanzándole un hueso, o quizás estaba delirando, pero de repente, respirar ya no se sentía como inhalar papel de lija, y el aire sabía más fresco.

El cambio la determinó a seguir adelante, aunque sus brazos se sentían como pesas de plomo y sus codos lucirían moretones durante semanas. Sus manos, hechas jirones por la situación, probablemente se parecían más a un alfiletero que a cualquier otra cosa, y sabía que más tarde tendría que vendárselas. Pero ignoró la voz persistente, esa que susurraba: “Si es que logras salir”.

Tenía que sobrevivir; el fracaso no era una opción. Nel estaría furioso si no lo hacía, Toto sacudiría la cabeza decepcionado, Isobel, Carl y Alice se enfadarían, y Kai… Kai estaría

desconsolado.

La imagen de Kai cruzó por su mente, su cabello rojo salvaje, esos intensos ojos grises tormentosos que veían directamente en su alma, haciéndola sentir como si fueran las únicas dos personas en el mundo. Siempre arreglando cosas para ella, había instalado los últimos gadgets en su vivero y en su apartamento —para que estuviera segura—, incluso había introducido un sistema para su temido papeleo. Lo hacía todo para facilitarle la vida, y el pensamiento de su rostro triste y devastado ahora la impulsaba a seguir.

Rhianne se tomó un breve descanso, cerrando los ojos y dejando que las visiones de Kai y su equipo flotaran por su mente, un descanso mental en medio de su reality crudo.

Cuando volvió al presente, el túnel se había ensanchado. No, no estaba a punto de iniciar una conga, pero había espacio suficiente para sentarse sin hacerse una tomografía cerebral improvisada contra el techo.

Esta ligera expansión de su espacio personal se sentía como ganar una mini lotería, un guiño descarado del universo de que quizás su suerte no la había abandonado por completo.

No era el momento de sonreír, aún no, pero las comisuras de su boca se crisparon. Siguió adelante, acelerando el paso, al diablo con el agotamiento y los músculos doloridos. Cuando el túnel se expandió generosamente de nuevo, no pudo contener un “¡yupi!” triunfal. Ponerse de pie resultó ser un poco difícil; su primer intento fue un fracaso, sus piernas boicoteando el esfuerzo. En el cuarto intento, sin embargo, logró hacerlo, aunque un poco encorvada. Se imaginó haciendo un baile de victoria, si tan solo su energía cooperara.

Su andar era más bien un arrastre de pies, torpe y lento, pero se negó a dejar que eso matara su estado de ánimo positivo. Como si estuviera subiendo a un escenario, entró en una vasta sala cavernosa de piedra caliza, una catedral natural decorada con estalactitas, estalagmitas y relucientes cristales blancos, proyectando un brillo sobrenatural.

La esperanza floreció en su corazón.

CAPÍTULO 21

Rhianne había tropezado con una gran caverna donde por fin podía extender los brazos, y el aire ya no estaba viciado. Una buena señal, ¿verdad? Tal vez hubiera una salida escondida por ahí. Pero ¿averiguar dónde? Esa era la pregunta del millón, y su móvil estaba tan perdido como ella, negándose obstinadamente a captar ni siquiera un atisbo de señal.

¿Agua? Ni gota. Kai, siendo el eterno boy scout, había empacado algo para la caminata porque, por supuesto, lo había hecho. Rhianne, por otro lado, no había traído ni una gota, pensando que esto iba a ser una caminata rápida y sin complicaciones.

La vida, al parecer, tenía una aventura diferente en mente. Para ser justos, no había sido parte del plan separarse de su grupo. Su móvil afirmaba que habían pasado tres horas, lo que en tiempo de 'arrastrarse por túneles desconocidos' se traducía en una distancia de 'probablemente no muy lejos en absoluto'. No es que importara, porque a menos que pudiera salir de allí y encontrar a los demás, bien podría estar a kilómetros de distancia.

A pesar de la belleza inquietante de la caverna, era un desierto botánico: ni una sola planta a la vista que ofreciera un poco de energía o incluso una pista de dirección. El estómago de Rhianne dio una voltereta de hambre, y el cansancio estaba convirtiendo sus piernas en gelatina.

Estaba entre la espada y la pared. *Irónico, ¿no?* O sentarse antes de desplomarse o seguir de pie. Había un riesgo muy real de que, si se sentaba, no pudiera levantarse de nuevo.

¡No te dejes llevar*!*

Estaba en una sección más amplia de la cueva, respirando con más facilidad con el aire más fresco que le acariciaba los pulmones. Era un rayo de esperanza, un susurro de que la libertad estaba cerca. Respiró hondo, cerró los ojos y liberó su magia, sin estar del todo segura de lo que pretendía, pero desesperada por obtener orientación.

La magia brotó con la exuberancia de un adolescente en su primer concierto, deleitándose con su libertad. Toto tenía la teoría de que su magia era como un cachorro enjaulado, demasiado emocionado por salir a jugar precisamente porque Rhianne siempre había sido tan reacia a usarla. Y vaya si era entusiasta —rayando en el exceso— y para su mezcla de horror y asombro, fuerte.

Cada vez que la utilizaba, Rhianne luchaba por mantenerla bajo control, por templar su entusiasmo y reducir su potencia. Una parte de ella le gritaba que lo hiciera ahora, que no la dejara ir a toda máquina.

Lo último que necesitaba era una repetición de desmayarse, como cuando se despertó y vio a su madre de pie sobre ella, con las cejas levantadas en ese gesto de 'Tenemos que hablar'.

Esta vez, el riesgo era demasiado alto, y tal vez, solo tal vez, era hora de ver lo que su magia podía hacer cuando se le daba la iniciativa.

Estaba demasiado metida en esto como para tomar medidas a medias, e intentar microgestionar su magia probablemente la dejaría más agotada y tirada en el suelo de la cueva.

Basta de titubeos.

Con un encogimiento de hombros mental, la dejó soltarse, completamente preparada para disculparse con la naturaleza más tarde por cualquier grafiti mágico que sus poderes decidieran rociar.

Inicialmente, su magia se arremolinó a su alrededor como si estuviera indecisa. Poniéndose manos a la obra, la pinchó como un niño curioso, claramente captando su necesidad de algo de curación.

Rhianne no estaba del todo segura de tener la energía para curarse y encabezar un comité de escape. Sin embargo, su magia tenía su propia agenda, suavizando cortes y disminuyendo el dolor de sus moretones antes de expandirse hacia afuera en busca de… bueno, algo.

Con su magia haciendo lo suyo, Rhianne agudizó todos sus sentidos al máximo y giró lentamente.

Los sentidos mejorados de Rhianne no captaron nada fuera de lo común. Pero una serie de clics y chirridos sutiles rompieron el silencio, apenas perceptibles. Murciélagos, tenían que ser. El olor a guano de murciélago se mezclaba con el aire húmedo, confirmando su presencia cerca.

Hurgó en su memoria en busca de algún fragmento de información sobre los murciélagos. Habían sido tema en la escuela una vez, una especie protegida conocida por frecuentar cuevas y huecos de árboles, alimentándose de insectos.

¿Qué intentaba recordarle su cerebro? Ah, sí, sus hábitos nocturnos. Los murciélagos son los búhos del reino animal, más activos después de que el sol se pone, lo que significaba que probablemente se estaban preparando para su bufé nocturno de insectos.

Si la corazonada de Rhianne era correcta, estos peludos voladores saldrían pronto a cenar, y eso significaba una cosa crucial: conocían el camino de salida.

—Muy bien, pequeños —susurró, su voz rebotando en las paredes de la cueva, provocando un pequeño alboroto entre los murciélagos. Unos cuantos pioneros se lanzaron al vuelo—. Es hora de cenar.

Como si hubieran captado su idea, un escuadrón más grande de murciélagos tomó el aire, sus alas trazando un camino que ella podía seguir. El crescendo aleteante de innumerables alas de cuero llenó el aire, un suave y escalofriante susurro. Rhianne corrió, medio temiendo perder este servicio de escolta alado, pero se movían en oleadas, siempre dejando un grupo para que ella siguiera tan pronto como uno desaparecía de la vista. Finalmente, la salvación: la boca de la cueva se alzaba ante ella, enmarcando el cielo nocturno, iluminado por una dramática luna llena.

Al salir al bosque, Rhianne estalló en una mezcla de risa y llanto. Era toda una estrategia de salida.

El bosque era como una bulliciosa metrópolis de árboles y arbustos, y la magia de Rhianne se extendió sin esperar su aprobación. Una sinfonía de melodías de la naturaleza la envolvió, abrumadora en su intensidad, como si cada hoja y ramita compitiera por su atención. Sintiéndose un poco como la invitada más popular del bosque, deseó tener un control de volumen. Abrumada, Rhianne sacudió la cabeza, medio esperando encontrar hojas en su pelo.

Como si el bosque sintiera su momento de ‘No puedo más’, una melodía se elevó por encima del resto, convirtiendo la cacofonía en un solo. Rhianne intentó pensar en imágenes, relatando su aventura de una manera que pudiera tener sentido para un árbol consciente. El bosque reaccionó, los árboles se agitaron y susurraron en lo que ella supuso era el equivalente arbóreo de “Oh, no”.

En medio de todo esto, una voz que Rhianne percibía como perteneciente al alto árbol de cepillo se destacó, enviándole imágenes de luz solar y lluvia ligera. El árbol era hermoso, y su corteza era un tapiz de tonos marrón rojizo y gris. Esta serenata visual canalizó energía de vuelta a Rhianne, una recarga muy necesaria para sus reservas agotadas. —Gracias —susurró, consciente de no abusar de su bienvenida en el bufé de la naturaleza.

—¿Hay alguna posibilidad de que hayas visto al abuelo por aquí? —transmitió su súplica, empaquetando sus pensamientos en un TikTok mental de imágenes del abuelo. El coro del bosque volvió a resonar, ahora sonando como si intentara una armonía en “árbol menor”.

Rhianne se dejó caer para apoyarse contra un árbol joven de tronco liso y pálido, resignándose a la espera. La sesión de Spotify del bosque continuaba a su alrededor. Todo lo que podía hacer era esperar que su mensaje llegara.

Sus ojos empezaban a cerrarse. A pesar de que su botiquín mágico había hecho maravillas con los rasguños y moretones, el cansancio estaba invadiendo la fiesta, y con fuerza. Cuando

estaba a punto de darle un descanso a sus párpados, unas imágenes vagas irrumpieron en su mente. Entrecerró los ojos, tratando de descifrar qué demonios intentaba mostrarle este persistente árbol.

Al principio, Rhianne medio adivinó que podría estar viendo destellos del abuelo acercándose a ella. Pero cuanto más se esforzaba por entender la escena mental, más claro se volvía que las imágenes eran algo completamente diferente.

En las visiones, un hombre salía de las cuevas, no con el torpe arrastre de pies que ella había realizado, sino con zancadas rápidas y decididas, salpicadas de rápidas miradas por encima del hombro. No podía distinguir su rostro; sus movimientos eran demasiado rápidos y la imagen borrosa.

Definitivamente no era una repetición de su poco agraciada salida.

Este tipo se movía como si tuviera un avión que alcanzar o como si alguien le pisara los talones. ¿Por qué la red de vigilancia de la naturaleza estaba tan empeñada en transmitirle este episodio en particular?

¿Acaso las cuevas de piedra caliza eran algún tipo de atracción turística? Si era así, no tenía ni idea de su popularidad o tráfico de visitantes. ¿Era este tipo un turista cualquiera, un espeleólogo o algo más?

Incitada por su amigo árbol, que estaba resultando ser un padre bastante sobreprotector, echó un vistazo más de cerca a sus alrededores.

Era una especie de claro y más allá… no un inicio de sendero, pero tampoco territorio de matorral espeso.

La luna decidió jugar al escondite detrás de algunas nubes, convirtiendo en un juego de adivinanzas el determinar si había huellas frescas de Nike para seguir. Así que había un misterioso “fugitivo de la cueva” suelto, y si asumía que era reciente…

—¡Rhianne! —llamó una voz ahogada.

—¿Abuelo? —respondió con voz ronca, de repente consciente de lo mucho que mataría por un vaso de agua. Reuniendo fuerzas en sus cuerdas vocales, lo intentó de nuevo—. ¡Abuelo! ¡Estoy aquí!

El sonido de zapatos golpeando contra el suelo del bosque llegó a sus oídos, seguido por el crujido y chasquido de hojas y ramitas bajo los pies. Entonces, como un héroe salido directamente de un libro de cuentos, la alta figura del abuelo emergió de las sombras.

Una ola de alivio envolvió a Rhianne, tan fuerte que casi la derribó, y dio unos pasos adelante. Pero antes de que pudiera avanzar mucho, Kai se abalanzó desde detrás del abuelo,

atrapándola en un abrazo tan apretado que pensó que podría convertirse en un acordeón. Inhaló su reconfortante aroma, una mezcla de cardamomo y dátiles, y por un momento, todo lo demás se desvaneció. Después del abrazo, Kai se apartó suavemente para inspeccionarla en busca de heridas, sus ojos escudriñándola. —¿Estás bien? —preguntó.

Ella asintió, sintiendo cómo los últimos vestigios de tensión se desvanecían.

Nel e Isobel también habían llegado, con Nel apretujándose junto a Kai.

Isobel lo empujó hacia atrás. —Dale algo de espacio —dijo.

—¿Por qué no le dices eso a él? —replicó Nel, señalando con el pulgar a Kai.

—Eso es diferente —dijo Isobel.

Nel murmuró algo.

—¡Zarigüeya, me has hecho envejecer una década con esa hazaña! —dijo el abuelo, inclinándose para plantar un beso en su frente.

—No era mi intención, abuelo. Fue una trampa.

La expresión del abuelo se tornó seria, y se tiró de la coleta, una señal segura de que estaba sumido en sus pensamientos. —Nos encontramos con la niebla maldita, pero era obstinada. Le dio a mi magia una verdadera carrera por su dinero. Nos llevó una eternidad atravesarla, y para entonces, ya no estabas a la vista. Esos malditos árboles se cerraron conmigo. Todos excepto un pequeño retoño, aunque fue bastante reservado, actuaba como si no supiera si confiar en mí o no.

—El individuo responsable de la trampa probablemente se parecía a ti y el pobre retoño no estaba preparado para arriesgar su confianza —dijo Toto al abuelo mientras aterrizaba en el suelo y volvía a transformarse en su forma peluda de Maltés.

—¡Alguien intentó matarte! —Nel frunció los labios y comenzó a caminar de un lado a otro, con los puños apretados a los costados.

—¿A Rhianne, o a cualquiera que cayera en la trampa? —preguntó Kai.

Nel resopló, pero Rhianne ladeó la cabeza y pensó por un momento. —Se activó con mi magia de dríada, pero no creo que fuera para mí. O, bueno, tal vez no directamente —dijo.

Encontrando una roca, Rhianne se dejó caer sobre ella, sus piernas gritando un firme “no más”.

Kai se sentó a su lado, tomando su mano, mientras Isobel reclamaba el otro lado. Nel, incapaz de quedarse quieto, seguía caminando como un tigre enjaulado, todo su cuerpo en tensión.

Toto se sentó sobre sus patas traseras junto al abuelo, quien se acuclilló frente a Rhianne, sus ojos encontrándose.

—Explica —dijo el abuelo.

—Estoy bastante segura de que iban por ti, abuelo. Pero atraparme a mí en su lugar podría haber sido un buen plan B.

—Las amenazas —dijo Kai.

Rhianne le sonrió radiante; le había enviado un mensaje de texto sobre eso en su primer día aquí. Toto asintió, claramente en la misma sintonía.

Nel, que había estado caminando de un lado a otro con el rostro como una nube de tormenta, finalmente se detuvo para escuchar, con los brazos cruzados. —¿Amenazas? ¿Qué amenazas?

Isobel puso los ojos en blanco. —Mantenerte al día no es tu fuerte, ¿eh?

El semblante de Nel cambió, y una sonrisa burlona se dibujó en sus labios. —Oh, te aseguro que puedo seguir el ritmo sin problemas.

Vaya, Isobel había caído directa en esa.

No era el momento para réplicas ingeniosas —por muy divertido que estuviera resultando esto—, así que Rhianne decidió intervenir antes de que Isobel pudiera formar una respuesta. —El abuelo ha estado recibiendo amenazas para que abandone su cargo.

Nel se detuvo en seco y parpadeó. —¿Te refieres a renunciar como anciano? Pero, ¿no es el bosque quien decide?

Incluso Isobel abrió los ojos de par en par ante eso.

El abuelo arqueó una ceja. —Estás bien informado, colega.

Nel logró mantener su rostro tan impasible como un jugador de póker con una mano ganadora, sin un solo tic que lo delatara. Nel no solo estaba familiarizado con las vidas personales de los dignatarios locales, sino que también conocía los detalles ocultos de las manadas de hombres lobo y los aquelarres de vampiros, desde sus reglas no escritas hasta sus tipos de sangre preferidos. En el vasto mercado de chismes y secretos, Nel era un magnate de Wall Street. —¿Me equivoqué en algo?

—Qué va, lo has clavado. Pero podría renunciar si quisiera. Ha ocurrido en la historia de nuestro pueblo. —Mientras el abuelo se ponía de pie, la luz de las antorchas proyectaba sombras a su alrededor, y su repentina inmovilidad lo hacía parecer un árbol en sí mismo: enraizado, antiguo y perdurable.

—Pero tú eres el Anciano Hoja —dijo Rhianne—. Crearía un vacío.

—Y seguro que alguien querría saltar y llenarlo —añadió Kai.

El abuelo negó con la cabeza. —No, no funciona así. No es que cualquiera pueda ocupar el puesto. Solo otro Anciano puede dar un paso al frente, y aun así, depende del bosque dar su

aprobación.

Rhianne ladeó la cabeza. —Entonces, esto básicamente significa que otro anciano está involucrado, ¿verdad? Deben pensar que pueden poner al bosque de su lado. Y seamos sinceros, ese truco de la niebla y el sumidero fue bastante impresionante. ¿Tenemos alguna idea de quién entre los ancianos podría hacer algo así?

El abuelo había montado accidentalmente su propio espectáculo de bienvenida cuando Rhianne y Toto llegaron por primera vez, así que quien hizo esto tenía que estar al mismo nivel que él en cuanto a poder.

—El problema es, zarigüeya, que cualquiera de ellos podría estar detrás.

Kai le pasó su botella de agua a Rhianne, y ella la atacó como si fuera la última gota en la tierra, terminando en un ataque de tos. —Tranquila —rio Kai, dándole palmaditas en la espalda.

—Encontrar a Asher es lo que importa ahora —dijo Rhianne, finalmente recuperando el aliento después de que la tos se calmara.

Todos sus instintos gritaban que el tiempo se estaba agotando a un ritmo olímpico, la urgencia sonando como una alarma en su mente.

El árbol de antes metió baza con su opinión, mostrándole esa visión del tipo alto saliendo a toda prisa de la cueva. ¿Podría haber sido Asher? Pero estaba casi segura de que lo habían secuestrado, así que cómo…? Con una repentina oleada de comprensión, Rhianne se levantó de un salto de su asiento rocoso. —¡Lo tengo! ¡Sé dónde está Asher!

—¿Has averiguado el paradero del muchacho? —preguntó Toto. Su cuerpo se puso en alerta y comenzó a olfatear el aire.

—No lo sé *exactamente* —dijo Rhianne, ganándose un ceño fruncido del abuelo—. Pero estoy bastante segura de que está en la cueva.

Todos se giraron para mirar la entrada de la cueva.

En el inquietante crepúsculo, parecía menos la entrada acogedora de un sendero natural y más las fauces abiertas de un monstruo. Rhianne se apresuró a explicar su teoría.

—Lo llevó a la cueva, tal vez por una ruta similar a la que yo tomé para llegar aquí, y luego lo atrapó allí dentro. No creo que tengamos mucho tiempo. ¡Tenemos que encontrarlo!

Sin esperar a que todos estuvieran de acuerdo con su plan, se levantó y se dirigió directamente a la entrada de la cueva. Pero tan pronto como llegó allí, se encontró con una confusa red de túneles: tres grandes y dos que no eran para los claustrofóbicos.

Toto la adelantó. —He percibido el aroma del joven Asher. Puede ser posible rastrear su camino. ¿De dónde has salido tú?

Después de que Rhianne señalara su túnel de salida, Toto trotó hacia él. Tras unos segundos, ladró.

—En efecto, él atravesó esta zona. —Y con eso, comenzó a olfatear el suelo.

El estómago de Rhianne se retorció cuando su nariz lo llevó directamente a uno de los túneles más pequeños.

Uf. Más gateo.

CAPÍTULO 22

El túnel que Toto eligió era un espacio estrecho, de aproximadamente un metro de ancho, lo que hizo que Rhianne deseara poder cambiar de forma con solo un chasquido. La idea de arrastrarse por él le provocaba escalofríos. Pero la sensación persistente en su estómago insistía en que Asher estaba esperando al otro lado.

Tomando una bocanada de lo que parecía ser el aire más rancio del mundo, se puso de rodillas y manos. Partió detrás de Toto, quien, quizás percibiendo su vacilación, redujo la velocidad a un gateo acompasado, guiando el camino hacia lo desconocido.

El telón de fondo de su apretado avance estaba lleno de las disputas de Isobel y Nel, que sonaban como dos cucaburras peleando por la mejor rama del árbol.

Rhianne hizo todo lo posible por ignorarlos, concentrándose en no estamparse contra la pared del túnel. Cuando echó un vistazo hacia atrás, Kai estaba cerca. Y más atrás, el abuelo era una figura sombría, moviéndose con una agilidad sorprendente.

El aire en el pasaje subterráneo estaba perfumado con «Eau D'Tierra Antigua», un aroma que Rhianne estaba bastante segura de que no llegaría a las tiendas pronto. Se encontró extrañando el aire fresco del exterior; incluso el olor de un canguro empapado por la lluvia habría sido bienvenido. El túnel zigzagueaba como si intentara bailar salsa con ellos, lanzando un giro y una vuelta cuando menos lo esperaban.

Después de algunas curvas más, emergieron a un espacio más grande, del tamaño de una habitación. Ponerse de pie nunca se había sentido tan bien. Rhianne dejó escapar un suspiro de alivio. Kai apareció a su lado, lo suficientemente cerca como para que ella sintiera el calor de su aliento. Le frotó la espalda en círculos suaves.

El abuelo, Isobel y Nel los siguieron, con Nel luciendo como si hubiera tomado un desvío a través de un pozo de barro. Su inmaculado traje de color claro ahora era un caso perdido.

Sus antorchas iluminaron la habitación.

Una calidez burbujeante surgió dentro de Rhianne, no porque hubiera salido de ese eje del tamaño de un wombat, aunque ayudaba, sino porque sus amigos habían venido, barro y todo, para rescatar a Asher.

Pero al mirar alrededor, su corazón se hundió. Las paredes, tan cerosas y brillantes como una pista de baile pulida, los encerraban sin otra salida que por donde habían entrado.

Genial, un punto muerto de piedra caliza.

¿Qué era ese punto extraño? Un montón de rocas apiladas como un juego casual de Jenga llamó su atención, pareciendo un derrumbe. Toto husmeó alrededor. —Parece que el joven caballero se encuentra más allá de esta barrera. Su olor está concentrado aquí.

Rhianne se acercó para examinar el área rocosa, seguida por todos los demás. Notó algunas huellas que Toto había tenido cuidado de no perturbar.

Isobel se arrodilló a su lado y miró más de cerca. —Bueno, esto es un desastre, pero tenemos dos juegos diferentes de huellas. —Sus cejas se fruncieron—. Parece que pudo haber ocurrido una pelea aquí.

Un nudo de urgencia se retorció en el estómago de Rhianne. Se volvió hacia Toto. —¿Puedes sentir si Asher está cerca?

Toto, presionando una pata cautelosa contra las rocas, levantó la mirada. —Lamentablemente, no puedo confirmar su presencia. El arte de detectar la esencia mágica de un individuo es complejo. Además, creo que los componentes metálicos dentro de estas rocas están oscureciendo su firma.

Girando su mirada esperanzada hacia el abuelo, Rhianne buscó otra vía de seguridad, solo para encontrarse con una sacudida de cabeza resignada.

—Nah, zarigüeya, si está ahí y desmayado, entonces estoy tan ciego como un murciélago para detectarlo —dijo, mirando el montón—. Parece que este derrumbe es reciente. Apenas hay acumulación en estas rocas.

La garganta de Rhianne se tensó y apretó los puños, sintiendo su magia zumbar por su brazo. Estaba dividida: si la dejaba salir, ¿quién sabía lo que podría pasar? Pero contenerse podría significar perder un tiempo precioso para encontrar a Asher. Con un profundo suspiro, dejó fluir su magia, pero le puso algunas rueditas de entrenamiento. Lo último que necesitaba era desmayarse, especialmente si Asher necesitaba curación.

La magia, como alfileres y agujas a través de sus brazos, se extendió en zarcillos, colándose en pequeñas grietas como un espía en una misión. Al principio, nada cambió, y Rhianne estaba a punto de rendirse cuando lo captó: un latido débil.

—¡Asher está ahí! —soltó.

Claro, técnicamente, podría ser el corazón de otra persona latiendo, pero alguien estaba vivo al otro lado, y ella estaba decidida a llegar a ellos. Animada, alcanzó una roca para moverla, solo

para que la mano de Kai interviniera y pusiera pausa a su equipo de demolición de una sola mujer.

—La zona es inestable; si levantamos las rocas, podemos causar un derrumbe mayor —dijo Kai, mirándola a los ojos.

—Tu tipo la ha clavado —dijo el abuelo, su rostro todo líneas rectas y sus ojos sin chispear mucha esperanza.

—¡Pero no podemos dejarlo ahí! —Los ojos de Rhianne comenzaron a llenarse de lágrimas, la frustración y el miedo mezclándose en una tormenta.

—Y no lo haremos. Necesitamos hacer algunos cálculos, hacer un plan. Montaremos algo para mantenerlo todo en pie. —La mirada de Kai recorrió la cueva.

Rhianne tiró de su coleta antes de extender la mano y agarrar el brazo de Kai.

—¡No tenemos ese tiempo! ¡Necesita atención médica ahora! —Giró para enfrentar al abuelo, que solo pudo ofrecer una sacudida de cabeza comprensiva, y luego a Nel, quien apretó los labios en una línea sombría. Bajando la mirada hacia Toto, recibió un lametazo de él, pero también sacudió la cabeza.

El abuelo rompió el tenso silencio. —Cuenta conmigo. Veamos si podemos improvisar algo y empezar a mover estas rocas. —El abuelo intercambió unas palabras rápidas con Kai, una especie de mini-conferencia, antes de que los dos, con Toto siguiéndolos, se dirigieran de vuelta hacia afuera.

Kai posicionó un par de antorchas estratégicamente, dejándolas brillando en su ausencia y proyectando largas y extrañas sombras que bailaban por las paredes.

Su magia parpadeó con más imágenes, cada una mostrando el pulso cada vez más débil.

—No lo logrará —susurró Rhianne.

Las lágrimas corrían sin control por sus mejillas mientras se desplomaba, cerrando los ojos ante la dura verdad: había fallado a Asher.

Isobel se sentó a su lado mientras Nel caminaba de un lado a otro.

—Pide un deseo —dijo Isobel.

Los ojos de Rhianne se abrieron de golpe para fijarse en Isobel. ¿Se había vuelto loca? —¿Qué quieres decir? —Quería gritar que salvar a Asher era lo único que le importaba, no unas palabras vacías de consuelo o pensamientos ilusorios. Pero algo brillante captó su atención, interrumpiendo su diatriba interna. Isobel sostenía algo… reluciente en sus manos. ¿Era eso una lámpara?

Rhianne se inclinó para verla mejor. La lámpara de aceite no desentonaría en una polvorienta tienda de antigüedades, de esas en las que esperas tropezar con un portal mágico. Su superficie estaba cubierta de diseños tan intrincados que podrían haber sido garabateados por un djin aburrido con talento para la caligrafía. El objeto era dorado, o al menos pretendía serlo. La boquilla se curvaba como si estuviera haciendo un elegante salto de cisne.

Fue entonces cuando Rhianne lo entendió, su mente finalmente armando el rompecabezas. ¿Una lámpara que concedía deseos? Levantó la mirada, con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa y el asombro. —¿Es eso…?

—Pide un deseo, Rhianne. Hazlo con cuidado. —Isobel estaba tan seria como Rhianne jamás la había visto, excepto que sin el habitual arco sarcástico de ceja.

Con cuidado. Esa palabra puso una pausa a la urgencia que bullía dentro de Rhianne. Se sumergió en su biblioteca mental, revisando todo lo que sabía sobre djinés y deseos. La información era escasa. La mayoría de lo que sabía etiquetaba a los djinés como mitos o, en el mejor de los casos, como bromistas de otro mundo con una inclinación por las lagunas legales.

Lo más parecido a un manual de usuario de djinés que podía recordar provenía de los cuentos de hadas, y esos no eran exactamente revistas científicas revisadas por pares. Los deseos, según los cuentos para dormir, eran como caminar por la cuerda floja lingüística. Los djinés tenían la reputación de tomar las cosas al pie de la letra, convirtiendo los deseos bien intencionados en historias aleccionadoras. ¿Quieres una tonelada de oro? Prepárate para esquivar una tonelada literal cayendo del cielo.

El cerebro de Rhianne trabajó a través de las trampas para desarrollar una estrategia. Tratar con djinés no podía ser muy diferente de negociar con elfos, ¿verdad? Con el labio atrapado entre los dientes, Rhianne se concentró. El tiempo se estaba agotando, pero apresurarse podría meterla a ella y a Asher en problemas más profundos.

Respirando profundamente y conteniendo el aliento, Rhianne frotó la lámpara. —Deseo que Asher sea transportado de forma segura e inmediata desde su ubicación actual dentro de esta cueva justo a nuestro lado, sin causar daño ni cambios a nadie ni a nada, ahora o en el futuro, de ninguna manera que pueda ser considerada negativa por una persona razonable.

Mientras las palabras de Rhianne se desvanecían en el silencio cargado de la cueva, el aire alrededor de la antigua lámpara comenzó a temblar, como la superficie de un estanque perturbada por una hoja que cae. La luz, arremolinándose en tonos dorados y azules, se derramó.

La magia, ahora viva y pulsante, se elevó en espiral, tejiéndose en un brillante tapiz de luz que zumbaba con energía antigua.

Sin previo aviso, la luminosa exhibición se intensificó, convergiendo en un solo rayo radiante que se disparó hacia el techo antes de explotar en una lluvia de chispas que cayeron como fuegos artificiales celestiales. Cada chispa se apagaba justo antes de tocar el suelo, dejando atrás un aroma a ozono y un susurro de poder.

Cuando lo último del espectáculo de luces se desvaneció, allí estaba él; Asher, yaciendo inconsciente pero ileso a los pies de Rhianne, a salvo, cortesía del servicio de entrega expreso del djin.

Lanzando una rápida mirada de asombro a Isobel, que estaba ocupada enviando miradas ansiosas en dirección a Nel, Rhianne se puso manos a la obra. Se arrodilló junto a Asher, sus dedos rozando su mejilla fría y pálida. Su respiración era débil, apenas perceptible. Sintió un fuerte impulso de dejar que su magia se desatara y de arreglar todo con un gran estallido mágico. Pero se contuvo, dejando que su magia se filtrara suavemente en su lugar. Era demasiado arriesgado lanzar su magia como si fuera confeti; en el estado actual de Asher, podría hacer más daño que bien.

Domar su magia era como luchar contra una ráfaga de viento; se resistía, ansiosa por estallar libre en todas direcciones: era pura fuerza bruta y caos, luchando contra ella a cada paso. Pero Rhianne, apretando los dientes y prometiendo a todas las divinidades que entrenaría más duro, logró mantener un control firme.

Con determinación brillando a través del sudor de su frente, Rhianne murmuró dulces palabras a su magia: —Vamos, haz lo tuyo. Cúralo, por favor. —Cerrando los ojos, dirigió el obstinado flujo de su energía, como convenciendo a un río perezoso para que desviara su curso, hacia Asher con la esperanza de arreglarlo.

En la mente de Rhianne, el aura de Asher se parecía a un jardín que necesitaba desesperadamente algo de cariño: lo que debería haber sido un elegante verde oscuro con destellos dorados ahora languidecía en tonos grises de “temporada de gripe”. Su pulso estaba jugando al escondite, tan elusivo que sentía que necesitaba gafas de visión nocturna solo para vislumbrarlo.

Se concentró en su corazón, como un DJ ajustando los ritmos, aumentando el tempo poco a poco. Pronto, el calor comenzó a extenderse alrededor de Asher, difuso y reconfortante como una manta muy querida. Ya fuera la chispa de su magia o el propio sistema de Asher reagrupándose, o ambos, Rhianne no podía decirlo, pero el cambio de su anterior estado de “frío invernal” a este calor emergente era un alivio que recibió con los brazos abiertos.

Lenta pero seguramente, su pulso comenzó a estabilizarse, ganando un poco de vigor. El cuerpo de Asher estaba recibiendo el mensaje de que era hora de sanar, dando a Rhianne un breve momento de “Uf”.

Sin embargo, su aura seguía organizando una fiesta de autocompasión en escala de grises. Rhianne entrecerró los ojos, tratando de averiguar cómo devolver algo de color a la escena. Empujó su magia, esperando un estallido de vida, pero no recibió respuesta. ¿Era eso un indicio de verde? ¿O eran sus ojos jugándole una mala pasada, deseando un poco de esa primavera en medio de todo el gris?

El mareo invadió a Rhianne como una ola rebelde, amenazando con arrastrarla a la inconsciencia. Sabía que si se desmayaba, Asher quedaría en apuros, así que comenzó a retirar su magia. Esta opuso resistencia, muy parecido a un niño pequeño en una silla alta frente a un plato de brócoli, pero finalmente cedió y volvió a regañadientes hacia ella.

Cuando abrió los ojos, vio un atisbo de color que volvía a la complexión antes pálida de Asher. Una rápida comprobación del pulso en su muñeca la tranquilizó; latía con regularidad —aún sin batir récords— pero al menos ya no tropezaba consigo mismo.

Al levantar la mirada, encontró a Kai, Toto y el abuelo mirándola fijamente, cada uno cargando lo que parecían materiales para construir un rudimentario sistema de soporte para el techo; Toto llevaba atado a la espalda un trozo de madera más largo que él. Estaban de pie en círculo, como participantes de un juego muy serio de la gallinita ciega, listos para echar una mano.

—Parece que después de todo has asimilado algo de conocimiento de nuestras lecciones —dijo Toto.

Menudo elogio.

—¿Estás bien? —preguntó Kai, con la frente arrugada de preocupación.

Sintiéndose como alguien que acabara de correr una maratón con tacones altos, Rhianne se sentía de todo menos bien. Frustrada por su tropiezo mágico y con tanta energía como un móvil con el 1% de batería, sabía que no había tiempo para un descanso.

—Estoy bien. *Sí, claro, y los cerdos están preparándose para despegar*.

El alzamiento sincronizado de cejas de todos le indicó que no se lo habían creído. Fue entonces cuando cayó en la cuenta, junto con la realización de que estaban en un aprieto —un gran y confuso aprieto que no había considerado al formular su deseo.

¿Cómo demonios iban a sacar a Asher de esta cueva y llevarlo de vuelta a casa?

CAPÍTULO 23

Antes de que Rhianne pudiera expresar su preocupación sobre cómo sacar a Asher de la cueva y maldecirse por su estupidez, Kai y el abuelo entraron en acción. En cuestión de minutos, construyeron una camilla improvisada y, con Isobel dando instrucciones —después de todo, era médica—, colocaron a Asher en ella.

Rhianne miró el estrecho túnel y luego la camilla: no había forma de que pudieran cargarlo. Mientras su cerebro inventaba teorías ridículas, incluyendo correas y movimientos de contorsionista, Kai una vez más logró superarla e impresionarla por igual.

Kai se enfrentó al túnel, con el ceño fruncido en concentración mientras extendía las manos hacia afuera. De sus dedos, espirales de luz plateada surgieron, retorciéndose y girando como humo atrapado en una suave brisa. Las hebras brillantes danzaron por el aire, entrelazándose alrededor de los objetos que había colocado debajo de la camilla, proyectando sombras y reflejos fugaces en las ásperas paredes del túnel.

Rhianne nunca había visto a Kai hacer algo así con su magia. Por lo general, se dedicaba a usar sus aparatos geniales, haciendo que las cosas parecieran más tecnológicas que mágicas. Lo más parecido fue cuando creó una barrera en el reino élfico para proteger a alguien. Cuando se volvió para mirarla, Rhianne ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

Kai comenzó a explicar su plan, convirtiendo lo que sonaba como ciencia ficción en una operación de rescate plausible. —Estoy usando lo que tenemos o lo que puedo crear con los cachivaches que nos rodean —dijo, su voz haciendo eco en los confines de la cueva—. Vamos a sacar a Asher de aquí flotando.

Sus ojos se abrieron de par en par mientras las palabras se asentaban en el aire. La telequinesis era posible, pero casi tan rara como su capacidad de curación. No había pensado que Kai pudiera mover cosas con la mente. Pero, de nuevo, este *era* Kai.

Señaló hacia la serie de pequeños objetos a lo largo de los lados de la ligera camilla, donde Asher yacía inmóvil. —Estos potentes imanes —dijo—, están dispuestos de manera que se repelen de los rieles metálicos que hemos colocado a lo largo de nuestro camino. Se trata de levitación magnética: usar la fuerza de repulsión para levantar y mover la camilla.

El abuelo se puso un arnés conectado a la parte delantera de la camilla. —Yo iré delante —dijo, con las comisuras de la boca curvándose en una sonrisa decidida—. Los rieles que Kai ha instalado deben alinearse perfectamente con los polos de los imanes para crear una levitación estable. No será un viaje suave, pero servirá.

Kai asintió, dando un pulgar arriba al abuelo. Se volvió hacia Rhianne. —El truco está en el equilibrio y el movimiento. No podemos empujar; tenemos que guiarla suavemente. Los imanes en la camilla y los rieles son como los extremos opuestos de una batería, empujándose entre sí para crear un cojín de aire. Bueno, no de aire, pero entiendes la idea: un cojín magnético.

No, en realidad no, pero mientras funcionara, estaba bien.

Cuando empezaron a moverse, Kai se mantuvo cerca de la camilla, con las manos flotando cerca de los bordes. —Yo guiaré la camilla, asegurándome de que no se incline demasiado o se desvíe del curso. —Le dio a Rhianne una sonrisa tranquilizadora—. No está mal, ¿eh? Un poco de física y un toque de ingenio. Vamos a llevar a Asher a casa.

Con eso, el abuelo indicó que estaban listos, y comenzó la procesión a gatas por los túneles, con Asher flotando a salvo en medio de su cuidadosamente orquestado ballet magnético.

Salir tomó mucho más tiempo que entrar. Cada pocos metros, el abuelo y Kai intentaban coordinar sus movimientos, deteniéndose para realinear la camilla o esquivar las paredes de la cueva como si estuvieran evitando muebles en una habitación oscura. Cada golpe o ruido sordo hacía que el corazón de Rhianne diera volteretas.

Gateaba justo detrás de Kai, con la gracia de una tortuga de tres patas; si de ella dependiera, la próxima vez que consideraría hacer espeleología sería… bueno, nunca.

Nel e Isobel iban detrás, manteniendo un silencio tan profundo que era como si hubieran hecho un solemne voto de quietud.

Finalmente se liberaron del agarre del túnel y tropezaron en la entrada de la cueva. Rhianne dejó escapar un largo suspiro mientras se enderezaba y se estiraba, tocando el techo de la cueva con las puntas de los dedos.

La camilla se detuvo y descendió hasta el suelo.

Kai descansó un segundo, quitándose el sudor de la frente. Parecía agotado, respirando con dificultad, con los hombros caídos, como si acabara de terminar una maratón o, más bien, una maratón mágica.

—Tendremos que llevarlo el resto del camino —dijo, recuperando el aliento—. Manifestar los imanes aquí fuera, al aire libre, no es tan sencillo.

El abuelo se apresuró a agarrar un extremo de la camilla, y Nel le ganó a Kai en llegar al otro extremo antes de que tuviera la oportunidad de moverse. Rhianne le lanzó a Nel una mirada agradecida, y Nel le ofreció un asentimiento.

Entonces se dio cuenta: todo su recorrido por la cueva se había desarrollado en completo silencio. Por supuesto, Kai y el abuelo se habían concentrado en navegar la camilla a través de los complicados senderos, y ella se había enfocado en cada uno de sus movimientos. Pero Nel e Isobel no habían dicho ni pío.

Mientras Nel levantaba la camilla, su expresión era toda seriedad. El habitual brillo travieso en sus ojos había sido reemplazado por una mirada concentrada; su sonrisa burlona y su característico baile de cejas estaban de vacaciones. Estaba apagado, contenido, un marcado contraste con el Nel que Rhianne conocía. Este inusual cambio en su comportamiento la hizo detenerse y mirarlo fijamente.

Rhianne miró a Isobel, pero su rostro no revelaba nada, con los ojos clavados en la camilla. Isobel se quedó atrás mientras Nel y el abuelo aceleraban el paso. Rhianne archivó eso en su carpeta mental de “cosas raras en las que pensar más tarde”, justo al lado del episodio sorpresa de la lámpara del djin. Ahora mismo, todo lo que podía preocuparle era Asher. No podía entender por qué no mejoraba, pero tal vez sacarlo al aire fresco, rodeado de árboles, haría el truco.

Toto, mientras tanto, salió disparado, abriendo el camino y olfateando alrededor. Rhianne supuso que estaba tratando de captar el rastro de quien se había llevado a Asher.

Incluso con la camilla para cargar, el abuelo y Nel completaron el viaje más rápido de lo que Rhianne creía posible. Trasladaron a Asher a la habitación de invitados. Su respiración era estable y parecía un poco menos fantasmal. Los sacudones y pausas del viaje no parecían haber empeorado la condición de Asher, pero tampoco estaba mejor.

—Creo que necesita tiempo con su árbol —dijo el abuelo mientras él y Kai llenaban el umbral, ambos mirando a Asher.

Rhianne meditó sobre las palabras del abuelo, frunciendo el ceño mientras las sopesaba contra su propio conocimiento sobre curación. —Terapia arbórea —reflexionó para sí misma con un toque de escepticismo. Sin embargo, conocía bien el poder del entorno en la recuperación, la forma en que la naturaleza podía calmar y restaurar. ¿Podría el confort familiar de su árbol realmente impulsar su recuperación, o era demasiado arriesgado dejarlo expuesto a los elementos en su estado vulnerable? Su mente corrió con hechos médicos y remedios herbales, tratando de

encontrar un equilibrio entre su formación y el conocimiento de dríades del abuelo. —¿Está lejos su árbol?

—Qué va, está a un tiro de piedra de la cabaña de Elvira.

—Creo que es una buena idea —los dedos de Isobel estaban envueltos alrededor de la muñeca de Asher, con los ojos fijos en su reloj mientras hablaba.

Rhianne no estaba segura, así que decidió darle otra vuelta a su magia, como un chef que intenta una receta una vez más pero esperando un pastel diferente. Extendió su magia hacia Asher. Pequeños hilos de luz se retorcieron alrededor de su pecho y cabeza. Pero cuando nada sucedió después de un minuto, se le cayó el alma a los pies.

—Está bien —dijo Rhianne, tratando de sonar más esperanzada de lo que se sentía—. Intentémoslo, porque nada más está funcionando.

El abuelo entró marchando en la habitación y levantó a Asher como si fuera una hogaza de pan ligera. Rhianne abrió la boca, lista para lanzar un "¡Espera un momento!", pero se contuvo. El modo de transporte de Asher no iba a hacer o deshacer su recuperación. No era como si necesitara un fisioterapeuta; necesitaba uno mágico. Y el abuelo moviéndose rápidamente con Asher en sus brazos por el bosque probablemente era más rápido que cualquier otra cosa que pudieran idear.

Toto estaba sentado fuera de la cabaña y se enderezó cuando salieron. —Había numerosos aromas entrelazados; parece que esta zona también atrae a otros exploradores. No pude discernir a nuestro culpable.

—Es muy probable que la persona que se lo llevó conociera bastante bien el camino por aquí. Podrían haber elegido una ruta menos obvia para mantenerse fuera del radar —dijo Kai.

—Realizaré otra inspección desde arriba. Si el perpetrador se vio presionado por el tiempo, es concebible que haya dejado rastros discernibles de su paso —dijo Toto.

Toto se levantó y, con una sacudida rápida, se transformó en su forma de águila. Rhianne inclinó la cabeza: Toto cambiaba de forma como si fueran atuendos y aún no parecía afectado en lo más mínimo. Eso era un poder mágico serio. Escaneó el porche; Nel estaba desaparecido en acción, probablemente aún adentro, pero Isobel los acompañó.

Se abrieron paso por el sendero, serpenteando entre arbustos y bajo eucaliptos que esparcían patrones de luz de luna y sombras en el suelo. Rhianne tenía la sensación de que los árboles los estaban animando, de una manera tranquila y frondosa. Sin embargo, cuando el abuelo se detuvo junto a un árbol blackbutt de tamaño mediano, el ambiente cambió. No parecía que estuvieran recibiendo una bienvenida del árbol.

El abuelo frunció el ceño, con Asher aún acunado en sus brazos, haciendo una pausa. —El árbol nos está dando la espalda; no está reaccionando a la presencia de Asher.

Su tono era malhumorado, sus labios apretados en una línea tensa.

—¿Estamos seguros de que este es el árbol correcto? —preguntó Rhianne.

—No hay duda. Todo el mundo sabe que este es su árbol —refunfuñó el abuelo.

—Pero si… ¡Espera! ¿Acabas de decir que todo el mundo lo sabía? —soltó Rhianne, con sus pensamientos adelantándose a sus palabras. Algo no cuadraba.

Distraído de su duelo de miradas con el árbol, el abuelo se volvió hacia ella, con una ceja levantada. —¿Qué está pasando por esa cabecita tuya, zarigüeya?

Rhianne negó con la cabeza, sin tiempo para explicar, y miró a Kai. —¿Todavía tienes el móvil de Asher?

¡Qué tonta! ¿Por qué no le había pedido el número de móvil a Tabitha?

Sin hacer alboroto, Kai hurgó en uno de sus muchos bolsillos y sacó el móvil.

—¿Puedes llamar a Tabitha, por favor? —pidió Rhianne, y Kai le pasó el móvil sin decir palabra.

En el momento en que Rhianne se llevó el móvil al oído, una voz ansiosa se escuchó. —¿Asher? ¿Está todo bien?

—Soy Rhianne, no Asher. Él está a salvo pero no en muy buenas condiciones, y necesito tu ayuda, Tabitha.

Se oyó una brusca inhalación al otro lado. —¿Qué puedo hacer? —preguntó Tabitha, recomponiéndose como la luchadora que era.

—Mencionaste que Asher tenía un árbol secreto.

—Sí.

—Necesito que me digas todo sobre ese árbol.

Se oyó un ruido de papeles, luego cajones abriéndose. —Hizo un boceto de él para mí —dijo Tabitha.

—¿Podrías sacarle una foto y enviármela?

—¿Asher está realmente bien? —la voz de Tabitha sonaba distante, probablemente moviéndose para tomar la foto.

—Está aguantando. —Rhianne cruzó los dedos para tener suerte—. Pero encontrar su árbol podría ayudar mucho.

—Enviado —llegó la pronta respuesta de Tabitha.

—Gracias. Te actualizaré en cuanto sepa más —dijo Rhianne.

—Más te vale —respondió Tabitha, con un temblor en su voz.

Rhianne colgó rápidamente y abrió la foto. Lo que vio fue una versión botánica de un peinado punk rock: flores cónicas y puntiagudas con hojas tan afiladas que parecían decir: “Ven por mí, hermano”. Asher las había dibujado con tanto detalle que Rhianne casi esperaba cortarse el dedo solo por deslizar la pantalla. Asher podría haberse perdido su vocación como ilustrador botánico porque casi podía jurar que la Banksia estaba a punto de saltar del móvil.

Se le cayó el alma a los pies. Las Banksias eran comunes por aquí.

Le mostró el móvil al abuelo. —¿Reconoces este árbol? —Su voz era aguda. ¿Qué probabilidades había de que lo hiciera?

El abuelo se inclinó sobre el móvil, frunciendo el ceño mientras echaba un buen vistazo. Después de un momento, se enderezó y dijo con la confianza de un hombre que ha pasado más tiempo con árboles que con personas: —Esa es una Banksia Vincentia.

—Ya sé que es una Banksia —dijo Rhianne, con la frustración burbujeando mientras tiraba de su coleta—. Me refería a este árbol exacto. —Señaló el dibujo en el móvil.

La sonrisa del abuelo se extendió ampliamente por su rostro. —No es cualquier Banksia, zarigüeya. Es una Vincentia. ¡Tan rara como los dientes de gallina!

Rhianne abrió los ojos de par en par mientras un aleteo se agitaba en lo profundo de su estómago. —¿Quieres decir que sabes dónde está?

—¡Exactamente! —dijo el abuelo, girando sobre sus talones y dirigiéndose de vuelta por donde habían venido.

Rhianne tuvo que trotar para mantener el ritmo de las largas zancadas del abuelo.

El grupo tomó un giro brusco fuera del camino trillado hacia una zona boscosa más densa, sin decir una palabra entre ellos. Durante todo el trayecto, Isobel revisaba intermitentemente a Asher, con el ceño fruncido de preocupación.

A medida que se adentraban más, el parque nacional de noche se transformó en algo sacado directamente de un cuento de hadas, sin las hadas pero con un sólido elenco de criaturas.

Los rayos de luna se colaban a través del denso follaje, iluminando la maleza y proyectando sombras que parecían bailar al ritmo de la banda sonora natural de la noche. El aire zumbaba con las melodías de la vida nocturna. Las ranas arborícolas verdes mantenían un concurso de croar en los árboles, estableciendo un ritmo que podría rivalizar con cualquier pista de hip-hop. De vez en cuando, una zarigüeya soltaba un chillido, añadiendo su propio solo salvaje, como una estrella de rock irrumpiendo en la fiesta.

Rhianne agradeció mentalmente a su chaqueta por ser su caballero de armadura de algodón contra los avances rasposos del arbusto. Solo unos minutos después, un sudor frío le cubría la frente y sus palmas estaban húmedas por la aprensión. ¿Y si estaban en una búsqueda inútil de Banksia, gracias al dibujo de Asher? ¿Y si esta Banksia Vincentia era tan mítica como los cuentos del abuelo sobre su juventud?

Rhianne se sumergió en los archivos mentales en busca de cualquier información sobre Banksias, con un enfoque en la esquiva especie Vincentia. Nada. Su vivero no las tenía, y nunca había visto una en el parque nacional cerca de su casa.

Dada su suerte reciente, Rhianne esperaba a medias que hubiera varias Vincentias en estos lugares. Se encontró deseando que Tabitha los hubiera enviado a esta búsqueda del tesoro botánico con algo más que esperanza y un dibujo, tal vez un rastreador GPS para plantas raras.

Tan perdida en sus pensamientos estaba Rhianne que casi realizó un paso de baile improvisado para evitar chocar contra el abuelo, que se había detenido en seco. Isobel, preocupada por revisar a Asher, levantó la cabeza bruscamente, con los ojos abiertos de sorpresa por la parada repentina.

Frente a ellos se alzaba un árbol de Banksia, impresionante en su presencia, como si supiera que era la estrella de su loca búsqueda de plantas. La Banksia Vincentia, bajo el resplandor de sus linternas, reveló sus flores de color naranja ardiente, que absorbían y devolvían la luz de la luna como un artista experimentado, proyectando un brillo que hacía que el follaje oscuro a su alrededor pareciera poco vestido para la ocasión.

Rhianne abrió el dibujo que Tabitha había enviado. El talento de Asher para el arte era innegable: el árbol frente a ellos estaba replicado con tanta precisión en el boceto que era como si hubieran tropezado con su sesión de fotos.

Fue entonces cuando el árbol de Banksia comenzó su actuación, entonando una melodía de bienvenida aunque ligeramente desafinada. Imágenes de Asher junto al árbol aparecieron en la mente de Rhianne, delineadas con lo que parecían pulseras de la amistad: ¿era este su vínculo? La llenó de asombro. ¡Lo habían logrado! Este era el árbol de Asher.

Sin embargo, su estómago se retorció en un nudo que se negaba a desenredarse, y sus hombros se tensaron mientras el abuelo, cuidadosamente, casi dolorosamente lento, depositaba a Asher. Lo apoyó contra el árbol con el cuidado de alguien que maneja un jarrón antiguo e invaluable, mientras las manos de Rhianne se cerraban y abrían en una súplica silenciosa por apuro.

Finalmente, el abuelo retrocedió, y durante unos segundos que parecieron eternos, no pasó nada.

Luego, como si el árbol hubiera decidido darle un abrazo a Asher, algunas de las ramas se estiraron perezosamente para envolverlo. El suelo se unió a la fiesta con un suave temblor, lo que hizo que Rhianne plantara sus pies para evitar caerse.

Mientras el cuerpo de Asher comenzaba a difuminarse, Rhianne jadeó. Pero desafiando sus expectativas y esperanzas, en lugar de reaparecer, se volvió transparente y desapareció.

CAPÍTULO 24

¿Era la fusión de Asher con el árbol una señal de éxito? ¿Estaba bien? Los ojos de Rhianne se dirigieron al rostro del abuelo en busca de pistas. Pero su cara permaneció como una máscara estoica. Casi imperceptiblemente, asintió. El ligero destensamiento de su mandíbula fue la única señal de que él también sentía un hilo de esperanza.

—¿Asher va a…?

La expresión del abuelo se iluminó, con una sonrisa conocedora tirando de sus labios. —¡Caramba! —La palabra brotó del abuelo como un disparo, sus cejas arqueándose hacia el nacimiento del pelo—. El joven ha sido astuto, ¿eh? Debe haber estado cortejando a este árbol durante un par de años a nuestras espaldas.

—¿Entonces? —La mano de Rhianne revoloteó en dirección al árbol ahora silencioso.

La mirada del abuelo se desvió hacia arriba, fijándose en el dosel distante como si buscara en las copas de los árboles sus próximas palabras. Con un asentimiento, como si afirmara algo que solo él entendía, se inclinó, con los ojos brillantes, y declaró: —Nunca he visto a un chaval llevarse tan bien con los árboles, pero ese abrazo… Eso es lo auténtico. Han hecho un pacto, sí señor. Ahora necesita un poco de paciencia de nuestra parte.

—¿Estás seguro de que va a volver? —La voz de Rhianne se apagó mientras cambiaba el peso de un pie a otro.

—El muchacho está hecho de una pasta dura, y tiene una mente aguda. Si alguien va a salir adelante, creo que será él.

—¿Y ahora qué? —La pregunta de Kai cortó la tensión, haciendo que Rhianne saltara.

—El abuelo Angelo tiene razón. Dejemos que su árbol haga lo suyo —dijo Isobel.

Toto se lanzó en picado, aterrizando en una rama sobre ellos, y trinó su acuerdo.

—¡¿Qué?! ¡¿Dejarlo aquí solo?! ¡Alguien casi lo mató! —La voz de Rhianne se disparó en tono y volumen, haciendo eco en los árboles como un loro indignado.

El abuelo había conjurado un grueso bastón de madera de las profundidades de un bolsillo invisible, como un conejo sacado de un sombrero, excepto que era mucho menos esponjoso y más propenso a dar astillas.

El bastón en sí estaba tallado, no con diseños intrincados, sino con lo que parecía ser una serie de mejoras prácticas para el agarre y posiblemente garabatos involuntarios, cuyos significados eran tan esquivos como el sentido del tiempo del abuelo. El bastón debía haber pasado por más que su justa cuota de caminatas, su superficie pulida por el tiempo y el uso, y el abuelo lo manejaba con la autoridad casual de un mago con su varita.

Golpeó el suelo tres veces, cada golpe resonando a su alrededor.

—Esta es mi tierra —bramó el abuelo, y el bosque respondió con un murmullo respetuoso—. Levanta una barrera protectora alrededor de este lugar. Haz que solo los que están aquí de pie puedan entrar.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, una suave brisa se levantó, trayendo consigo el aroma del eucalipto y la aventura. Las hojas en el suelo bailaron en un patrón peculiar, arremolinándose a su alrededor en lo que solo podría describirse como la activación del sistema de seguridad más natural del mundo. Una zarigüeya, tomado por sorpresa por la repentina exhibición, trepó por un árbol, lanzando una mirada hacia atrás.

El aire se espesó, brillando a la luz de la luna, como si la noche se hubiera deslizado en una capa tejida con los hilos de los sueños. La magia estaba obedeciendo la orden del abuelo, creando una barrera invisible tan hábilmente como una araña teje su red.

—Muy bien —asintió el abuelo, satisfecho, como si acabara de arreglar la tostadora en lugar de realizar una hazaña de destreza mística—. Eso debería bastar.

Kai se acercó a Rhianne, su susurro apenas audible. —¡Nadie pasará! —entonó con falsa solemnidad, citando una escena de *Los caballeros de la mesa cuadrada y sus locos seguidores*. A pesar de su estómago revuelto y su desesperación por hacer algo, cualquier cosa, Rhianne se rió. Confía en Kai para encontrar la manera perfecta de aligerar el ambiente. Como si leyera su mente, Kai pasó un brazo sobre su hombro mientras se daban la vuelta y marchaban de regreso a la cabaña.

Cuando llegaron, Nel estaba desparramado en la mecedora del porche, una botella de cerveza suelta en una mano. Su postura gritaba indiferencia casual, pero el ceño pensativo dirigido al horizonte sugería que estaba contemplando algo serio. La silla crujía bajo él en un ritmo lento.

Rhianne lanzó una mirada hacia Isobel, cuyo rostro se drenó de color. Pero tan rápido como su reacción había aparecido, Isobel la enmascaró con una mueca de desdén.

La mirada de Nel pasó por alto a Isobel, fijándose en Rhianne. —¿Éxito, supongo?

—De cierta manera —respondió Rhianne, sus palabras saliendo como melaza espesa. El cansancio estaba pisándole los talones, y todo lo que soñaba era una cama en la que desplomarse,

preferiblemente una que no viniera con una llamada de despertar de cortesía de cualquier drama que Nel estuviera preparando.

Nel arqueó una ceja, su mirada cambiando hacia Kai.

—Encontramos el árbol de Asher —respondió Kai, abordando la pregunta no formulada—. Pero ahora tenemos que esperar… por su recuperación.

Agradecida de que Kai no hubiera transmitido sus temores arremolinados sobre el futuro incierto de dicha recuperación, Rhianne logró esbozar una pequeña sonrisa.

—¿Cuánto tiempo va a tomar eso? —preguntó Nel, y Rhianne luchó contra el impulso de patearlo, sin estar segura si la haría sentir mejor o iniciaría un nuevo conjunto de problemas.

Los ojos de todos se volvieron hacia el abuelo. El corazón de Rhianne se aceleró, esperando su respuesta.

El abuelo se aclaró la garganta, el sonido de la fatalidad inminente, o tal vez solo más incertidumbre. —Podrían ser días, semanas o meses. Asher saldrá cuando esté listo y en condiciones.

¿Meses? La cabeza de Rhianne daba vueltas, y el brazo de Kai era lo único que se interponía entre ella y un encuentro poco elegante con el suelo.

—Rhianne necesita descansar —dijo Kai.

—Sí, sobre eso —dijo Nel, dando otro trago a su cerveza, y Rhianne entrecerró los ojos. Nel *siempre* bebía de un vaso—. ¿Cuáles son los arreglos para dormir?

Incrustada en la pregunta de Nel había un guiño no tan sutil a un dilema diplomático: navegar por la logística de la pijamada en la morada de dos habitaciones del abuelo.

—Tengo una cama portátil de repuesto que puedo sacar —dijo el abuelo—. Y la cabaña de Elvira tiene la habitación en el ático.

—¡Pero yo me estoy quedando en lo de Elvira! —Las palabras de Isobel tropezaron unas con otras, y su cara estaba sonrojada.

¡Ay, por el amor de Dios! Rhianne, cuya única ambición actual era iniciar un encuentro cercano con una almohada, aún no podía ignorar la desesperación en la voz de su amiga, adivinando su causa raíz.

Pero antes de que Rhianne pudiera sugerir que ella tomaría la habitación en el ático, Nel intervino.

—Estoy seguro de que estará bien quedándose una noche aquí con Rhianne, Dra. Dupre. Kai y yo podemos compartir la casa de Elvira. —Nel se volvió para mirar a Kai—. Feliz de tomar el ático.

Kai, atrapado en el fuego cruzado de miradas entre Rhianne e Isobel, parecía desconcertado, como si intentara descifrar un idioma alienígena. Después de recibir un gesto tranquilizador de Rhianne, cedió con un vacilante:

—De acuerdo —dijo finalmente.

—¡Perfecto! —Nel apuró su cerveza y se acercó pavoneándose, evitando ostensiblemente la mirada de Isobel mientras ella lo observaba con los ojos muy abiertos—. ¿Listo para salir? —le preguntó a Kai.

—Está bien, Kai —dijo Rhianne, apenas manteniendo los ojos abiertos—. No te preocupes por mí. Me quedaré dormida en cuanto mi cabeza toque la almohada. —Puntualizó su declaración con un rápido beso en sus labios, y luego subió pesadamente las escaleras. Los demás podían arreglárselas solos.

—Vamos a instalarte, Isobel —dijo el abuelo—. Tendré la cama lista en un santiamén.

Rhianne solo se detuvo para quitarse los zapatos, los calcetines y los vaqueros antes de desplomarse boca abajo en la cama, sucumbiendo al sueño más rápido que un narcoléptico en un retiro de meditación.

Sus sueños fueron una extraña mezcla de esgrima arbórea y figuras sombrías, con ella luchando valientemente contra árboles sensibles y esquivando misteriosos adversarios encapuchados.

Al despertar cómodamente arropada, Rhianne supuso que el abuelo había hecho de hada madrina en algún momento, tapándola.

Los detalles de los sueños se habían olvidado hacía tiempo cuando se dirigió al baño para ducharse.

Los olores de tostadas y huevos llegaban desde la cocina, y Rhianne, ahora con una camiseta y vaqueros limpios, dejó que su nariz la guiara hacia la fuente.

El abuelo, el chef de la mañana, estaba al mando de la cocina, con los huevos batidos chisporroteando en la sartén. Isobel ya estaba sentada a la mesa con un cuenco de fruta y unas tostadas delante. Solo había mordisqueado la tostada y sostenía una fresa como si tuviera las respuestas a los mayores misterios de la vida.

—Buenos días —dijo Rhianne, estirando los brazos. Se acercó a la cocina, poniéndose de puntillas para plantar un beso en la mejilla del abuelo.

Isobel ofreció una respuesta murmurada que podría haber incluido “días” en alguna parte.

—Buenos días, zarigüeya. ¿Tienes hambre? —preguntó el abuelo.

—Podría comerme un elefante o dos —respondió Rhianne, con los ojos atraídos por los huevos que se cocinaban a la perfección cremosa.

—Venga, siéntate. Te lo llevaré —dijo el abuelo, dándole una palmadita en el brazo.

Rhianne obedeció, sentándose frente a Isobel, que parecía estar practicando para un campeonato mundial de evitación de miradas.

¿Presionar o no presionar? Mmm, no con el abuelo aquí. Isobel se cerraría o desaparecería en una nube de humo.

El abuelo llegó con refuerzos culinarios, dejando un plato con huevos revueltos y tostadas de pan de masa madre que habían alcanzado el bronceado perfecto. El estómago de Rhianne dio una ronda de aplausos, priorizando el festín que tenía delante.

Una charla sincera con Isobel tendría que esperar a cuando estuvieran solas. Y Rhianne se aseguraría de que sucediera muy pronto.

A mitad de un bocado dichoso, Rhianne miró alrededor y preguntó:

—¿Dónde está Toto?

—Ha ido a explorar las cuevas de nuevo; creo que también está preparando una trampa, por si nuestro misterioso visitante decide hacer un bis —dijo el abuelo mientras se servía un montón de huevos en su plato—. ¿Segura que no quieres probar un poco, Isobel?

—No, gracias —fue la respuesta apagada de Isobel, con su atención clavada en la fresa que aún no se había decidido a comer.

—Están bastante buenos —dijo Rhianne, esperando tentarla.

Isobel le dirigió una mirada fugaz a Rhianne, luego volvió a centrar su atención en la fresa sin comer.

—Estoy segura de que lo están. Solo que no tengo hambre. Creo que volveré al laboratorio, a ver si he pasado algo por alto.

Rhianne casi se atragantó con el huevo ante la declaración de Isobel, pero logró componerse. ¡Que Isobel pasara por alto algo en su investigación era tan probable como que los gnomos de jardín de su vivero declararan una repentina aversión a los pétalos de rosa!

El abuelo se levantó de su silla, lanzando una mirada pensativa a cada una de ellas.

—Me voy a mantener callado sobre haber encontrado a Asher. Se lo dije a tu joven y a Nel antes de que se fueran, pero recordádselo de mi parte, ¿vale? Puede que Hunter o Anna se pasen por aquí. Hasta que sepamos quién está removiendo el caldero, mejor que mantengamos este guiso entre nosotros, ¿eh?

—¿Toto dijo qué tipo de trampa iba a poner? —preguntó Rhianne. Parecía que Toto no había sido solo un rastreador como había mencionado; no era la primera vez que la ayudaba a preparar una trampa para los malos de turno. Archivó este detalle en el expediente "Qué tipo de ser es Toto".

El abuelo se encogió de hombros mientras lavaba su plato.

—Nada específico, pero si nuestro invitado no deseado es otro anciano, podrían detectar y esquivar una trampa que yo pusiera. La de Toto, sin embargo, es harina de otro costal. No la verán venir. —Terminando en el fregadero, llenó un vaso de agua y se lo bebió de un trago—. Tengo que salir; hacer que parezca que seguimos buscando. Volveré para el almuerzo.

—Sin problema, abuelo. Me pondré en contacto con Toto más tarde, tal vez hagamos una lluvia de ideas con todos.

Ahora que su hambre estaba satisfecha, Rhianne hizo un rápido inventario de su estado físico. Solo un poco de dolor muscular, reminiscente de las secuelas de una ambiciosa maratón de jardinería en el vivero; las plantas eran tan exigentes como cualquier instructor de gimnasio.

Gracias a su pequeño impulso mágico de anoche, se sentía más fortalecida que agotada. Al ver a Isobel perdida en un trance mirando por la ventana, Rhianne aprovechó la oportunidad.

—¿Te apetece una pintoresca caminata hasta la cabaña de Elvira?

Las mejillas de Isobel florecieron en un vibrante tono rosado.

—Creo que iré directamente al laboratorio.

Rhianne no iba a dejarla escapar tan fácilmente.

—Al menos vas a necesitar ropa limpia. ¿Qué, tienes miedo de toparte con el grande y temible Nel? —La broma dio en el blanco, provocando una reacción inmediata.

El rostro de Isobel tomó un tono más profundo, rivalizando con el de un tomate maduro.

—¡Por supuesto que no! —protestó, un poco *demasiado*—. Solo quiero empezar temprano en el laboratorio, eso es todo.

—Claro —respondió Rhianne—. La cabaña está a cinco minutos caminando, como mucho. Vamos. —Poniéndose de pie, adoptó una postura que no admitía discusión.

Con un suspiro resignado, Isobel abandonó su desayuno.

—Dejad los platos; estoy a punto de ocuparme de ellos —dijo el abuelo, ya armado con una esponja para la tarea de lavar los platos.

—¡Gracias, abuelo! ¡Nos vemos en el almuerzo! —gritó Rhianne por encima del hombro, arrastrando a Isobel hacia la puerta. Tan pronto como sus pies pisaron el sendero, Rhianne aprovechó la oportunidad para abordar el elefante en la sala—. Así que, ¿un djin, eh?

La respuesta de Isobel fue un murmullo, como si las palabras fueran demasiado pesadas para levantarlas en el aire de la mañana.

Rhianne no iba a permitir que un murmullo descarrilara su misión. Había dominado el arte de la conversación con sus padres reservados y discretos. Su promedio de éxito no era excelente, pero bueno, la persistencia era una virtud, ¿no?

—¿Por qué es tan importante?

—Porque… Es peligroso, por eso —respondió Isobel, cruzando los brazos como si se estuviera protegiendo o defendiendo del clima. Era una mañana fresca, pero Isobel llevaba una chaqueta, así que no podía tener tanto frío.

—¿Peligroso cómo? ¿Estamos hablando de un peligro tipo 'café caliente derramado' o más bien 'no alimentes a los diablillos después de la medianoche'? —dijo Rhianne, intentando aligerar el ambiente. Echó un vistazo a su reloj, consciente de que su ventana para conversar se estaba reduciendo. Cambiando de táctica, optó por la adulación—. Por cierto, ¿alguna vez te agradecí oficialmente por salvar a Asher?

—Tú lo salvaste —corrigió Isobel, acelerando el paso como si quisiera dejar atrás la incomodidad de la conversación—. Yo solo lo transporté fuera.

—Usando tu deseo. Si no hubieras estado allí… —Rhianne dejó la frase en el aire, con la pesada implicación de que el secreto de Isobel había sido un último recurso.

—Bueno, sí. Bravo por la elaboración del deseo. —Las palabras de Isobel salieron en un staccato reluctante, como si le doliera decirlas.

—Tengo algo de historia con los elfos —explicó Rhianne. Los elfos eran un grupo complicado: incapaces de mentir, pero maestros en retorcer la verdad hasta convertirla en un pretzel.

Isobel le había contado que una vez tuvo un amante elfo, así que sabría de lo que Rhianne estaba hablando. —¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que los deseos puedan salir mal?

—¡La gente generalmente no tiene ni idea sobre la elaboración de deseos! ¡Está en mi naturaleza explotar los vacíos legales; no puedo evitarlo! —Su voz subió un tono, algo tan poco característico que Rhianne se detuvo, solo para apresurarse y alcanzarla.

—Pero todo salió bien para Asher, ¿no? —dijo Rhianne, su mente repasando rápidamente posibles vacíos legales desastrosos que no hubiera considerado. Hasta ahora, su búsqueda mental no había arrojado resultados preocupantes.

—Tú no eres típica: eres mitad elfa y, por lo tanto, cuidadosa, y no… adicta a los deseos. ¡Por eso elegí la patología; los muertos no piden deseos! —Isobel se frotó los brazos de arriba

abajo.

—¿Adicta? ¿Por qué sería adicta? Tienes la lámpara del djin bajo llave, ¿verdad? —A Rhianne no le tenía sentido. Hizo una rápida revisión interna en busca de síntomas latentes de adicción a los deseos y salió limpia—. Espera, ¿vienen de tres en tres? ¿Son los deseos como las patatas fritas? ¿No puedes parar con uno? —Rhianne no sentía la urgencia. Bueno, tal vez un poquito: una pequeña parte de su mente coqueteaba con la idea, comprendiendo de repente el potencial de la codicia por los deseos.

—No —dijo Isobel, sacudiendo la cabeza. Ahora estaba trotando—. Eso es un mito.

Rhianne se adelantó a Isobel, plantándose firmemente frente a ella, forzando una parada repentina o una colisión accidental. —¡Explícate! —Rhianne cruzó los brazos.

—Puede que tú seas la excepción, pero siempre hay una trampa con los deseos…

—Buenos días. —La voz de Nel sobresaltó a Rhianne, y giró la cabeza bruscamente.

CAPÍTULO 25

Nel caminaba hacia Rhianne, con gafas de sol puestas y una bolsa colgada casualmente sobre su hombro, con Kai siguiéndole detrás.

Isobel, que había cerrado la boca de golpe, permanecía inmóvil.

—¿A dónde van? —preguntó Rhianne, dirigiendo su mirada hacia Kai. Él se acercó y la envolvió en un cálido abrazo. Cuando sus labios se encontraron, una oleada de calor se extendió por su cuerpo, provocando un revoloteo de mariposas en su estómago. El beso, breve pero cargado de promesas silenciosas, la dejó momentáneamente sin aliento.

—Ejem —interrumpió Nel.

Rhianne y Kai se demoraron un momento, con las manos entrelazadas y los ojos fijos el uno en el otro, antes de finalmente separarse.

—Kai me lleva a Coffs Harbour.

Rhianne miró su reloj: aún no eran las nueve. Ver a Nel no solo despierto sino también completamente vestido y en una misión a esta hora temprana era tan raro como un eclipse solar. Kai se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Y qué te llama a la ciudad? —preguntó Rhianne, viendo de reojo cómo Isobel parpadeaba rápidamente.

La mirada de Nel se desvió hacia las copas de los árboles y se ajustó un gemelo. —Tengo asuntos urgentes en Sídney, así que me voy.

—Pero si acabas de llegar —Rhianne no pudo ocultar su sorpresa, abriendo mucho los ojos.

El rostro de Nel era una máscara en blanco de indiferencia. —Negocios, princesa.

Esto era más que raro. Rhianne entrecerró los ojos y decidió probar una teoría.

—Isobel también va al laboratorio en Coffs. Tal vez podrías hacer de taxi para ella.

Isobel abrió la boca, presumiblemente para protestar por el arreglo, pero Nel se le adelantó. —No puedo permitirme retrasarme. —Se volvió hacia Isobel—. Dra. Dupre, mis disculpas. Tengo un poco de prisa.

—Por supuesto —dijo Isobel—. De todos modos necesito prepararme; no quisiera ser una piedra en tu zapato. Adelante. —Sus palabras eran afiladas, pero su voz tembló.

Nel esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos. —Lo agradezco. Nos vemos pronto, princesa. —Nel se inclinó y le dio un beso en la mejilla a Rhianne. Dio un paso atrás e inclinó la cabeza—. Dra. Dupre. —Con eso, su sonrisa se desvaneció y miró a Kai, pasando junto a ellos sin mirar atrás.

Kai levantó las manos en un gesto de "¿qué se le va a hacer?" e inclinó la cabeza, su expresión una disculpa. Rhianne le apretó la mano, una señal silenciosa de "está bien", antes de que él saliera corriendo para alcanzar a Nel.

—¿Qué le pasa? —murmuró Rhianne, sin esperar que sus palabras se escucharan. Sin embargo, el resoplido que se le escapó a Isobel sugirió que la voz baja de Rhianne se había tomado unas breves vacaciones.

—Tiene un buen sentido de autoconservación, eso es todo. —Isobel sonaba casual, pero sus ojos se empañaron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rhianne.

Pero Isobel negó con la cabeza y comenzó a trotar hacia la cabaña.

Por una fracción de segundo, Rhianne consideró perseguir a Isobel, pero un remolino de confusión la detuvo. ¿Por qué los deseos de los djinés eran una bomba de relojería, específicamente para Nel? Necesitaba consultar con Toto. En algún lugar de su conocimiento enciclopédico habría una respuesta.

Sintió una punzada de decepción; había esperado que esos dos se enamoraran. De hecho, estaba segura de que ya estaban más que a mitad de camino.

Debajo de su encanto pulido, Nel estaba tan solo como un cactus en el desierto, y Rhianne había pensado que serían perfectos el uno para el otro, una vez que navegaran a través del bosque de sarcasmo y las altas murallas de orgullo.

No era propio de Nel retirarse sin pelear. ¿Era el riesgo tan grave? ¿Estaban los íncubos y los djinés en extremos opuestos de una disputa mítica, como los gatos y los perros, pero con más en juego?

El paso de Rhianne se redujo a un paseo pensativo, su mente tan enredada en el misterio que no notó la cabaña que se alzaba ante ella.

Un destello de movimiento dentro de la cabaña insinuaba que Isobel aún no había hecho su gran escape. Tal vez Rhianne todavía podría sonsacarle algunas respuestas sólidas y desenredar esta maraña.

Nel podría haber tirado la toalla, pero Rhianne estaba lejos de darse por vencida. Después de todo, la búsqueda de la felicidad de su mejor amigo era un rompecabezas que valía la pena

resolver, sin importar cuántos giros en la trama hubiera por delante.

—¡Isobel! —La voz de Rhianne resonó mientras subía los escalones y atravesaba la puerta principal, solo para ser recibida por un silencio inquietante. El tipo de silencio que se sentía como un juego de sillas musicales, en el que no te habías dado cuenta de que la música se había detenido.

¿Podría Isobel haberse retirado a su lámpara como un djin malhumorado? La idea de buscar la lámpara para convencerla de salir bailó en la mente de Rhianne. Una idea loca surgió: ¿y si simplemente pudiera desear que Isobel le dijera cuál era el problema? Casi tan rápido como apareció, Rhianne se rio y descartó la idea. Prácticamente podía escuchar la conferencia de Isobel sobre la ética de la manipulación de los deseos resonando en su cabeza.

Rhianne entró de puntillas, a punto de gritar el nombre de Isobel de nuevo, cuando un repentino hormigueo le recorrió el cuello. Se dio la vuelta rápidamente, con los brazos levantados como un espantapájaros torcido. Su intuición mágica se erizó en alerta máxima, aunque reconoció que si la amenaza manejaba magia o, aún más mundano, una pistola, su arsenal defensivo era ridículamente escaso. Hizo una rápida nota mental: proponer “Defensa Mágica para Principiantes” como un nuevo módulo para sus tutoriales con Toto.

Sus pensamientos eran un torbellino, embotando sus sentidos, pero no lo suficiente como para perderse la dramática silueta que se cernía contra la ventana frontal, a contraluz del sol.

Rhianne parpadeó, y como si sus párpados fueran varitas mágicas, la figura se aclaró en una forma más reconocible con cada paso que daba hacia la puerta.

—¿Martin? —preguntó Rhianne.

La figura se detuvo, y el corazón de Rhianne latió como si intentara hacer una audición para un solo de batería. ¿Por qué demonios estaba él aquí, de todos los lugares y momentos?

—¿Eres tú? —preguntó de nuevo.

La inconfundible silueta de la gran figura podría haber pertenecido a un oso.

Martin avanzó pesadamente, y Rhianne sintió un repentino impulso de dar un paso atrás, o quizás dos, mejor hacer un moonwalk.

La habitación de la cabaña pareció encogerse, reduciendo sus posibles rutas de escape de escasas a “tienes que estar bromeando”, especialmente porque Martin estaba frente a la única salida, bloqueando efectivamente sus rutas de escape a un rotundo cero.

—Hola, Rhianne —dijo Martin, con la misma naturalidad que si se hubieran encontrado en el pasillo de una tienda de conveniencia en lugar de en una cabaña lejos de todo y de todos los que pudieran ayudarla—. Pensé que te estabas quedando en la cabaña de tu abuelo.

—Así es —respondió Rhianne—. Pero Isobel, la patóloga que nos está ayudando, se ha instalado aquí de forma semipermanente. ¿No la has visto? Es difícil no notarla.

—No, no había nadie aquí. —Martin dio otro paso adelante, pero Rhianne se mantuvo firme. Bien podría haber plantado una bandera y reclamado el lugar en nombre de la cordura.

Finalmente capaz de ver su rostro en la tenue luz, Rhianne relajó los brazos. Los ojos de Martin estaban enrojecidos y sus hombros caídos, como si hubiera estado soportando un cielo cargado de tormentas.

—¿Qué te pasa, Martin? —Rhianne acortó la distancia entre ellos hasta que estuvieron frente a frente, o para ser más precisos, frente a pecho. Rhianne inclinó la cabeza hacia arriba.

La precaución mantuvo sus manos a los costados, aunque cada fibra de su ser quería darle una palmadita en el brazo como si fuera un oso de peluche particularmente grande y triste. La vibra que emanaba era menos de “cuidado con el perro” y más de “cachorro perdido bajo la lluvia”.

—Siéntate, por favor —dijo con voz suave. Lo guió hasta un sillón, y el grandullón no opuso resistencia. En su lugar, se dejó caer en el sofá con la gracia de un castillo inflable desinflándose.

Con la firme creencia de que el té es la cinta adhesiva del alma, capaz de arreglar casi cualquier cosa, Rhianne se dirigió a la cocina. Puso la tetera al fuego.

Después de una breve audición olfativa de las latas, eligió una mezcla que olía como si pudiera convencer a cualquiera de que era primavera en pleno invierno: hierba limón, rosa y menta. Cuando la tetera silbó su disposición, se ocupó de la alquimia de preparar el té.

Armada con una taza que portaba la promesa del consuelo, volvió con Martin y tomó asiento frente a él, como una terapeuta lista para desentrañar los misterios de la psique humana sobre una infusión.

—¿Qué haces aquí? —Tal vez no fuera la pregunta candente que anhelaba hacer, pero era un comienzo. Y consiguió una reacción de Martin; parpadeó conteniendo las lágrimas, mirando la taza en sus manos.

Martin dio un sorbo tentativo a su té, cerrando los ojos como si el sabor tuviera el poder de transportarlo. —Elvira solía prepararme esta mezcla. ¿Cómo lo supiste? —Sus palabras susurradas apenas recorrieron el espacio entre ellos, y fue una suerte que Rhianne tuviera el oído agudo de alguien acostumbrado a escuchar susurros a escondidas.

Sorbiendo su propio té, Rhianne centró toda su atención en Martin y dedujo la razón de su estado. Entre las bolsas de recuerdo bajo sus ojos y su postura, era evidente. —Te importaba Elvira —dijo.

Un suspiro escapó de Martin, largo y pesado, del tipo que arrastra toda la tristeza del mundo tras de sí. Miró por la ventana, donde el sol de la mañana se entregaba a un tango coqueto con las cortinas de encaje. —Así es —dijo.

—¿Por qué no nos dijiste que tú le conseguiste el calentador? —preguntó Rhianne. ¿Habría sido la muerte de Elvira simplemente un terrible accidente? No sería la primera vez que alguien moría por un calentador defectuoso.

—Le dije que solo lo usara en el área principal. ¡Todo es culpa mía! —Su voz se elevó mientras su taza ejecutaba un baile nervioso, salpicando té como si intentara escapar. Las manos de Martin bien podrían haber sido de asbesto por lo poco que notaba las gotas hirviendo. Sus lágrimas se abrieron paso, cascadeando por sus mejillas.

¿Habría entrado Martin en pánico y escondido el calentador después de encontrarla muerta? Rhianne negó con la cabeza. Algo no encajaba del todo. —¿Llevaste tú el calentador al cobertizo?

Martin desvió la mirada de la ventana, mirando a Rhianne, parpadeando como si no entendiera lo que le había preguntado. —No, yo no. Quizás Asher… —comenzó, su voz perdiéndose en el reino de lo improbable, el espacio donde nacen las teorías conspirativas—. ¿Podría haberlo hecho Asher? —Antes de que Rhianne pudiera intervenir, ya estaba descartando la idea con un movimiento de cabeza—. No, el chico era el típico adolescente obsesionado con las pantallas, pero adoraba a Elvira. —Una mueca tiró de sus facciones—. Entonces, ¿por qué esconder el calentador?

No parecía que Martin hubiera tenido algo que ver con la desaparición de Asher, pero Rhianne necesitaba asegurarse. —¿Le dijiste que lo hiciera?

—¿Qué? No, no he visto al chico desde la víspera de la… de Elvira… —Martin tropezó con sus palabras como si fueran obstáculos en una carrera—. ¿Crees que se ha dado a la fuga? —Sus cejas se fruncieron como si intentaran resolver un crucigrama—. No lo crees, ¿verdad? Elvira adoraba a ese chico más que a nada. Di la palabra y soy tu hombre para ayudar. —Había un nuevo acero en su voz, quizás un rayo de esperanza en su nube de tristeza.

Rhianne le creía. Claro, la gente podía fingir, pero ¿Martin? Era tan transparente como un cristal, su dolor demasiado palpable para dudarlo. Aun así, insistió un poco más. —¿Por qué no mencionaste que tú le conseguiste el calentador?

—Orgullo —exhaló Martin, su risa desprovista de toda alegría real, como un payaso en su día libre—. Ese antiguo enemigo. Elvira y yo estábamos coqueteando con algo parecido a una relación. Yo estaba solo, y Asher… estaba en esa edad en la que estaba presente en cuerpo pero

su mente andaba de vacaciones permanentes, si sabes a lo que me refiero. —Hizo una pausa, mirando su té pensativamente antes de dar otro sorbo, luego se frotó el ojo como si intentara borrar una mancha de realidad—. Acordamos mantenerlo en secreto. Es algo importante, ¿sabes?

—Eso he oído —dijo Rhianne. No pretendía entender todo el espectro de la dinámica local, dado que no era miembro de pleno derecho del club de la aldea de los dríades. Si el pasatiempo favorito de la ciudad era no prestar atención, entonces el campo era su primo entrometido, redoblando su interés en los asuntos de todos con el entusiasmo de un columnista de chismes.

—Seré sincero y te diré que la hoja de ruta de hacia dónde nos dirigíamos era tan clara como el barro, pero se sentía bien. Si hubiera mencionado que le compré el calentador, bueno, habría habido preguntas incómodas. Lo siento. Debes pensar que es una señal de mi culpabilidad. —Hizo una pausa, un momento suspendido entre ellos.

Rhianne permaneció en silencio, su estrategia siendo “dejarlos hablar”.

—Te juro que mis manos están limpias en todo esto, excepto, claro está, por comprar el calentador. Ella mencionó que el frío la estaba molestando, y el humo de la chimenea le estaba afectando los pulmones.

Un giro del destino tan agudo como una rodaja de limón en un martini seco: fueron precisamente los vapores del calentador de queroseno, destinado a ahuyentar el frío, los que la mataron.

—Te creo —dijo Rhianne, rompiendo el silencio. Y era cierto. Con destreza practicada, recogió sus tazas vacías, llevándolas al fregadero para un lavado rápido, como si la limpieza pudiera borrar el peso de la conversación.

—¿Tienes alguna idea de quién podría haber querido verla muerta? —lanzó por encima del hombro, secando una taza adornada con un koala que parecía haber visto días mejores.

Martin se arrastró hacia la puerta principal, sus movimientos pesados. —Le he estado dando vueltas en la cabeza y no llego a ninguna conclusión. Elvira… Ella se dedicaba a hacer buenas obras, quería rociar un poco de magia y curación sobre todos. Su cosa con las hierbas y las pociones ‘mágicas’… era excéntrica, pero lo hacía de todo corazón.

—Sí, lo entiendo —dijo Rhianne, uniéndose a él en la entrada. La afición de Elvira por lo místico no era su única excentricidad, sin embargo. También tenía un talento para recopilar chismes como si fueran hierbas raras, atesorando retazos y cuentos. ¿Cuál era ese fragmento de conocimiento susurrado, el secreto, que había hecho que su información fuera demasiado peligrosa para mantenerla con vida?

—Vine a buscar una fotografía de Elvira y yo, pero no pude encontrarla —explicó Martin.

—Te ayudaré a buscarla después de que encontremos a Asher —prometió Rhianne.

La culpa le remordió por la mentira, pero el abuelo tenía razón: proteger a Asher era primordial, especialmente con un depredador entre ellos que ya había probado sangre.

El misterio de por qué el asesino no había matado a Asher en lugar de secuestrarlo la carcomía. Quizás el asesino estaba dejando un rastro de migas de pan, intentando un cambio de culpa que pudiera colgarle el muerto a alguien más, en este caso, a Asher.

Este villano era minucioso y despiadado, un recordatorio para Rhianne mientras tejía su camino a través de la red de sospechosos. Tomó una decisión: no más tácticas de lobo solitario. A partir de ahora, siempre tendría un compañero cuando interactuara con los ancianos.

Después de todo, había habido un intento contra su vida que estuvo peligrosamente cerca de convertirse en jaque mate.

CAPÍTULO 26

Cuando Rhianne regresó a la cabaña del abuelo, su mente era un enredo de teorías, como un ovillo de lana deshecho tras la fiesta de cumpleaños de un gatito travieso.

Incluso si tachaba a Martin de su lista de sospechosos, aún quedaban demasiados. Peter, con sus ideas anticuadas, Luke, que era el más agradable del grupo, y Brenda, con su aversión a los forasteros.

Había asumido que la figura sombría proyectada por los árboles era masculina, pero honestamente, ¿quién podría asegurarlo? Después de todo, con el pelo recogido y envuelta en una chaqueta de gran tamaño, Brenda podría pasar fácilmente por un hombre a distancia.

Lo que Rhianne necesitaba era un avance en el caso, una pista tan evidente como un letrero de neón en una biblioteca. El peligro seguía siendo real y presente; su objetivo era claro: sacar al abuelo de escena, o al menos de su estimada posición como Anciano Hoja. Lo que planteaba la pregunta: ¿Por qué matar a Elvira? ¿Acaso sabía lo que tramaban?

Mientras subía los escalones del porche, intentó determinar el mejor curso de acción. Entró en la cabaña, pero la encontró vacía. Toto debía seguir afuera buscando pistas, mientras el abuelo fingía buscar a Asher; la ironía no se le escapaba.

Rhianne salió de la cabaña del abuelo, cerrando suavemente la puerta tras ella. Entrecerrando los ojos hacia la vegetación, intentó usar su mejor voz de susurradora de árboles, esperando algún consejo sabio o al menos una pista críptica.

El aire zumbaba con el aroma de eucalipto y mirto limón, agudizando sus sentidos. Sin embargo, el único mensaje que recibió fue un pulgar arriba olfativo. Pero en cuanto a consejos útiles, bien podrían haber encogido sus hombros frondosos y vuelto a su fotosíntesis.

Una cosa estaba clara como el agua: quedarse esperando aquí no iba a resolver el caso. Y esperar a que Kai regresara podría no ser prudente. Quién sabe qué estaría tramando Nel y cuánto tiempo mantendría a Kai ocupado en cualquier plan que hubiera urdido. Agarrando las llaves de la camioneta, se subió al asiento del conductor, enviando un rápido mensaje a Kai: “Me voy al pueblo. Nos vemos allí”.

Lo primero en su agenda era localizar a Isobel, quien podría haber encontrado, con suerte, alguna información. Y mientras hacía eso, bien podría profundizar en todo el lío de los deseos del djin. Porque, ¿por qué no hacer malabares con antorchas encendidas mientras camina por la cuerda floja?

Mientras se dirigía a toda velocidad a Coffs, Rhianne se dio cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba el laboratorio de Isobel. Consideró enviarle un mensaje, pero dado que podría estar hasta los codos en misteriosos asuntos de laboratorio —o ignorándola deliberadamente—, Rhianne dudaba que una respuesta llegara pronto.

En caso de duda, consulta la sabiduría local, o eso dice el refrán. Así que estacionó la camioneta y se dirigió a lo que podría ser el centro social del pueblo: el Salón de Belleza de Maggie.

En medio de sus pensamientos, se dio una palmada en la frente. —¡Google, tonta! —se reprendió. Podía hacer una búsqueda en línea en lugar de intentar explicarle a una peluquera por qué necesitaba la dirección de la morgue.

Cuando estaba a punto de escribir, su móvil vibró con un mensaje de Kai: “En la biblioteca. Trabajando en un caso. Excelente Wi-Fi”. Sonriendo ante las prioridades de Kai, Rhianne le envió una respuesta, prometiendo reunirse en aproximadamente una hora.

Al levantar la vista de su móvil, vio el café que había frecuentado la última vez. Y sentada adentro estaba Pamela, la esposa de Peter, con un café caliente, a juzgar por el vapor que se elevaba de su taza.

Sin cuestionar el impulso, Rhianne entró y se dirigió directamente a la mesa de Pamela. —Hola —dijo, luciendo una sonrisa amistosa.

Pamela, en un movimiento que casi bautizó la mesa del café con su bebida, levantó la mirada, sorprendida.

La sonrisa de Rhianne tembló y se desvaneció al notar las ojeras que Pamela llevaba bajo los ojos. Pero no eran solo las ojeras; los ojos de Pamela parecían tan sombríos como una linterna moribunda, y ella intentaba desaparecer en su asiento.

—Hola, lo siento, me asustaste —Pamela recompuso sus facciones en algo parecido al orden, esbozando una sonrisa a medias.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Rhianne.

—Por supuesto —respondió Pamela, su sonrisa ahora más firme, como si hubiera encontrado su columna vertebral—. El café aquí es decente. Pero es autoservicio en el mostrador.

Rhianne dudó. La mirada de Pamela se dirigió hacia la puerta como una ardilla que divisa una ruta de escape, sugiriendo que podría desaparecer si Rhianne parpadeaba demasiado tiempo. —Vuelvo enseguida —dijo, esperando que los modales anticuados mantuvieran a Pamela anclada a su silla.

Después de pedir un té chai y una rebanada de pan de plátano (más una para llevar para Isobel), Rhianne regresó. Para su alivio, Pamela seguía allí, y sus hombros habían perdido algo de su rigidez.

—Vi a Hunter ayer cuando vino a ayudar al abuelo —Probablemente era mejor empezar con un tema seguro. Muy pocas madres podían resistirse a hablar de sus hijos—. El abuelo me dice que es un mecánico muy talentoso.

Esta vez, la sonrisa de Pamela floreció como una flor en cámara rápida. —Es muy amable por parte del Anciano Hoja —dijo Pamela.

La camarera trajo el té de Rhianne y la rebanada de pan de plátano. —Gracias. ¿Podríamos tener otro tenedor, por favor? —le pidió Rhianne a la camarera.

—Oh, se supone que debo cuidar mi figura —argumentó Pamela, sus labios contrayéndose en una sonrisa reluctante.

—Pero es pan de plátano —dijo Rhianne. Pamela parecía necesitar un subidón de azúcar—. Prácticamente una ensalada de frutas si entrecierras los ojos.

La camarera reapareció con el tenedor extra, y Rhianne se lo entregó a Pamela. Pamela miró el tenedor y luego el pan de plátano como si fuera un tesoro prohibido, finalmente cediendo. —Quizás un par de bocados.

Después de tomar un sorbo de su té, Rhianne deslizó el plato a una zona neutral de la mesa, esperando. Pamela dudó, luego pinchó una pequeña fracción del pan y se la llevó a los labios.

—Y para que lo sepas, el abuelo solo canta alabanzas que son merecidas. Hunter parecía disfrutar cada minuto —dijo Rhianne.

—Oh, lo hace. Es un excelente pasatiempo; lo mantiene alejado de los problemas —dijo Pamela, su tenedor deteniéndose en el aire mientras fruncía el ceño pensativa.

—¿Un pasatiempo? —preguntó Rhianne. Estas no eran las preguntas que pretendía hacer, pero algo en la forma despreocupada en que Pamela lo dijo le molestó.

—¿Perdón? —Pamela parpadeó; su viaje hacia otro bocado de pan de plátano se detuvo.

—¿Por qué solo un pasatiempo? ¿Por qué no una carrera? —Rhianne tamborileó con los dedos sobre la mesa.

Un cálido rubor se extendió por las mejillas de Pamela. Se reclinó en su asiento antes de tomar un sorbo pensativo de su café. —Bueno, la cosa es que tenemos una granja. Su padre depende mucho de él allí. Todos tenemos que ayudar.

—¿Y cómo se siente Hunter al respecto? —Un destello de calor tiñó sus palabras, y Rhianne intentó suavizarlo; no creyó haberlo logrado a juzgar por cómo Pamela frunció los labios.

—Es un adolescente. Realmente no sabe lo que quiere o lo que es mejor para él —Las palabras de Pamela salieron atropelladas, como si estuviera recitando una cita conocida.

Algo en la forma en que Pamela lo dijo hizo que Rhianne cambiara de rumbo. —¿Y qué piensas *tú* que es lo mejor para él?

—Yo… —La expresión de Pamela se suavizó, y sus ojos vagaron hacia el exterior mientras un grupo de chicos pasaba corriendo, sus risas cortando el zumbido de la cafetería—. Quiero que sea feliz, por supuesto.

—Ya veo —Y Rhianne lo veía.

Pamela inclinó la cabeza, y sus ojos se endurecieron. —¿De verdad? Tú vives en una gran ciudad con muchas oportunidades. No es lo mismo aquí.

—Es cierto, pero el talento de Hunter para el bricolaje lo convertiría en el héroe local. A todos les encanta un mecánico que realmente puede hacer que las cosas funcionen.

Los hombros de Pamela se hundieron, y su siguiente bocado de pan de plátano parecía más un salvavidas que un capricho. —Lo sé, pero no lo entiendes.

—Pruébame —dijo Rhianne, dándole un gran mordisco al pan de plátano.

—Sabes, somos una comunidad muy pequeña. No hay mucha sangre nueva.

Rhianne supuso que se refería a sangre de dríada pura, pero no la corrigió. Pamela estaba en racha.

—Nuestro número está disminuyendo. Martin, pobre alma, perdió a su esposa en un accidente de camión hace cinco años. Y Luke, bueno, no pudieron formar una familia, lo que ya era bastante duro. Luego la tragedia golpeó de nuevo cuando su esposa falleció de un ataque al corazón el año pasado.

Rhianne hizo un ruido que esperaba sonara como simpatía, pero por lo que sabía, podría haber sonado como un gato enfermo. Era hora de tantear lo que Pamela realmente sabía. —¡Qué triste! Imagino que será difícil para Martin y Luke encontrar una nueva pareja.

Las cejas de Pamela dieron un rápido salto hacia su cabello, su rostro arrugándose. —¿Qué quieres decir?

—Bueno, ¿no dijiste que estaban solos? —preguntó Rhianne. Pamela no había dicho tal cosa.

Agarrando su taza como si fuera una granada, los ojos de Pamela ardieron. —Luke solo lleva un año en el tren del duelo. No está a punto de saltar de él y caer en los brazos de otra persona.

Qué interesante.

—Cierto, pero Martin ha estado solo por un tiempo, ¿no? —dijo Rhianne, golpeando su barbilla como si estuviera en profunda reflexión.

La tormenta en los ojos de Pamela hizo una pausa. —Oh sí, Martin podría necesitar lanzar su red un poco más lejos si busca compañía.

—¿Está Brenda en el… em, menú? —Rhianne dio un sorbo furtivo a su té, mirando por encima del borde a Pamela.

Una risita. —No creo que Brenda sea del tipo que se casa.

Rhianne sonrió, lista para dar a la conversación una buena y amistosa sacudida. Tenía la sensación de que esto iba a ser bueno.

—Oh, ¿quién sabe? —dijo Rhianne, recogiendo un poco de espuma de su té con una cuchara y metiéndola en su boca como un gourmet probando un plato fino—. Ella y Luke parecían llevarse bien.

—¡De ninguna manera! —La voz de Pamela se disparó a un nivel de 'llamar la atención', haciendo que un par de otros clientes del café miraran. Se limpió la boca con una servilleta, respiró hondo y continuó—. Luke es la persona más amable que conocerás jamás. Adoraba a Amanda, su esposa. Y Brenda…

—Cierto, Brenda no es exactamente Miss Simpatía, ¿eh? —dijo Rhianne, recogiendo otra cucharada de espuma de té. Más bien una snob arrogante que se creía mejor que todos los demás. ¿Acaso Brenda también pensaba que sería una mejor Anciano Hoja? Probablemente.

Reclinándose, Pamela acunó su taza como si fuera su única fuente de consuelo. Miró por la ventana, sus ojos vidriosos, sin ver realmente el mundo pasar. —Luke trataba a Amanda como una reina. Le preparaba el desayuno todas las mañanas antes de ir a trabajar en su granja.

—¿Acaso ella no también se ensuciaba las manos en la granja? —preguntó Rhianne. Después de todo, ¿no había dicho Pamela que la vida en la granja era un deporte de equipo? O al menos que lo era en el libro de jugadas de los Hawthorn.

—Luke cercó un pequeño terreno cerca de la casa donde ella cultivaba rosas y las vendía en los mercados —El tono despectivo de Pamela lo hacía sonar como si no fuera un trabajo de granja real.

Intenta cultivar orquídeas, señora.

—Nada de ordeñar vacas o buscar huevos para ella. Tampoco tenía que luchar contra la suciedad del granero o jugar el papel de chef gourmet de tres comidas al día, en punto, fíjate —dijo Pamela.

Rhianne se encontró caminando la línea entre estar irritada y sentir lástima. ¿Y qué hay de la otra mitad de Pamela, Peter? ¿Qué hacía él? ¿No se reclutaba también a los niños para el trabajo de la granja? ¿Era tan grande la granja? Algo que Pamela había mencionado estaba tratando de abrirse paso en los pensamientos de Rhianne, pero con las compuertas de Pamela abiertas, no había pausa para el derrame.

—¿Y yo? Tengo suerte si veo mi almohada antes de la hora bruja; luego es levantarse y brillar al amanecer. Encima de eso, tengo problemas para dormir, así que siempre estoy cansada —Pamela debe haber olvidado que estaba a dieta porque inhaló una buena porción de pastel como si fuera su primera comida en días.

La paciencia de Rhianne comenzaba a agotarse, pero trató de reunir un poco de simpatía. Probablemente Pamela no tenía nadie con quien desahogarse. El consejo probable de su marido: 'Sonríe y aguanta, así es la vida en la granja'. ¿Y los niños? Perdidos en su angustia adolescente, probablemente no podían oírla por encima del sonido de sus propios dramas. Rhianne, la designada forastera, era el objetivo perfecto para descargar frustraciones: después de todo, eventualmente se iría, lo que la convertía en una apuesta segura para volcar toda esa irritación acumulada.

—Hay algunas infusiones que pueden ayudar con eso —dijo Rhianne, aplicando la amabilidad con generosidad, a pesar de la frustración que burbujeaba dentro de ella como una lata de refresco agitada. Le picaban las ganas de decirle a Pamela que pusiera el pie en el suelo, pero prediciendo el giro de ojos que seguiría, se mordió la lengua.

Pamela se burló. —Ya lo intenté. Elvira me tiró encima toda una botica de té, ¡y nada funcionó! Peter no cree que sea un problema real y que debe ser todo en mi cabeza. En ese sentido, él y Elvira estaban de acuerdo. Las viejas costumbres siempre son mejores, los médicos son una pérdida de tiempo y la tecnología es la raíz de todo mal. ¡Incluso amenazó con sacar a los niños de la escuela cuando se enteró de que tendrían acceso a computadoras!

—¿Y por qué no lo hizo? —La curiosidad de Rhianne se despertó. La educación era una cosa que era obligatoria, sin importar tu estatus sobrenatural.

La sonrisa irónica que ofreció Pamela estaba llena de desprecio. —Los niños juraron una y otra vez que no las usarían fuera de la escuela.

Ahora fue el turno de Rhianne de burlarse. Y si Peter y Pamela les creían, eran más ingenuos de lo que ella había pensado.

Pamela debió haber adivinado lo que estaba pensando porque su sonrisa se ensanchó. —Peter es muchas cosas, pero estúpido no es una de ellas. Sabe que la ley vendría a llamar si dejaran de ir a la escuela —su sonrisa se desvaneció—. Aunque podría insistir en eso cuando Hunter termine el décimo año —sacudió la cabeza—. Además, por mucho que lo odie, hacer cosas como operaciones bancarias se ha vuelto imposible sin tecnología. Y a pesar de todas sus críticas a la tecnología, no es demasiado orgulloso como para no empujar a Hunter o Jasmine a hacer trámites bancarios en línea. Internet no es tan malo cuando mantiene las luces encendidas.

Un pragmático, Peter.

Entonces, el momento de revelación que Rhianne había estado esperando finalmente llegó. —¿Dijiste que Amanda fue al mercado a vender sus flores?

—Sí, aparentemente le fue bien —Pamela sacudió la cabeza, obviamente preguntándose cómo las flores podían generar algún ingreso. En la casa de los Hawthorn, según había deducido Rhianne, no había mucho espacio para cosas que no mugieran, cacarearan o trajeran dinero decente.

—¿Fue con Elvira? —preguntó Rhianne.

—¿Eh? —preguntó Pamela.

—Amanda. ¿Fue con Elvira al mercado? —aclaró Rhianne.

—Bueno, sí. Compartieron el costo de la gasolina y montaron sus puestos uno al lado del otro.

—¿Eran amigas, entonces?

—Oh, sí, Elvira estaba muy afectada cuando Amanda murió. Y se pasó de la raya tratando de cuidar a Luke después. No dejaba de traerle guisos y sus infames hierbas curativas después del funeral —la mueca de Pamela dejaba claro lo que pensaba de dicha amabilidad.

Los celos, esa vieja bestia de ojos verdes, eran un monstruo tan feo. ¿Podría Pamela haber sido llevada a extremos por Luke? La mente de Rhianne se disparó con teorías, pero era difícil ignorar la mezcla de anhelo y amargura en el tono de Pamela cuando se mencionaba a Luke.

Sin embargo, pasar de un triángulo amoroso a un secuestro franco era un poco exagerado. Tal vez Pamela podría haber actuado en un momento de pasión, pero ¿secuestro? Eso no encajaba del todo. ¿Y si se hubiera equivocado y los dos crímenes no estuvieran relacionados? Aun así, Rhianne no era de las que creían en las coincidencias, especialmente cuando la desaparición de Asher coincidía de manera tan espeluznante con el asesinato de Elvira.

—¿Luke también es anticuado? —preguntó Rhianne. Había asumido que todos los mayores lo eran, excepto el abuelo. No es que eso fuera a cambiar mucho su línea de pensamiento en este momento, pero quería ver si Pamela revelaría algo más que la incriminara. Luke parecía ser su talón de Aquiles.

—Solo en las cosas buenas —el rostro de Pamela se iluminó con una sonrisa cariñosa—. Es todo un caballero —se pasó los dedos por el pelo, revelando un salpicado de canas que aparentemente no merecían una visita al salón de belleza en el presupuesto de los Hawthorn. No era de extrañar que Antonia se estuviera mudando.

—No rechaza la tecnología como los demás —continuó Pamela—, y cree que necesitamos aceptar los avances de la ciencia. Es bastante inteligente, ¿sabes?

Sí, Pamela estaba muy colada. La pregunta era: ¿lo suficiente como para cometer un asesinato?

Excusándose, Rhianne dejó a Pamela con sus pensamientos y el pan de plátano restante. Antes de llegar a la salida, una mirada rápida hacia atrás reveló a Pamela acercando un poco más el plato hacia sí misma.

CAPÍTULO 27

Rhianne salió del café, dejando atrás el coro de debates impulsados por la cafeína y la sinfonía de tintineos de cerámica.

Aceleró el paso mientras sacaba el móvil, deslizando el pulgar por los contactos hasta llegar al número de Kai, antes de detenerse. No, mejor lo sorprendería. Con una pequeña sonrisa, escribió la dirección de la biblioteca en la app de mapas, sintiendo cómo su corazón se llenaba de alegría.

Configurando su GPS, se embarcó en una épica aventura a través de la ciudad, todo un trayecto de cinco minutos en coche, desafiando semáforos y peligrosos cruces peatonales.

La biblioteca que la esperaba era una maravilla arquitectónica, con su nombre iluminado en la fachada. Para Rhianne, parecía como si un gigante hubiera jugado con bloques de lego, creando una estructura con más ventanas que paredes y un centro que se desmoronaba, como si hubiera comido demasiado en el almuerzo.

Al entrar, la recibió una oleada de luz diurna que estaba diseñada para iluminar la vasta colección de libros o para cegar a los visitantes desprevenidos.

El lugar era un laberinto de estanterías, cada una repleta de historias de aventuras, romances y algún que otro título como *Cocina con física cuántica* que desafiaba cualquier clasificación.

Acogedores rincones de lectura salpicaban el paisaje con sofás y sillones enormes, ofreciendo santuario a aquellos que buscaban escapar a otro mundo o quizás simplemente echarse una siesta.

Encontrar a Kai iba a ser como buscar una aguja en un pajar, una aguja muy silenciosa e introspectiva, para ser precisos.

Rhianne apostaba a que estaría acampado en el rincón más tranquilo y apartado de la biblioteca, probablemente construyendo un fuerte con libros de filosofía.

Se aventuró más adentro de la biblioteca, sus pasos silenciosos sobre la alfombra, pasando junto a un grupo de adolescentes que reían sobre una serie de manga y un anciano que roncaba suavemente en una silla, con un hilillo de baba marcando su página.

—Hola, Rhi —dijo Kai.

Rhianne se giró y sonrió. Su corazón se agradó al mirar sus ojos familiares. —¿Me rastreaste? —Era una pregunta retórica. Kai probablemente sabía el momento exacto en que su coche dobló la esquina, quizás incluso la canción que sonaba en la radio en ese momento.

Sus mejillas florecieron con un repentino rubor, haciendo que sus pecas resaltaran como estrellas en un cielo que oscurece rápidamente. —Bueno, mencionaste que vendrías más tarde, así que puede que haya configurado una alerta de proximidad. No te rastrearía sin tu permiso.

Su silencioso centinela.

Cerrando la distancia entre ellos con unos pasos decididos, Rhianne presionó sus labios contra los de él en un beso que era tanto un signo de exclamación como una tierna puntuación. El sabor a menta se mezcló con un toque de canela, evocando recuerdos de chocolate caliente especiado junto a una fogata.

Se separaron, conscientes de la sagrada regla de la biblioteca: el silencio es oro, pero las incómodas muestras públicas de afecto son, como mucho, bronce.

—¡Sé que no lo harías! —susurró ella. Lo que Kai no dijo fue: “A menos que estés en peligro”. No es que ella se encontrara en situaciones peligrosas *todo* el tiempo. Pensándolo bien, su historial actual podría no resistir un escrutinio minucioso.

Kai tomó la mano de Rhianne, guiándola en una aventura a través de la jungla de estanterías. Mientras navegaban por el laberinto, Rhianne se vio envuelta por el familiar y reconfortante aroma de los libros.

Sus ojos se cruzaron brevemente con los de jóvenes lectores acomodados en puffs, sus rostros iluminados por la emoción de las historias que se desarrollaban ante ellos.

Las bibliotecas estaban entre sus lugares favoritos; quizás fuera por el silencio o la idea de todo el aprendizaje y las aventuras contenidas en un solo espacio. Llegaron a un rincón apartado, un cubículo de concentración que era menos “espacio de oficina” y más “camarote de una nave espacial”, rodeado de cristal por tres lados.

Era exactamente el tipo de lugar que Kai reclamaría como suyo: una mezcla perfecta de visibilidad y privacidad. El cubículo albergaba el dominio digital de Kai, con un portátil, una tableta y un móvil dispuestos sobre la mesa como talismanes modernos. Un par de auriculares blancos yacía junto al móvil.

Abriendo la puerta para ella, Kai se dio la vuelta, solo para volver unos segundos después con otra silla.

—Es pequeño —dijo Rhianne, su voz resonando en el diminuto refugio de paredes de cristal. El espacio no era más grande que un sello postal, o un metro ochenta por noventa centímetros,

para ser exactos. Mientras se acomodaban, frente a frente, sus piernas se entrelazaron y sus manos gravitaron juntas.

—No importa —dijo Kai, su sonrisa ensanchándose, mientras su pulgar trazaba círculos en la parte interior de la muñeca de ella.

No, a Rhianne tampoco le importaba. —No quiero interrumpir tu trabajo.

—De todas formas ya casi había terminado —descartó Kai con un gesto de la mano, su atención completamente en ella—. ¿Qué tienes en mente? Tienes esa mirada.

—¿Y qué mirada sería esa? —preguntó Rhianne, inclinando la cabeza.

—Esa que dice que una locomotora a vapor está trabajando a toda velocidad dentro de tu cabeza, procesando ideas y pistas —dijo él.

Rhianne se rio, pero no estaba equivocado. Tal vez exponer sus descabelladas teorías llevaría a algunas nuevas ideas. —Justo antes de venir aquí, tuve un encuentro interesante.

—¿Ah, sí? —Kai se inclinó hacia adelante, arqueando una ceja en anticipación.

—Me encontré con Pamela; es la esposa de Peter Hawthorn. —Rhianne había puesto a Kai al día sobre todos los actores principales cuando él llegó.

—Parece que, además de ser tradicionalista, también es un poco tirano con la familia.

Un grupo de escolares pasó paseando; su presencia marcada por las risitas de las chicas que les lanzaban miradas curiosas.

La expresión de Kai se ensombreció y sus facciones se fruncieron. —¿Es abusivo? —Bajó la voz, pero las palabras sonaron cortantes.

—No lo creo. —La mirada de Rhianne se desvió hacia el espectáculo pasajero de la vida en la biblioteca antes de volver rápidamente a Kai—. Pero no estoy segura.

Una punzada de culpa le oprimió el pecho; no había pensado en buscar signos obvios como moretones. Pero luego sacudió la cabeza: había caído en la trampa de pensar que el abuso era físico. En realidad, el abuso mental podía tener consecuencias mucho más devastadoras.

—Crees que eso lo convierte en un sospechoso más probable —dijo Rhianne, los engranajes de su cabeza girando a toda velocidad.

Kai se pasó la mano por el pelo. —Cualquiera que se aprovecha de aquellos que no pueden defenderse probablemente sea capaz de cometer un asesinato.

No podía discutir el punto, pero necesitaba pruebas. Ser capaz y cometer el acto eran dos cosas distintas.

—Cierto, pero sin una miga de evidencia, básicamente estamos haciendo sándwiches con especulaciones. Y en cuanto a la lista de sospechosos, todos siguen en el bufé, excepto tal vez

Martin.

Mientras las palabras salían de su boca, la familiar melodía del móvil de Kai los interrumpió. Él le echó un vistazo rápido, el timbre cesando tan abruptamente como había comenzado. —No es importante —dijo Kai ante la mirada interrogante de Rhianne—. ¿Por qué Martin está fuera de la lista de sospechosos?

Cierto. Había estado tan absorta en la charla con Pamela que se había olvidado de mencionar su encuentro anterior.

Para cuando terminó de contárselo, Kai estaba frunciendo el ceño por completo. —Eso fue peligroso. Podría haber sido el asesino. Nunca debí dejarte para llevar a Nel.

—Al final todo salió bien. Lo que me recuerda, ¿dónde dejaste a Nel? —preguntó Rhianne, tratando de alejar el barco de la conversación de las costas rocosas de la preocupación de Kai. Estaba ansiosa por cambiar de tema. Y como había dicho, no pasó nada.

Kai le dio un apretón en la mano, un mensaje silencioso pero elocuente de que se había dado cuenta de sus tácticas de distracción pero seguiría el juego. —En el aeropuerto. Tenía prisa, y un avión estaba por salir en otra hora.

—Supongo que no te dijo de qué se trataba la prisa, ¿verdad?

Kai se burló. —Apenas dijo una palabra después de que nos fuimos. Aunque sí logró decir un "gracias" cuando le confirmé su gran escape, quiero decir, la hora de su vuelo. —Sonrió.

Bueno, al menos Nel había sido educado, pero incluso eso sonaba fuera de carácter.

Si Nel tenía asuntos urgentes en Sídney, su instinto habría sido correr por la autopista en uno de sus coches ultrarrápidos, pero ninguno estaba disponible aquí. Por supuesto, tomar un avión era más rápido, y también le ahorraba la molestia de potencialmente enredarse con la policía por una multa de exceso de velocidad.

Claro, podría salirse con la suya y evitar una multa con el encanto del íncubo experimentado que era, pero aun así pondría un freno en sus planes; por lo tanto, el papel de Kai como el héroe inesperado de la hora.

¿Qué podría haber sido tan urgente como para alejarlo? Otra teoría surgió en su mente, como un anuncio no deseado en una película de espías. ¿Estaba huyendo asustado? Esa línea de pensamiento, como un puente construido sobre arena, se derrumbó bajo el peso de su propia implausibilidad.

Nel, con su apetito por el peligro, era más parecido a una polilla coqueteando perpetuamente con la llama. Lejos de tener alguna señal de alarma, las había empeñado hace mucho tiempo por una dosis de adrenalina. En el mundo de los buscadores de emociones fuertes, Nel competía por

el oro, tratando el peligro no como una advertencia para retirarse sino como una invitación a bailar.

Miró su móvil. Ni una palabra de Nel. Tal vez podría llamar a Robert, el mano derecha o enano de Nel, para ver si podía arrojar algo de luz sobre los asuntos urgentes de Nel.

Rhianne volvió al presente, apartando sus preocupaciones sobre Nel por el momento. Había misterios que resolver aquí y ahora, y las escapadas de Nel, por intrigantes que fueran, tendrían que esperar. —Entonces, si elimino a Martin, eso deja a Peter, Brenda y Luke —dijo Rhianne.

—Estás asumiendo que el secuestrador y el asesino son la misma persona —dijo Kai.

La idea apretó un corsé invisible alrededor del pecho de Rhianne. —Lo estoy haciendo, ¿verdad? —Suspiró—. Parece una coincidencia del demonio de lo contrario. Pero tienes razón. —Por supuesto que la tenía—. Necesito mantener la mente abierta.

Se dio golpecitos en la barbilla, su mente un torbellino de pistas y estudios de personajes. —Si solo estuviera mirando sospechosos del asesinato, entonces agregaría a Pamela a la lista. —Rhianne recordó la mirada de desprecio que Pamela tenía en su rostro cuando había hablado sobre Elvira tratando de consolar a Luke—. Pero en la cima de mi lista está Peter, seguido de cerca por Brenda. Ambos son arrogantes, y estoy bastante segura de que piensan que también serían una mejor Anciano Hoja. ¿Toda esta farsa de tradición que están desfilando? Es tan genuina como un billete de quinientos euros. Es su manta de seguridad, ocultando su miedo al cambio. Para ellos, mantener el status quo es un símbolo de poder y control absolutos.

—Como no usan mucha tecnología, lo único que encontré es que todas sus finanzas parecen estar en orden. No hay señales de alerta en su calificación crediticia ni transacciones sospechosas reportadas —dijo Kai, desplazándose por sus hallazgos.

Rhianne abrió los ojos. —¿Y desenterraste este tesoro de nada cuándo? —Había poca recepción en la cabaña de Elvira. Incluso si Kai hubiera conseguido algo de señal, habría sido como intentar descargar internet a través de una pajita, y ¿no era ya muy tarde entonces, sin mencionar los impactos físicos y mentales de su misión de búsqueda y rescate?

Kai se sonrojó de nuevo, y Rhianne extendió la mano para acariciar su mejilla. —Hice una búsqueda esta mañana cuando llegué aquí. Internet es bastante rápido.

Un gran elogio, de hecho, de su mago tecno. Se rió, ya diseñando en su mente la camiseta perfecta: “Trabajaré por Wi-Fi ultrarrápido”.

—¿No se suponía que estarías ocupado con tus propias cosas hoy? —regañó Rhianne, la culpa mordiéndola. Las habilidades de Kai en la investigación financiera estaban muy solicitadas.

—Ese tipo de búsqueda solo toma unos minutos. —Kai se encogió de hombros—. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Necesito rastrear a Isobel, que me está evitando; ver si tiene algo nuevo que decirnos. —Rhianne suspiró.

—Oh, sí, ¿qué pasó con todo eso anoche? —preguntó Kai.

Rhianne se dio cuenta de que no había tenido tiempo de contarle a Kai sobre Isobel. —Ella es un djin, y me dejó usar un deseo para sacar a Asher.

Las cejas de Kai se dispararon hacia la órbita. —¿Ese es su gran secreto? ¿Un djin genuino, que vive en una botella y concede deseos? Y yo pensaba que solo existían en las películas y en los disfraces cursis de Halloween. Espera, ¿es fue lo que causó toda esa rareza anoche entre Nel e Isobel?

Parecía que Kai no estaba tan fuera de onda como actuaba. O tal vez archivaba cualquier cosa emocional bajo “fenómenos alienígenos” y seguía adelante.

—Sí, lo fue. Nel puede estar huyendo; algo sobre su emparejamiento podría causar problemas. Tendré que preguntarle a Toto —dijo Rhianne.

Kai se burló y sacudió la cabeza. —Nel es muchas cosas, pero un cobarde no es una de ellas. Está tramando algo.

—Nel siempre está tramando algo. De todos modos, tengo que encontrar el laboratorio donde está Isobel y hacerle una visita —dijo Rhianne, poniéndose de pie y estirándose hasta que sus dedos rozaron el techo.

—Iré contigo. Además, puedo rastrear su móvil y ver en qué laboratorio está en caso de que no sea la morgue.

* * *

Resultó que Coffs no tenía morgue, ¿quién lo hubiera pensado? La más cercana estaba a unas horas en coche. Kai siguió el rastro digital de Isobel hasta el hospital principal.

Allí, después de navegar por un laberinto de pasillos y consultar con enfermeras tan amables como atareadas, finalmente dieron con el laboratorio que Isobel había convertido en su fortaleza personal.

Kai levantó la mano para llamar, pero Rhianne, rápida de reflejos, lo adelantó para abrir la puerta. Tenía un ligero temor de que avisar a Isobel pudiera desencadenar su característica desaparición.

—Te he traído pan de plátano con extra macadamias —dijo Rhianne, esgrimiendo la rebanada como una ofrenda de paz. No solo era valiente; era *estratégicamente* valiente. Apostar por el notorio gusto de Isobel por los dulces parecía un buen plan para amenizar su encuentro.

Isobel, vestida con su bata de laboratorio y guantes marcados por el trabajo del día, y sosteniendo un recipiente de metal, no se quedó atrás. —¿Sabes? Un café también habría estado bien. El brebaje que venden aquí como café debería ser un crimen. Sabe como si hubieran confundido el charco de barro de atrás con una mezcla de espresso de lujo.

¡Ajá! Isobel estaba empleando la vieja técnica de fingir que no había pasado nada. A Rhianne le venía bien. Por ahora.

—Voy a ver qué tienen para ofrecer —dijo Kai, y con eso, se fue, deslizándose por la puerta tan rápido como si estuviera esquivando el deber de lavar los platos después de una cena familiar. Tal vez estaba siendo útil, o estaba evitando una conversación potencialmente cargada de emociones. Probablemente ambas cosas.

El espacio era definitivamente de laboratorio, aunque carecía del drama expansivo de la morgue de Sídney. Una pared era el sueño de una feria de ciencias, abarrotada de tubos y aparatos por doquier. En el lado opuesto, el cuerpo de Elvira ocupaba el centro del escenario en una mesa metálica, con aspecto apacible.

Los gabinetes metálicos cercanos probablemente eran el salón VIP para los difuntos que esperaban su último viaje en Uber.

Rhianne se estremeció, el frío de la habitación se colaba a través de su chaqueta. Isobel, por otro lado, debía prosperar en un frigorífico o ser parte pingüino.

Rhianne se rio: asociaba a los djinés con desiertos y calor. Con un movimiento de cabeza, intentó apartar estos pensamientos fuera de lugar como si fueran migas no deseadas.

—Sé que no ha pasado mucho tiempo, pero esperaba que hubieras encontrado algo más —dijo Rhianne.

Isobel ofreció una sonrisa, no del tipo «encantada de que preguntaras», pero se acercaba. —En realidad, me he topado con algo. No estoy segura de que sea el avance que buscas, pero ven a echar un vistazo.

Mientras Rhianne se acercaba de puntillas, cada paso se sentía como caminar sobre un suelo cubierto de cáscaras de huevo, su estómago se retorcía de reluctancia. Se enorgullecía de no ser aprensiva, pero seamos sinceros, hay fuerte y luego está lo de «mantener una conversación con un corazón» fuerte. —¿Quizás podrías contarme los hallazgos desde allí? —Rhianne se detuvo,

mirando el corazón real en el recipiente que Isobel sostenía como si pudiera empezar a recitar a Shakespeare.

Isobel suspiró. —No importa. —Dejó el recipiente y rodeó el carrito con los restos de Elvira. Después de tirar dramáticamente sus guantes a la basura, caminó hacia el lavabo. —Elvira tuvo un fallo cardíaco —dijo, abriendo el grifo.

—¿Estás diciendo que el monóxido de carbono no la mató? —El corazón de Rhianne se aceleró. ¿Era esto una señal de que Elvira no había sido asesinada después de todo? Se encontró retrocediendo hasta que su espalda tocó la pared, donde se apoyó para sostenerse.

Isobel comenzó a lavarse las manos metódicamente con jabón. —Técnicamente, murió de un fallo cardíaco inducido por una combinación de doxepina y monóxido de carbono.

Rhianne ladeó la cabeza, todas sus teorías chocando y reacomodándose en su mente. —¿Se sobredosificó?

Cerrando el grifo y alcanzando unas toallas de papel, Isobel respondió: —No lo sabré con seguridad hasta que lleguen los resultados de las pruebas toxicológicas. Los niveles determinarán la causa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rhianne.

—El frasco de Deptran lleva advertencias para personas con enfermedades cardíacas. Puede aumentar la presión arterial y provocar un ataque al corazón, lo que ocurrió en este caso. Por supuesto, el monóxido de carbono también ayudó. Es posible que incluso sin el monóxido de carbono, hubiera muerto de todos modos —dijo Isobel.

—Así que puede que haya sido asesinato o no. —Rhianne tiró de su coleta.

Isobel caminó hacia ella y le quitó la bolsa con la rebanada de pan de plátano de los dedos sin resistencia.

—¿De qué me he perdido? —dijo Kai al entrar en la habitación, sosteniendo una taza humeante.

—Elvira tenía enfermedad de las arterias coronarias —dijo Isobel, dando un mordisco al pan de plátano.

Kai arqueó una ceja mientras le entregaba el café a Isobel. —¿Fue un accidente?

Apartándose de la pared, Rhianne comenzó a caminar por la habitación. —No, no es tan simple. Incluso si la condición cardíaca de Elvira y el Deptran podrían haber sido letales por sí solos, añadir monóxido de carbono a la mezcla definitivamente aceleró las cosas. Además, está todo el asunto del monóxido de carbono introducido y luego retirado de la escena. Eso huele a intención de matar.

—¿Deptran? —preguntó Kai.

—Oh, ¿no lo mencioné? Isobel encontró un frasco de Deptran en la mesita de noche de Elvira; su componente químico, la doxepina, es un sedante —dijo Rhianne con un gesto de la mano.

—¿No dijiste que Elvira rehuía a los médicos?

Jugueteando con su coleta una vez más, Rhianne comenzó su marcha de ida y vuelta. —Sí, ella era toda una defensora de lo herbal. ¡Espera! ¡Adelfa! —Se quedó paralizada, un momento de iluminación deteniendo su paso a medio camino. —¡Eso es! Por eso tenía un poco en su reserva de hierbas. Algunas personas juran que es el secreto para el bienestar del corazón. Elvira debía saber sobre su condición cardíaca. —La adelfa era notoria por ser venenosa, y Rhianne no era de las que se metían con plantas peligrosas, pero conocía todas las leyendas populares.

Isobel tomó un sorbo de su café, una pequeña sonrisa satisfecha se extendió por su rostro. —Les pediré que también busquen rastros de eso; puede haber sido un factor contribuyente si fue lo suficientemente tonta como para ingerirla.

—¡Espera! —Rhianne se volvió hacia Kai. —¿Qué dijiste hace un momento?

—¿Que a Elvira no le gustaban los médicos? —preguntó Kai, parpadeando mientras Rhianne avanzaba hacia él.

—¡Eso es! ¿Cómo pude olvidarlo? —El cerebro de Rhianne entró en sobremarcha, y reanudó su paseo con renovado vigor. —El Deptran no era para Elvira; estaba recetado a Antonia Hawthorn. Elvira despreciaba la medicina moderna, ¿por qué lo tomaría? ¡Necesito hablar con Antonia!

Sin decir una palabra más, Rhianne salió corriendo por la puerta con Kai pisándole los talones.

CAPÍTULO 28

—¿A dónde vamos? —preguntó Kai mientras se acomodaba en el asiento del conductor de su Tesla. Habían elegido el coche de Kai porque, entre la camioneta y este… bueno, no había comparación.

—Al salón de belleza de Maggie —dijo Rhianne. Su sentido de la orientación era tan malo que probablemente podría perderse en una calle de sentido único. ¿Intentar volver sobre sus pasos? Ni pensarlo. Sería como tratar de navegar por el Triángulo de las Bermudas con una brújula. Así que ahí estaba, tocando su móvil para que le escupiera indicaciones. ¿Cómo se las arreglaba antes de que existiera el GPS? Pero Kai ya iba un paso por delante. La voz de su móvil los guiaba con un tono suave y melodioso.

No pudo evitar impresionarse. Kai manejaba los gadgets con la facilidad de un chef volteando tortitas. Y, sin embargo, era tan modesto al respecto que ella olvidaba que probablemente podría hackear un satélite si quisiera.

No había nada normal en su cerebro ni en su amabilidad: estaban fuera de serie. Le lanzó una mirada cariñosa, sintiendo una oleada de calidez burbujeando en su interior, y un suave escalofrío le recorrió el pecho.

En Coffs, todo estaba tan cerca que era cuestión de estornudar y perderse el trayecto. Y antes de que Rhianne pudiera compartir el loco desvío que había tomado su cerebro, ¡zas!, ya estaban allí. Como una bala, salió disparada del coche y se dirigió directamente al salón de belleza.

La misma recepcionista seguía al mando detrás del mostrador, con su atención más centrada en su obra maestra de esmalte de uñas que en la clientela.

—Ah, eres tú —dijo con desgana, levantando la vista con toda la emoción de un robot en modo de espera—. Tiene sentido que hayas vuelto —añadió, mirando el pelo de Rhianne como si fuera un rompecabezas al que le faltaran algunas piezas.

La mano de Rhianne voló hacia su coleta, como si quisiera confirmar que no se había amotinado. Su rutina matutina había consistido en un lavado rápido y un recogido aún más rápido. La excusa perfecta para buscar a Antonia, la encantadora del cabello.

—¿Está Antonia hoy? —preguntó Rhianne.

Kai se había quedado fuera, su atención capturada por algo indudablemente fascinante en su móvil.

—No, Antonia tiene media jornada; no vendrá hasta la una —respondió la recepcionista con todo el entusiasmo de alguien leyendo la guía telefónica—. ¿Quieres reservar con alguien más? —Su mirada se deslizó hacia el misterioso más allá del salón.

Una mirada a su reloj le indicó a Rhianne que faltaba una hora y media para eso. —Volveré entonces —dijo.

La recepcionista, ahora haciendo de escriba a regañadientes, sacó una libreta. —¿Un lavado y peinado? —preguntó, con el lápiz en ristre mientras masticaba chicle.

—Sí, gracias —dijo Rhianne.

Cuando Rhianne salió antes de lo esperado, Kai arqueó una ceja en ese gesto de "¿Y bien, cómo te fue?".

Ella sacudió la cabeza. —Antonia no llega hasta la una. Vamos a la cafetería, a ver si Pamela está por allí —Porque, después de todo, la madre de Antonia era la siguiente mejor fuente sobre la historia de cómo el Deptran había llegado a manos de Elvira.

Las probabilidades de encontrar a Pamela aún saboreando su café con leche matutino no eran buenas; y, como era de esperar, no había ni rastro de ella.

Rhianne tiró de su coleta, sintiendo ese nudo de anticipación en el estómago. Estaba al borde de un gran avance, tan cerca que casi podía oír el redoble de tambores. La idea de volver al interior pasó por su mente, una apuesta arriesgada sobre si Antonia aún podría estar holgazaneando en casa. Pero contar con eso era como esperar un chaparrón en el Sahara: emocionante si ocurría, pero no merecía la pena contener la respiración. Podría acabar en una búsqueda infructuosa o, peor aún, toparse con el padre de Antonia y chocar contra un muro conversacional.

—¿Puedo ayudar? —Kai irrumpió en su torbellino de pensamientos con su habitual calma.

—No es que sea una cuestión de vida o muerte hablar con Antonia ahora mismo, pero no puedo evitar sentir que estoy tan *cerca*. Además, aunque ahora tenemos a Asher, estoy bastante segura de que es solo cuestión de tiempo antes de que quien esté moviendo los hilos lo intente de nuevo. Y el abuelo es un objetivo —dijo Rhianne, mordiéndose el labio. La sensación de inquietud permanecía, como un reloj que hacía tictac en modo de cuenta atrás.

—Quieres hablar con Antonia ahora —dijo Kai, leyendo entre líneas y captando su ansiedad —. ¿Crees que ha vuelto a su casa?

—Tal vez, pero conseguir que hable con nosotros con su madre y su padre alrededor sería como intentar colar un amanecer ante un gallo. Además, no quiero darles pistas de que sé lo del sedante —dijo Rhianne.

Para entonces ya habían entrado en la cafetería, con Kai abriendo camino como si estuviera apartando el mar de incertidumbre. Si al barista le pareció extraño que Rhianne volviera tan pronto, no dijo nada.

—Un chocolate caliente para mí, por favor —Kai se volvió hacia Rhianne.

—Para mí un latte de matcha —dijo Rhianne, con la mirada fija en el exterior con la vana esperanza de ver a Antonia merodeando por allí.

Se sentaron junto a la ventana, y la mente de Rhianne trabajaba a toda velocidad. No tenía sentido que la medicina de Antonia estuviera en la mesita de noche de Elvira. Quizás el asesino tenía tanta prisa por coger el calentador que se olvidó de ella o pensó que nadie se daría cuenta. Un poco descuidado, pero podía pasar: hasta los villanos tienen días malos.

Rhianne supuso que el culpable no esperaba que nadie metiera las narices, con la esperanza de que todos lo atribuyeran a que Elvira había fallecido mientras dormía. Pero luego estaba el secuestro de Asher, que realmente echó por tierra los planes, haciendo que todos miraran dos veces la muerte de Elvira.

La única explicación que tenía sentido era que Asher había visto algo que no debía, y necesitaban silenciarlo. Y si se hubiera encontrado ese calentador, habría hecho que Asher pareciera culpable si hubiera “huido”.

—¿Qué más sabes sobre Antonia? —preguntó Kai.

—Apenas un titular —respondió Rhianne, mientras la camarera dejaba sus bebidas. Envolvió sus manos alrededor del matcha, dejando que el calor se filtrara—. Sobre todo estaba intentando obtener información sobre Asher, pero ella se salió del guion hablando de que su padre estaba atrapado en la “Edad de Piedra”.

Kai se rio, atacando la espuma de su chocolate caliente con una cuchara. —Continúa —dijo, con espuma en la nariz.

Rhianne se inclinó y lo limpió con el pulgar. Miró por la ventana. El ajetreo del almuerzo estaba convirtiendo la calle en una conga de movimiento lento, pero aún no había señales de Antonia. —Dijo que tenía un novio agradable, pero su padre no lo aprobaba —Rhianne pensó que no importaba cuán agradable fuera el novio —sólido era la palabra que Antonia había usado — si no era un dríade, no iba a convencer a su padre—. El chico es aprendiz de mecánico.

—¿Mencionó algún nombre? —preguntó Kai, con la voz amortiguada por el malvavisco en su chocolate caliente.

—Larry… algo. No, espera, era Lance. Pero no mencionó su apellido —se corrigió Rhianne, sintiendo un destello de esperanza en su pecho. Quizás Antonia estaba con Lance. Pero perseguir a un fantasma sin apellido se sentía como intentar atrapar humo con una red.

—Lo tengo —dijo Kai, levantando la vista de su móvil con una sonrisa triunfante.

—¿Cómo? Es decir, es genial, pero… ¿cómo? —La curiosidad la carcomía; encontrar a Lance era un verdadero premio.

—En Coffs Harbour hay cuarenta y ocho talleres mecánicos, pero solo uno tiene un Lance. O debería decir, Lancelot —Kai se rio—. Resulta que "Lancelot" no es tan popular como antes.

En un gesto espontáneo, Rhianne se inclinó para besarlo, sus labios dulces con los restos de su bebida. —¿Alguna vez te dije que eres un genio? —La emoción zumbaba en sus venas como electricidad. Lance podría estar libre hoy, y la presencia de Antonia allí era una posibilidad remota, pero era una pista.

—¿Lista para irnos? —sonrió, energizada por el avance.

Kai respondió tomando un último sorbo de su chocolate caliente, mientras Rhianne lo imitaba con su matcha, apenas saboreando su bondad terrosa. Su mente ya estaba adelantándose a su próximo movimiento.

De vuelta en el coche, los tonos reconfortantes de su GPS fueron su guía constante, navegándolos por las calles hasta que se detuvieron en el taller mecánico.

Entraron en el área de recepción, un acogedor choque de tecnología y piezas de automóviles: dos robustos escritorios con monitores dobles ocupaban la mayor parte del espacio. Los neumáticos hacían una declaración artística en una pared, y un par de plantas resistentes intentaban suavizar el ambiente industrial.

Solo un escritorio estaba ocupado, el tipo detrás de él golpeando su teclado hasta que los vio. Hizo una pausa, ofreciendo una sonrisa que se sentía como una cálida bienvenida.

—Hola, ¿está Lance por aquí? —Rhianne fue directo al grano.

La cabeza del hombre se inclinó, un silencioso "¿Eh?" escrito por toda su cara. Este tipo de pregunta directa sobre un aprendiz de mecánico podría haber provocado más sospecha en un lugar ajetreado como Sídney, pero aquí, la actitud relajada del campo prevalecía. —Está en su descanso —dijo.

El corazón de Rhianne se hundió un poco, tan cerca y tan lejos. Pero antes de que la desesperación pudiera asentarse demasiado profundo, añadió: —Probablemente lo encuentren en

el café de la cuadra.

Claramente era el día de los cafés. Rhianne ya había probado suficientes tés chai como para flotar un pequeño barco. Si seguía así, pronto podría escribir una guía completa de los mejores (y peores) lugares de café de la ciudad.

Después de agradecer al hombre, que les dio indicaciones, Kai y Rhianne se pusieron en marcha a pie. El café estaba a un corto trecho hacia el océano, y mientras caminaban, Rhianne fue serenada por el estruendo de las olas y el fresco aroma a sal marina que le recordaba a sus patatas fritas favoritas.

Desde fuera, el café lucía un ambiente industrial chic: todo hormigón gris y tan acogedor como un búnker en un día soleado. Pero el interior contaba una historia diferente, como si el exterior fuera solo una cáscara dura protegiendo su lado más sensible.

Un largo mostrador de madera en forma de L ocupaba un tercio del espacio. Estaba acompañado de taburetes de madera, sus superficies mostrando la suave pátina y las suaves muescas de años de uso. Las pocas mesas estaban esparcidas en el interior, permitiendo un baile de clientes que iban y venían mientras hacían sus pedidos para llevar.

Detrás de un panel de vidrio, un desfile de pizzas y sándwiches, dispuestos con precisión militar, parecía burlarse de la disposición casual de las mesas.

Mientras los ojos de Rhianne comenzaban a hacerse amigos de la tenue luz —cortesía de una lámpara de araña de latón que tomaba su trabajo de iluminación con pereza casual— avistó a Antonia.

Estaba acurrucada en una de las mesas del fondo, en compañía de un hombre que no vestía el mono de mecánico con el que Rhianne lo había vestido mentalmente. En su lugar, llevaba vaqueros y una camiseta. Su cabello era un manifiesto casual de ondas rubias arenosas, y la pareja estaba tan absorta el uno en el otro, con las manos entrelazadas, que Rhianne casi esperaba que empezaran a darse de comer trozos de pizza mutuamente.

De pie allí, Rhianne se encontró en un aprieto. Estaba a punto de acercarse cuando su cerebro le recordó útilmente su último encuentro: no le había dicho la verdad sobre quién era. ¿Qué decir ahora? Mientras malabaraba con posibles excusas y disculpas en su mente, los ojos de Antonia se levantaron y se encontraron con los suyos. Su rostro se iluminó con una sonrisa.

—¡Eh, Rhianne, aquí! —La voz de Antonia cortó el murmullo ambiental del café, atrayendo la atención de al menos otras tres mesas.

—Hola Antonia. ¿Cómo estás? —dijo Rhianne, acercándose.

Lance, que no se molestó en ocultar su curiosidad, alternó su mirada entre Rhianne y Kai, quien había decidido que mezclarse con el papel tapiz era su mejor curso de acción.

—¡Te acuerdas de mí! —El tono de Antonia era un cóctel de sorpresa y deleite. Luego se giró hacia Lance, sus ojos brillando con la alegría de compartir un momento de orgullo—. Es una clienta mía —Los ojos de Antonia se fijaron en su coleta y frunció el ceño, pero luego sacudió la cabeza—. Deberías probar totalmente la pizza margarita —Su plato mostraba dos tercios restantes de su porción.

—En realidad, ¿podemos hablar? —dijo Rhianne, sus dedos traicionándola al juguetear con su coleta. Tal vez debería mantener esa cita de peluquería con Antonia, después de todo.

—¿Oh? —preguntó Antonia—. Claro, tomen unas sillas —Orquestó un pequeño movimiento, incitando a Lance a acercar su silla, haciendo espacio para que Rhianne y Kai se unieran al acogedor cuadro.

Tomando una respiración profunda, Rhianne se preparó para el salto. —Tengo una pequeña confesión que hacer. Mi abuelo es el… —Rhianne miró a Lance pero siguió adelante—, Anciano Angelo.

La reacción de Antonia no tuvo precio: sus ojos se agrandaron como platos. —¿Tú eres la misteriosa nieta? Oí a mis padres susurrar sobre ello, pero se callaron cuando les pregunté acerca de ti.

Rhianne no creía que la comunicación abierta fuera algo común en la casa de los Hawthorn. Sin embargo, su visita e investigación no eran un secreto. Tal vez Peter y Pamela estaban preocupados de que Antonia se lo contara a otros.

—Sí, estaba… estoy ayudando a encontrar a Asher —dijo Rhianne. Mejor no mencionar el asesinato delante de Lance. Lance ni siquiera había pestañeado ante la mención de “Anciano”, lo que sugería que Antonia le había dado un resumen sobre la comunidad de los dríades.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —Pero Antonia continuó sin hacer pausa para una respuesta—. Lo entiendo, a los ancianos no les gusta que nadie sepa de sus asuntos. —Puso los ojos en blanco—. Al menos tu abuelo es más moderno. A mi padre puede que no le guste, pero es un buen Anciano Hoja.

Mmm. A Peter no le gustaban muchas cosas.

—Tengo una pregunta… algo un poco personal —dijo Rhianne, y Antonia lanzó una mirada a Lance.

—Adelante, pregunta —dijo Antonia, su mano encontrando la de Lance como para anclarse —. No tengo secretos con Lance. Y quiero ayudar a Asher.

Una camarera se acercó para tomar sus pedidos. Rhianne estuvo a punto de decir que no, pero encontró que su determinación se derretía más rápido que el queso en la pizza de Antonia. —Tomaré una porción de pizza margarita —dijo.

—Yo tomaré el sándwich vegetariano —dijo Kai cuando la camarera dirigió su atención hacia él.

Con la camarera despachada, Rhianne volvió a centrar la conversación en Antonia. —Encontramos un frasco de Deptran en la casa de Elvira.

Las mejillas de Antonia se tornaron de un intenso color rojo, sus ojos volvieron a mirar a Lance. Él le ofreció un asentimiento.

—Lo conseguí en el médico, pero no era para mí —dijo Antonia—. Mi madre ha tenido muchos problemas para dormir, y las hierbas no estaban funcionando, así que las conseguí para ella. Funcionaron, pero papá se enteró y las tiró. —Se mordió el labio, un gesto que insinuaba que podría haber más en la "saga de la eliminación", sin duda, algunas amenazas y gritos—. Al menos eso dijo, que las tiró.

Y todos los caminos llevaban de vuelta a Peter.

—Gracias, Antonia; eso es realmente útil —dijo Rhianne, intentando una sonrisa que esperaba se viera más reconfortante que desconcertada.

Su porción de pizza hizo una gran entrada junto con el sándwich de Kai, proporcionando a Rhianne la excusa perfecta para ocupar sus manos y boca en algo que no fuera navegar por las preguntas escritas en toda la cara de Antonia.

Kai se levantó, dio un paso lateral hacia una consola contra la pared, y regresó con una jarra de agua y un par de vasos. Llenó los vasos y deslizó uno hacia Rhianne.

—¿Crees que Asher está bien? —preguntó finalmente Antonia.

—Espero que sí —dijo Rhianne con sinceridad.

Lance echó un vistazo a su reloj, provocando un suave apretón de mano de Antonia. —Lance tiene que volver al trabajo, y yo tengo que regresar a la peluquería. ¿Hay algo más que necesites saber?

Muchas cosas.

Pero ninguna que Antonia pudiera responder, así que Rhianne negó con la cabeza. —No, está bien. ¿Podrías mantener esta charla entre nosotros? Guardarlo en secreto, por así decirlo. —Era mucho pedir, pero dejar que Peter se enterara de esto ahora, cuando su bolsa de evidencias estaba tan vacía como el sombrero de un mago, no era una opción. Después de todo, había varias razones por las que Elvira podría haber terminado con ese frasco, ninguna de las cuales

necesariamente significaba que Peter la hubiera matado. Podría habérselo dado para que lo desechara, o Elvira podría haberlo encontrado.

Como si le estuviera leyendo la mente, Antonia intervino: —Sabes, mi padre y Elvira eran como dos gotas de agua. —Ella y Lance se levantaron de sus asientos.

¿Estaba Antonia tratando de decir que su padre no había matado a Elvira?

Antonia se movió inquieta, como si fuera reacia a irse. —Ambos eran algo así como anti-modernos, ¿sabes? Como que creen, bueno, "creían" en el caso de Elvira —corrigió con una mueca—, que el progreso había invadido demasiado nuestras tierras. Si los ponías en una habitación, se pondrían poéticos sobre construir un foso para mantener alejado al siglo XXI. Fosos hipotéticos, por supuesto. Ambos sabían que tenían que jugar con el mundo exterior cuando se trataba de cosas prácticas.

Con un gesto de despedida, Antonia y Lance se marcharon, dejando a Rhianne sumergida en un mar de nuevas especulaciones.

—Empiezo a pensar que él lo hizo —dijo Rhianne.

Kai, en medio de un bocado de su sándwich y luciendo tan casual como si estuvieran discutiendo el clima, aclaró: —¿Te refieres a Peter?

—Sí. Es la única historia que encaja sin forzar las piezas. Si Peter conocía bien a Elvira, entonces habría sido fácil deslizar las pastillas de Deptran en su bebida. Podría haber vuelto más tarde y luego colocado el calentador en su dormitorio. —Rhianne levantó la porción de pizza a sus labios.

—¿Por qué matarla? —preguntó Kai.

Rhianne le dio a su porción de pizza la clase de atención que normalmente se reserva para un té fino, usando el momento para reflexionar sobre la pregunta de Kai. —Tal vez estaba molesto porque ella permitió que el abuelo introdujera internet, como meter un zorro en el gallinero. —La teoría se desinfló como un globo mal atado incluso mientras la expresaba—. O tal vez ella fue un daño colateral.

Kai inclinó la cabeza y arqueó una ceja.

—Lo que Peter quiere por encima de todo es convertirse en Anciano Hoja. Necesita o desacreditar al abuelo o forzarlo a renunciar mediante intimidación y miedo —dijo Rhianne, terminando lo último de su pizza.

—Si, como me dijiste, el bosque decide, entonces no creo que lo de desacreditarlo funcione —dijo Kai.

—Desacreditarlo podría no hacer que el bosque le dé la espalda, pero si hace que la comunidad empiece a murmurar, el trabajo del abuelo podría convertirse en una pesadilla. Aunque apuesto más a que Peter está jugando la carta de la angustia. Golpearlos donde duele, ¿no? Elvira y Asher son casos concretos.

¡Ahí! Eso sonaba bien.

Kai ofreció un asentimiento no comprometido. Su móvil sonó y escribió algo en él. —¿Y ahora qué?

CAPÍTULO 29

Rhianne meditó sobre la pregunta de Kai. ¿Y ahora qué, en efecto?

¿Pruebas? No tenían ninguna.

Podrían buscar huellas dactilares en el frasco de Deptran, pero Peter tenía todo el derecho de haberlo manipulado. E incluso si encontraran sus huellas en el calentador, simplemente podría decir que estaba ayudando a Elvira de vez en cuando.

Con Asher inconsciente y sin saber cuándo despertaría, no tenían a nadie que respaldara la historia de su secuestro.

Le dio vueltas al problema una y otra vez en su mente. ¿Qué hay de la trampa mágica en la que había caído? ¿Podrían rastrearla de alguna manera hasta él? Descartó la idea. Si rastrear la magia de los dríades hasta su dueño fuera posible, el abuelo lo habría hecho, a menos que hubiera estado demasiado confundido tratando de encontrarla para pensar en ello en ese momento. Además, cualquier residuo mágico ya habría desaparecido a estas alturas.

¿Conseguir algo útil de los árboles? Sería como pedirle a una roca que contara su historia de vida. Los árboles no eran claros en sus mensajes. Los otros ancianos se reirían de ella si les contara lo que los árboles le habían mostrado.

Respirando hondo, sabía que solo quedaba una cosa por intentar.

—Vamos a picar al oso —dijo Rhianne, más para sí misma que para Kai.

Kai asintió como si este fuera el siguiente paso lógico en su gran plan, pero la confianza de Rhianne comenzó a tambalearse en cuanto las palabras salieron de su boca.

Buscaban una confesión, pero esperar que Peter de repente desarrollara una conciencia era como esperar que un cactus floreciera rosas negras. ¡Había atrapado a un adolescente en una cueva con un cartel de “No molestar”! Sí, Peter no estaba compitiendo por ningún premio humanitario.

Necesitaban ser más astutos que él, tomarlo por sorpresa. Rhianne pensó que su ego podría ser el punto débil en su armadura.

Después de que Kai la dejara en la biblioteca, Rhianne saltó a la camioneta con más determinación que una estrategia firme.

Mientras conducía de vuelta por los sinuosos caminos hacia el interior, las ideas burbujeaban. Descartó cada una, sabiendo que tenían que acertar para atrapar a alguien tan escurridizo como Peter.

El abuelo y Toto estaban haciendo su mejor imitación de estar sentados en el porche cuando Rhianne llegó en la camioneta. Toto se había apoderado de la mecedora, luciendo como un viejo sabio, mientras que el abuelo holgazaneaba en los escalones, estirando las piernas y ocupando la mayor parte del espacio.

Kai estacionó su coche justo al lado de la camioneta, y subieron juntos al porche.

Antes de que Rhianne pudiera decir una palabra, Toto ya estaba de pie, con la cola meneándose y los ojos brillantes.

—Detecté el aroma de un anciano en la cueva. Es probable que haya regresado para cerciorarse de si Asher había sido liberado —dijo Toto.

Lucía una expresión de suficiencia, con una comisura de la boca más alta que la otra y el mentón levantado, como si ya estuviera dando vueltas de victoria en su cabeza.

Rhianne suspiró, odiando tener que arruinarle la ilusión.

—Peter —dijo.

El abuelo arqueó una ceja de esa manera suya que hacía una docena de preguntas sin decir mucho.

—¿Cómo descubriste eso, zarigüeya?

—El frasco de Deptran. Se lo quitó a Pamela y le dijo que lo tiraría. Necesitamos un plan —dijo Rhianne, pasando junto al abuelo para entrar en la cabaña. Un buen plan comenzaba con una buena taza de té.

Con el vapor elevándose de su taza, Rhianne expuso todas las piezas del rompecabezas que habían logrado reunir hasta ahora.

—En mis extensos años, he sido testigo de un espectro de maldad —dijo Toto—. Sin embargo, perpetrar tales actos contra los jóvenes representa una profundidad de crueldad que es imperdonable.

Sorbiendo de su taza, el abuelo permaneció callado, y su tez palideció, volviéndose fantasmal.

Rhianne le lanzaba miradas de vez en cuando, esperando que reaccionara de alguna manera. Tal vez todavía lo estaba procesando. Su corazón se retorció y se apretó ante la evidente tristeza en sus ojos.

El silencio se prolongó, tan denso que casi podía cortarlo. Kai se lanzó a su móvil, sin duda buscando refugio de la tensión.

El abuelo finalmente habló.

—¿Por qué? —Su voz sonaba tensa y ronca.

—No lo sé con seguridad —respondió Rhianne, tratando de suavizar sus palabras.

¿Cómo podría saberlo alguien sin la capacidad de leer mentes? Para ella, la idea de que alguien matara para ocupar el lugar de otro era absurda, pero sabía demasiado bien que la gente había matado por menos.

En la comunidad unida de los dríades, sin embargo, tal traición probablemente se sentiría muy personal para el abuelo.

Rhianne se estrujó el cerebro buscando una manera de formular sus sospechas de manera suave, pero no se le ocurrió nada.

—Mi conjetura es que tiene la mira puesta en convertirse en Anciano Hoja.

Kai levantó la vista de su móvil, demostrando que había estado escuchando después de todo.

—¿Por qué no ir directamente tras tu abuelo, entonces?

—Lo intentó. Esa trampa de niebla mágica probablemente estaba destinada a él, no a mí —dijo Rhianne, lanzando una mirada preocupada en dirección al abuelo.

Negando con la cabeza, el abuelo se levantó y se dirigió a la cocina.

Toto estaba encaramado en un taburete, con los labios apretados en una línea tensa y las orejas pegadas a la cabeza.

—Es el camino de un cobarde: atacar a los indefensos y apuñalar a tu enemigo por la espalda sin revelarte. Tu abuelo es muy poderoso, y él tenía miedo.

El honor era algo importante entre los seres feéricos, y a Toto se le erizó el pelo de ira.

—Empezó poco a poco —dijo Rhianne, siguiendo con la mirada al abuelo mientras hacía su lento recorrido de vuelta a su silla con una taza rellenada en la mano—. Tal vez al principio era más un ataque de venganza mezquina, y fue escalando. Quizás vio que te estaba afectando —dijo.

La cabeza del abuelo giró tan rápido que Rhianne casi pudo oírla.

¡Ups! Rhianne no había querido molestarlo. *Era mejor tenerlo todo al descubierto, ¿no?*

—Tiene sentido que él estuviera detrás del incendio, la desafortunada muerte del perro y ese supuesto accidente con los niños —dijo Kai. Con su intervención, le estaba dando a Rhianne un momento para recomponerse; ver al abuelo tan perturbado era algo inesperado.

—¿Estás diciendo —Abuelo dio un largo trago a su té, del tipo que normalmente abrasaría las papilas gustativas de cualquiera, sin siquiera pestañear— que llegó tan lejos como para matar a Elvira e intentar atacar a Asher, solo para que yo tirara la toalla? —Mientras hablaba, sus cejas se fruncieron y sus ojos se entrecerraron hasta convertirse en meras rendijas.

—Sí, pero no tengo pruebas —dijo Rhianne.

Con un movimiento repentino que pareció surgir de la nada, abuelo empujó su silla hacia atrás con tanta fuerza que se tambaleó y se volcó en el momento en que se puso de pie. Por suerte, había dejado su té sobre la mesa. El corazón de Rhianne latía con fuerza mientras lo veía salir como una tromba por la puerta principal, conteniendo la respiración todo el tiempo.

Cruzó una mirada con Kai, quien extendió la mano y le dio un apretón tranquilizador en el brazo. Rhianne se incorporó a medias, pero Toto dejó escapar un pequeño resoplido. —Déjalo estar, niña. Solo necesita unos momentos, nada más.

Rhianne volvió a sentarse, con la mirada perdida en la ventana. Envió una súplica silenciosa a los árboles, pidiéndoles que vigilaran a abuelo.

La habitación cayó en un silencio cómodo, nadie sintió la necesidad de llenarlo. Veinte minutos después, el abuelo regresó. Su rostro era difícil de leer, pero se mantenía más erguido, sus pasos seguros y decididos.

—¿Cuál es el plan? —preguntó el abuelo. Se quedó de pie apoyado contra la pared con los brazos cruzados.

Rhianne se mordió el labio. ¿Le estaba preguntando a ella? Esta era *su* comunidad, una que la veía como una intrusa entrometida. Pero, por otro lado, el abuelo estaba demasiado cerca de todo esto, sus emociones estaban a flor de piel y nublaban su juicio.

—Creo que deberías convocar una reunión de Ancianos para esta noche —dijo Rhianne.

Él asintió una vez, de forma brusca y rápida, antes de darse la vuelta y desaparecer una vez más.

Kai preparó una sopa de calabaza, y estaban terminando la cena con pan de masa madre cuando el abuelo volvió a entrar. Su cabello era un desastre salvaje y sus ojos parecían haber estado luchando contra un viento feroz, o tal vez un estado de ánimo feroz.

—Queda algo de sopa, abuelo —ofreció Rhianne, esbozando una sonrisa esperanzada. Necesitaba combustible si iba a enfrentarse a lo que la noche le tenía reservado.

—La sopa es una sublime expresión de arte culinario —dijo Toto. Por supuesto, Kai podría haber servido un zapato y Toto probablemente habría cantado alabanzas sobre su textura; pensaba que todo lo que hacía Kai era genial. *Somos dos.*

—No tengo hambre, zarigüeya —rechazó el abuelo con un gesto cansado, haciendo un intento a medias de domar su cabello. Su mano se quedó atascada a mitad de camino, añadiendo una nueva capa de desorden al peinado.

Sin aceptar un no por respuesta, Rhianne lo condujo a una silla con la determinación de un perro pastor guiando a su rebaño. Luego se escabulló a la cocina para servirle un plato de sopa, colocándolo frente a él. —Come —dijo, de pie con las manos en las caderas.

Eso provocó una risita del abuelo. —Estás canalizando a tu abuela, sin duda, dándome esa mirada de "come tus verduras". ¿Te he contado cómo nos conocimos? Ella y un grupo de otras brujas salieron a bailar al bosque para celebrar Samhain, y allí conoció a un árbol encantador. Yo. Caramba, estaba furiosa porque me estaba entrometiendo. Era la mujer más hermosa y exasperante que jamás había visto. —Sus ojos se iluminaron mientras alcanzaba la cuchara, y Rhianne exhaló con alivio.

Después de que el abuelo tomara unas cuantas cucharadas, se recostó. —Tengo la reunión programada para esta noche, un par de horas después del atardecer. —Miró a Kai—. Amigo, esta sopa de calabaza es una maravilla. La mejor que he probado en mucho tiempo.

Kai asintió, con un atisbo de orgullo en su sonrisa, mientras Toto parecía tan satisfecho como si hubiera preparado la sopa él mismo.

—Solo dríades, eso sí —añadió el abuelo, desviando la mirada para incluir a Toto y Rhianne en el aviso.

Porque, por supuesto, Rhianne no calificaba como dríada. *¡Intolerantes!*

—Pero tengo que estar allí —argumentó Rhianne, soltándose el pelo de la cola de caballo y pasando los dedos por los numerosos enredos. No era de extrañar que Antonia se hubiera horrorizado por su estado.

—Lo sé, zarigüeya. Así que he dicho que tienes un montón de información crucial sobre el caso, y han accedido a dejarte participar. —el abuelo untó mantequilla en una rebanada de pan antes de darle un mordisco.

Toto dio un ladrido decisivo. —Me ocultaré entre los árboles. Es imperativo que la seguridad de Rhianne esté bajo la vigilancia de un formidable protector.

—Yo también me quedaré cerca —dijo Kai, sus dedos tejiendo una miniatura red de chispas eléctricas—. He estado trabajando en un inhibidor de firmas mágicas. No me detectarán.

El abuelo abrió la boca para responder, pero Toto lo interrumpió: —Ya he llevado a cabo subterfugios entre los dríades anteriormente; mi forma animal engañará a todos.

Indicando una pausa en el debate, el abuelo levantó las manos. —Un momento, estaba a punto de mencionar que tengo un par de amigos en el mundo de los árboles que pueden echarnos una mano. Envolverán vuestra magia con la suya, haciéndola invisible para los otros ancianos. Y para que quede claro, he tenido mi buena cuota de peleas. Nadie le pondrá un dedo encima a Rhianne mientras yo esté vigilando. —Su mirada se intensificó y apretó la mandíbula. En ese momento, Rhianne vio más allá del alma gentil que le había mostrado los secretos del monte, y vislumbró la fuerza de la naturaleza indómita y formidable que precede a una tempestad.

Los otros dos hombres corearon su acuerdo. Rhianne quería señalar que no era indefensa —se las había arreglado para salir de ese último aprieto, ¿no?— Pero no iba a ignorar el golpe de suerte que había tenido con aquel joven árbol tan dispuesto a echar una mano.

Se estaban enfrentando a alguien que no solo había demostrado estar dispuesto a matar, sino que lo hacía con una despiadada crueldad.

El plan que trazaron era menos un plan maestro y más un “crucemos los dedos y esperemos lo mejor”. Rhianne y el abuelo se presentarían, pondrían las acusaciones sobre la mesa como una carta comodín en una partida de Uno, y esperarían que Peter se derrumbara bajo la presión.

* * *

Con Toto transformado en su majestuosa forma de águila, posado en lo alto de uno de los árboles amigos del abuelo, y Kai escondido detrás del grueso tronco de otro, Rhianne y el abuelo se acercaron al claro.

Habían planeado llegar con antelación, en parte para dar tiempo a Toto y Kai de esconderse estratégicamente, en parte para que el abuelo realizara una comprobación sigilosa de trampas mágicas.

Mientras el abuelo se convertía en un escuadrón antibombas de un solo hombre, inspeccionando el claro, Rhianne intentaba sintonizar con Toto y Kai. Estiró sus sentidos al máximo, captando un atisbo de la presencia de Kai, que podría haber sido su vínculo especial o simplemente un deseo. Toto, sin embargo, permanecía esquivo, indetectable, aunque ella conocía su posición exacta.

Era impresionante, en realidad. Hizo una nota mental para suplicarle a Toto algunas lecciones de operaciones encubiertas. Dado cómo se estaban desarrollando sus aventuras, un par de trucos más bajo la manga no le vendrían mal. No es que estuviera buscando problemas, pero parecían encontrarla con bastante facilidad por sí solos.

Martin apareció primero, saludándolos con un gesto casual.

Brenda llegó después, con postura rígida y la barbilla en alto. No reconoció a Rhianne. —Anciano Hoja —inclinó la cabeza.

—¿Un poco tensa hoy, Brenda? —dijo el abuelo, pero si pretendía que su tono sonara ligero, había fallado, aterrizando más cerca de la reprimenda.

—Has convocado un consejo formal para escuchar los hallazgos de la investigación de tu nieta —dijo Brenda, lanzando una mirada a Rhianne como si hacerlo le costara un pedazo de su alma.

Luke fue el siguiente, deslizándose con una gracia silenciosa y una sonrisa para Rhianne que se sintió como un rayo de sol después de la era glacial de Brenda. —Hola, Rhianne.

Rhianne devolvió el saludo con la mano, agradecida por el rostro amistoso.

Asintiendo a los demás, Luke se apoyó contra un gran eucalipto. —¿Viene Peter?

—Por supuesto que sí —la voz retumbante de Peter llenó el claro. Entró con paso firme, los hombros echados hacia atrás—. Estoy ansioso por escuchar sobre esta investigación.

Cuando Peter miró a Rhianne al mencionar la investigación, sus palabras podrían haber sonado inocentes, pero el tono era cualquier cosa menos eso. Envió un escalofrío por la espalda de Rhianne, erizándole la piel de los brazos.

—Empecemos —el abuelo hizo un gesto hacia el círculo de enormes rocas de arenisca.

Todos encontraron su lugar en las rocas, acomodándose, excepto Rhianne.

De pie frente a los Ancianos, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, Rhianne comenzó: —Investigar un crimen se reduce a tres cosas clave: medios, motivo y oportunidad.

Brenda se burló. —¿En serio? ¿Podemos quizás no empezar con la lección y pasar directamente a lo que encontraste?

Luke chasqueó la lengua ante la impaciencia de Brenda. —Vamos, escuchémosla.

Ignorando los comentarios al margen, Rhianne continuó: —En este caso, todos tenían la oportunidad y los medios. Elvira vivía en una cabaña aislada, pero a poca distancia a pie de todos ustedes. Habría sido fácil aparecer, hacer el acto y regresar sin que nadie lo supiera. Elvira obtuvo el calentador no hace mucho tiempo —Rhianne no mencionó cómo lo había obtenido Elvira; ni siquiera miró en dirección a Martin.

—¿Estás acusando a uno de nosotros de asesinato? —el tono de Brenda alcanzó una nota que solo los murciélagos podrían apreciar, y entrecerró los ojos hacia Rhianne—. ¿Qué hay de ese nieto desaparecido suyo? Parece más que él lo hizo y huyó.

El abuelo golpeó su bastón contra el suelo tres veces, el sonido reverberando. —¡Basta! Deja hablar a la chica —el abuelo se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Brenda, quien frunció los labios y guardó silencio.

—Así que nos queda el motivo —la mirada de Rhianne se desvió hacia los eucaliptos que los rodeaban—. Los árboles me "mostraron" la imagen de un hombre —estiró la verdad como un instructor de yoga empujando para lograr esa flexión extra—, escapando con Asher en un coche.

El rostro de Brenda se sonrojó, y Martin se aclaró la garganta, pero nadie interrumpió. Rhianne tenía que reconocérselo a Peter; no reaccionó en absoluto. Esto estaba resultando ser más difícil de lo que había anticipado. —La misma persona que se llevó a Asher también está detrás de la muerte de Elvira. Le dio un cóctel de Deptran y luego encendió el calentador en su dormitorio.

Por primera vez, Rhianne fijó su mirada en Peter, captando una sonrisa fugaz en su rostro. El corazón de Rhianne se saltó un latido. ¿Había exagerado su mano? ¿Estaba su teoría fuera de lugar?

—Esas pastillas fueron recetadas a tu hija, Antonia, ¿no es así, Peter? ¿Cómo terminaron en la mesita de noche de Elvira? —Rhianne fijó a Peter con una mirada firme, y los demás la siguieron, centrando su atención en él.

Echando la cabeza hacia atrás, Peter se rió, pero sin alegría. —Estaba a punto de tirar esas pastillas cuando las encontré —su expresión se endureció como pan de un día—. Pamela no las necesitaba, pero Elvira dijo que quería estudiarlas, así que le di el frasco. Ella y yo éramos amigos; ¿por qué tendría alguna razón para hacerle daño? —Peter levantó los hombros en un encogimiento casual.

Estaba yendo tan mal como Rhianne había temido; necesitaba encontrar el talón de Aquiles de Peter. —Porque querías convertirte en el Anciano Hoja.

La acusación hizo que todos hablaran a la vez. La voz de Brenda, más fuerte y aguda que el resto, cortó el parloteo. —¡Eso es ridículo! El bosque toma esa decisión.

—Cierto —asintió Rhianne—. Pero ¿y si el Anciano Hoja renuncia?

Brenda y Luke fueron rápidos en descartar la idea, sacudiendo la cabeza, pero Martin se acarició la barbilla, sus ojos pensativos.

—Eso es exactamente lo que Peter esperaba —Rhianne lo señaló, pero Peter mostró una sonrisa más amplia.

¡Maldición! No iba a funcionar; Peter se mantenía firme.

—¿Pensaste que el bosque te elegiría naturalmente como el siguiente? —preguntó Rhianne, tratando de proyectar desprecio. No fue difícil.

La sonrisa de Peter permaneció en su lugar, tan obstinada como una mancha. —Si tu abuelo se hace a un lado, entonces sí, el bosque elegiría a quien considere adecuado.

—¿Y crees que eres tú? —preguntó el abuelo, su voz tan baja que Rhianne tuvo que esforzarse para oírlo.

Encogiéndose de hombros, Peter se puso de pie. —Esto es una pérdida de mi tiempo. Tengo cosas mejores que hacer.

Los demás permanecieron quietos, observándolo, pero sus miradas seguían cada uno de sus movimientos.

Rhianne tenía que llevar las cosas a un punto crítico *ahora*.

CAPÍTULO 30

—No creo que el bosque lo haría, ¿sabes? —dijo Rhianne a Peter.

—¿Perdón? —La sonrisa burlona de Peter desapareció como si la hubieran borrado.

—El bosque no te elegiría —aclaró Rhianne—. Tu magia es demasiado débil.

—Mi magia *no* es débil —Peter se acercó un poco más.

—¡Oh, pero sí lo es! —dijo Rhianne con una sonrisa forzada. Enfrentarse a Peter con cualquier tipo de sonrisa se sentía como agradecer a un mosquito por picarte—. Salí de tu trampa como si fuera un parque infantil.

—¿Qué trampa? —preguntó Martin.

—¡No! —La voz de Peter se elevó casi hasta un grito.

—Oh, ¿pensaste que el abuelo la había activado? —Rhianne se rio—. La niebla fue un buen toque, eso sí. Felicidades por la teatralidad.

Peter apretó los puños, la frustración irradiando de él mientras avanzaba más. El abuelo y Martin se pusieron de pie, alerta.

—¡Imposible! —siseó Peter y dio otro paso hacia Rhianne.

—¿Qué, que esté aquí? —Rhianne lo descartó con un encogimiento de hombros—. Parece que tu pequeño truco de magia no fue rival para una cuarta parte dríada como yo.

El suelo bajo ellos comenzó a temblar, las ramas se balanceaban como si estuvieran atrapadas en una tormenta invisible. El rostro de Peter adquirió un intenso tono de furia, mientras zarcillos verdes se enroscaban a su alrededor como mascotas saludando a su amo.

Brenda y Luke también se pusieron de pie, sus expresiones de ojos abiertos delataban su asombro.

El aire, lleno de un coro de música sobrenatural, señalaba que el propio bosque estaba sintonizando con el enfrentamiento.

El abuelo levantó su bastón, y al instante, zarcillos verdes comenzaron a retorcerse a su alrededor, creciendo y extendiéndose como enredaderas en cámara rápida.

Brenda se mantuvo al margen, pero Martin y Luke se posicionaron justo detrás del abuelo, su propia magia tejiendo rayas verdes en el aire a su alrededor.

—No tienes lo que se necesita para ser el Anciano Hoja, y lo demostraré. ¿O vas a esconderte detrás de Martin y Luke? —se burló Peter, su voz profunda amplificando los temblores bajo sus pies. Rhianne se encontró ampliando su postura para mantenerse erguida.

—¿Estamos hablando de un desafío formal aquí? —El abuelo tuvo que gritar para hacerse oír por encima de la tierra cada vez más agitada y el inquietante sonido de las ramas chocando y gimiendo en el viento.

Peter sacó su propio bastón, intrincadamente tallado y captando la luz de la luna de una manera que lo hacía brillar. —¡Vamos a hacerlo!

La reacción de Brenda fue un fuerte jadeo, sus manos volando a su boca como si tratara de atrapar su alma escapando.

El abuelo miró hacia atrás a Martin y Luke, dándoles un asentimiento silencioso. Martin captó la indirecta y retrocedió para pararse con Brenda, pero Luke dudó, arrastrando los pies, hasta que el abuelo le dio una mirada que no necesitaba palabras. Con un respetuoso asentimiento, Luke también se retiró, dejando al abuelo enfrentarse a Peter solo.

Los zarcillos de ambos hombres se entretejieron en un frenesí, chocando en el aire. Peter se inclinó hacia la batalla, su cuerpo tenso por el esfuerzo, mientras que el abuelo permaneció quieto, exudando la serena confianza de un maestro Zen. El ruido a su alrededor aumentó, sus enredaderas golpeando con resonantes y profundos golpes como tambores, puntuados por una serie de fuertes gruñidos de Peter.

La batalla se intensificó mientras sus enredaderas se retorcían y se agitaban como serpientes en un pozo. Cada giro de los brazos de Peter provocaba una nueva andanada de látigos espinosos que azotaban con ferocidad juvenil. El abuelo, por su parte, contrarrestaba con precisión metódica. Sus movimientos eran lentos pero deliberados, cada giro de su mano tejiendo una barrera defensiva más fuerte. El aire a su alrededor se volvió denso con el aroma de la savia y la tierra.

El bosque circundante respondió a su choque, los árboles alrededor se inclinaron hacia adentro como para protegerse del poder crudo que emanaba de los duelistas. Las aves, sobresaltadas por el alboroto, alzaron el vuelo, sus gritos añadiéndose a la cacofonía. Entonces, cuando una enredadera particularmente grande se rompió con el sonido de un trueno, el abuelo cambió su postura.

Murmuró un encantamiento que parecía extraer la esencia misma del bosque. El suelo bajo los pies de Peter tembló como un conejo tímido, y de él brotaron una multitud de enredaderas que se enroscaron alrededor de sus extremidades.

—¡Te llevaré conmigo! —La voz de Peter cortó el caos, helando a Rhianne hasta los huesos, justo cuando el suelo frente a ella decidió hacerse pasar por una trampilla. Intentó inclinarse hacia atrás, pero era demasiado tarde, y se sintió caer en el vacío. Un grito de ayuda se atascó en su garganta, pero, de repente, estaba sostenida: una rama agarraba un brazo mientras algo con poderosas garras agarraba el otro, deteniendo su caída. El pie que había estado flotando sobre la nada encontró suelo firme de nuevo, o más bien, una plataforma improvisada tejida como una red chispeante.

La forma de Peter brilló brevemente, un destello desesperado en su mirada. La tierra bajo él se agitó y lo tragó entero. Se cerró suavemente, cortésmente, sin dejar más rastro que un tenue contorno en el suelo del bosque.

Como si alguien hubiera presionado el botón de silencio, un silencio cayó sobre el claro, llenado solo por el susurrado chismorreo de las hojas y el distante parloteo de un pájaro.

Mientras la barrera mágica de zarcillos se disolvía, la mirada del abuelo estaba fija en el lugar donde Peter había desaparecido.

El bosque, a través de un parloteo lúgubre y los solemnes llamados de sus criaturas, susurró un mensaje dual: parte lamento por Peter, parte frío reconocimiento de su destino, todo dentro del ciclo restaurador de la naturaleza.

—¡Abuelo! —llamó Rhianne, dándose cuenta de que no podía ir hacia él.

Miró a Toto, que todavía la sujetaba con sus poderosas garras. Ante su mirada, la soltó, y el árbol que la había estado sosteniendo por el otro lado hizo lo mismo.

Corrió hacia el abuelo. —¿Estás bien? —preguntó, examinándolo en busca de heridas. Cuando su mirada se encontró con la de él, vio lágrimas corriendo por su rostro. Él asintió, sin hacer ningún intento de secárselas.

Entonces la golpeó la realidad: Peter no se veía por ninguna parte, ni siquiera una capa de villano ondeando a lo lejos. ¿Este duelo había sido una pelea hasta el punto de desvanecimiento? El shock anterior de Brenda sugería que los duelos de dríades eran poco comunes.

Kai estaba ahora a su lado. —Gracias por la red de seguridad mágica —le dijo con una sonrisa agradecida.

—Tuviste ayuda —respondió Kai, atrayéndola hacia un abrazo. Toto ladró a sus pies, ya de vuelta en su forma habitual. —Y tú, Toto, gracias —dijo ella, saliendo del abrazo de Kai. Examinó la nueva cicatriz de batalla en su chaqueta e hizo una mueca. Ambos brazos empezaban a cantar los blues, anticipando el coro de moretones del día siguiente—. Y gracias a ti también, abuelo.

El abuelo parpadeó como si recién ahora registrara su presencia. —¿De qué hablas, zarigüeya? Estaba concentrado en Peter. No se estaba conteniendo.

—Si no fuiste tú, entonces quién… —La mirada de Rhianne recorrió a Martin, Luke y Brenda, aunque dudaba que Brenda hubiera hecho algo para salvarla.

La negación colectiva con la cabeza dirigió la mirada de Rhianne hacia el eucalipto moteado detrás de ella, que parecía engreído, prácticamente cantando "¿Quién, yo?". Era como si el árbol estuviera listo para su primer plano, el héroe anónimo en un bosque de potenciales salvadores.

El abuelo soltó una risita, del tipo que sugería que acababa de compartir un chiste privado con el universo. Miró a los otros ancianos. —¿No dije que ella podía hablar con los árboles? —Pero su sonrisa se evaporó rápidamente—. ¿Qué te parece si nos vemos más tarde en la cabaña? —dijo el abuelo con un tono insinuante que Rhianne sabía que significaba que era hora de largarse.

Sin más indicaciones, Rhianne, con Toto y Kai a cuestas, se dirigió de vuelta.

—Buen trabajo haciendo que lo admitiera —dijo Kai.

Rhianne había puesto la tetera en cuanto entraron en la cabaña. Ahora ella y Kai estaban sentados juntos, cada uno sosteniendo una taza de té humeante.

—Honestamente, pensé que seguiría negándolo y que habíamos perdido nuestra oportunidad. —Rhianne dio un sorbo al té, y su calor ahuyentó el frío de sus extremidades. Un rápido hechizo de curación anterior se había encargado del dolor en sus brazos.

—Su vanidad fue su perdición —dijo Toto. Se había acurrucado en uno de los sillones y abrió un ojo para hacer su pronunciamiento.

—Lo fue, aunque para ser justos, en realidad no confesó. Simplemente fue y desafió al abuelo. —¿Y si el abuelo hubiera perdido? Rhianne alejó ese pensamiento. El abuelo había ganado, y todos estaban aquí a salvo.

Sin molestarse en abrir los ojos esta vez, Toto dijo: —Fue una batalla espléndida, y tu abuelo luchó bien.

Rhianne dejó su taza y se frotó los brazos. —Fue aterrador, eso es lo que fue. Sé que no debería sorprenderme, pero Peter no mostró señales de arrepentimiento.

—Lo tenía todo planeado, ¿eh? El asesinato, el secuestro. Y luego resulta que encontró el Deptran, eso tiene que ser una suerte increíble —dijo Kai, acercándola un poco más.

Rhianne encontró un lugar contra el pecho de Kai, un respiro bienvenido de los eventos estresantes.

—Si Peter y Elvira eran tan cercanos como decían, es posible que él supiera sobre su condición cardíaca y lo peligroso que era el Deptran para ella —dijo Rhianne.

Un pensamiento inquietante comenzó a abrirse paso. Frunciendo el ceño, Rhianne añadió: —Es un poco coincidencia, ¿no? Quiero decir, las enfermedades del corazón son la principal causa de muerte en Australia… —Se incorporó de golpe y se alejó de Kai, su mirada se desvió hacia la ventana como si la respuesta estuviera escrita en las estrellas.

—¿Qué está pasando por esa cabeza tuya? —preguntó Kai.

—Necesito ir a hablar con el abuelo —dijo Rhianne, poniéndose de pie de un salto. Kai la imitó, levantándose, e incluso Toto se animó, listo para la acción.

Rhianne los apartó con un gesto. —Iré sola.

Toto hizo un ladrido de protesta, pero Rhianne levantó una mano.

—Peter está fuera de escena, y los árboles y yo estamos en buenos términos. Estaré bien. —Con eso, salió de la cabaña, anticipando que al abuelo no le entusiasmaría que todo un grupo la acompañara para esta conversación.

Mientras caminaba hacia el claro, las últimas piezas del misterio encajaron en la mente de Rhianne. ¿Cómo pudo haberlo pasado por alto? Había estado demasiado atrapada en sus propias teorías, por eso. *Y cuando asumes.…*

—¿Abuelo? —llamó mientras se acercaba.

Un momento después, la voz del abuelo flotó de vuelta, mezclándose con el coro de grillos y el extraño llamado de un podargo. —Aquí mismo, zarigüeya.

Lo vio posado en una roca, jugando con su bastón como si fuera una piedra para calmar la ansiedad. —Estoy bien —dijo, malinterpretando su visita—. Solo estoy reflexionando, eso es todo.

Rhianne se sentó en la roca junto a él. —No creo que Peter matara a Elvira.

El abuelo parpadeó pero no se movió. Inclinó la cabeza, y Rhianne frunció el ceño.

—No estás sorprendido. —Su voz salió plana.

—¡Ah, zarigüeya! —Los hombros del abuelo se desplomaron hacia adelante, viéndose más viejo de lo que ella jamás lo había visto.

—¿Cómo? —preguntó Rhianne, aunque probablemente era la pregunta equivocada.

—Porque yo se lo dije —dijo una voz detrás de ella, haciendo que su corazón se detuviera y su mano volara a su garganta.

Luke se acercó a la vista, con las manos metidas en los bolsillos. Se apoyó contra el mismo eucalipto moteado que había acudido al rescate de Rhianne.

—Esto era sobre tu esposa, ¿verdad? —dijo Rhianne.

Luke asintió y se dirigió al abuelo. —Tienes razón en estar orgulloso de esta. Es muy inteligente, sin duda.

—¿Cómo lo dedujiste? —preguntó el abuelo.

Rhianne sospechaba que estaba intentando darse más tiempo. ¿Tiempo para qué? ¿Recomponerse? ¿Defender a su amigo?

—El motivo —dijo Rhianne—. Sí, claro, Peter era despiadado, y matar para llegar a ti tenía sentido, pero Elvira estaba de su lado, al menos en lo que respecta a las cosas modernas. Le habría convenido más usarla para ayudar a convencerte o incluso socavar tu confianza. Es un buen manipulador. —Ciertamente tenía a su familia bajo su pulgar—. Pero Asher, ahí es donde su plan mostró sus verdaderos colores. Peter no solo lo detestaba; lo veía como el cartel perfecto para los “peligros del mundo exterior”.

—Atrapó a Asher y lo dejó por muerto. —La voz del abuelo era dura—. ¡Un niño!

—Sí, lo sé. —Rhianne se puso un mechón de cabello suelto detrás de la oreja—. No sé si Peter sabía que Elvira estaba muerta cuando se llevó a Asher. —Al final, probablemente no habría alterado su plan de todos modos—. Probablemente deslizó el Deptran en sus bebidas la noche anterior. A la mañana siguiente, encontró a Asher adormilado e inventó alguna excusa para llevárselo. —Miró a Luke, con una ceja levantada—. Debes haber aparecido después de que Peter se fue esa noche.

Luke asintió y se pasó una mano por el pelo. —Encontré el diario de mi esposa Amanda después de que falleciera. No me pareció correcto hurgar en él entonces, ¿sabes? Sentía que estaría entrometiéndome. Pero luego la soledad me golpeó con fuerza, y pensé que quizás sus palabras traerían de vuelta los buenos momentos.

—Pero descubriste que Amanda había estado buscando la ayuda de Elvira para su afección cardíaca —completó Rhianne el vacío.

—Sí, Amanda nunca dejó entrever que estaba enferma. La habría llevado directamente a un médico si lo hubiera sabido. Pero ella puso su fe en los remedios herbales de Elvira —la voz de Luke se quebró, y parecía que estaba luchando por contener las lágrimas—. Solo quería preguntarle a Elvira por qué. Nunca pretendí lastimar a nadie —hizo una pausa, tomando un respiro tembloroso—. Cuando llegué allí, Asher estaba escondido en su habitación, y Elvira… no estaba bien. Parecía fuera de sí, lo cual no era propio de ella. Se quejó de tener frío, así que la ayudé a acostarse, instalé el calefactor y me fui. Solo me di cuenta de lo que había hecho cuando

iba de camino a casa. ¡Amanda me habría matado! Así que volví corriendo para apagar el calefactor. Y bueno, ya sabes el resto.

—¿Cuánto tardaste en volver allí? —preguntó Rhianne.

Luke se encogió de hombros y su mirada se perdió en la distancia. —Menos de una hora, ¿por qué?

Rhianne negó con la cabeza y se puso de pie, sacudiéndose los vaqueros. —Tendríamos que confirmarlo con Isobel una vez que reciba los resultados toxicológicos, pero es posible que Elvira hubiera muerto de todos modos, gracias a Peter y su intromisión con los medicamentos.

—¿Estás diciendo que no la maté? —Luke se inclinó hacia adelante, y sus labios se entreabrieron.

Rhianne miró fijamente a la distancia. —Es una posibilidad.

Las acciones de Luke habían sido impulsadas por un deseo de confrontar, no de dañar, sin embargo… Rhianne intercambió una mirada con el abuelo. Ella había hecho su parte. Ahora dependía de él. Y tal vez del bosque.

Regresó a la cabaña y encontró a Isobel y Kai sentados en el porche.

—¿Dónde está Toto? —preguntó Rhianne. No estaba de humor para una sesión de preguntas y respuestas, aunque Isobel parecía que iba a estallar de preguntas. Kai estaba sentado allí, con cara de póker. Ella lo pondría al tanto de todo eventualmente, pero esta noche no era el momento.

—Dijo que la caza era buena por estos lares y se transformó en águila para comprobarlo —dijo Kai.

El rugido de un motor de coche rompió el momento.

Nel salió del coche —un BMW, por supuesto— y se acercó con paso desenvuelto hacia el porche. Su contoneo era su característico aire casual, pero había tensión en su mandíbula. —¿Qué me he perdido? —preguntó.

Rhianne se volvió para mirar a Isobel y la encontró abrazando sus rodillas. *¡Uy, oh!*

Antes de que Rhianne pudiera siquiera pensar en qué decir, Nel se deslizó a su lado y se plantó frente a Isobel, clavando su mirada en la de ella. Una suave sonrisa jugaba en sus labios mientras decía: —Deseo no tener que pedir nunca un deseo de esa lámpara de djin tuya.

Luces brillantes explotaron de repente. El porche se iluminó como si una bola de discoteca hubiera entrado en supernova: azules y dorados estallando por todas partes, iluminando la noche como si alguien hubiera encendido el interruptor de la aurora boreal.

Isobel se levantó de un salto y se acercó a Nel, estirando el cuello para mirarlo. Le clavó un dedo en el pecho, con los ojos desorbitados. —¿Qué has hecho? Tú, tú… —balbuceó, con una voz lo suficientemente afilada como para cortar la noche. Dio un rápido paso atrás, chasqueó los dedos y, como un truco de magia descontrolado, desapareció en una nube de humo blanco.

El corazón de Rhianne intentaba correr una maratón. ¿Qué demonios era eso? Miró a Nel, esperando quizás un atisbo de pánico o arrepentimiento, pero en su lugar, sus ojos brillaban y su boca se curvaba hacia arriba.

Una parte de él parecía un gato satisfecho con plumas en la boca, pero había algo más en su expresión. Rhianne no pudo identificarlo al principio; nunca antes lo había visto en su rostro.

Esperanza, brillando como un rebelde fuego artificial.

Epílogo

Un par de semanas después, Asher emergió del árbol. Estaba confundido y exhausto, pero todos pensaban que se recuperaría, al menos físicamente.

Los golpes y los rasguños sanarían, pero Rhianne, que había vuelto al pueblo para ayudar con la recuperación de Asher y para ver cómo estaba el abuelo, estaba más preocupada por su bienestar mental.

Lo que le daba esperanza a Rhianne era que Tabitha se había autonombrado su enfermera y estaba aplicando terapia insistiendo en dar paseos por el bosque.

En su último día antes de regresar a la jungla urbana de Sídney, Rhianne había pillado a Asher sonriendo por algo que Tabitha había dicho.

Durante su estancia en Coffs Harbour, Rhianne también organizó clases de brujería para Tabitha. Al principio, la madre de Tabitha no quería saber nada del asunto, pero una visita de la madre de Rhianne la hizo cambiar de opinión. Rhianne se quedó con las ganas de haber sido un gato encerrado durante esa conversación. El árbol joven que había salvado la vida de Rhianne reaccionó con un feliz susurro de hojas y una canción desafinada cuando ella fue a visitarlo. Rhianne esperaba tener una relación a largo plazo con el árbol, incluso si no fuera al nivel de una dríada. El abuelo había sonreído cuando ella se lo contó y dijo: —Nunca se sabe, zarigüeya. Contigo, nada me sorprendería.

Rhianne no se había topado con Luke mientras rondaba por la cabaña del abuelo, pero por los retazos que había captado, él andaba merodeando por las sombras.

Nadie sabía nada sobre su implicación en la muerte de Elvira, y Rhianne había mantenido la boca cerrada por un acuerdo tácito mutuo con el abuelo.

Cuando llegó el informe de la autopsia, el abuelo actuó como si estuviera hecho de lava y no quiso tocarlo. Rhianne echó un vistazo y se recordó a sí misma que la justicia no le correspondía a ella determinarla.

Pamela no se tomó bien la noticia del crimen de su marido Peter. Se había encerrado en la casa y se negaba a hablar con nadie fuera de la familia.

Antonia dio un paso al frente, asegurándose de que Hunter y Jasmine no se saltaran una comida ni olvidaran sus deberes. Rhianne tenía grandes esperanzas de que esos niños Hawthorn florecerían ahora que estaban libres de la sombra de su dominante padre. Pamela, bueno, era una adulta, y tal vez con el tiempo se acostumbraría a pensar y vivir en sus propios términos.

De vuelta en Sídney y armada con tres croissants de almendra de la panadería de Reuben como su arma secreta, Rhianne se dirigió al escondite de Isobel, alias la morgue. Desafortunadamente, Isobel no mostró sus cartas, manteniendo los labios bien sellados sobre todo el embrollo.

Así que Rhianne recurrió a Toto en busca de sabiduría e información. Toto se puso filosófico, reflexionando que si un djin fuera alcanzado por la flecha de Cupido, estaría en un verdadero aprieto, incapaz de jugar duro con los deseos, con o sin lámpara a la vista.

Dado que los deseos eran la versión de los djinés de una espada de doble filo, llenos de giros y potenciales efectos secundarios, las historias de amor en su mundo podrían terminar siendo más una tragedia que un cuento de hadas.

Toto teorizó que tal vez uno de los antiguos amores de Isobel pensó que podría burlar la maldición, solo para quedar atrapado en el fuego cruzado, dejando a Isobel luchando con la culpa y jurando renunciar al amor.

Nel no había cometido ese error. La idea de lo que alguien como él, con su apetito por los lujos de la vida, podría hacer con una lista ilimitada de deseos le puso los pelos de punta a Rhianne. Adoraba a su mejor amigo, pero no era ciega a su amor por todas las cosas extravagantes y aventureras. O, como lo llamaba Kai, su hedonismo. Y había renunciado a ello… por Isobel.

No estaban juntos, al menos no todavía. Tal vez Isobel aún se estaba conteniendo, atormentada por los fantasmas de los deseos.

Toto dijo que si fuera un apostador, apostaría por Nel para prevalecer. En el fondo, Toto era un romántico empedernido y, por lo tanto, parcial, pero Rhianne no pudo evitar inclinarse a estar de acuerdo.

Disfrutaba del cálido sol de la mañana, apoyada contra uno de sus árboles favoritos en el parque nacional a un tiro de piedra de su apartamento. Algo apareció de la nada justo al lado de sus zapatillas. Con la curiosidad despertada, se inclinó para echar un vistazo más de cerca. La alarma del perímetro resonó como un molesto tono de llamada, y una flecha se clavó en el árbol justo donde había estado su cabeza segundos antes.

Al ver la cola de la flecha, notó las runas grabadas en las plumas.

Una flecha élfica.

Continúa la aventura en Cortejando el Peligro

Nota para los lectores

Estimado lector fantástico:

Espero que hayas disfrutado de este libro. Si te ha resultado entretenido, por favor considera compartir tus pensamientos en una reseña.

Tu opinión ayuda a otros lectores a encontrar su próxima aventura literaria.

Así que toma tu pluma metafórica (o teclado) y libera a tu crítico interno, comediante o orador motivacional en tu reseña. ¡Tus palabras podrían alegrarme el día!

Con gratitud y un chócala virtual,

P L

Definitivamente algo está podrido en el reino de los elfos.

Alguien tiene un serio problema de puntería — o tal vez no — porque la bruja verde Rhianne Alkenn acaba de esquivar una flecha élfica por pura suerte.

Le fue mejor que al pobre Eldrin, que fue apuñalado con una daga élfica. ¿Coincidencia? No, no lo parece, porque Rhianne descubre que también están apuntando a su padre.

La reina élfica puede haber sido demasiado autoritaria, y Rhianne tiene mucho que decir sobre la forma en que fue arrastrada al reino élfico, pero ahora esto es personal. Se ocupará de la reina más tarde.

Prioridad principal: encontrar al elfo asesino antes de que mejore su puntería.

Continúa la aventura en Cortejando el Peligro

Agradecimientos

Escribir este libro ha sido una labor de amor, hecha posible gracias al apoyo inquebrantable de muchos. Mi marido, que cree en mí incondicionalmente (y leyó la historia de principio a fin), mi madre, que me inculcó el amor por la palabra escrita, y todos mis amigos que me ofrecieron ánimo y me alentaron; un gran saludo al «Trío».

Me gustaría extender un agradecimiento especial a Percy, que no lee ficción pero aun así leyó mi manuscrito, e incluso dijo que le había hecho un favor a *él* al ampliar sus horizontes.

Y, por último, pero no menos importante, a mis lectores, les extiendo mi más sincera gratitud. Espero de corazón que disfruten tanto leyendo esta historia como yo disfruté creándola. Gracias.

Otras obras de P L Matthews

La serie: Un Misterio de la Bruja Verde

Hojas Envenenadas

Manada de Mentiras

Deuda de Sangre

Bosque Mortal

Cortejando el Peligro

La serie: Un Misterio del Detective Digital

Asesinato por Código (2025)



About the Author

En la jungla urbana de Sídney, esta esposa, madre y romántica empedernida solía pastorear gatos corporativos como directora de proyectos, un trabajo que afinó sus habilidades en intriga y asesinatos (no letales). Ahora se dedica a tramar la muerte de personajes ficticios en sus encantadoras fantasías urbanas y misterios detectivescos.

Cuando no está infundiendo humor, luz y un toque de romance a sus historias, la encontrarás intentando montar olas, tocando música con su marido, o tratando valientemente de restaurar el orden en el delicioso caos que es la vida familiar.

You can connect with me on:

https://plmatthews.com

https://www.facebook.com/profile.php?id=61551925178512

https://www.instagram.com/pl_matthews_author